



00484
2ej. 2

**Universidad Nacional
Autónoma de México**

Facultad de Ciencias Políticas y Sociales

EL PARTIDO

**La concepción y la práctica de
Marx y Engels**

TESIS

para optar por el

Grado de Doctor en

Sociología, que presenta

María Elvira Concheiro Bórquez

Noviembre 1989

**TESIS CON
FALLA DE ORIGEN**



Universidad Nacional
Autónoma de México



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

ÍNDICE

PRÓLOGO	7
CAPÍTULO I	
Hacia el nuevo partido	21
Partido, programa y revolución	25
Independencia de los obreros y organización partidista	32
Expectativas revolucionarias y el fin de la Liga de los Comunistas	37
Organización secreta u organización conspirativa	42
CAPÍTULO II	
La Internacional: un nuevo momento político, una nueva organización	51
Marx, Engels y la fundación de la Internacional	53
La Asociación Internacional de los Trabajadores, una organización diferente	57
Estructura organizativa de la AIT	61
La diversidad en la Internacional	64
Las luchas internas en la Internacional	69
CAPÍTULO III	
Un conflicto, dos corrientes	73
Los primeros desacuerdos	77
¿Una disputa personal?	81

Bakunin conspirador	85
CAPÍTULO IV	
La Comuna de París: ¿una revolución sin partido?	93
La Conferencia de Londres de 1871: se desata la lucha interna	102
El Congreso de La Haya: ningún final feliz	110
CAPÍTULO V	
Un período de grandes cambios	121
La Asociación Internacional de los Trabajadores deja herencia	123
Participación de Marx y Engels en los partidos obreros nacionales	130
El partido en Alemania	142
CAPÍTULO VI	
El partido de la praxis revolucionaria	163
De la crítica de la <i>ideología</i> a la lucha política	174
El Manifiesto y la idea del partido	179
A MANERA DE EPÍLOGO	
El partido en "sentido histórico" y el partido en "sentido efímero"	193
BIBLIOGRAFÍA	201

PRÓLOGO

A finales de los años ochenta, en México se estudia poco y se discute menos el marxismo. En nuestras universidades quedó atrás esa "moda" que en décadas pasadas acaloró aulas, corredores y cafés. Otras son ahora las obras y los autores que despiertan interés en los ambientes académicos. Se ha abierto ahí, incluso, una especie de competencia por citar a los más recientes teóricos, llenándose más de uno la boca con un llamado "posmodernismo" que evidentemente deja *démoté* a los "clásicos" de cualquier corriente. Marx y Engels suenan en estos días a viejo, a *siglodiecinueve*, cuando de lo que se trata es de encontrar cualquier fórmula para dejar atrás el siglo veinte y no volver la vista a aquello que caracterizó a esas centurias, sea esto lo que sea.

Por lo demás, no es la primera vez, en los casi ciento cincuenta años que tiene de existir esta concepción revolucionaria, que es considerada fuera de moda. Digamos que la mayor parte del tiempo así ha sido.

Pease a ir contra corriente, es mi convicción que, de frente a nuestra compleja realidad, la de hoy, el estudio de la obra y actividad de Marx y Engels es de enorme utilidad.

La presente investigación no tiene, sin embargo, el propósito de reivindicar la necesidad de seguir estudiando a Marx. En realidad ésta

se justificaría por sí misma desde la perspectiva de los problemas actuales. Se trata de profundizar en uno de los temas más polémicos dentro del marxismo: el partido político, especialmente el partido obrero.

En la concepción de Marx sobre el partido es donde se halla la síntesis de su acción y su teoría, es decir, de la *praxis revolucionaria*. Durante muchas décadas, aquí y allá se estudió la concepción de Marx desde diversos puntos, ya en el terreno económico, en el histórico o en el sociológico y político, pero las obras destinadas a profundizar en la cuestión del partido siguen siendo escasas.

En 1983, el Centro de Estudios de Movimiento Obrero y Socialista convocó a un debate sobre la cuestión del partido en Marx, dentro de la conmemoración del centenario de su muerte. En este encuentro se produjo una polémica, que fue publicada, entre Carlos Pereyra, Arnoldo Martínez Verdugo y yo. Para entonces, Adolfo Sánchez Vázquez había añadido un capítulo a su obra *Filósofo de la praxis*, destinado a abordar el problema del partido en el marxismo, específicamente en Lenin.

De todo esto surgió la idea de investigar más a fondo la concepción de Marx y Engels sobre el partido obrero. Pero no, por cierto, con los exclusivos objetivos académicos, sino por necesidades de la *praxis revolucionaria* de nuestro tiempo y, especialmente, de nuestro país.

Durante la última década, en México ha ocurrido un importante cambio en las formaciones políticas, primero con la desaparición del Partido Comunista, después con los diversos partidos a que ha dado lugar la recomposición y unidad de las fuerzas democráticas y socialistas del país. A la vez, se ha producido en amplios sectores de la población una exigencia cada vez mayor de cambios democráticos que superen el régimen presidencialista y de partido oficial. Ambos fenómenos han conducido al replanteamiento de muchos de los parámetros con los que se identificó la izquierda marxista mexicana, exigiendo una profunda discusión tanto de la rica y larga experiencia acumulada, como de la elaboración teórica que de ésta se ha desprendido.

Simultáneamente, se han producido en el mundo acontecimientos de signo muy diverso, que también ponen en el centro de la polémica la función y el carácter de los partidos. Por ejemplo, aquellos que, en la búsqueda de nuevas posibilidades para desarrollar la democracia en sus países, de por sí amplia, cuestionan la vigencia de la forma

partidista para acoger la enorme diversidad social y a los nuevos movimientos sociales y políticos que han emergido en las dos últimas décadas, como el ecologismo, el feminismo o el movimiento homosexual de los países europeos; o bien, aquellos que se han presentado en el curso mismo de la lucha revolucionaria contra los regímenes dictatoriales, a través de la acción armada o pacífica, como sucede en varios de los países latinoamericanos, y que exigen la búsqueda creativa de formas partidistas diferentes en agrupamientos unitarios, ya sean frentes o coaliciones electorales o militares.

Especial relevancia adquieren hoy los cambios que se están produciendo en varios países socialistas. Si bien muchos de estos se originaron en la revisión crítica del desarrollo económico, pronto se ha pasado al cuestionamiento del sistema basado en el dominio del partido único de Estado. La lucha interna en el Partido Comunista de la Unión Soviética, el triunfo del Partido Solidaridad sobre el Partido Obrero Unificado de Polonia, las transformaciones aprobadas en el último congreso del Partido Obrero Socialista Húngaro con las que éste decidió dar paso a un nuevo partido, son sólo un inicio de las reformas que reclaman esas sociedades y las cuales, necesariamente, han de conducir a la superación del monolitismo partidista y el replanteamiento general de la función de los partidos en el socialismo.

Al parecer, existe toda una crisis de la forma *partido comunista*, es decir, del modelo de partido instaurado a partir del desenlace de la lucha interna en la Unión Soviética, que culminó con el predominio de Stalin en la dirección del Estado y del partido. Aunque en muchos países ese modelo sufrió modificaciones nada despreciables, se mantuvieron, mucho tiempo después del XX Congreso del PCUS, rasgos esenciales de la manera de ser y las concepciones de los partidos comunistas. En América Latina, particularmente, tal modelo ha sido, por norma general, un completo fracaso, pues la mayoría de los partidos comunistas no han conquistado siquiera la realización de su propuesta fundamental de expresar, de manera específica y única, a la clase obrera.

No han sido pocas las voces que se han levantado reclamando la superación de los partidos como forma de acción política de la sociedad. Desde sus más remotos orígenes, las formaciones partidistas fueron vistas con recelo, como expresión de una diversidad y una confrontación social no deseadas, pero realmente existentes. No fue

hasta que, casi dos siglos de por medio, la democracia se entendió como pleno reconocimiento de la lucha política entre segmentos de la sociedad, cuando los partidos pasaron a ser vistos como factores insustituibles del propio desarrollo político democrático. Sin embargo, ya dentro de esta visión, también han surgido posturas que ven en ellos el elemento distorsionador o limitante de la libertad política.

Aunque podemos registrar la existencia de los primeros partidos hacia fines del siglo XVII¹, lo cierto es que aún a mediados del siglo XIX, los partidos eran formaciones muy incipientes, compuestas en general por dirigentes y reducidos grupos de individuos. La actividad política propiamente dicha no solamente estaba limitada a los grupos ligados a la función pública y los asuntos del Estado, sino también restringida a momentos destacados, en los cuales empezaban a irrumpir las masas, en el sentido político del término.

Los partidos obedecían, bajo estas circunstancias, a los impulsos de los jefes políticos y se distinguían por sus programas, generalmente difundidos a través de periódicos y otras publicaciones. Los grupos obreros tendían a apoyar a los partidos que se acercaban más a sus reivindicaciones, sin concebirse aún a sí mismos como fuerza propia y alternativa frente a otras, por lo que se limitaban a hacer suyas las tareas más progresistas de la época, al lado de la ascendente burguesía industrial y comercial.

A partir del siglo XIX —bajo el Estado político—, la confrontación social se ha expresado siempre, de manera más o menos acabada, en la disputa política entre partidos de diversa índole. En realidad esa es la forma que adquirió la lucha de las clases en el capitalismo, que arrastró también a otras clases que dieron lugar a partidos campesinos, terratenientes, etcétera.

El Estado político expresa la igualdad de los individuos ante la ley, resultado del proceso de predominio de la compra-venta de la fuerza de trabajo de hombres jurídicamente libres y desposeídos. La lucha por el poder público se va convirtiendo en el terreno específico de la expresión de los antagonismos sociales a través de muy diversas formas, muchas veces sutiles, que ocultan el carácter de clase de la lucha política y de los medios para llevarla a cabo. Por ello, en el seno de una misma clase surgen caminos diferentes, partidos distintos. Lo que Marx y Engels hacen es recoger la experiencia del movimiento

1 Cfr. G. Sartori, *Partidos y sistemas de partidos I*, Madrid, Alianza Editorial, 1980.

real y desentrañar los fundamentos materiales sobre las que ésta se sustenta. Serán ellos los que señalen que la base de la formación de los partidos políticos, de la lucha entre éstos, está en los antagonismos de clase que surgen de determinadas relaciones sociales.

Ese planteamiento dio lugar a diversas opiniones que deformaron las ideas originales y la práctica de Marx y Engels. Tanto la visión *determinista*, como el dogmatismo estaliniano, redujeron y vulgarizaron este referente de clase que Marx y Engels destacaron en contraposición al idealismo y el historicismo anterior a ellos que no lograba descubrir regularidades del desarrollo histórico.

La revisión analítica de la concepción de Marx y Engels, siempre en confrontación con los hechos históricos y con su propia práctica política, ha permitido entender el sentido concreto de aseveraciones que, a la luz de experiencias posteriores, fueron tergiversadas, pasando a ser parte de concepciones del marxismo, a las cuales Marx y Engels fueron ajenos.

La investigación que nos condujo a los resultados expuestos en este trabajo siguió el método señalado. La confrontación del pensamiento de Marx y Engels con su práctica política, obliga al estudio del nivel de desarrollo de la lucha de clases y, con ella, del proceso de formación de la clase desde la cual parte el conocimiento que ellos desarrollan y en la que buscan influir con su obra y su acción: el proletariado.

Suele olvidarse que Marx y Engels fueron hijos de su época, individuos que actuaron bajo determinadas circunstancias y de acuerdo al impulso histórico de la sociedad en la que vivieron. Su trascendente elaboración teórica, lo mismo que su aporte político concreto a la lucha revolucionaria de su época, están signados por el movimiento de la fuerza social desde la cual ellos realizan su análisis. Por lo mismo, su concepto de «partido obrero» no es separable del movimiento y de la lucha de la clase obrera. Es, por tanto, lo mismo que la de «clase obrera», una categoría histórica que no existe por sí misma en alguna definición o generalización abstracta, sino que es consecuencia de la lucha concreta en la que toma parte y en la que se desenvuelve. Así, pues, las clases no existen a través de determinada conceptualización teórica, sino en su relación viva y, por tanto, estrictamente histórica. De la misma manera, los partidos, aunque pueden analizarse en abstracto, no tienen existencia más que en la función concreta que realizan y la acción de la fuerza social que

encarnan. El concepto de clase, lo mismo que de partido, que se va conformando en Marx y Engels, parte de la determinación histórica de las clases en su existencia concreta y de los partidos en su actuación cotidiana.

No existe en Marx y Engels una concepción para todo tiempo y lugar de las clases y los partidos. En todos los análisis que ambos realizaron, destaca la historicidad. Esto explica porqué nuestros autores proponían diversas soluciones según el país de que se tratara, sin pretender aplicar una misma línea para todo lugar y momento.

Por esta razón, el método utilizado en la investigación nos llevó a una periodización histórica determinada por momentos decisivos o relevantes de la lucha revolucionaria y del desarrollo económico-social. El estudio de las revoluciones del 48 y la Comuna de París, así como del impetuoso desarrollo industrial y el surgimiento del imperialismo, por mencionar algunos de los más relevantes, nos permitieron la comprensión de las características de los partidos en que participaron Marx y Engels, interpretar algunos hechos de una forma nueva, especialmente la lucha entre Marx y Bakunin en la Internacional, y arribar a conclusiones sobre los principales planteamientos que ellos elaboraron en diferentes momentos de su lucha política acerca de la cuestión del partido.

La mayoría de las corrientes del marxismo contemporáneo, y también estudiosos no marxistas, coinciden en que los autores del *Manifiesto* no desarrollan una "teoría del partido", y que será V.I. Lenin quien la elabore en 1902, en su escrito *¿Qué hacer?*

Marx y Engels elaboran sobre el tema del partido prácticamente a lo largo de todas sus vidas. En la fundación misma de la nueva teoría surge, como elemento fundamental, la tendencia hacia la toma de partido, no solamente como compromiso personal, sino como medio de lucha.

Es sorprendente el grado de compromiso político asumido por Marx y Engels con organizaciones definidas que, aunque tuvieron corta vida —con excepción del Partido Socialdemócrata Alemán—, constituyan en su conjunto el mundo político proletario de entonces, con su inmensa diversidad ideológica y programática. El propósito de los autores del *Manifiesto*, como lo señalara Engels, era ganar al proletariado europeo para la nueva concepción. Mayor tarea de partido no podía plantearse en aquella época y en cualquier otra.

Son numerosas, por lo demás, las coincidencias en los enfoques de

Marx y Lenin sobre el desarrollo del partido, especialmente bajo situaciones que anuncian revoluciones y en medio de éstas. La actividad tendiente a trascender los estrechos círculos sectarios, el papel propagandístico del partido, la defensa de los instrumentos organizativos y la importancia del programa y la táctica en las situaciones en las que se esperan los estallidos revolucionarios, se encuentran mucho más definidos en los autores del *Manifiesto* que lo conferido a éstos por los tratadistas de los partidos políticos y en especial del partido obrero. Más aún, la idea de que la acción revolucionaria de los obreros es más importante que los programas elaborados por los dirigentes y que es el movimiento real el que debe dar la pauta cuando la clase obrera se ha puesto en pie y empieza a asumir su propio papel político, corresponde enteramente a las concepciones de Marx y Engels sobre el importante tema del partido. Así también, bajo determinadas circunstancias, ellos plantearon claramente que el proletariado debería buscar su propia organización, absolutamente diferenciada del resto de las expresiones políticas, mientras que en otros casos, cuando las condiciones no habían madurado suficientemente, lo aconsejable era construir organizaciones menos definidas en términos de clase.

La historia del marxismo, después de la muerte de Marx, muestra cuan arriesgado es conferir a esta teoría social unas otras teorías particulares que pretendidamente resuelven de una vez los problemas de la lucha revolucionaria y otras muchas cosas más. Ya se ha visto que no pocas interpretaciones estrechas de la teoría de Marx han arrojado "teorías" sobre la materia, el origen del hombre y otros asuntos que corresponden por entero a las ciencias naturales. Pero también ha surgido la "teoría" sobre las leyes del desarrollo del socialismo y, de la misma estirpe, la "teoría del partido", cuya fundación no podía asignársele a Marx sino a Lenin, que vivió la época de los partidos obreros permanentes y bien organizados, y que, habiéndolo planteado formas distintas de organización partidista a las predominantes en la socialdemocracia europea, de acuerdo a las difíciles condiciones de lucha contra el zarismo, logró llevar, por primera vez en la historia, a un partido obrero a la cabeza del poder estatal.

En otros estudios sobre el tema, se ha llegado fácilmente a la conclusión de que, habida cuenta de que los partidos obreros en la época de Marx no tuvieron una estructura compleja y una larga permanencia, éste no tuvo la oportunidad de estudiar el asunto. Sin

embargo, se pierde de vista que en vida de Marx surgieron los partidos obreros, que éstos se lanzaron a proezas revolucionarias de gran trascendencia histórica y que la elevación de los obreros a la categoría de clase política no se inicia en el siglo XX sino en el anterior. Aún más, las características principales del socialismo obrero de partido surgieron entonces, en los orígenes mismos de la organización política proletaria, sin que ello, naturalmente, signifique que después no se hayan desarrollado características propias del auge de los partidos socialistas y socialdemócratas europeos que arranca de finales del siglo pasado y principios del presente.

No parece posible, por tanto, abordar seriamente la cuestión del partido en el marxismo sin tomar como base la posición partidista de Marx y Engels, no sólo como fundadores de un nuevo partido en el sentido histórico, sino también como militantes de varias organizaciones efímeras, en las que se vieron envueltos en disputas políticas e, incluso, de carácter orgánico.

De la misma manera, desentrañar la consagración de la "teoría marxista del partido", obliga a iniciar el estudio desde los autores del *Manifiesto*, para continuarlo más tarde en Lenin y en los partidos estalinistas.

Para la exposición de los resultados de nuestra investigación, seguimos una forma que permitiera, a la vez, un seguimiento de los momentos claves de la historia del movimiento obrero y de la participación de Marx y Engels en éste, así como la discusión de los temas centrales, a nuestro parecer, sobre la problemática del partido obrero.

El presente trabajo ha sido dividido en seis capítulos y un epílogo. En el primer capítulo, que abarca desde los primeros años de la acción política y teórica conjunta de Marx y Engels (1844-45), hasta la derrota de la revolución europea (1850-52), se han destacado algunos de los principales elementos que normaron la concepción y participación de nuestro autores en pequeñas, aunque significativas, organizaciones, entre las que destaca sin duda la Liga de los Comunistas.

Desde aquella primera etapa, los autores del *Manifiesto* se proponen tenazmente la tarea de vincular a los núcleos revolucionarios que comenzaban a identificarse, o que eran susceptibles de hacerlo, con su nueva concepción, con el movimiento real que se desarrollaba, primero en una situación declaradamente prerrevolucionaria y des-

pués en la revolución misma. Ya desde entonces, y a lo largo de las distintas situaciones que abarca este período, Marx y Engels ponen especial énfasis en la lucha contra las visiones, aún en buena medida predominantes, que conciben la acción y la organización de los obreros desde la óptica sectaria y conspirativa.

De la extraordinaria experiencia obtenida por los obreros europeos durante las revoluciones de 1848, Marx destaca el problema de la conformación de una fuerza política de los obreros, realmente independiente. Ante tal cuestión, Marx y Engels no sólo recogen y analizan la experiencia concreta de la Liga de los Comunistas sino que complementan, en los hechos, lo planteado en el *Manifiesto*. La organización partidista de los obreros no sólo es requerida por la acción misma de los trabajadores que participan en la lucha revolucionaria, sino que se muestra necesaria para el autoreconocimiento de este sector social como una clase con intereses y proyectos propios, así como para el conocimiento de las otras fuerzas y el esclarecimiento de las posibilidades y alcances precisos de las alianzas o los simples acuerdos políticos que permitan el avance de las posturas democráticas y revolucionarias.

En los siguientes tres capítulos se abordan la elaboración y la práctica políticas de nuestros autores en el marco de la existencia de una trascendente organización: la Asociación Internacional de Trabajadores. Evidentemente, es enorme la cantidad de elementos, testimonios, escritos de diversa índole y documentos oficiales, que nos brinda la década de existencia de la AIT, muchos de los cuales, por lo demás, ya han sido analizados. No ha sido, por tanto, nuestro propósito llevar a cabo un estudio específico del significado histórico de esta agrupación internacional, ni tampoco de todas y cada una de las acciones de Marx y Engels en el seno de ésta. En realidad, a lo largo de esta parte del trabajo se ha buscado dar algunas respuestas a las muchas preguntas que surgen de un examen crítico de la concepción y la práctica de Marx y Engels acerca del partido.

En primer lugar, se aborda lo relativo a la verdadera participación de Marx en la fundación de la *Primera Internacional*, pues a este respecto existen posiciones sumamente extremas, desde aquellas que lo presentan como el verdadero artífice de la AIT y como el casi único y siempre indiscutido dirigente de esta organización, hasta aquellas que no sólo ignoran sus aportes, sino que considerándolo siempre ajeno o extraño a la Asociación, le atribuyen pretensiones y conduc-

tas que llevarían a la destrucción de ésta.

Rescatar los elementos que, a dos décadas de distancia de la Liga de los Comunistas y del *Manifiesto*, desarrollan Marx y Engels en relación con el partido obrero en los tiempos de la Internacional, nos obligó a dilucidar los rasgos principales que caracterizaron a esa organización y que, sin duda, enriquecieron enormemente la experiencia y la concepción de nuestros autores.

Especial dificultad encontramos en la clarificación de las razones y los alcances del conflicto que protagonizaron Marx y el revolucionario ruso M. Bakunin, y que determinó gran parte de la vida interna de la AIT en sus últimos años y, finalmente, su disolución. Como en tantas otras cosas, acontecimientos históricos posteriores suelen influir en la interpretación de ciertos sucesos e, incluso, determinarlos.

De esa manera, se ha sostenido por innumerables autores que la disputa entre Marx y Bakunin en la Internacional tenía un claro fondo programático y teórico. Sin embargo, no existe evidencia histórica a este respecto. Marx y Engels nunca consideraron necesario publicar un texto polémico de fondo contra Bakunin, como lo hicieron en el caso de Proudhon y de otros de sus contemporáneos. Aún más, en el curso de las luchas dentro de la Internacional, las mayores polémicas con los bakuninistas no se realizaron sobre las cuestiones de orden programático y teórico, sino sobre la conducción política-organizativa concreta, especialmente la autoridad y facultades del Consejo General.

En este punto nos hemos enfrentado a consolidados mitos, sobre todo a aquel que, en aras de una supuesta defensa de la congruencia teórica de uno o de otro de los líderes en disputa, presentan el conflicto como resultado natural de dos claras y opuestas visiones. En realidad ese sería el resultado de aquella lucha que llevaría a la expulsión de Bakunin de la AIT y al traslado del Consejo General a la ciudad de Nueva York —con lo cual al poco tiempo esta organización desaparecería—, pero no el contenido central de la disputa entre Bakunin y Marx. Como se verá, lo cierto es que mientras el primero en realidad carecía entonces de un discurso teórico claramente definido y contrapuesto (o al menos diferente) al de Marx, éste en forma errónea desestimó las posibilidades de influencia y desarrollo del pensamiento del revolucionario ruso en el seno del movimiento obrero.

A partir de la división en el movimiento obrero, varios años

después, entre marxistas y anarquistas, surge lo que se consideraría como el contenido de las diferencias entre Marx y Bakunin, pero eso corresponde a una situación diferente e, incluso, con otros protagonistas.

En contraste con la importancia que Marx y Engels confiaron a las cuestiones organizativas en la AIT, en su análisis de la revolución obrera de París, en 1871, tal aspecto se omite por completo. Es cierto que buena parte de lo que explica esta conducta es el carácter que Marx dió a su escrito *La guerra civil en Francia*. También es verdad que en la conferencia de la Internacional, realizada en Londres aquel mismo año de 1871, tuvo gran relevancia el tema de los cambios en la organización específica de la Asociación, dadas las nuevas condiciones políticas impuestas en Europa tras la derrota de los obreros parisinos. Lo mismo se puede decir de la postura tan debatida sobre la necesidad de que los obreros cuenten con su propio partido político para alcanzar sus metas emancipadoras. Todo lo cual fue ampliamente abordado por Marx como resultado de la experiencia que él extrajo de la Comuna. Sin embargo, ello no agota la explicación de porqué para el autor de *El Capital* carece de especial importancia la ausencia de un referente preciso de partido de los comuneros franceses, pues Marx estaba convencido de que el surgimiento y desarrollo de la lucha de los obreros tenía motivaciones propias y que, por tanto, no dependía de la existencia o no de un partido obrero, en el sentido concreto del término.

En el quinto capítulo se analiza la conducta de nuestros autores en relación con nuevos fenómenos que comienzan a implantarse en la Europa de los setenta del siglo pasado, entre los que destacan, por una parte, el desarrollo de regímenes democráticos y parlamentarios que ponen en primer plano la lucha entre partidos y, por la otra, el desarrollo del movimiento obrero y, con éste, el surgimiento de sólidos partidos nacionales propios de los trabajadores.

Si bien a lo largo de los primeros cinco capítulos se ha intentado un análisis de los elementos que van componiendo la concepción teórica de Marx y Engels sobre el partido obrero, siempre poniendo especial atención a su práctica política en el movimiento concreto en el que buscan influir, pero del que también aprenden, en el último capítulo se ha abordado de manera específica el aporte que dieron al tema que nos ocupa desde el momento mismo de la fundación de su concepción, y a lo largo de gran parte de su obra. Es en este terreno

en el que la polémica actual mantiene una enorme importancia.

Para conseguir una aproximación a la concepción y la práctica de Marx y Engels sobre el partido político era necesario ir aclarando la posición de ambos en las diversas organizaciones de las que formaron parte, la relación de éstas con el movimiento real de la clase obrera, la concordancia entre los pasos sucesivos en la elaboración de la nueva concepción por ellos fundada y su acción política concreta. Por ello, se hizo necesario asumir una forma expositiva de sucesiva aproximación.

De esa manera, los primeros cinco capítulos buscan seguir el rumbo de la elaboración y la práctica de Marx y Engels, sin desviar los propósitos centrales de la investigación. Por ello, en el sexto capítulo se intentan abordar de manera específica las expresiones básicas de las obras más importantes de Marx y Engels en lo que toca significadamente el tema del partido. En esta parte del presente trabajo se realiza un análisis en otro nivel, es decir, se hace abstracción de muchos acontecimientos específicos que determinaron concretamente el rumbo del desarrollo de la concepción del partido en Marx y Engels, lo cual ha sido tratado extensamente en los primeros cinco capítulos. Así, para llegar a conclusiones era necesario no perder de vista el curso histórico, pero sin limitarse a ello, para analizar el contenido fundamental de la concepción y la práctica de nuestro autores sobre el partido, que es la materia de la tesis.

De esta forma, los temas que se analizan en el último capítulo de la presente tesis, tales como el abandono del enfoque especulativo, es decir, la praxis, la crítica de la ideología, la conceptualización sobre el proletariado, la precisa idea de lo que es la lucha política, la relación entre clase y partido político, la forma que asume el conocimiento desde la óptica del proletariado industrial moderno, es decir, el cómo conoce la clase obrera, el vínculo entre organización internacional y organización nacional, así como la temporalidad de ambas, y la diferenciación, aun precaria, de partido y sindicato, son todos ellos temas que aparecen a lo largo del trabajo, es decir en el examen de diversas situaciones, en su transcurrir histórico, pero que, de igual forma, se hace necesario abordarlos en su especificidad teórica, y en confrontación con interpretaciones actuales.

Si bien el conjunto de las conclusiones de nuestra investigación están expresadas a lo largo de todo nuestro trabajo, en el apartado final *A manera de epílogo* abordamos un tema que nos parece con-

clausorio de la temática del partido en Marx y Engels. La distinción y vínculo entre "partido en sentido efímero" y "partido en sentido histórico" sintetiza muchos de los elementos de la elaboración y de la práctica de nuestros autores en la medida en que expresa el campo de relaciones complejas entre el proceso histórico de formación de la clase obrera, la organicidad específica y las elaboraciones teóricas sobre el partido.

A este trabalho de licenciatura, que constitui o primeiro livro de uma obra em curso, deu-se o título de "Prólogo" porque, embora se trate de um trabalho de licenciatura, não se trata de um trabalho de licenciatura. Trata-se de um trabalho de licenciatura, mas não se trata de um trabalho de licenciatura. Trata-se de um trabalho de licenciatura, mas não se trata de um trabalho de licenciatura. Trata-se de um trabalho de licenciatura, mas não se trata de um trabalho de licenciatura.

CAPÍTULO I

Hacia el nuevo partido

“En 1831 ya había escrito Victor Hugo que oía «el ronco son de la revolución, todavía lejano, en el fondo de la tierra, extendiendo bajo cada reino de Europa sus galerías subterráneas desde el túnel central de la mina, que es París». En 1847, el sonido era estentóreo y cercano. En 1848 se produjo la explosión.”¹

Pocas revoluciones han sido tan previstas como las que ocurrieron en Europa a partir de 1848. En la víspera, el avance del capitalismo, con su inmensa cauda de nuevos *trabajadores libres*, barriadas miserables, campesinos arruinados, nuevas comunicaciones, impetuoso comercio mundial, emigración laboral, depresiones económicas, miles de periódicos, novedosos conocimientos científicos y ampliación del mundo conocido, generaba las condiciones para un nuevo y gran ataque contra las monarquías. Pero ahora, hacía su ingreso en la historia la clase más reciente, el proletariado.

Los socialistas obreros de Europa, con su incipiente y rudimentario arsenal, tenían puestos los ojos en la abolición del capitalismo, en la revolución social emancipadora. Los viejos grupos conspiradores, veteranos de otras luchas, entre ellas la revolución de 1830, velaban

¹ E.J. Hobsbawm, *Las revoluciones burguesas*, Madrid, Ediciones Guadarrama, 1971, p.544.

sus armas para organizar el asalto del poder y la imposición de la justicia. Reducidos a pequeños grupos, a la manera burguesa y pequeñoburguesa de la época, con sus clubes y periódicos, apelaban al estado de ánimo que se iba creando irremiabilmente entre grandes masas de ciudadanos sin derechos. Eran los partidos de entonces.

Bajo esta situación, recién expuestas para sí mismos las bases científicas de su concepción en *La ideología alemana* y hecho público su rompimiento con la izquierda hegeliana en su escrito *La Sagrada Familia*, Marx y Engels se sienten atraídos por la actividad política de partido, con el intrépido propósito de conquistar a la clase obrera de todo el continente, la inmensa mayoría del proletariado del mundo entero.

"Estábamos obligados — escribía Engels muchos años después — a razonar científicamente nuestros puntos de vista, pero considerábamos igualmente importante para nosotros ganarnos al proletariado europeo, empezando por el alemán, para nuestra concepción. Apenas llegamos a conclusiones claras para nosotros mismos, pusimos manos a la obra."²

Durante sus dos primeros años de colaboración, siguiendo la tradición obrera y también jacobina del siglo XVIII,³ Marx y Engels se abocan a la formación del *Comité de Correspondencia Comunista*, organismo que les permitió establecer relaciones con importantes personalidades políticas, dirigentes del movimiento obrero de diversos países, aunque principalmente alemanes, entre los cuales buscaban difundir sus nuevos planteamientos y llevar a cabo una acción política que superara las tradiciones utópicas.⁴ Asimismo, su preocupación por vincularse en forma más directa con la lucha política alemana los lleva a fundar la *Asociación de Obreros Alemanes*, en Bruselas, donde entonces ambos residían.

2 F. Engels, "Contribución a la historia de la Liga de los Comunistas", en *Obras Escogidas*, t.II, México, Ediciones en Lengua Británica, s/f, p.364.

3 Cfr. H.F. Thompson, *La formación histórica de la clase obrera. Inglaterra: 1780-1832*, t.I, Barcelona, Ed. LAIA, p.18.

4 De acuerdo con M.Lowy, el trabajo ideológico del *Kommunistisches Korrespondenzkomitee* estaba encaminado a "desembarazar al comunismo de las tendencias utópicas, uteranas-las, necrocrísticas, así como de las falsas 'profecías' y para dar a la lucha proletaria una doctrina rigurosa, científica y concreta." Razón por la que pronto Marx y Engels rompieron con Weitling, representante del socialismo cristiano alemán. M.Lowy, *La teoría de la revolución en el joven Marx*, México, Siglo XXI Editores, 1979, p.191.

En el verano de 1845, propiciaron, junto con algunos líderes de la izquierda cartista a los que Engels había conocido un par de años antes y con los que colaboraba en su periódico *Northern Star*, la formación de la organización que a principios de 1846 surgiría con el nombre de *Sociedad de los Demócratas Fraternos* (The Society of Fraternal Democrats).

Esta organización de carácter internacional, que agrupó a los cartistas de izquierda, a miembros de la Liga de los Justicieros y a varios grupos de demócratas exilados de diferentes países europeos, declaraba que su finalidad era "apoyar a la democracia combatiente de todos los países". En realidad, fue una asociación que actuó fundamentalmente al interior del cartismo y que se preocupó por no diferenciarse de éste.

Es preciso registrar la existencia de aquella organización, lo mismo que la *Asociación Democrática de Bruselas* (Association Démocratique), de la que Marx fue vicepresidente y que fue creada con carácter y fines similares a los sostenidos por los Demócratas Fraternos, pese a que ambas fueron bastante efímeras (ésta última se disolvió en 1853), ya que, como veremos más adelante, es factible suponer que en ellas pensaban Marx y Engels cuando se refieren en el *Manifiesto* al "partido comunista".

La Sociedad de los Demócratas Fraternos y la Asociación Democrática de Bruselas mantuvieron comunicación estrecha a partir de 1847. A sugerencia de la primera, ambas organizaciones planearon, a principios de 1848, la realización de un *Congreso Democrático*, para septiembre de aquel año en Bélgica. Sin embargo, la reunión no pudo llevarse a cabo por el estallido de la revolución europea.⁵

En su activa participación en el surgimiento de éstas y otras

5 Cfr. F. Claudio, *Marx, Engels y la revolución de 1848*, España, Siglo XXI Editores, 1975, pp.33-34.

6 En la resolución que Engels cita en su artículo "El movimiento cartista", escrito el 22 de noviembre de 1847, se dice: «Considerando que, en la lucha por la democracia en los demás países, el pueblo inglés sólo puede prestar asistencia eficaz en la medida en que haya conquistado para sí mismo el imperio de la democracia; que entre las obligaciones de nuestra sociedad, fundada con el fin de apoyar a la democracia combatiente de todos los países, se cuenta la de adhirir a los esfuerzos de los demócratas ingleses en pro de una reforma electoral sobre la base de la carta; «la Sociedad de los Demócratas Fraternos se compromete a contribuir, con todas sus fuerzas, al fomento de la agitación en favor de la Carta del Pueblo» Cfr. *OME*, No. 9, España, Ed. Crisálido, 1978, pp.51-52.

7 Cfr. *OME*, No. 9, op.cit., pp.404-407. La Asociación Democrática de Bruselas también se conoció con el nombre de "Sociedad Democrática por la Unificación y la Confraternización de Todos los Pueblos", con sede en Bruselas, Bélgica.

organizaciones, Marx y Engels siempre fueron renuentes a convertirse en "predicadores en el desierto", como calificaba Engels a los utopistas. Es decir, buscaron evitar que sus organizaciones, cuyo claro objetivo era reunir a aquellos sectores obreros o líderes políticos que más se identificaban con la nueva concepción comunista, se aislaran del conjunto del movimiento social y político que se desarrollaba ante ellos. Se puede decir, por esto, que ambos buscaron insistentemente, y a través de muy diversas formas, influir en el movimiento revolucionario de la época y que allí donde ellos veían a las corrientes más radicales, con mayor sentido proletario, fue donde insertaron su acción.

"Si no hubiéramos procedido de este modo — escribe Engels, explicando su actuación durante la revolución de 1849 en Alemania —, si no hubiéramos querido adherirnos al movimiento, incorporándonos a aquella ala que ya existía, que era la más progresista y que, en el fondo, era una ala proletaria, para impulsarlo así hacia adelante, no nos hubiera quedado más remedio que ponernos a predicar el comunismo en alguna hojita lugareña y fundar, en vez de un gran partido de acción, una pequeña secta".

La irrupción revolucionaria alcanzaba a trastocarlo todo y, naturalmente, también la forma de los partidos. Durante la preparación de las grandes convulsiones europeas los grupos, clubes, sociedades, ligas, periódicos, asumían el papel de instrumentos propagandísticos, pero una vez estallada la revolución, el comportamiento sectario se convirtió en un verdadero freno. La expresión de grandes masas, la movilización generalizada, trascendía la forma anterior del partido, ampliando hasta niveles antes insospechados el ámbito de la acción política.

Todo el espíritu de secta, derivado de la supuesta misión liberadora de no pocos ideólogos y políticos, se enfrentaba con mayor evidencia a los hechos novedosos, al movimiento real, donde radicaba, para Marx y Engels, la posibilidad del nuevo conocimiento de la sociedad y de la actividad tendiente a la transformación del mundo.

Por ello, la lucha contra las sectas rigió el comportamiento de Marx y Engels en las tres organizaciones más importantes en las que participaron: la *Liga de los Comunistas* (1847- 1851), la *Asociación*

§ F. Engels, "Marx y la Nueva Gaceta Renana", en *Obras Escogidas*, t.II, op.cit., ps.348-349.

Internacional de Trabajadores (1864-1872) y el Partido Socialdemócrata Alemán (1875).

Partido, programa y revolución

La *Liga de los Comunistas* fue el resultado del proceso de transformación de la *Liga de los Justicieros*, la cual, a su vez, había surgido de un desprendimiento en 1836 de la *Liga de los Desterrados*. Los Justicieros eran una organización que agrupaba fundamentalmente a revolucionarios alemanes que actuaban en París, "un brote alemán del comunismo obrero francés", decía Engels. Una organización semiconspirativa, cuyos miembros habían entrado en vinculación con la *Sociedad de las Estaciones* (*Société des Saisons*) de Blanqui⁹, y habían participado, muchos de ellos, en el intento insurreccional encabezado por dicha organización en 1839, por lo cual, probablemente, fueron expulsados de París.

De acuerdo con Engels, en la *Liga de los Justicieros* había predominado, por una parte, el comunismo igualitario del revolucionario francés Gracchus Babeuf (1760-1797), quien encabezó en mayo de 1796 una conspiración ("*Conjuration des égaux*"), contra el gobierno del *Directorio*, con la finalidad de instaurar una república comunista, lo que, pese a no haber llegado al levantamiento, le condujo a la guillotina bajo la acusación de pretender derrocar los poderes constituidos y restaurar la Constitución de 1793.¹¹ En cierto sentido

9 F. Engels, "Contribución a la Historia de la Liga de los Comunistas", op.cit., p.337.

10 Louis Auguste Blanqui (1805-1881), legendaria figura revolucionaria de Francia; uno de los principales jefes obreros de las revoluciones francesas de 1830, 1848 y 1871; organizador de numerosas insurrecciones, entre ellas en 1832, 1835, 1839, 1848, 1870; estuvo en prisión un total de treinta y tres años y varias veces fue condenado a muerte; intentó escapar de la cárcel en dos ocasiones; fue arrestado tres días antes del triunfo de la Comuna de París, de la que fue uno de sus símbolos más importantes; los comunistas trataron de castrarlo por el Arzobispo de París y otros 73 prisioneros, pero la oferta fue rechazada por el gobierno de Versalles; condenado a prisión perpetua, en 1879 fue elegido como diputado a la Asamblea Nacional y aunque la elección fue anulada logró su libertad. Marx escribió que Blanqui era "la cabeza y el corazón del partido proletario en Francia". Murió, a los 76 años, en París, después del triunfo de la comuna en favor de una amnistía general para los participantes en la Comuna, que el personalmente encabezó y recién había fundado el diario *Ni dios ni señores* (Ni dieu ni maître).

11 "...Babeuf fue situado a sus agentes — uno por cada distrito, y uno por cada cuerpo de tropa — para el día de la insurrección. Esencialmente parisino, el movimiento tuvo ramificaciones en provincias por medio de los convencionales terroristas que habían sido declarados ilegales el año anterior y que fueron puestos en el secreto. Estaban ya tomadas las medidas que debieron seguir a la insurrección, las cuales, por otra parte, más bien eran tómidas: requisas de panaderías, distribución gratuita de pan, restitución de los objetos empñados en el monte

puede decirse que *movimiento de los iguales, el babouvismo*, cuyo programa fue el *Manifeste des égaux*, es la expresión más radical y crítica que se desprende de la Revolución Francesa de 1789; su producto democrático y "proletario".¹²

Por otra parte, en la *Liga de los Justicieros* tuvo considerable influencia el comunismo cristiano de Wilhelm Weitling¹³ (1808-1871), alemán de origen artesano, que fuera uno de los fundadores de esta Liga y dirigente, después, de la *Liga de los Comunistas* en Suiza, donde llegó a tener una importante influencia.

En 1846 la dirección de la *Liga de los Justicieros*, que operaba desde Londres, inició un proceso de revisión crítica de sus tradiciones conspirativas inspiradas en Babeuf y de su concepción utópica, proceso que se prolongó hasta la celebración en 1847, del congreso realizado en Londres que dio origen a la *Liga de los Comunistas*, al que fueron invitados Marx y Engels.

El trabajo desde la capital inglesa, le permitió a esta organización desprenderse de los conspiradores parisiños y entrar en contacto directo con el movimiento cartista. Así, la Liga se dispuso a abandonar su carácter conspirador, aunque las condiciones políticas le obligaron a mantenerse en la clandestinidad. Por otra parte, esta organización comenzó a atraer a revolucionarios de distintas nacionalidades, con lo cual se concibió como un partido internacional,

de piedad, alojamiento de los pobres en las casas de los enemigos del pueblo. Pero el verdadero Directorio estaba al corriente de todo... Si el complot babeuvista legó al porvenir algunas ideas y algunas pasiones, en aquel momento no fue más que la última sacudida del jacobinismo, líquida entre la indiferencia de las masas." F. Puret y D. Richet, *La revolución francesa*, Madrid, Ediciones RIALP, 1980, pp. 398-400.

12 En su *Apología*, Babeuf decía: "No debe haber sin crimen hacerse exclusivamente dueño de los bienes de la tierra o de la industria... En una verdadera sociedad no debe haber ni ricos ni pobres... El fin de la Revolución es destruir la desigualdad y restablecer la felicidad de todos... La Revolución no está terminada, porque los ricos consumen todos los bienes y mandan exclusivamente, mientras los pobres trabajan como verdaderos esclavos, se consumen dentro de la miseria y no son nada dentro del Estado... La Constitución de 1793 es la verdadera ley de los franceses... Los que han puesto la mano sobre la Constitución de 1793 son culpables de una injusticia terrible." En *Anuario del Rosol*, *Los Congresos Obreros Internacionales del Siglo XIX*, Barcelona, Ed. Grijalbo, 1975, pp. 20-21.

13 Pese a que pronto Marx manifestó fuertes discrepancias dentro de la Liga de los Comunistas con este teórico del comunismo cristiano, inicialmente valoró mucho el avance que significó su obra *Garantes de la armonía y la libertad*. En ella, Weitling marca importantes diferencias con el discurso utopista inglés y francés, el cual depositaba sus esperanzas en los poderosos. En esta obra, en cambio, se señala que el comunismo no será posible sin una violenta revolución de los miserables y desposeídos, de "estas masas" — dice Weitling — que pululan en nuestras grandes ciudades, arrojadas a una miseria sin límites, errantes en el abismo de la desesperación". Cfr. Fernando Claudín, *Marx, Engels y la revolución de 1848*, op.cit., p.53.

aunque los alemanes siempre predominaron.

Con estas nuevas condiciones, varios de los dirigentes de la *Liga de los Justicieros*, interesados en que este proceso de reestructuración llegara incluso al cambio de la concepción teórica en la que venían basándose, invitaron, a través de Joseph Moll¹⁴, a Marx y Engels a integrarse, ofreciéndoles amplias posibilidades para desplegar su nuevo comunismo.

Las reservas de Marx y Engels para ingresar en la *Liga de los Justicieros* no sólo abarcaban las cuestiones teóricas, sino también exigían la conversión de la Liga en un instrumento de acción política cotidiana. Para ellos, era fundamental superar la vieja concepción de las organizaciones conspirativas¹⁵ que renunciaban de hecho a la difusión del programa y a la intervención en las luchas políticas concretas, y que consideraban que la emancipación de la gran masa de desposeídos podía alcanzarse con la lucha intrépida de un puñado de hombres al margen de la actividad de esa masa. Por ello, era muy importante poner el acento en el carácter propagandístico de la organización, ya que la propaganda era el medio principal para influir en la lucha de los obreros y para organizar y desarrollar los núcleos revolucionarios.

Ciertamente, Marx y Engels encontraron ya en la Liga un amplio espacio para desarrollar esta concepción sobre la organicidad que requería la lucha revolucionaria en esos años. Marx señala que la adhesión de Engels y él "a la adhesión comunista secreta no tuvo lugar sino después de que (sus miembros) aceptaron la condición de que se eliminase de los reglamentos todo lo que favorecía a la superstición autoritaria".¹⁶ En efecto, a diferencia del Estatuto de la *Liga de los Justicieros*, el de la *Liga de los Comunistas* establece una instancia representativa, integrada democráticamente, a quien corresponde lo que se llamaba "el poder legislativo" dentro de la Liga. Asimismo, en el nuevo Estatuto se eliminaban una serie de poderes discrecionales que tenía el Comité Central y se le obligaba a éste a rendir cuentas al Congreso que era la máxima instancia organizativa

¹⁴ Joseph Moll (1812-1849), revolucionario alemán de profesión relojero. Cuando visitó a Marx en Bruselas y a Engels en París, en la primavera de 1847, para invitarlos a ingresar en la Liga de los Justicieros, era uno de los principales dirigentes de ésta. Participó en las insurrecciones de Breda y el Palatinado y murió en junio de 1849 en el combate de la ciudad de Murg. Cf. F. Engels, "Contribución a la historia de la Liga de los Comunistas", op.cit., p.366.

¹⁵ Cf. Bert, Andreas, *La Liga de los Comunistas*. Ediciones de Cultura Popular, México, 1975.

¹⁶ Cf. Lowy, Michael, *La teoría de la revolución en el joven Marx*, op.cit., p.208.

de la Liga.¹⁷

En 1847 era muy escasa la experiencia en materia de organización política obrera. Con la clara excepción de los cartistas ingleses, en casi todos los países europeos había entonces solamente pequeños agrupamientos, círculos de diverso tipo, con distintas posiciones ideológicas, que giraban en su mayor parte alrededor de ciertas personalidades, a veces jefes políticos, otras, simples predicadores.

No obstante, había dos experiencias organizativas, estrechamente vinculadas a las diversas concepciones que predominaban sobre la transformación social y las formas para lograrla. Estas experiencias estuvieron presentes en la creación de la *Liga de los Comunistas* y, en forma expresa, en las ideas sobre la organización partidista que Marx y Engels exponen, por encargo del segundo congreso de la Liga, en el *Manifiesto del Partido Comunista*.

Por una parte, la que reflejaban los blanquistas, quienes sostenían que la revolución sería posible a partir de la acción intrépida de un reducido ejército de hombres bien adiestrados que realizaran una sorpresiva acción insurreccional en las ciudades más importantes. Este ejército se nutriría de los círculos espontáneos de obreros, especialmente artesanos, muchos de ellos proyectos de mutualidades o simples grupos culturales. Años después, Engels señalaría que Blanqui era por encima de todo "un hombre de acción", lo que le hacía creer que "una pequeña pero bien organizada minoría, capaz de intervenir en el momento adecuado, en un intento de viraje revolucionario, puede con sus primeros éxitos atraerse a la masa del pueblo y realizar, de este modo, una revolución victoriosa."¹⁸ A partir de esta visión, la organización blanquista se estructuraba en forma sumamente vertical, cuasi militar, atendiendo siempre a las necesidades del plan insurreccional concreto para el cual Blanqui agrupaba a sus hombres.

Por otra parte, el desarrollo industrial había llevado a los obreros ingleses a la creación de organizaciones de masas, ligadas a la estruc-

17 Cfr. "Estatutos de la Liga de los Comunistas". OME No. 9, op. cit., pp. 399-404. También, M. Lowy, op. cit., pp. 209-210.

18 F. Engels, "Programa de los emigrantes blanquistas de la Comuna" (apareció en el periódico *Volkswacht* el 26 de junio de 1874). En *Socialismo...*, Moscú, t. XVIII, p. 511, (traducción de A. Martínez Verdugo).

19 Samuel Bernsteín afirma que la *Sociedad de las Emociones (Société des Saison)* se organizó, para llevar a cabo la insurrección de 1839, de la siguiente manera: "En el nivel inferior estaba la comuna de siete miembros con un jefe llamado domingo. Un mes tenía cuatro semanas

tura laboral en los grandes centros de la producción moderna y que agrupaban a miles de hombres y mujeres. El amplio movimiento que se desarrolló a mediados de los años treinta, por derechos político-electorales, el de los *cartistas*, pronto se perfiló como un movimiento propiamente obrero,²⁰ apoyado en la incipiente organización gremial de los trabajadores de las grandes industrias inglesas. A partir de la persistente lucha por la *Carta del Pueblo*, surgió el que Engels señaló como el primer partido obrero de la historia.²¹ Efectivamente, la pronta combinación de las demandas de carácter laboral con las políticas, que encarnó el cartismo, hicieron surgir una organización que agrupaba a un gran número de obreros en una lucha política eminentemente democrática.

A los pocos meses de la fundación de la Liga de los Comunistas, y justo en el momento en que se publicaba en Londres el *Manifiesto del Partido Comunista*, estalló el gran movimiento revolucionario europeo, que sometió a una difícil prueba a la nascente organización.

El retorno de muchos exiliados políticos a sus países de origen y la represión que se hizo sentir de inmediato, obligaron a disolver, de veintiocho miembros; veintinueve con el jefe llamado *Julio*. Tres meses componían una estación que, con el hombre de la dirección, *primavera*, alcanzaba ochenta y ocho afiliados. La más alta división, un año, se componía de cuatro estaciones, con un total de treientos cincuenta y tres hombres, entre los cuales se encontraba un agente revolucionario responsable. El proyecto (insurreccional) exigía tres años, o sea, más de mil afiliados. En la cúspide había un trivirato compuesto por Blanqui, Barbés y Bernard; el primero era el jefe supremo." Samuel, *Bernstein, Marx y el blanquismo*, Ed. Siglo XXI Editores España, Madrid, 1975, p.82.

20 En 1844, Engels afirmaba lo siguiente: "En el movimiento cartista, es cambio, es toda la clase obrera la que se pone a pie contra la burguesía y la que ataca, sobre todo, al poder político, a la autoridad legal en que esta se fundamenta." Sobre el surgimiento del cartismo, Engels agrega: "Hay que decir que, en realidad, el cartismo fue desde su nacimiento en 1835 un movimiento que agrupaba principalmente a los obreros, aunque no apareciera todavía claramente destituido de la pequeña burguesía radical. El radicalismo obrero fue entonces de la mano con el radicalismo de la burguesía; la Carta era el santo y seña de ambos; cada año reunía su 'convención nacional' y tenía todas las apariencias de un partido." F. Engels, "La situación de la clase obrera en Inglaterra", en *Escritos de Juventud*, PCE, México, 1961, pp. 472-473.

21 "La revolución industrial había creado una clase de grandes fabricantes capitalistas, pero había creado también otra, mucho más numerosa, de obreros fabriles. Esta clase crecía constantemente en número, a medida que la revolución industrial se iba adueñando de una rama industrial tras otra. Y con su número, crecía también su fuerza, que se demostró ya en 1824, cuando obligó al parlamento a derogar a regañadientes las leyes contra la libertad de coalición. Durante la campaña de agitación por la reforma electoral, los obreros formaban el ala radical del partido de la reforma; y cuando la ley de 1832 les privó del derecho de sufragio, elevaron sus reivindicaciones en la Carta del Pueblo (People's Charter) y se constituyeron en oposición al gran partido burgués que combatía las leyes realistas, en un partido independiente, el partido cartista, que fue el primer partido obrero de nuestro tiempo". F. Engels, "Prólogo a Del socialismo utópico al socialismo científico", en *Obras Escogidas*, t.II, op.cit., p.111.

hecho, el primer Comité Central de la Liga, depositando en Marx sus tareas de dirección y encomendándole restablecer el Comité Central en el lugar y momento en que esto fuera posible. Marx es deportado de Bruselas en marzo de 1848²², por lo que se traslada a París, ciudad de la que años antes había sido expulsado, y que ahora, con el movimiento revolucionario, le abría de nuevo sus puertas.²³ Sin embargo, serán pocos los meses que Marx permanecerá en Francia, pues apenas estalló la revolución en Alemania se traslada a Colonia, en donde funda la *Nueva Gaceta Renana*.

La Liga era para Marx y Engels el intento más importante hasta entonces, de formar un partido comunista con un programa claramente definido y una concepción teórica con bases científicas. *El Manifiesto* es en realidad el primer programa basado en la nueva concepción y, para sus autores, resumía las bases teóricas del comunismo y la táctica del partido.²⁴ *La Nueva Gaceta Renana* fue el instrumento propagandístico más importante de todo este período; en ella se difundieron textos básicos de carácter teórico y se propagó una táctica vinculada a la revolución que estaba en curso; en realidad, se convirtió en el órgano de difusión más importante de la Liga, que llegó a tener un tiraje de seis mil ejemplares diarios, cantidad y frecuencia muy considerables para la época.²⁵

La revolución europea iniciada en 1848 fue definitiva para lograr los avances antes señalados, la oportunidad para poner a prueba la teoría y la táctica del *Manifiesto*, la capacidad de la Liga y las posibilidades del órgano de difusión de la nueva concepción, íntimamente vinculada a la realidad concreta. A este respecto, años más tarde Marx comentaría que mientras la Liga se debilitó en la coyuntura revolucionaria y el "partido obrero" —para usar justamente sus palabras— había caído bajo la dirección de las tendencias democráticas pequetoburguesas, el *Manifiesto*, o sea, la "concepción que la Liga tenía del movimiento", resultó ser la única acertada.²⁶ Engels

²² Véase la carta de Engels al director del periódico *Northern Star*, del 5 de marzo de 1848, en la que relata las condiciones en que Marx y su esposa fueron tomados presos y después expulsados de Bélgica. *OME-9*, op.cit., pag. 213-217.

²³ El primero de marzo de 1848, Ferdinand Flocos, miembro del gobierno provisional francés le escribió: "Brevo y leal Marx! El suelo de la República Francesa es un campo de asilo para todos los amigos de la libertad. La tiranía es desterró. La Francia libre os abre de nuevo las puertas, a usted y todos los que combaten por la santa causa de la fraternidad entre todos los pueblos..." Amaro del Rosal, *Los Congresos obreros...*, op.cit., p.101.

²⁴ Cf. Federico Engels, "Marx y la Nueva Gaceta del Rhin (1848-1849)", op.cit.

²⁵ *Ibid.*

²⁶ Carlos Marx y Federico Engels, "Mensaje del Comité Central a la Liga de los Comunistas

escribiría un año después de la muerte de Marx, que la *Nueva Gaceta Renana*, tomando la bandera de la democracia, le dio a ésta su carácter proletario y logró desarrollar una táctica ligada a las condiciones concretas del desarrollo de la revolución en Alemania.²⁷

Durante los casi dos años que duró la revolución, los autores del *Manifiesto* desarrollaron una intensa actividad política. Además de ser el director y principal redactor de la *Nueva Gaceta Renana*, Marx fue dirigente de varias organizaciones democráticas en Alemania y presidente de la *Asociación Obrera de Colonia*, lugar donde residió principalmente en aquel tiempo. Engels, que era también miembro destacado de esas organizaciones democráticas y colaboraba en la *Nueva Gaceta*, estuvo directamente involucrado en la lucha armada de Baden,²⁸ a partir de lo cual adquirió interés y conocimiento sobre los temas militares, por lo que amigos y familiares le llamaron "el General".

Al ser derrotada la revolución alemana, hacia finales de 1849, la *Nueva Gaceta Renana* es clausurada y Marx expulsado de su país natal. Apenas instalados en Londres, Marx y Engels inician un intenso trabajo con el fin de reorganizar a la *Liga de los Comunistas*, en la idea de que era seguro un próximo estallido revolucionario en varios países. Asimismo, fundan un nuevo órgano de difusión de su política, *La Nueva Gaceta Renana. Revista de Política y Economía* (Neue Rheinische Zeitung. Politisch-Oekonomische Revue), que apareció de enero a octubre de 1850 (seis números en total) y en donde, entre otros escritos, Marx publicó por entregas su conocido estudio de la revolución en Francia.²⁹

De este periodo, Marx y Engels recogen la rica experiencia que produjo la lucha revolucionaria y, en particular, la participación de importantes sectores de la clase obrera durante dos años de revolución. Este movimiento no sólo había desnudado a la sociedad europea, dejando ver y conocer sus distintos componentes y su forma de actuar, sino que había permitido que aflorara la lucha frontal de los obreros contra los capitalistas. "La revolución — escribe Marx — no llegó a ser revolución hasta que no se ganó su nombre *propio* y

(marzo de 1850)", *Obras Escogidas*, t.I, op.cit.

²⁷ Cfr. Federico Engels, "Marx y la Nueva Gaceta del Rin", op.cit.

²⁸ Véase Carta de F. Engels a Jenny Marx del 25 de julio de 1849, en V.I. Lenin, *Acciones y la correspondencia entre Marx y Engels, 1844-1883*, edición Ed. Pueblos Unidos, Montevideo — Ed. Grifalbo, Barcelona, imprenta en España, 1966, pp. 218-219.

²⁹ K. Marx, "Las luchas de clases en Francia", *Obras Escogidas*, t.I, op.cit.

original, y ésto sólo estuvo a su alcance desde el momento en que se destacó en primer plano, dominante, la clase revolucionaria moderna, el proletariado industrial.³⁰ Sólo a partir de que los obreros irrumpen en la escena, se plantea la "subversión de la sociedad burguesa", es decir, el cuestionamiento radical, ya no de una u otra forma de gobierno, sino del capitalismo como tal. Este fue el caso de la insurrección obrera del 25 de junio en París, "la primera gran batalla por el poder" —como diría años después Engels— entre la burguesía y el proletariado.³¹

Independencia de los obreros y organización partidista

En el análisis de aquellos años que hicieron Marx y Engels, una de las más importantes conclusiones fue que en esa desigual lucha en la que participaron los obreros y, en forma más determinante, los obreros alemanes, no habían logrado consolidar su organización y programa propios, es decir, alcanzar su independencia. Tal es el sentido del *Mensaje del Comité Central a la Liga de los Comunistas*, de marzo de 1850.³²

En este documento, escrito bajo la expectativa de un próximo movimiento revolucionario, existe, al igual que en *Las luchas de clases en Francia*, una insistente utilización del término "partido".

En el *Mensaje*, se analizan los sujetos del movimiento revolucionario alemán en su referencia de clase o sector social. Aparecen, así, el "partido feudal" o "partido absolutista feudal"; el "partido democrático" que agrupa a sectores diversos de la burguesía progresista y de la pequeña burguesía alemana; el "partido liberal" de la burguesía aliada a la aristocracia; y, finalmente, el "partido obrero revolucionario".

Aquí, el término *partido* designa en forma específica —que no ambigua³³— a las diversas corrientes del movimiento revolucionario que pusieron en juego sus intereses y demostraron sus fines de clase, así

30 *Ibid.*, pag. 174.

31 F. Engels, "Introducción a *Las Luchas de Clases en Francia*", *Obras Escogidas*, t.I, op.cit. pag. 116.

32 Marx y Engels, "Mensaje...", op. cit.

33 Fernando Claudín sostiene que el manejo del término "partido" por parte de Marx en el *Mensaje* es "ambiguo", tal como ocurría según este mismo autor con "los demás escritores de su tiempo." Cfr. F. Claudín, *Marx, Engels y la revolución de 1848*, op.cit., p.71. En realidad, en los momentos de crisis revolucionaria, como ocurrió en 1848-1849, lo que venían siendo

como a los demás participantes en la lucha. Los partidos eran claramente diferenciados, no solamente por Marx, sino por todos los que intervinieron en la revolución. Las conductas específicas frente a la aristocracia, por ejemplo, definían muy claramente a los diversos partidos.

El *Mensaje* es un documento que tiene muy precisos interlocutores: los dispersos miembros de la *Liga de los Comunistas*, muchos de los cuales habían estado a la cabeza de la lucha insurreccional. Pretende también dar directrices concretas sobre la conducta política que éstos han de asumir ante el nuevo estallido revolucionario que se espera. Y es aquí donde la acepción general de *partido* adquiere precisa concreción.

Veamos con detenimiento el análisis que realizan Marx y Engels sobre la situación que tiene planteada Alemania tras la derrota de la revolución y, en especial, las conclusiones que extraen respecto al partido obrero.

En primer lugar, plantean que la razón de la derrota de la revolución radica en la traición de la burguesía liberal que pactó con la aristocracia. Este hecho deja en pie las demandas fundamentales por las que se produjo el movimiento revolucionario, por lo cual es posible esperar que pronto se presente uno nuevo.

En espera de ese momento, la burguesía radical y la pequeña burguesía democrática buscan agrupar a la mayor cantidad posible de sectores y clases de la sociedad alemana, con el fin de contar con la fuerza necesaria. Por ello, llaman a los obreros a formar un solo "gran partido de oposición". Sin embargo —advierten Marx y Engels— el "partido democrático pequeño burgués" jugará el mismo papel que el "partido liberal", con el ingrediente de que, una vez en el poder, el proletariado será necesariamente el enemigo directo a combatir, tal como sucedió en el junio francés.

Hasta ese momento —expresa el *Mensaje*— el proletariado había caído bajo la dirección de la pequeña burguesía democrática. Marx y Engels consideraron que el debilitamiento de la organización —"primitiva y sólida"— de la *Liga de los Comunistas*, permitió que otro partido asumiera la dirección de los obreros:

agrupamientos ideológicos muy difusos, adquirieron una mayor definición y estructuración políticas e, incluso, organizativas, como requerimiento de la propia lucha revolucionaria. Más sólidamente vemos que en situaciones como aquella es cuando coinciden, hasta cierto punto de manera excepcional, clase y partido.

"Mientras que el partido democrático, el partido de la pequeña burguesía, fortalecía su organización en Alemania, el partido obrero perdía su única base firme, a lo sumo conservaba su *organización* en algunas localidades, para fines puramente locales, y por eso, el movimiento general *cayó por entero bajo la influencia y la dirección de los demócratas pequeñoburgueses. Hay que acabar con tal estado de cosas, hay que restablecer la independencia de los obreros.*"³⁴

Se hace necesario, por tanto, reestructurar la *Liga de los Comunistas*, como la forma para que los obreros cuenten con su organización partidaria propia e independiente, y a través de ésta sean capaces de desplegar su propio programa y establecer sus propias alianzas.

Marx y Engels no hacen una identidad de la *Liga de los Comunistas* y el partido obrero alemán, pero tampoco los conciben separados. La primera es una parte del segundo, su segmento mejor organizado y más resuelto.

Ante la pretensión de la pequeña burguesía de formar junto con los obreros un solo partido, el *Mensaje* insiste en que el proletariado debe lograr su independencia, para lo cual es necesario que cuente con su propio partido, con su organización independiente:

"Lejos de prestarse una vez más a servir de coro y de claqué a los demócratas burgueses, los obreros, y sobre todo la *Liga*, deben esforzarse por levantar, al lado de los demócratas oficiales, una organización propia, pública y secreta, un partido obrero, convirtiendo cada comuna³⁵ en eje y núcleo de asociaciones obreras, en la que se discutan, sin contaminarse con ninguna influencia burguesa, la posición y los intereses del proletariado."³⁶

Marx y Engels habían llegado a la conclusión de que si la *Liga de los Comunistas* hubiera tenido una mayor capacidad de cohesión orgánica, de no haberse disuelto ésta en el movimiento, el "partido obrero" habría sido, en unos casos, más eficaz en su lucha y, en otros, habría evitado perder su identidad. Por ello, en ese momento, en el que se esperaba una nueva revolución —lo cual hay que tener siempre presente—, les preocupa específicamente la reorganización

34 Marx y Engels, "Mensaje...", *op. cit.*, p. 100. (El subrayado es nuestro. BCE)

35 Se refieren a las comunas de la *Liga de los Comunistas*, que eran las organizaciones básicas de ésta. Cfr. "Estatutos de la Liga de los Comunistas", *op. cit.*

36 Marx y Engels, "Mensaje...", *op. cit.*, p. 105.

de la Liga, como una tarea indispensable para la preparación de las fuerzas obreras.

En términos más generales, la importancia que tiene el *Mensaje* de marzo es la conclusión, extraída de la experiencia de las revoluciones de 1848, de que la *organización de partido* es el arma fundamental para lograr la independencia política de la clase obrera. Ya no se trata solamente de la toma de partido a que se refería Marx en 1844, o sea, no es sólo el reconocimiento y la adhesión a las luchas reales que expresaban los intereses obreros, sino la formación del partido obrero como organización política específica, como instancia de autorreconocimiento del proletariado como clase diferenciada del resto de la sociedad. Aquí, la conciencia de esta diferenciación es la única base sobre la cual la clase obrera puede, primero, conocer realmente al resto de los componentes de la sociedad y, después, establecer sus alianzas —como acuerdos entre entidades diferentes— y definir su manera de actuar políticamente en determinadas circunstancias, es decir, aplicar una táctica política.

Las experiencias revolucionarias en la Europa de la mitad del siglo XIX, pusieron de relieve no sólo la necesidad de integrar las organizaciones políticas obreras propiamente dichas, lo cual había ocurrido hasta cierto punto en años anteriores, sino también la definición de partido proletario. Este no debía limitarse a intervenir en la lucha política según los medios de acción ya conformados, sino crear sus propios medios.

En el análisis de Marx y Engels, destaca la idea de que el proletariado no se organiza alrededor del Estado, pero se reconoce a sí mismo en la medida en que se contrasta y confronta con éste. El partido independiente es una forma de acción y, al mismo tiempo, de conocimiento; es la manera de relacionarse activamente en la comprensión de la sociedad y del Estado. Esto se deriva de que la manera de conocer de cada clase tiene formas precisas y diferenciadas. El proletariado se ve a sí mismo en la medida en que logra ver la conducta política de los representantes de otras clases. Para ello requiere, desde su propia ubicación, de una clara y definida postura.

El planteamiento de ellos no es en forma alguna sectario. No

37 En un *Mensaje* posterior, fechado en Londres en junio de 1850, el Comité Central hace un recuento pormenorizado de las fuerzas y el nivel organizativo de la Liga en los diferentes países en los que actúa. Cfr. K. Marx, et al. *De la Liga de los Justos al Partido Comunista*, Ed. Roca, México, 1973.

solamente consideran a su organización, la Liga, como parte integrante del "partido obrero", sino que —plantean— mediante la conformación de éste, el proletariado puede hacer sus propias alianzas, es decir, alcanzar su propia táctica, como expresión de la unidad entre un conocimiento propio, de clase, y los medios de la acción política. Así, la identidad entre el programa y la actividad concreta se logra mediante el "partido obrero".

Aquí surge también otro problema. Los partidos burgueses, pequeñosburgueses y de la aristocracia se definen en torno al Estado y a la legalidad de éste. Aun la actividad secreta o ilegal de éstos, en determinadas circunstancias, no los aleja de una definición central en los términos de la existencia dada del Estado. El partido obrero, en la concepción de Marx y Engels, aprende y actúa de acuerdo con otro patrón, en la medida en que representa, o puede representar, el rompimiento más profundo de lo establecido. En esta visión, el rompimiento radical de *cadenas radicales*³⁸ es, a la vez, una forma de conocer y una manera de actuar.

Por ello, el partido obrero abre un camino de emancipación. La independencia del proletariado no está dada en forma natural o automática, ni tampoco en los términos de la difusión de una doctrina. Se requiere la conjunción de los medios del conocimiento y de la acción política, ya que unos y otros no están definidos de antemano.

La separación política entre el proletariado y la burguesía o la pequeñaburguesía fue señalada por otros dirigentes obreros de la época, pero a partir de premisas diferentes, generalmente sectarias y doctrinarias. En la concepción de Marx y Engels, la independencia del partido obrero no es gremialista, como tampoco para mantener la pureza de algunos postulados doctrinales. Se trata, por el contrario, de una conclusión enteramente práctica y política. Es el producto de un análisis realizado cuando los intereses de las clases y sus conductas políticas son más nítidas: el momento de la crisis, la circunstancia de la revolución. Es entonces cuando cualquier doctrina es insuficiente, pues los acontecimientos revelan una riqueza insospechada. Ahí, la sociedad y el Estado son conocidos sin dobleces o entrevelos.

³⁸ Para Marx la posibilidad de la *emancipación alemana* reside en la constitución de una *clase con cadenas radicales*, en la que se resume la injusticia a secas. Esa clase es el proletariado. Cf. K. Marx, "Crítica de la filosofía del derecho de Hegel", *ONE*, num. 5, México, Ed. Grijalbo, 1976, p. 222.

En las conclusiones que gradualmente van elaborando toma la palabra la experiencia misma. Es una manera de conocer desde el interés de una clase definida, pero es también el sentido práctico al que orillan las convulsiones políticas. Todo el trabajo de Marx y Engels en la *Nueva Gaceta Renana* está vinculado al impulso de una fuerza concreta, a los grandes problemas de las revoluciones en curso. Allí es donde se desarrollan sus concepciones sobre el partido obrero, siempre a partir del estudio de la conducta y tendencias de los demás partidos.

Expectativas revolucionarias y el fin de la Liga

Por las mismas razones que propusieron la reorganización de la *Liga de los Comunistas*, Marx y Engels impulsaron, al mismo tiempo, junto con dirigentes blanquistas y de la izquierda cartista, la formación de lo que llamaron *Liga Universal de los Comunistas Revolucionarios*.

En otro *Mensaje del Comité Central a la Liga de los Comunistas*, éste fechado en junio de 1850, además de exponer con cierto detalle la situación de la Liga, se informaba que el Comité Central mantenía relaciones con grupos revolucionarios de Francia, Inglaterra y Hungría:

"Entre los revolucionarios franceses, se ha unido a nosotros, sobre todo, el verdadero partido proletario, que tiene por jefe a Blanqui (...). Los jefes del partido cartista revolucionario mantienen asimismo relaciones regulares e íntimas con los delegados del Comité Central. Sus periódicos están a nuestra disposición (...). El Comité Central está igualmente en relaciones con el partido más avanzado de los emigrados húngaros."

Estas estrechas relaciones con dirigentes de la *Sociedad Republicana Central* (fundada por Blanqui en 1848) y de los *Demócratas Fraternal* (cuyo dirigente principal era entonces Julian Harney) condujeron a la creación de la *Liga Universal* que precisó objetivos políticos y estableció algunas normas organizativas, entre ellas, la

³⁹ Amaro del Rosal, *Los Congresos Obreros...*, op.cit., p.118. Por este mensaje podemos saber que la Liga mensajó después de la revolución "comunista" en Bélgica, Francia, Suiza y, principalmente, en Alemania e Inglaterra, país de éste último en que, además, residía el Comité Central reconstituido.

creación de un comité central y la exigencia de que las decisiones deberían tomarse siempre mediante las dos terceras partes de los votos.

Unida alrededor de propósitos muy generales que, sin embargo, sintetizaban las conclusiones principales que Marx y Engels extrajeron del proceso revolucionario del 48, esta organización secreta buscaba coordinar la actividad de revolucionarios de diversos países con vistas al levantamiento revolucionario que consideraban inminente.

Tal y como había sido expresado en el *Mensaje* de marzo de 1850, la siguiente revolución pondría en primer plano a la clase obrera, por lo cual era indispensable subrayar los objetivos revolucionarios de esta clase. Por ello, la *Liga Universal* sintetizaba en su estatuto:

"Art. 1o. El objetivo de la asociación es el derrocamiento de todas las clases privilegiadas para someterlas a la dictadura del proletariado, que llevará a cabo la revolución permanente hasta que se llegue al comunismo, forma definitiva de organización de la familia humana."⁴⁰

Esta *Liga Universal*, hasta donde se sabe, en realidad no llegó a actuar y tuvo una muy breve existencia, ya que fue fundada en la primavera de 1850 y declarada disuelta por Marx, Engels y Harney a principios de octubre de ese año. Sin embargo, es significativa pues revela, por una parte, qué fuerzas después de la revolución eran consideradas por Marx y Engels "tendencias del partido comunista revolucionario" y, por la otra, expresa las ideas de éstos sobre la naturaleza del instrumento comunista que era necesario para encauzar la revolución que esperaban.

El estatuto también señalaba:

"Art. 2o. Para alcanzar esta meta, la asociación formará un lazo de solidaridad entre todas las tendencias del partido comunista revolucionario, haciendo caso omiso de todas las limitaciones nacionales de acuerdo con el principio de la hermandad republicana."⁴¹

Este pacto entre dirigentes —que no entre las organizaciones que

40 David Ferbach, *Marx: una lección política*, México, Ed. Era, 1979, p.73.

41 *Ibid.*

ellos representaban—⁴² pretendía crear un nuevo agrupamiento, lo cual también permite deducir que siendo tendencias diferentes las de blanquistas, cartistas y líderes de la *Liga de los Comunistas*, los objetivos comunes, especialmente el planteamiento de la dictadura del proletariado y las expectativas revolucionarias del momento, eran suficientes para crear un mecanismo de colaboración permanente.

Después de la revolución, las fuerzas de Blanqui quedaron prácticamente disueltas. A principios de 1849, en el resonado proceso de Burgos, junto con una docena de importantes dirigentes revolucionarios, Blanqui había sido condenado a diez años de prisión. Este hecho, junto a la situación creada en Francia como producto del golpe de Estado de Luis Bonaparte, impidió la actuación de toda clase de opositores y especialmente de aquellos identificados con el "temible Blanqui", muchos de los cuales, por lo demás, habían sido expulsados de su país.⁴³

Por su parte, aunque la dirección de la *Asociación Nacional de la Carta* había pasado a manos de los líderes de izquierda Ernest Jones y Julian Harnay, el movimiento vivía su etapa de reflujo definitivo. Los cartistas habían intentado en 1848, por tercera y última ocasión, una "petición nacional" de la Carta del Pueblo, sin haber podido alcanzar ningún resultado. Aquellos que, bajo el influjo de las insurrecciones en el continente, pensaron en una revolución en Inglaterra, como forma de lograr sus aspiraciones políticas, ante la evidente debilidad abandonaron pronto sus intentos conspirativos.⁴⁴

Hacia finales de 1850, Marx y Engels llegan a la conclusión de que se había disipado toda posibilidad de un nuevo ascenso revolucionario. En esos momentos, no sólo había un estado de desánimo generalizado en la población que había participado en los movimientos insurreccionales y una situación de desorganización o "descabezamiento" a causa de la persecución, expulsión o encarcelamiento de los líderes revolucionarios. Mientras sólo existían estos hechos, podía esperarse una recuperación y, por tanto, un nuevo estallido revolucionario; para ésto, la reagrupación de los contingentes obreros y, en particular, la reorganización de la *Liga de los Comunistas*, tenían un

⁴² El estatuto está firmado a título personal por: Adam y J. Vidil (blanquistas); J. Harnay (cartista); Marx, Engels y A. Wiltich (de la Liga de los Comunistas). Este comité fundador se constituyó, de acuerdo con el estatuto, en el comité central de la nueva Liga. Cfr. *Ibid*

⁴³ Cfr. S. Barstow, *Blanqui y el blanquismo*, op.cit., ps.209-210.

⁴⁴ Cfr. G. D. H. Cole, *Historia del pensamiento socialista*, t.I, México, FCE, 1964, ps. 152-154.

claro sentido.

Pero ahora había un nuevo elemento, que para Marx y Engels era definitivo en el abandono de las expectativas revolucionarias: la recuperación económica europea.

En la "Introducción" a *Las luchas de clases en Francia*, escrita en 1895, Engels resume esa conclusión, que sería confirmada por Marx en sus estudios económicos de la década de los 50, y que demostraba:

"...que la crisis del comercio mundial producida en 1847 había sido la verdadera madre de las revoluciones de Febrero y Marzo, y que la prosperidad industrial, que había vuelto a producirse desde mediados de 1848 y que en 1849 y 1850 llegaba a su pleno apogeo, fue la fuerza animadora que dio nuevos bríos a la reacción europea otra vez fortalecida. Esto fue definitivo."⁴⁵

Engels reconoce que todavía los tres primeros apartados del escrito de Marx, están escritos bajo la premisa de una próxima revolución. En la parte última de resumen, redactada por ambos, se encuentra ya la nueva posición:

"Bajo esta prosperidad general, en que las fuerzas productivas de la sociedad burguesa se desenvuelven todo lo exuberantemente que pueden desenvolverse bajo las condiciones burguesas, no puede ni hablarse de una verdadera revolución. Semejante revolución sólo puede darse en aquellos periodos en que estos dos factores, las modernas fuerzas productivas y las formas burguesas de producción incurren en mutua contradicción.(...) Una nueva revolución sólo es posible como consecuencia de una nueva crisis. Pero es también tan segura como ésta."⁴⁶

A partir de esta conclusión, era evidente que la conducta política de los revolucionarios debía cambiar para adaptarse a las nuevas condiciones. Así como el curso mismo de la revolución había exigido el diseño de una táctica estrechamente vinculada al desarrollo de los acontecimientos específicos de cada país, ahora la nueva situación exigía otra política y otras formas de lucha. El cambio en los términos de la confrontación, como producto de la derrota de las revoluciones de 1848, tenía, en consecuencia, efectos directos sobre el tipo de

45 F. Engels, "Introducción...", op. cit., p.114.

46 K. Marx, "Las luchas de clases en Francia", op. cit., p.234

organización que requerían los revolucionarios para alcanzar sus objetivos.

La postura de Marx y de Engels produjo un áspero debate dentro de la *Liga de los Comunistas*.⁴⁷ Algunos de los dirigentes de ella, que habían estado directamente involucrados en la lucha insurreccional en Alemania, no sólo no compartieron esa visión, sino que resurgió en ellos su vocación conspirativa.

En efecto, el ambiente político posrevolucionario en Europa abrió nuevamente espacio a toda clase de fantasías conspirativas. A estos proyectos se sumaban ahora los demócratas pequeñoburgueses derrotados, muchos de los cuales configuraron gobiernos revolucionarios en el exilio.

Las discrepancias dentro de la Liga llevaron a la escisión. Después del debate del 15 de septiembre de 1850, Marx y Engels lograron trasladar la sede del Comité Central a la ciudad alemana de Colonia. Por su parte, Willich y Schapper, dirigentes de la Liga que habían mantenido la postura contraria a la de Marx y Engels, tras expulsar a éstos, mantuvieron en condiciones cada vez más difíciles a la Liga, cuyo Comité Central residió en Londres, hasta principios de 1853.

Frente a esta división de los comunistas alemanes, los blanquistas y los revolucionarios húngaros residentes en Londres, tomaron partido por el grupo de Willich y Schapper, hecho que repercutió de inmediato en la *Liga Universal de los Comunistas Revolucionarios*, lo cual explica por qué Marx, Engels y los cartistas la dieron por disuelta. Por lo demás, es claro que para ellos esta organización también carecía de sentido, una vez que habían desaparecido las posibilidades

47 Pocos años después, Marx hará públicos los términos de aquel debate, y escribirá, refiriéndose a quienes afirmaban que se había tratado de una disputa personal, que textualmente él había dicho: "...en lugar de una concepción crítica, la minoría coloca una concepción dogmática, en lugar de un punto de vista materialista, un punto de vista idealista. En sustitución de las condiciones objetivas, hace del puro arbitrio el resort de la revolución. Mientras que nosotros nos dirigimos a los trabajadores: debéis atravesar 15, 20, 30 años de guerra civil y de luchas populares no sólo para mudar la condición de las cosas, sino también para cambiarlos a vosotros mismos y haceros capaces de ejercer el poder político, vosotros decís en cambio: debéis llegar como sea al poder, si no pongámonos a dormir. En tanto que hacemos ver, especialmente a los trabajadores alemanes, el estado atrozado del proletariado alemán, vosotros os volvéis de la manera más torpe al sentimiento nacional y los prejuicios de clase de los artesanos alemanes, lo que es ciertamente más popular. Así como los demócratas han hecho de la palabra pueblo una especie sacrosanta, así vosotros hacéis con la palabra proletariado. Como los demócratas, preferís al desarrollo revolucionario la palabra: revolución." *Véase: K. Marx, Atribuciones sobre el proceso de los comunistas de Colonia*, Buenos Aires, Ed. Lautaro, 1946, p.94.

de una revolución próxima.

Organización secreta u organización conspirativa

En medio del reflujo y cerrazón política que se vivió en Europa tras la convulsión revolucionaria, poco después del traslado de la sede del Comité Central de la *Liga de los Comunistas* a Colonia, el gobierno prusiano montó un ruidoso proceso judicial, precisamente en aquella ciudad, contra varios de los dirigentes "del partido de Marx" — como le llamó la policía —, acusados de "*conspiración de alta traición contra el Estado prusiano.*"

En un extenso manuscrito titulado *Revelaciones sobre el proceso de los comunistas de Colonia*⁴⁸, Marx buscó demostrar la falsedad del juicio, en el cual fueron condenados a prisión varios miembros de la Liga.⁴⁹ Para él, este proceso contra una fuerza, por demás débil y golpeada, no había tenido otro objetivo que la advertencia intimidatoria a la burguesía liberal alemana.

A la vez, Marx expresó con dureza su convicción de que la persistencia en actividades o, incluso, en las simples actitudes conspirativas de algunos revolucionarios, fundamentalmente franceses y alemanes en las que se vió involucrado el grupo escindido de Willich y Schapper, habían dado materia a las falsas acusaciones de la policía prusiana contra la parte de la Liga que él dirigía y que se rehusaba a enrolarse en lo que Engels llamó irónicamente "la fábrica de las revoluciones".

En el severo juicio de sus antiguos compañeros de Liga, Marx llega a afirmar que "la fracción hace causa común con la policía, tanto con su silencio como con su charla. Cuando interviene, directa o indirectamente en el proceso, lo hace como testigo de su Majestad."⁵⁰

Si bien, años más tarde, Marx estuvo tentado a quitar de una nueva edición de las *Revelaciones* sus ásperas referencias a los exdirigentes

⁴⁸ *Ibid.*

⁴⁹ En la introducción escrita en 1885 para la tercera edición del libro de Marx *Revelaciones...*, titulada "Para la historia de la Liga de los Comunistas", Engels da la lista de los doce comunistas acusados y los años de prisión a que fueron condenados: "...después del debate público que tuvo lugar ante los jurados, desde el 4 de octubre hasta el 12 de noviembre de 1852, fueron condenados: Roser, Bürgers y Nothjung, a seis años de prisión; Reiff, Otto, Becker, a cinco años de la misma pena; Lassar, a tres; Daniels, Klein, Jakoby y Herbardt, fueron absueltos." En *Ibid.*, pp.33-34.

⁵⁰ *Ibid.*, p.164.

de la Liga, en el agregado que hizo en 1875 a su libro, explica:

"La violenta derrota de una revolución deja en las cabezas a sus actores, en especial a los que han sido exiliados, cierta vibración que hace, aun a personas de mucho valor, por así decirlo, incapaces de un juicio sano, y ello por un tiempo más o menos largo. No pueden reintegrarse más al curso de la historia y no quieren comprender que la forma del movimiento cambió. De ahí juegos de conspiraciones y de revoluciones, igualmente comprometedores para sí mismas y para la causa en pro de la cual se hacen; de ahí asimismo los errores de Willich y de Schapper."⁵¹

Para Marx, lo mismo que para Engels (el cual expresó en un artículo ideas muy similares a las expuestas por Marx en su libro),⁵² el hecho de que la situación política hubiera cambiado, implicaba necesariamente que las formas de organización fueran modificadas. Es por ello que, en ese tiempo, ambos tuvieron que expresar con mayor claridad su visión sobre las formas organizativas del partido obrero y sus discrepancias con las agrupaciones conspirativas que, como hemos señalado, resurgían entonces con vigor por una suerte de inercia revolucionaria.

Unos años antes del proceso de los comunistas de Colonia, en 1850, Marx había escrito en la Nueva Gaceta Renana (Revista Económico-Política) una aguda descripción polémica de aquellos a los que la derrota de la revolución llevaba a formas desesperadas de lucha y a la pérdida de visión política en las nuevas condiciones:

"...los conspiradores profesionales no se satisfacen con organizar al proletariado revolucionario. Su misión consiste en adelantarse al proceso revolucionario, empujarlo artificialmente a la crisis, hacer la revolución de improviso, sin que existan las condiciones necesarias. La única condición de la revolución, a su juicio, es una buena organización del complot. Son los alquimistas de la revolución y comparten plenamente con los antiguos alquimistas la confusión y estrechez de sus obsesiones. Se entusiasman con inventos llamados a producir milagros revolucionarios: bombas incendia-rias, máquinas infernales de mágico poder destructivo,

⁵¹ *Ibid.*, p. 191

⁵² Cfr. el artículo de Engels titulado "El reciente proceso de Colonia", publicado en diciembre de 1852 en el *New York Daily Tribune*, el cual está firmado: K. Marx. En *Marx-Engels, Obras Escogidas*, tomo IV, Argentina, Ed. Ciencias del Hombre, 1973.

motines tanto más espectaculares cuanto menos condiciones razonables existen para éstos. Ocupados con la confección de semejantes proyectos, no tienen más que un objetivo inmediato, el derrocamiento del gobierno existente, y menosprecian profundamente la labor de carácter más teórico encaminada a instruir a los trabajadores sobre sus intereses de clase... a medida que el proletariado de París pasó a primer plano como partido, estos conspiradores comenzaron a perder influencia como dirigentes."⁵³

Marx y Engels analizan el hecho de que para el "partido obrero continental", es decir, para todo ese amplio movimiento proletario que se expresó a través de diversas agrupaciones, periódicos, clubs, que levantó barricadas y marchó por todas las grandes ciudades de la Europa convulsionada, el fracaso de la revolución le llevó inmediatamente a la pérdida de lo que había conquistado durante aquellos años de 1848 y 1849. Ahora, tras la derrota, carecía de libertad de expresión, pues sus imprentas y periódicos eran clausurados; carecía de libertad de asociación, ya que sus organizaciones y sus dirigentes eran perseguidos; carecía, por tanto, de "los medios legales para la organización del partido".⁵⁴

Fue esta situación la que obligó a las organizaciones políticas a actuar en forma secreta, y especialmente a los grupos obreros, los cuales carecían de otros medios para subsistir:

"Al partido proletario — escribe Marx —, después de 1848, no le quedó libre más que un sólo camino: el de la asociación secreta. Después de 1849 surgieron, pues, en el continente toda una serie de uniones proletarias secretas, descubiertas por la policía, condenadas por los jueces, destruidas por las cárceles, y por la necesidad de las cosas, continuamente reconstruidas."⁵⁵

⁵³ Este artículo es una reseña escrita por Marx de dos libros aparecidos en París aquel año. Uno, de A. Cherna, titulado "Los Conspiradores", y otro, de Lucien de la Hodde, "El nacimiento de la República en febrero de 1848". La reseña apareció en el número 4 de la Nueva Gaceta Rusana (Revista Económico-Política). K. Marx y F. Engels, *Sochinenia* (obras en ruso), Moscú, T. VII, op. cit., pp. 287-290. Citado también en F. Claudin, *Marx y Engels y la revolución de 1848*, op. cit.

⁵⁴ K. Marx, *Revoluciones...*, op. cit., p. 161

⁵⁵ A diferencia de lo que le sucedió a las organizaciones obreras, escribe Marc "Los liberales burgueses y los democráticos pequeños-burgueses encontraron la forma, no obstante la reacción, y a causa de la posición ocupada por las clases que esos partidos representaban, de reunirse en una u otra forma, para defender más o menos vigorosamente sus intereses comunes." *Ibid.*

Ante esta situación, Marx y Engels vuelven a insistir en lo que habían puesto de condición para formar la *Liga de los Comunistas*. La situación política prevaleciente entonces, obligaba de nuevo a adoptar formas clandestinas de organización lo cual sin embargo no debía confundirse con la actividad conspirativa.

Por el contrario, la mayoría de las organizaciones obreras revolucionarias de Europa debían mantener un carácter propagandístico, aunque sus actividades tuvieran que ser secretas, debido a que sus objetivos, tras la derrota de la revolución, no eran por el momento alcanzables. Había, por tanto, que distinguir entre los medios de lucha, que son los que determinan el carácter legal o secreto de una asociación y que dependen de la situación política general, y los fines que se persiguen y que son posibles de alcanzar, en función de los cuales una organización es propagandística o conspirativa.

En relación con esto último Marx y Engels son tajantes, pese a la resistencia que su postura provocaba: después de 1848, no sólo era improbable una nueva revolución, sino que la derrota había dejado aún en pie la necesidad de transformaciones que precedían a la conquista de la emancipación del trabajo. Dado que en una mayoría de países de la Europa de entonces la democracia liberal, como representante de la pequeña burguesía en ascenso, y también de sectores de la propia burguesía, no había podido hacerse del poder del Estado, éste aún había quedado en manos de la aristocracia.

Este hecho era lo que hacía que los objetivos del partido obrero no fueran entonces alcanzables.

"La experiencia revolucionaria de 1848-1849 — escribe Engels — ratificó los argumentos teóricos que permitieron llegar a la conclusión de que, antes de que la clase obrera comunista pueda confiar en implementar su poder mediante una lucha ininterrumpida y suprimir el sistema de esclavitud asalariada que la mantiene bajo el yugo de la burguesía, debe tocarle el turno a la democracia burguesa."³⁶

Fue esta conclusión la que llevó a Marx y a Engels a pugnar porque la *Liga de los Comunistas*, cuya actuación fundamental estaba en Alemania, evadiera caer, como su antecesora la *Liga de los Justicieros*, en la actividad conspirativa, ya que ésta "no podía tener como

36 F. Engels, "El reciente proceso de Colonia" op.cit., p.279.

finalidad inmediata el derrocamiento de los gobiernos existentes en Alemania. Esa organización no fue creada para derrocar a esos gobiernos, sino al gobierno insurreccional que tarde o temprano debía sustituirlos.⁵⁷

Los miembros de la Liga habían dado su aporte a la lucha insurreccional ocurrida, y de darse un nuevo movimiento lo volverían a hacer. Sin embargo, para los autores del *Manifiesto*, correspondía a "las condiciones generales de las cosas" tanto como a "las clases directamente interesadas" el preparar esa nueva revolución y, por tanto, "conspirar e intrigar".⁵⁸ El partido obrero sólo debía intervenir a través de la "difusión secreta de las ideas comunistas entre las masas."⁵⁹ De ahí su carácter propagandístico.

Marx y Engels no niegan en términos absolutos la actividad conspirativa. Por el contrario, Engels escribe explícitamente: "...sería un cobarde quien en determinadas circunstancias no organizara conspiraciones, así como sería una tontería hacerlo en otras circunstancias."⁶⁰

Ahí donde los términos de la lucha estuvieran ya planteados directamente contra la burguesía, la actividad conspirativa adquiría sentido. En tal caso, ya no se trataría de acciones voluntaristas de pequeños grupos, al margen de las masas, ni de un movimiento que finalmente sólo beneficiaría a las clases propietarias, sino de un requerimiento derivado de las condiciones existentes para alcanzar los objetivos propios del partido obrero.

"Una parte de estas sociedades secretas — escribe Marx — apuntaba directamente a la ruina del Estado existente. Esto era lógico en Francia, donde el proletariado había sido vencido por la burguesía y el ataque contra el gobierno existente coincidía de modo inmediato con el ataque contra la burguesía."⁶¹

Como se recordará, Marx se refiere al junio francés de 1848, cuando el desarrollo de la revolución de febrero había puesto al proletariado parisiense en la posibilidad de asumir la dirección del movimiento insurreccional contra una burguesía atemorizada ante

57 *Ibid.*

58 K. Marx, *Revelaciones...*, op.cit., p.162.

59 F. Engels, "El reciente proceso de Colonia", op.cit., p.279.

60 *Ibid.*, p.278.

61 K. Marx, *Revelaciones...*, op.cit., p.161.

las fuerzas que ella misma había desatado.

A diferencia de lo ocurrido en Francia, en Alemania no se había producido el enfrentamiento entre esas dos clases. Aquí, la burguesía, aliada con la aristocracia, se enfrenta y logra someter a la pequeña burguesía democrática que era la que en aquellos momentos encabezaba la lucha contra el *status quo*. Como hemos visto, en ese proceso la clase obrera alemana, a diferencia de la francesa, no logra aparecer en la escena revolucionaria como una fuerza independiente, con proyecto propio, que llevara la lucha al plano de la confrontación directa con la burguesía.

Al parecer, es por ello que Marx y Engels consideraban válidas —ciertamente en forma implícita— tanto la lucha como las formas de organización conspirativas que mantenían en esos años los seguidores del revolucionario francés August Blanqui, mientras que luchaban enérgicamente contra quienes, desde el exilio político, se enrolaban en intrigas al lado de la impotente democracia liberal alemana. Ahora, lo mismo que dos años antes, cuando aún se esperaba una próxima revolución, lo fundamental para Marx y Engels es el análisis de las nuevas condiciones creadas, para poder derivar de ahí la conducta política revolucionaria que asegurara la independencia de la clase obrera.

En aquellas circunstancias, los “juegos conspirativos” en los que se empeñaba una parte de la *Liga de los Comunistas* implicaban un sometimiento del partido obrero a intereses de otros partidos. Por el contrario, defender el carácter propagandístico de la Liga, ponía en el centro el desarrollo y difusión del programa de la clase obrera y la formación de su instrumento organizativo. Por eso, Marx escribe:

“Se comprende que una sociedad secreta de ésta índole (se refiere a la *Liga de los Comunistas*), que miraba, no a la formación del gobierno del futuro, sino, en cambio, a la del partido de oposición del futuro, no podía ofrecer una gran atracción para individuos que, por un lado, procuraban exaltar la propia nulidad bajo el manto teatral de la conspiración, y por el otro, querían satisfacer el propio orgullo limitado en el día de la próxima revolución, pero que por el momento parecían atareados en tomar parte en el botín de la demagogia y en ser bien considerados por los chillones de la democracia.”

Es conocido el hecho de que aquel episodio de principios de los años cincuenta, que abarca, primero, la división de la *Liga de los Comunistas* y, poco después, el proceso de Colonia, con lo cual se disuelve la organización, les molestó tanto a Marx y Engels y les produjo tal desgaste político (y quizá también personal), que poco después de todo ello, se congratulaban con frecuencia del aislamiento en que habían quedado y de las nuevas posibilidades de trabajo intelectual que les proporcionaba el no pertenecer, ahora, a ninguna organización política.⁶³

Sin mayor base, se ha querido extraer de esto una postura general, en los autores del *Manifiesto*, de privilegio a la actividad teórica y menosprecio a la militancia de partido. En realidad, lo que sorprende es con cuánta determinación consideraron concluida, por el momento, la misión de su agrupamiento, a través del cual habían logrado intervenir en la gran convulsión europea de esos años y articular el primer programa que correspondía a la concepción que ellos fundaran.

El rompimiento político de Marx y Engels se produce con los exiliados alemanes, quienes desde fuera inventaban nuevos ascensos revolucionarios y se implicaban en conspiraciones.⁶⁴ Pero es también consecuencia de la crítica de una estructura político-organizativa específica en la que había devenido la Liga cuando la revolución política había dejado el paso al auge económico durante los dos siguientes decenios. "Por la década de los 1860 —comenta Hobsbawm— las esperanzas de Marx eran inclusive a largo plazo".⁶⁵

63 "No sólo debemos abstenernos de ocupar ningún puesto estatal —escribía Engels a Marx—, sino que, mientras sea posible, tampoco debemos aceptar ningún puesto oficial en el partido, ningún cargo en comités, etcétera, ninguna responsabilidad por lo que hagan los años, una crítica implacable con relación a todos, y luego ese humor del que no nos pueden privar todos los 'complots' de esos brutos. Y esto podemos hacerlo. En el fondo siempre podemos ser más revolucionarios que estos amantes de la frase, porque nosotros hemos aprendido algo, y ellos no; porque nosotros sabemos lo que queremos, y ellos no; porque después de lo que hemos visto durante los últimos tres años, lo percibiremos todo con mucha más sangre fría que quienes se hallan personalmente interesados en el asunto. Lo principal en el momento presente es la posibilidad de publicar nuestras cosas..." En V.I. Lenin, *Acotaciones...*, op.cit., p.236.

64 "Cada vez me convengo más —escribía Engels a Marx en febrero de 1851— de que la emigración es un instituto gracias al cual cada persona debe convertirse inevitablemente en estúpido, o simplemente en un pillo, si no rompe completamente con ella y no se satisface con la situación de escritor independiente que no tiene nada que ver en absoluto con el llamado 'partido revolucionario'. Es una auténtica escuela de maledicencia e infamia en la que el último año se convierte en primer salvador de la patria." *Ibid.*, p.235.

65 E.J. Hobsbawm, *La era del capitalismo* (1), Madrid, Ediciones Guadarrama, p.10.

Después de que las esperanzas revolucionarias se habían desvanecido, era el momento de la recapitulación de toda la rica experiencia de las convulsiones políticas europeas y, al mismo tiempo, de estudiar las formas en que el capitalismo lograba adecuarse a nuevas situaciones y superar sus propias crisis. La reflexión sobre el pasado reciente y el análisis de los nuevos procesos socio-económicos, fueron considerados por Marx y Engels como tareas de partido, aun cuando carecían de organización específica. Mas, al mismo tiempo, estaban ciertos de que tarde o temprano tendrían que regresar al mundo de las relaciones político-organizativas concretas conforme la realidad les llevara a ello.⁶⁶

Para Marx y Engels, en realidad, concluía sólo el *primer capítulo*. El movimiento de los trabajadores les daría, poco tiempo después, enorme materia para proseguir su trabajo político-organizativo.

⁶⁶ "A partir de ahora — escribió Engels a Marx el 13 de febrero de 1851 —, somos responsables solamente ante nosotros mismos, y cuando llegue la hora en que esos señores nos necesiten, podremos imponerles nuestras propias condiciones". En *Acciones...*, op.cit., p.237.

Este capítulo trata de la introducción de la programación lineal en un curso de matemáticas. El objetivo principal es proporcionar a los estudiantes una comprensión clara de los conceptos básicos de la programación lineal, así como de su aplicación en problemas del mundo real. El capítulo comienza con una breve historia de la programación lineal, seguida de una definición formal de un problema de programación lineal. Se discuten los componentes clave de un problema de programación lineal, como la función objetivo, las restricciones y las variables de decisión. Se presentan ejemplos de problemas de programación lineal en contextos como la producción industrial, la logística y la asignación de recursos. El capítulo también introduce el método gráfico para resolver problemas de programación lineal en dos variables, así como el método del punto interior para problemas en más variables. Se concluye el capítulo con una discusión sobre la importancia de la programación lineal en la optimización de recursos y la toma de decisiones.

CAPÍTULO II

La Internacional: un nuevo momento político, una nueva organización

Desde la desaparición de la *Liga de los Comunistas*, ocurrida en 1852, transcurrieron más de diez años, en los que Marx y Engels carecieron de organización, sin que por ello abandonaran la actividad política. A pesar de que fueron, como se sabe, los años en que Marx realiza su exhaustiva investigación económica, que dará por resultado la elaboración de su más importante obra, *El Capital*, a través de sus innumerables artículos periodísticos elabora buena parte de su obra política, que busca incidir en el largo proceso que se dio por la construcción de estados nacionales y en los movimientos de liberación anticolonialista.

Durante estos años y como resultado de la derrota de la revolución de 1848, el movimiento político de los obreros prácticamente no existió. Tras varios intentos por mantenerse, el cartismo desaparece hacia finales de los años cincuenta.¹ En Francia y Alemania, como en otros países, fue desarticulada durante aquellos años, casi

¹ Refiriéndose al cartismo, Cole escribe: "a pesar de los esfuerzos de Ernest Jones, su decadencia continuó durante la década de 1850 a una velocidad creciente. Al final de esa década se había extinguido como movimiento, y fue sustituido por un movimiento nuevo y más

toda actividad política revolucionaria. Por lo mismo, allí donde fue posible los trabajadores se replugaron a la actividad sindical.

"Después del fracaso de las revoluciones de 1848 escribe Marx todas las organizaciones de partido y todos los periódicos de partido de las clases trabajadoras fueron destruidos en el continente por la fuerza bruta. Los más avanzados de entre los hijos del trabajo huyeron desesperados a la república de allende el océano y los sueños efímeros de emancipación se desvanecieron ante una época de fiebre industrial, de marasmo moral y de reacción política."²

No obstante, existieron algunos intentos organizativos que, precisamente por la situación política y económica de Europa, buscaban la comunicación y apoyo entre los obreros revolucionarios de diversas nacionalidades. De acuerdo con los datos que ofrece A. Kriegel,³ en 1853 había en Inglaterra unos 4,380 proscritos, de los cuales la mayoría eran polacos, cerca de mil franceses y 250 alemanes. Esta situación y el auge industrial inglés, que absorbía continuamente mano de obra del continente,⁴ crearon condiciones para la fundación, en Inglaterra, de organizaciones obreras de carácter internacional.

Aún bajo las expectativas de un nuevo movimiento revolucionario europeo, se creó en Londres en 1850, el *Comité Central Democrático de Europa* que encabezaban, entre otros, el líder de la democracia republicana en Francia, Ledru-Rollin, el dirigente del movimiento por la unidad italiana Giuseppe Mazzini y el demócrata alemán Arnold Ruge, que había sido miembro del ala izquierda de la Asamblea Revolucionaria de Francfort en 1849. Recordemos que, también en Londres, blanquistas, cartistas de izquierda, demócratas revolucionarios y comunistas alemanes, fundaron el mismo año la *Liga Universal de Comunistas Revolucionarios*.

moderado de reforma, que encontró su apoyo principal en el desarrollo de los sindicatos de obreros especializados." D.H. Cote, *Historia del pensamiento socialista*, t.II, México, PCE, 1958, p.15.

2 K.Marx, "Manifiesto Inaugural de la AIT", en Carlos Marx, Federico Engels, *La Internacional*, México, PCE, Colección Obras Fundamentales (dirigida por Wenceslao Rocas), 1968, p.1.

3 Cfr. A. Kriegel, *Las internacionales obreras*, Barcelona, Ed. Martínez Roca, 1968.

4 Este fenómeno afectaba directamente a los sindicalistas británicos, lo que les obligaba a establecer relaciones con los representantes de los obreros de otros países. Esto, a su vez, facilitaría la posterior creación de la AIT.

Tras la disolución de estas organizaciones, las cuales, como vemos, agrupaban a las dos grandes corrientes derrotadas de la revolución europea de mediados del siglo, en agosto de 1856 surgiría una efímera *International Association*, creada por algunos cartistas, socialistas polacos, comunistas alemanes y demócratas revolucionarios franceses; todos ellos residentes en Londres.⁵

Es probable, como afirma Jacques Droz,⁶ que una razón por la que estas organizaciones no lograron consolidarse fue la amalgama de elementos que las componían y la falta de claridad en sus objetivos. De cualquier forma, el deteriorado ambiente político y, por tanto, el descenso o repliegue generalizado que se observó en la lucha obrera en Europa, como secuela de la derrota de los movimientos revolucionarios del 48, no permitían que se desarrollara este tipo de organizaciones.

En los primeros años de los sesenta, ocurrieron acontecimientos de gran importancia mundial que promovieron una paulatina recuperación política. Se producía en Italia la revolución garibaldina. En la Rusia imperial, la reforma agraria de 1861. En los Estados Unidos se declara la abolición de la esclavitud en 1863, lo que haría inevitable la guerra civil. En ese mismo año estalla la insurrección polaca contra el zarismo ruso. Asimismo, en el mundo propiamente obrero ocurren sucesos trascendentes. En Italia se forman los sindicatos bajo la dirección de Mazzini. En Bélgica toma fuerza la creación de cooperativas. En Alemania, Lasalle crea la Asociación General Alemana de Trabajadores. En Inglaterra, toman cuerpo grandes centrales sindicales, entre ellos el *London Trades Council*. En Francia se logra que el poder imperial admita algunos derechos de asociación para los obreros, lo que dio impulso a los sindicatos.

Marx, Engels y la fundación de la Internacional

Apenas se abrió paso de nuevo y por sendas diversas la lucha obrera, y pese a su enorme precariedad organizativa, la tendencia natural fue a la comunicación y cooperación internacionales.

⁵ Cfr. A. Krieger, *Las internacionales obreras*, op.cit. Según D.H.Cole, hubo un intento de organizar una internacional, "...cuando el suizo Pierre Coullery visitó Bélgica con ese propósito", op.cit., tomo II, p.100.

⁶ Cfr. J. Droz, *Historia del Socialismo (el socialismo democrático)*, Barcelona, Ed. LAIA, 1977, p.16.

En esos años, con motivo de prestar solidaridad a la rebelión polaca iniciada en 1863, se produjo el histórico mitin en St. Martin's Hall, el 28 de septiembre de 1864, en donde se acordaría fundar la Asociación Internacional de Trabajadores (AIT).

En el momento de su fundación, la AIT agrupó básicamente a grupos organizados de trabajadores de diversos países, en especial ingleses y franceses, que expresaban el nuevo momento de la lucha obrera y a los cuales unía la convicción de que "la emancipación de la clase obrera exige su fraternal unión y colaboración..."

Entre los miembros fundadores de la AIT se contaban sectores importantes de las tradiciones inglesas, varios de cuyos dirigentes seguían siendo expresión de las viejas corrientes obreras de ese país (owenistas, cartistas, etcétera); los nuevos sindicalistas franceses, la mayoría imbuidos de la doctrina de Proudhon; y muy diversos grupos de trabajadores, principalmente italianos, polacos, franceses y alemanes residentes en Inglaterra.

Fue así como la diversidad ideológica y de problemáticas del movimiento obrero europeo, se convirtió en el sello con el que surgió la Asociación Internacional de Trabajadores, la *Primera Internacional*.

La actividad de Marx en la AIT ha sido reseñada y evaluada desde posiciones muchas veces extremas. Por un lado, aquellos que lo ubican como fundador, artífice o principal dirigente de esta organización; por el otro, quienes le consideran un intruso y causante de la crisis y desaparición de la AIT.⁷

Por letra del propio Marx, sabemos que de invitado circunstancial, de "figura muda", en el acto fundacional de Saint Martin's Hall, pasó a ser miembro electo del Consejo Central de la AIT y que, tras varios vicisitudes, terminó siendo el redactor del Manifiesto Inaugural y de los Estatutos provisionales de la Asociación.⁸

7 K.Marx, "Manifiesto Inaugural de la AIT", en *La Internacional*, op.cit. p.7. En otra parte de este documento Marx señala: "La experiencia del pasado nos enseña cómo el olvido de los lazos fraternales que deben existir entre los trabajadores de los diferentes países y que deben incluirlos a sostenerse unos a otros en todas sus luchas por la emancipación, es castigado con la derrota común de sus esfuerzos aislados."

8 En el primer caso están la mayoría de los estudios soviéticos. En el otro extremo están los anarquistas. Es por demás ilustrativa la visión del suizo J.Guillaume, lugarteniente de Bakunin, quien escribió: "como el cucú, Marx ha venido a poner su huevo en nido ajeno" (Cfr. J. Droz, op.cit.). Un reciente estudio que comparte en buena medida esta postura es M.Molnár, *El declive de la Primera Internacional*, Madrid, Edicusa, 1974.

9 K.Marx, "Carta a Engels" (4 de noviembre de 1864), en V.I.Lenin, *Acosaciones a la*

"Sabía que esta vez había, lo mismo de Londres que de París, representantes de las 'fuerzas' reales, por eso me decidí a apartarme de la norma que me he fijado de renunciar a todas las invitaciones de este género", escribió Marx a Engels, refiriéndose a las razones por las que había aceptado asistir al mitin en el que surgió la AIT.¹⁰

En el Consejo Central (que poco después se denominaría Consejo General), con sede en Londres, Marx ocupó siempre el cargo de Secretario para Alemania (a sugerencia de él mismo, el nombramiento lo hizo la Asociación de Obreros Alemanes) y, después también lo fue para Holanda y Rusia. Es conocido que Marx redactó muchos de los principales documentos, informes a los congresos y comunicaciones de las federaciones y secciones de la AIT, aunque sólo participó en las dos conferencias realizadas en Londres, en 1865 y en 1871 respectivamente, y en el Congreso de La Haya realizado en 1872, que fue, en los hechos, la asamblea que marcó la desaparición de la AIT.

La importancia y atención que brindó Marx a la Asociación fue bastante mayor que la de Engels, el cual comentó escuetamente, aunque con beneplácito, la comunicación de Marx sobre la creación de la Internacional, subrayando al final: "Por lo demás, estimo que la nueva Asociación se escindirá muy pronto en elementos teóricamente burgueses y teóricamente proletarios, en cuanto los problemas sean algo precisados."¹¹

Desde principios de los años cincuenta, Engels había aceptado hacerse cargo de la empresa de su padre en Inglaterra, por lo que durante veinte años residió en Manchester. Este hecho, si bien le permitía tener un buen ingreso permanente y así ayudar económicamente a Marx y a su familia, lo mantuvo alejado, muy a su pesar, de

Correspondencia entre Marx y Engels, 1844-1843, op.cit., p.341. Originalmente la encomienda de redactar el Manifiesto y los Estatutos había recaído en un subcomité, del que formaba parte Marx. Esto no pudo asistir a los dos primeros reuniones en las que se presentaron dos proyectos completamente contrarios a los conceptos de Marx. El de la declaración de principios lo presentó Weston, un viejo ovestista y el de estatutos, el italiano mayor L. Wolff, quien propuso el mismo reglamento de las Sociedades Obreras Italianas, inspirado en Mazzini. Incorporado al trabajo, Marx llevó las cosas al grado de que él mismo logró redactar ambos documentos, dejando completamente de lado aquellos textos ya aprobados por el Consejo Central. Marx cambió, entonces, los "asentimos" por "el manifiesto a la clase obrera" que él mismo había redactado. Asimismo, del proyecto de estatutos, de cuarenta artículos, eliminó treinta. Los miembros del Consejo Central no tomaron en cuenta lo que originalmente habían votado y ambos documentos "fueron aprobados con gran entusiasmo (por unanimidad)".

¹⁰ *Ibid.*

¹¹ F. Engels, "Carta a Marx" (7 de noviembre de 1864), en *Acosaciones...*, op.cit., p.346.

la atención cotidiana de los asuntos de la Internacional, hasta que en 1870 se trasladara a vivir a Londres.

No obstante, a través de la intensa comunicación epistolar que mantenía con Marx, Engels estuvo siempre al tanto del desarrollo de la Asociación y fue, durante los dos últimos años en los que el Consejo General tuvo como sede la capital inglesa, miembro de éste, con el cargo de Secretario corresponsal, primero para Bélgica y luego para España e Italia; países éstos últimos especialmente importantes para el Consejo General en aquellos años, dada la fuerza que lograron adquirir allí los anarquistas.

Tal importancia dio Marx a la nueva organización que, pese a ser los años en los que con grandes dificultades físicas y económicas termina la elaboración del primer tomo de *El Capital*,¹² le dedicó mucho tiempo a la Internacional en la atención de toda clase de asuntos de las secciones, en las reuniones semanales del Consejo General, en la elaboración de llamamientos, comunicados, estatutos, documentos y resoluciones oficiales, y en las polémicas y luchas internas de la AIT.

Con excepción de algunos eventos de la Asociación a los que Marx se negó a asistir, con el propósito de no suspender su trabajo teórico,¹³ no encontramos en ninguna parte que Marx expresara que su actividad en la Internacional le quitara tiempo o le fuera una carga personal. En cambio, en su correspondencia con Engels y con otros amigos, continuamente culpó a su mal estado de salud y a su precaria situación económica del retraso en la elaboración de *El Capital*.

Es evidente que donde Marx y Engels desplegaron su mayor capacidad política fue en el seno de la Internacional, aunque no limitaron a ella su actividad. En realidad, en este periodo, tres líneas de acción se entrecruzan y complementan en la vida de Marx y Engels: su intensa y militante participación en la AIT; su apasionado

12 El 16 de agosto de 1867, Marx anunciaba a Engels: "Acabo de corregir el último pliego...El Prefacio, también corregido, lo devolví ayer. Así, este tomo está listo. Sólo gracias a ti ha sido posible! Sin los sacrificios que te impusiste por mí jamás habría podido yo dar cima a todo el enorme trabajo que supone los tres tomos. Te abrazo lleno de gratitud!" *Acotaciones...*, op.cit. p.396

13 A fines de 1866 Marx escribió a Kugelmann: "Aunque le estoy dedicando mucho tiempo a las gestiones para preparar el Congreso de Ginebra, no puedo ni quiero participar en él, porque me es imposible interrumpir mi labor por un lapso tan largo. "Con este trabajo (se refiere a *El Capital*, EGB), considero que estoy haciendo para la clase obra algo mucho más importante que todo lo que podría hacer personalmente en cualquier congreso." K.Marx, *Cartas a Kugelmann*. La Habana, Ed. de Ciencias Sociales, 1975, p. 40

interés e intervención en la política alemana, y en particular en el partido obrero que en aquellos años comenzaba a formarse en su país natal, y la elaboración de lo principal de su obra teórica.

Es natural que sea entonces cuando ellos aborden en forma más completa, y también más compleja, la problemática del partido obrero revolucionario. Totalmente contrarios a una teorización genérica o absolutizante, lo que encontramos en Marx y Engels es una recuperación y vasta reflexión de la experiencia concreta que representaba la Internacional con la que ellos se comprometieron plenamente.

La Asociación Internacional de Trabajadores, una organización diferente

La Asociación Internacional de Trabajadores no fue propiamente un partido político, y menos aún en los términos en los que lo concibió, medio siglo después, la Tercera Internacional.

Sin embargo, varios estudios han señalado a la AIT como un partido internacional,¹⁴ o bien se le atribuye a Marx el haber pretendido transformarla en una organización de ese tipo. También se le describe como un gran frente o movimiento de organizaciones diversas,¹⁵ mientras que otros resaltan que la peculiaridad de la Primera Internacional fue, precisamente, que no se basó en la adhesión de sindicatos o de otro tipo de organizaciones obreras, sino que estuvo integrada por miembros en lo individual.¹⁶

14 En la historiografía soviética y de otros países socialistas predomina la idea de que la AIT fue el antecedente directo del "partido comunista mundial" que crea la Tercera Internacional. Cf., entre otros, H. Dasker, *Historia del movimiento obrero internacional*. IICP, México, 1977. Para el historiador soviético A. Votkin, "...la estructura organizativa de la I Internacional se basaba en los principios de la democracia y el centralismo partidario elaborados por Carlos Marx y Federico Engels." *Movimiento obrero, comunista y de liberación nacional*, t. I, La Habana, Ed. de Ciencias Sociales, 1982, p. 80.

15 Para Miklos Molnár, la AIT era un "...conjunto de sociedades y grupos heterogéneos", *El declive de la Primera Internacional*, op. cit., p.45. Es él quien atribuye a Marx la pretensión de transformar a la Asociación en un partido internacional, lo cual, dice, "se manifestó abiertamente hasta la Asociación de Londres de 1871". Para Molnár esas intenciones de Marx fueron la causa de la crisis de la AIT y su posterior disolución. Cuestada que no logra fundamentar, como veremos más adelante. Otra descripción sobre lo que fue la AIT la expresa J. Dros de la siguiente forma: "La Internacional no fue un «mito», como a menudo se ha escrito, sino un movimiento real que cristalizó las profundas aspiraciones de la clase obrera y desempeñó el papel de catalizador en la conciencia de clase del proletariado." *Historia del Socialismo...*, op. cit., p. 30.

16 Para D.H. Cole, "Es punto de alguna importancia que la Primera Internacional no fue

Es quizá, por ello, que se dan toda clase de cifras en el número de miembros con los que llegó a contar la Asociación (desde algunos miles hasta varios millones de afiliados), o se considera imposible conocer ese dato.

Lo cierto es que los Estatutos de la AIT no establecen disposiciones organizativas para los miembros de la Asociación en lo individual, mientras que sí prevén la adhesión de sociedades obreras, las cuales, agrupadas dentro de la AIT mantendrían "intacta su organización" propia.

Sin embargo, el propósito de la AIT, también expresado en sus Estatutos, de ser "centro de relaciones y cooperación" entre las sociedades obreras existentes en los diversos países¹⁸, exigía gran flexibilidad y amplitud, puesto que, en aquellos años, el grado de organización y movilización obreras era bajo y dispar.

Por ello, simultáneamente a la incorporación de agrupaciones de tipo sindical, político o cultural, la Asociación emitió credenciales de afiliación individual,¹⁹ estableció como norma reglamentaria la cotización de cada miembro y creó secciones en diversos lugares de Europa y Norteamérica, con trabajadores de distintos oficios que carecían de organización de tipo gremial o éstas, como tales, nunca se adhirieron a la AIT.

Durante los primeros tres años de la Internacional, se creó una considerable cantidad de secciones, sobre todo en Francia y Suiza;²⁰

como su sucesora la Segunda Internacional, ni una federación de partidos nacionales, ni un organismo basado en la adhesión de sindicatos obreros o de otras organizaciones de trabajadores. En cada país, la constituían miembros individuales, que se afiliaban a sus ramas y secciones, pagando las cuotas directamente." *Historia del pensamiento socialista*, op.cit., t.II, p. 104

17 Así se establece en el Artículo 10 de los Estatutos Provisionales de la AIT y también en el Artículo 11 de los Estatutos Generales aprobados por el Congreso de Ginebra, realizado en octubre de 1866. Aún después de años de desarrollo y crecimiento de las secciones de la Internacional, este precepto fue reformado por la Conferencia de Londres de 1871. Cf. The General Council of the First International, *Minutes*, Progress Publishers, Moscow, 1964

18 *Ibid*

19 En febrero de 1865 Marx escribió: "Como todo el que adquiere, por un chelín, la tarjeta de entrada puede hacerse *Member of the Association*, y como los franceses (al igual que los belgas) han elegido la forma de individual membership puesto que la ley les prohíbe unirse a nosotros en tanto que "asociación", y como en Alemania existe la misma situación, he decidido invitar a mis amigos de aquí y a los de Alemania a crear pequeñas sociedades, para que cada uno de sus miembros adquiera una *English card of member*, cualquiera que sea el número de los miembros en cada localidad." K. Marx, *Cartas a Kugelmann*, op.cit., p. 30

20 De acuerdo con un informe del Consejo General presentado en el Congreso de la AIT realizado en Lausana, en 1867, se tenía en Francia una lista de 27 secciones o "sociedades filiales", y en Suiza, en un total de 21 ciudades, se habían formado grupos de la Internacional. Cf. Marx, Engels, *La Internacional*, op. cit., pp.523-537.

en Bélgica, Dinamarca, Italia y Alemania, la AIT apenas comenzaba a formarse. En todos los casos, las secciones tenían entonces un número muy reducido de miembros y sólo unas cuantas habían logrado adherir a sociedades obreras existentes en sus países.

En un principio, fueron las tradeunions inglesas las que tuvieron un mayor peso e importancia, lo que se reflejó en la composición del Consejo General. De aproximadamente cincuenta miembros con los que se constituyó el primer Consejo de la AIT, veinte eran inglesas.²¹ En 1868, cuatro años después de la fundación de la Internacional, se habían adherido en Inglaterra varias decenas de tradeunions. Marx transcribe el dato de que sólo en Londres había más de cincuenta. Además, tenían también representantes en el Consejo General, entre otras, la Liga de Reforma, la Asociación Nacional de Reforma y las sociedades cooperativas dirigidas por J. Weston, también fundador de la AIT.²² Los principales cargos directivos de la Asociación fueron frecuentemente ocupados por dirigentes británicos, entre ellos el de Presidente, mientras tal cargo existió.²³

Sin embargo, la vinculación de las organizaciones obreras inglesas, principalmente sindicales, con la Internacional, no logró mantenerse y consolidarse. Con la obtención de los derechos electorales para los trabajadores, alcanzados en 1867, y con el desarrollo de la lucha

21 El Consejo Central electo en el mitin fundacional de la AIT, fue compuesto por las siguientes personalidades inglesas: dirigentes de las tradeunions británicas: G. Odger, quien sería nombrado Presidente de la Asociación, W.R. Cremer, B.Lacraft, G.Howell, R.Shaw, Blackmore, Stanbury, W. Frágon y J.Lougmaid. Miembros del movimiento laboral y democrático de Inglaterra: W.Dall, G.W.Wheeler, J.Osborne, W.Wortley, T.Pacey, J.Neame y B.Whitlock. Otros dirigentes políticos ingleses: John Weston, viejo cooperista; J.Lisco, cartista, ardido partidista del movimiento de reforma electoral; E.Hartwell, editor del periódico *The Bee Hive*, órgano de las tradeunions, y antiguo cartista; F. Fox, periodista, participante en el movimiento laboral y de reforma electoral de los años sesenta.

22 Cf. K.Marx, "Los contactos de la Asociación Internacional de Trabajadores con las organizaciones obreras inglesas". En *La Internacional*, op.cit., p.36-37.

23 George Odger, dirigente de *London Trades Council*, fue nombrado presidente tras la fundación de la AIT, hasta que este cargo fue suprimido en 1867. Odger y otros dirigentes sindicales leales al movimiento del Consejo General de la Internacional, tuvieron una actitud reticente frente a los obreros de la Comuna de París, lo que los llevó a desalinarse del *Manifiesto sobre la guerra civil en Francia*, escrito por Marx a nombre del Consejo General de la AIT. Con ese motivo Marx expresó: "Durante los últimos cinco años, el señor Odger no había sabido nada de la Internacional, puesto que nunca se había ocupado de los deberes de su cargo. El Congreso había suprimido el puesto de Presidente del Consejo General, porque era perfectamente inútil y puramente ficticio. El señor Odger había sido el primero y el único Presidente de la Internacional y jamás había cumplido con sus deberes: el Consejo General se los había arreglado muy bien sin él; era en la razón de que el cargo de Presidente se hubiera suprimido." *La Internacional*, op.cit., p. 362.

reivindicativa de los sindicatos, la clase obrera inglesa comenzó su distanciamiento con los enunciados fundamentales de la AIT, hasta el punto de que varios de sus dirigentes, miembros de la Internacional, se separaron de ésta con motivo de la postura adoptada por su Consejo General ante la Comuna de París.²⁴

Al tiempo que los sindicatos ingleses enfriaban su entusiasmo por la Internacional, el movimiento huelguístico que se produjo en los años 1868 y 1869 en varios países europeos, especialmente en Bélgica, Suiza y Francia, llevaba a un rápido desarrollo y crecimiento de las secciones de la AIT.

"Los gobiernos — escribe A. Kriegel — atribuyeron toda la responsabilidad de estas huelgas a la Internacional. Pero si la Internacional no arrojó a los obreros a la huelga, «la huelga los arrojó a la Internacional»."²⁵

En los países en los que hasta entonces prácticamente no había existido la Internacional, como España, Italia y Estados Unidos, ésta comienza a tener fuerza y organización. En Bélgica, uno de los países de mayor desarrollo capitalista de la Europa continental de entonces, la AIT tuvo, quizá, el más impresionante despliegue organizativo, aunque procesos similares se produjeron en Suiza²⁷ y Francia.

24 "En los años 1865-1867, los tradeunions ingleses participaron ampliamente en la campaña democrática general por la segunda reforma electoral. El Consejo Central de la AIT era el centro político de este movimiento obrero de masas. En la primavera de 1865 se creó en Londres la Liga de la reforma electoral, de cuyos órganos dirigentes formaban parte miembros del Consejo Central de la AIT, principalmente los líderes tradeunionistas. Su programa, elaborado bajo la influencia directa de Marx, tendió a la política independiente de la clase obrera, frente a la táctica de los partidos burgueses y preconizaba el derecho general de voto para toda la población masculina adulta. Sin embargo, las tendencias conciliadoras de los jefes tradeunionistas llevaron al movimiento a la caudación, y en 1867 se aprobó una reforma insuficiente, limitada al derecho de voto a la pequeña burguesía y a la capa media de la clase obrera; la mayor parte de ésta según privada de derechos políticos." Wenceslao Roces, en *La Internacional*, op.cit., nota num.26, p. 634.

25 A. Kriegel, *Las Internacionales obreras*, op. cit., p. 23

26 De acuerdo con la misma autora, en las principales ciudades belgas, como Bruselas, Lieja, Amberes, Brujas, Namur, Gante, fue donde más rápidamente se desarrolló la AIT. En todas las regiones industriales y mineras proliferaron las organizaciones de la Internacional: "La cuenca de Charleroi cuenta con 42 secciones a principios de 1869. 50 en 1870, el Borinage con unos 30,000 inscripciones en 1869. Las secciones se reagrupan en federaciones: del Borinage, de los valles de la Vandre (alrededor de Verviers, con su órgano Le Mirabeau), secciones del Centro (alrededor de la Louvire), de la región bruxelense; en la cuenca de Charleroi hay cuatro federaciones. Un Consejo General belga asume la dirección de todo. En 1868 y 1869 se celebran cuatro congresos nacionales." *Ibid.*

27 "Ya profundamente arraigada en suelo suizo, la AIT se extendió ahora rápidamente. Entre otras cosas, 50 sociedades de cultura obrera alemanas, tal vez las más antiguas de Europa,

Los miembros de la Internacional fueron, en buena medida, los organizadores de una gran cantidad de agrupaciones obreras, especialmente sindicales. Esto llevó a que, como sucedió en Francia, la federación de secciones de la AIT y la Cámara Federal de Sindicatos no sólo colaboraran en forma muy estrecha durante los movimientos huelguísticos, sino que los dirigentes franceses de la Internacional fuesen, a la vez, los dirigentes de la agrupación sindical. Una situación similar se produjo en Suiza.²⁸

La AIT llegó a tener una considerable cantidad de órganos de prensa en todos los países en los que existían secciones. Desde noviembre de 1864 hasta el año de 1870, la Internacional, por acuerdo del Consejo General, utilizó como su órgano central al semanario tradeunionista Bee-Hive Newspaper, en el que publicó desde el Manifiesto Inaugural los Estatutos Provisionales y muchos otros documentos oficiales, hasta las actas de las reuniones del Consejo General. Pero, además, conforme las secciones crecían y proliferaban, muchas de ellas se hicieron de sus propios órganos periodísticos en los que se difundieron el programa y la política de los miembros de la Internacional.²⁹

Estructura organizativa de la AIT

El carácter amplio de la AIT, que buscaba la unidad del mayor

acordados en el octavo pasado, en su Congreso de Neuenburg, adherirse al Congreso de la AIT." K. Marx, "Cuarto Informe anual del Consejo General de la AIT", en *La Internacional*, op.cit., p. 34.

²⁸ En el "Llamamiento del Consejo General de la AIT a las secciones, sociedades filiales y a todos los obreros", emitido con motivo de la preparación del Congreso General de Lausana (1867), leerse: "... los miembros de la Asociación aligen difundiendo los principios y resumiendo las Ramas de la Internacional. Esta labor es notable, sobre todo, en Suiza donde la mayoría de nuestras Ramas se dedica activamente a crear sociedades obreras de todas clases, poniéndolas en relación con nosotros." *La Internacional*, op.cit., p. 520.

²⁹ En la carta a Kugelmann del 15 de enero de 1866, Marx expresa: "Nuestra Asociación ha hecho grandes progresos. Ya posee tres órganos oficiales: uno en Londres, *The Workman's Advocate*; otro en Bruselas, *Le travailleur du peuple*; y uno de la sección francesa de Suiza, el *Journal de l'Association des travailleurs, section de la Suisse romande* (Ginebra). Además, dentro de unos días habrá un periódico de la sección suiza alemana, *Der Arbeiter*, bajo la dirección de J.Fa. Becker (...)" K. Marx, *Cartas a Kugelmann*, op.cit., p.33. Algunos otros periódicos importantes publicados por las secciones fueron: *Le Courrier Français*, en Francia desde 1866; *Journal de l'Association Internationale des Travailleurs*, de las secciones de Lausana; *El Obrero*, de las secciones de España; *Der Sozialdemokrat*, en Alemania, periódico del grupo hegelista en el que colaboraron Marx y Engels hasta 1868. Cfr. *The General Council...*, *ibidem*, op.cit.

número posible de expresiones, organizadas o no, del movimiento obrero entonces emergente, no implicó una visión amorfa o inorgánica de la nueva asociación.

La Internacional, desde el momento de su fundación, constituyó un Consejo Central, integrado por trabajadores de "los diversos países representados en la Asociación", el cual fue concebido como una "oficina central internacional entre las diversas sociedades agrupadas", con fines informativos y de coordinación.³⁰

Este fue uno de los aspectos principales que Marx defendió en el momento de la elaboración de los Estatutos de la AIT, frente a la visión de los "mazzinistas" italianos que proponían algo así como una dirección centralizada a nivel europeo.³¹ Para Marx era claro que ninguna organización, en aquellas condiciones, podía dar una dirección única a movimientos tan diversos de los trabajadores de los diferentes países. La sola pretensión era para Marx un absurdo.

De acuerdo a las funciones que se le otorgaron al Consejo Central o General, este tenía la obligación de rendir un informe público al Congreso anual de la AIT. En este Congreso es donde residía la soberanía de la organización y era, por tanto, donde se elegía a los miembros del Consejo (aunque éste tuvo siempre la facultad de incorporar a nuevos integrantes).

El Consejo nombraba de entre sus miembros a quienes ocupaban los cargos de Presidente, Secretario General y Tesorero de la Asociación. Así mismo, a fin de cumplir con el propósito de informar y coordinar, nombraba secretarías corresponsales para los distintos países representados en la AIT.

Cuando la Internacional contó con un número considerable de secciones, dió una denominación uniforme a sus organismos para definir en forma más clara su estructura. De esta manera, en el Congreso General de Lausana se estableció que el conjunto de secciones de la AIT de un mismo país estarían bajo la dirección de una Federación.

30 "Estatutos Provisionales de la AIT", *La Internacional*, op.cit., p.9.

31 Desgraciadamente no conocemos el proyecto presentado por el mayor L. Wolff a la subcomisión del Consejo Central de la AIT encargada de la elaboración de los Estatutos. Este proyecto había sido inicialmente aprobado por el Consejo. Por la carta de Marx a Engels del 4 de noviembre de 1864, sabemos que tal proyecto de Wolff estaba basado en el reglamento de las sociedades obreras italianas. La principal objeción de Marx, que lo llevó a buscar la forma de modificarlo pase a haber sido aprobado, era que "...sin hablar de otros errores, se planteaba algo realmente imposible: a modo de un gobierno central de las clases trabajadoras de Europa (claro que con Mazzini en segundo plano)." *Acotaciones...*, op. cit., p. 343

De acuerdo con el Reglamento Administrativo de la AIT,³² el Congreso General se constituía con un representante de cada una de las secciones, sin distinción de tamaño, y un delegado más por cada 500 miembros con que contara cada una de ellas. Las secciones que no pudieran enviar un delegado, podrían formar con otras un Grupo, para elegir un delegado común. Asimismo, el Consejo General nombraba un número indeterminado de representantes al Congreso, pero la mayoría de sus integrantes tomaban parte como delegados de agrupaciones adheridas a la Internacional.

Los congresos de la AIT, realizados anualmente, eran la única instancia de la organización para modificar sus documentos básicos. Cuando, por la situación política no fue posible realizar el Congreso regular, se convocaron conferencias, las cuales tenían limitadas atribuciones y no eran públicas.

Así, mientras que el Consejo General fue el órgano que atendió la actividad política cotidiana de la Internacional, mantuvo la relación directa con una gran cantidad de agrupaciones obreras, fundamentalmente de tipo sindical, y apoyó con el trabajo de sus integrantes la formación de las secciones de la AIT; en los cinco congresos generales y en las dos conferencias que se realizaron en los casi diez años de existencia de la Asociación, se debatieron importantes aspectos del programa obrero de entonces y se definieron las principales normas organizativas de la AIT.

Después del congreso realizado en Ginebra, donde se aprobaron los documentos básicos de la Internacional (que hasta entonces eran considerados provisionales), en el período comprendido entre 1867 y 1869, años en que, como hemos visto, la AIT alcanza su más importante desarrollo e influencia en casi todos los países europeos y en varias ciudades de Norteamérica, se realizan (siempre en el mes de septiembre) los congresos de Lausana (1867), Bruselas (1868) y Basilea (1869). Este último fue el evento más representativo de la Internacional, al que asistieron, por primera vez, delegados de Alemania.

Como puede observarse, la Asociación Internacional de Trabajadores estableció una estructura organizativa sencilla, basada tanto en la afiliación individual como en la de organizaciones proletarias ya existentes, con lo cual logró en poco tiempo ser la principal y más amplia agrupación obrera que hasta entonces se conocía en Europa.

32 *Cfr. La Internacional, op.cit.,* p.517-519.

Su carácter internacional estuvo acorde con las necesidades de un movimiento que se recuperaba y que, frente a la expansión y desarrollo capitalistas de aquella época, requería de mecanismos de coordinación y defensa a nivel de los diversos países. Muchas de sus normas internas, tan debatidas en sus últimos años, tiempo después servirían de ejemplo, tanto a organizaciones de carácter político-partidista como a las de índole gremial y sindical.

La diversidad en la Internacional

Durante los primeros años de la Asociación, en los que ésta fue puesta a prueba por una serie de acontecimientos en la lucha obrera de Europa y Estados Unidos, y por algunos otros de política mundial, Marx intervino en la definición de muchas de las características principales de la AIT, para lo cual realizó un intenso debate teórico, con el propósito de abrir paso a su concepción revolucionaria de la lucha de los obreros.

Cuando la Internacional fue fundada, Marx tenía presente que tanto el nivel de movilización y conciencia alcanzado hasta entonces por los trabajadores, como el carácter amplio de la organización, no permitían una concepción y un programa claramente definidos, como el que Engels y él mismo habían logrado imprimirle a la *Liga de los Comunistas*.

“Era muy difícil — escribía Marx a Engels, refiriéndose al contenido del Manifiesto Inaugural de la AIT — conseguir que nuestros puntos de vista quedasen expresados de tal forma que resultasen aceptables para el nivel actual del movimiento obrero.” Y agregaba: “Se requiere tiempo para que el movimiento que se ha despertado de nuevo haga posible la anterior audacia de lenguaje.”³³

No obstante, la nueva organización expresó con claridad el objetivo de la lucha por la total emancipación del trabajo, a través de la conquista del poder político. Aunque, como veremos, ésto último fue frecuentemente motivo de grandes polémicas.

Marx y Engels explicaron con insistencia las causas que habían dado origen a la Internacional. Para ellos era de fundamental impor-

³³ K.Marx, “Carta a Engels” (4 de noviembre de 1864), en *Anotaciones...*, op.cit., p.345.

tancia que se entendiera que esta organización no había sido producto de ningún plan preconcebido de un grupo de conspiradores o predicadores. Insistir en que la Asociación era resultado natural de las condiciones de existencia, lo mismo que de las necesidades de lucha, que impone a los obreros el desarrollo capitalista, era indispensable para la comprensión de las características que debía tener la AIT. Al respecto escribía Marx:

"Nada más un nexo internacional de las clases obreras puede asegurar su triunfo definitivo. Este requerimiento ha dado a luz a la Asociación Internacional de Trabajadores. Esa Asociación no ha sido incubada por una secta o una teoría. Es el desarrollo espontáneo del movimiento proletario que, a su vez, brota por sí mismo de las naturales e inexorables tendencias de la sociedad moderna."³⁴

Es decir, en la medida en que era producto de las necesidades creadas por el desarrollo de la lucha obrera, la Internacional no podía entenderse como una organización cerrada, con una única visión teórica e ideológica, que pudiera sustituir la acción y organización directas y propias de los obreros de distintos países, o bien, que condujera centralmente su acción.

La AIT fue evidentemente una organización obrera. "Lo nuevo de la Internacional —diría Marx— era que había sido fundada por los obreros mismos y para los obreros". Por ello, se creaba y se organizaba sobre la base del reconocimiento explícito de que los trabajadores contaban, o debían contar, en cada país, con organizaciones propias de muy diverso tipo, con el fin de poder enfrentar en diversas esferas la lucha por su emancipación.

Para Marx, "las ligas de la tierra y el trabajo, las cooperativas de oficios y las sociedades de socorros mutuos, las cooperativas de consumo y producción", en una palabra, "toda organización obrera conocida", eran medios para alcanzar la tarea inexorable de los obreros: la transformación de la sociedad. Por lo mismo, era posible unirlos a todas en función de esa sola meta, y en ello consistía la misión de la Internacional.³⁵

Por ello, durante años, Marx y Engels defendieron una y otra vez

34 K. Marx, en *The General Council...*, *Minutes*, 1866-1868, op.cit., p. 329.

35 K. Marx y F. Engels, *La Internacional*, op.cit., p. 559.

lo estipulado en el artículo primero de los Estatutos de la AIT:

“...nuestra Asociación es un centro de convergencia y de correspondencia entre sociedades obreras de los distintos países, que aspiran a un mismo fin, a saber: la protección, el progreso y la completa emancipación de la clase obrera.”³⁶

Este precepto, según el cual la AIT además de no contraponerse a las agrupaciones de trabajadores ya existentes, se sustentaba en ellas, hacía de ésta una agrupación muy diversa y dispar. Para Marx, este hecho se traducía, necesariamente, en una gran pluralidad teórica, lo cual sería una de las características peculiares de la Internacional:

“Como el grado de desarrollo de los distintos destacamentos de obreros de un mismo país — escribía a Engels en 1869 — y también de la clase obrera de los distintos países, es, necesariamente, muy diferente, el movimiento real, de manera inevitable, cobra expresión en formas teóricas de una diversidad extraordinaria.”³⁷

De esta forma se explicaba la existencia de corrientes diversas, que coexistieron en el seno de la Internacional y debatieron en ocasiones con gran aspereza. Dos años después, Engels explicaba: “En nuestra Asociación tenemos hombres de todo género: comunistas, proudhonistas, unionistas, tradeunionistas, cooperativistas, bakuninistas, etc., e incluso en nuestro Consejo General hay hombres de opiniones bastante diferentes”.³⁸

Ahora bien, el hecho mismo de que tal diversidad fuera entendida como expresión natural del desarrollo dispar del movimiento y, por tanto, no como algo dado de por sí e inamovible, permitió a Marx y a Engels no sólo adecuar su actuación a tal realidad, sino también influir en ella desplegando sus propias concepciones.

Para ellos, el curso mismo de la lucha obrera era el terreno en el cual habrían de ser confrontadas las distintas concepciones teóricas existentes y mostrar su validez. Pero para esto, el movimiento contaba ahora con un valioso instrumento: la *organización* que impulsaba

36 F. Engels, “Carta a Carlos Cafiero” (3 de julio de 1871), en Marx, Engels, Lenin, *Acerca del anarquismo y el anarcosindicalismo*. Moscú, Ed. Progreso, s/f, p. 28.

37 K. Marx, “Carta a Engels”, (5 de marzo de 1869), *Accionaciones...*, op.cit., p. 109.

38 F. Engels, “Carta a C. Cafiero”, en *Acerca del anarquismo y el anarcosindicalismo*, op.cit., p. 28.

la Internacional. La existencia de la AIT, al promover la unidad de acción de distintos destacamentos obreros y dotarios de instancias organizativas para el más amplio intercambio y debate de ideas, creaba las condiciones para la unificación de los trabajadores también en el terreno teórico:

"La comunidad de acción que la Asociación Internacional de Trabajadores lleva a la práctica, el intercambio de ideas a través de los distintos órganos de las secciones en todos los países, el enlace directo, en fin, en los congresos generales, conducirán gradualmente también a la creación de un programa teórico común para todo el movimiento obrero."³⁹

A través del debate en la Internacional, con las diversas corrientes que se expresaron en su seno, Marx y Engels expusieron y desarrollaron su concepción de la AIT y, más en general, de los medios para el triunfo de la lucha obrera y del instrumento organizativo que ésta reclamaba entonces.

Es conocida la especial atención que Marx prestó al debate teórico en el Consejo General de la AIT, de lo cual su escrito *Salario, precio y ganancia* fue uno de sus mejores ejemplos. Este trabajo fue elaborado por Marx con motivo de la discusión realizada con el viejo owenista, John Weston, quien también era miembro del Consejo General y sostenía una postura contraria a la lucha en sindicatos y a la demanda de elevación de los salarios.⁴⁰

La práctica del debate teórico, del cual extraía proposiciones concretas, fue usada por Marx con suma frecuencia, sobre todo en los momentos en los que la AIT preparaba sus congresos generales. Con motivo de la elaboración de los informes del Consejo y de las

39 K. Marx, "Carta a Engels" (5 de marzo de 1869), *Acosaciones*, op. cit., p. 108.

40 Marx presentó su escrito en las resoluciones del Consejo de la AIT de los días 20 y 27 de junio de 1865. Cfr. *Minasov*, t.I, pp. 108-112. Al final de su larga exposición, Marx propuso el siguiente resuntivo de tres puntos, en los que sintetizó la postura que proponía adoptar la Internacional frente a los temas debatidos: "1. Una subida general de los tipos de salarios acarrearía una baja de la cuota general de ganancia, pero no afectaría, en términos generales, a los precios de las mercancías. 2. La tendencia general de la producción capitalista no es a elevar el nivel medio del salario, sino a reducirlo. 3. Las transacciones trabajan bien como centros de resistencia contra las usurpaciones del capital. Fracasas, en algunos casos, por usar poco inteligentemente su fuerza. Pero, en general, son deficientes por limitarse a una guerra de guerrillas contra los efectos del sistema existente, en vez de esforzarse, al mismo tiempo, por cambiarlo, es decir, en vez de emplear sus fuerzas organizadas como palanca para la emancipación final de la clase obrera; es decir, para la abolición definitiva del sistema de trabajo asalariado." Marx y Engels, *Obras Escogidas*, t.I, op. cit., p. 465.

propuestas de resoluciones de los congresos, Marx puso a debate varias de las conclusiones a que llegó en la elaboración de *El Capital*. Temas tales como el problema de la propiedad de la tierra, el cooperativismo, las condiciones del trabajo de mujeres y niños, los efectos del empleo capitalista de la gran maquinaria, la reducción de la jornada de trabajo, entre muchos otros, se convirtieron en resoluciones que discutieron y adoptaron los delegados de todas las secciones de la AIT, en varios de los congresos generales.

En apariencia, esta conducta de Marx podría entenderse como contradictoria con su idea, insistentemente defendida, de que la Internacional no había sido "incubada por una secta o una teoría", y que, por tanto, no le podía ser impuesto ningún sistema doctrinario especial. Sin embargo, es necesario tener presente, por una parte, que Marx y Engels rechazaron siempre que su concepción pudiera ser entendida como una nueva "doctrina", o "sistema" teórico.⁴¹ Para ellos, se trataba de conocimiento científico, y por tanto, de planteamientos críticos de procesos reales, en continuo movimiento y cambio. En el debate y defensa sus ideas buscaban influir en el curso mismo del movimiento obrero, a través del gradual desarrollo de un programa teórico.

El debate fue considerado por Marx y Engels como un reflejo de la realidad misma y como medio para alumbrar conocimiento teórico válido. De esa forma, teoría y práctica se anudaban en un solo proceso que, al mismo tiempo de ser expresión del movimiento real, influsa en las condiciones mismas de la lucha de los obreros por su emancipación.⁴²

El funcionamiento de la Internacional, como organización diver-

41 En *Herz Vogt*, Marx escribe: "Tschow 'se imagina' también que yo he 'cortado un sistema', mientras lo cierto es que yo desechaba todos los sistemas y también los que aparecen en dicho Manifiesto (se refiere al Manifiesto del Partido Comunista, ECB), replantándolos con la comprensión crítica de las condiciones, el desarrollo y los resultados generales del legítimo movimiento social. Y una 'comprensión' así, no puede ser repetida, ni 'cortada' al igual de un molde." K. Marx, *El Señor Vogt*, México, Juan Pablos Editor, 1977, p.121.

42 Ilustra esta actitud de Marx, su propuesta a los delegados del Congreso de Ginebra de que, ante la postura de los proudhonistas respecto de las cooperativas, con la cual Marx tenía clara divergencia, la Internacional mantuviera una postura general, que no le comprometiera con ningún "sistema especial de cooperación". "En misión de la Asociación Internacional de Trabajadores — escribía Marx — unificar y generalizar los movimientos espontáneos de la clase obrera, pero no dictarle o imponerle cualquier sistema doctrinario. Por esta razón, el Congreso no debe proclamar ningún sistema especial de cooperación, sino limitarse a exponer algunos principios de carácter general." K. Marx, "Instrucciones a los delegados del Consejo Central Provisional sobre algunas cuestiones." 20 de febrero y 13 de marzo de 1867. En *La Internacional*, op.cit., p.19.

sificada pero con bases y propósitos comunes, aparecía como la condición para la generalización de la experiencia de la lucha obrera, es decir como la materia prima de toda teoría programática vinculada con la lucha diaria de las agrupaciones obreras.

Las luchas internas en la Internacional

Los principales combates teóricos y políticos que Marx y Engels libraron en tiempos de la Internacional, con los dirigentes del movimiento laboral inglés, con los seguidores del dirigente alemán F. Lassalle, y con los líderes franceses proudhonistas, primero, y después, con el grupo encabezado por el revolucionario ruso M. Bakunin, tuvieron un carácter muy diverso.

Es probable que las diferencias teórico-programáticas y políticas de Marx y Engels con los laboristas, lassalleanos y proudhonistas fueran mucho mayores que con los bakuninistas (los cuales, por lo demás, repetían algunas de las concepciones de los franceses, pero sin la congruencia teórica de éstos), sin embargo, el grado de confrontación que hubo con los seguidores de Bakunin fue mucho mayor y de más serias consecuencias políticas. Con éstos últimos las discrepancias llevaron pronto, no sólo a una lucha intestina que disolvió a la Internacional, sino a lo que sería una de las primeras fracturas históricas del movimiento obrero europeo.

Es cierto que hacia finales de los años sesenta, Marx y Engels habían roto ya con los dirigentes reformistas de los trabajadores ingleses, con lo cual perdieron la posibilidad de influir decisivamente en el movimiento obrero en el que ellos habían depositado por muchos años sus mayores esperanzas revolucionarias y en cuyas luchas Marx y Engels se habían involucrado personalmente. También es cierto que con los alemanes, el camino de confluencia entre la corriente que impulsaron Marx y Engels y la que podríamos llamar la corriente obrera histórica de Alemania (los lassalleanos) estaría lleno de tropiezos y zigzagueos.

Sin embargo, con estas corrientes obreras, la reformista y la estatista, los acuerdos y las divergencias, el debate teórico y la acción política de Marx y Engels, tuvieron, en muchos sentidos, una historia paralela a la Internacional.

No fue así con los proudhonistas y con los bakuninistas, con los

cuales el encuentro y el desencuentro, a pesar de remontarse a casi veinte años antes de la fundación de la AIT,⁴³ se producen fundamentalmente en los marcos de esta organización.

Ahora bien, con una y con otra, Marx mantuvo un debate de carácter muy distinto y, a pesar de que, como hemos dicho, con los seguidores de Proudhon tenía discrepancias teóricas de mayor envergadura, fue con los bakuninistas con los que el enfrentamiento llevó a una división irresoluble, cuyos efectos perdurarían hasta el siglo XX.

Esto se explica, en gran medida, por el hecho de que, mientras con los proudhonistas las diferencias teóricas y políticas encontraron en la estructura de la AIT la *mediación* que les dió cauce y solución, con los anarquistas las divergencias no se sometieron a tal mediación, sino que, precisamente, el terreno específico de la disputa fue el organizativo.

Las posturas programáticas de los proudhonistas, tales como la defensa de la propiedad privada de la tierra, su incomprensión del papel de los sindicatos y su rechazo a la lucha huelguística por aumento salarial y reducción de la jornada de trabajo, así como su visión de las cooperativas, de las nacionalidades y particularmente de la lucha política, entre otras, fueron sometidas a la discusión, tanto del Consejo General como de las secciones de la AIT y, finalmente, debatidas y resueltas en los congresos generales de la Asociación.

Marx estaba convencido que esas posiciones respondían a una visión de la pequeña burguesía artesanal y que en el seno de los jóvenes estudiantes franceses y, particularmente, de la clase obrera parisiense, habían hecho un profundo daño.⁴³ Sin embargo, en la

⁴³ Marx estableció amistad con Proudhon cuando recién había llegado a vivir en París, el año de 1844. Pocos días después, en 1847, Marx escribió una severa refutación de las concepciones proudhonistas en su libro *Misericordia de la Filósofía*. Marx conoció a Bakunin en París, antes de las revoluciones de 1848. Vuelve a tener contacto con él pocos días después de la fundación de la AIT.

⁴⁴ Otra corriente obrera con la que Marx y Engels se enfrentaron en el seno de la Internacional, fue la influida por Giuseppe Mazzini (1805-1872), demócrata italiano, que participó a lado de Garibaldi en la lucha de liberación nacional. Mazzini fue en 1849 jefe del gobierno provisional de la República Romana; tras la derrota fue de los organizadores del Comité Central de la Democracia Europea, constituido en 1850. Los mazzinistas estuvieron en la fundación de la AIT, y se separaron de ella en 1865, con motivo del conflicto de las secciones parisienses con el gobierno de Bonaparte. Tras la derrota de la Comuna de París, Mazzini se unió al coro de ataques a la Internacional, mientras que Garibaldi prestó toda su solidaridad a los comunistas y a la propia AIT.

⁴⁵ En octubre de 1866, retirándose a la actitud de los proudhonistas en el Congreso General de la AIT realizado en Ginebra aquel año, Marx escribió a Kugelmann: "Los señores

medida en que los proudhonistas aceptaron el debate en las instancias de la AIT y respetaron los acuerdos tomados por éstos, Marx asumió que tales divergencias encontrarían solución conforme, también, se desarrollara la lucha de los obreros franceses, como en efecto ocurrió.

Tras varios congresos de la Internacional, en los que la discusión central había girado en torno a las posturas sostenidas por los delegados franceses, el congreso realizado en Basilea, el año de 1869, encontró allanado el terreno para la superación de las discrepancias, en buena medida debido a la experiencia de los recién formados sindicatos franceses, que en el curso de 1868 y 1869, habían sostenido una fuerte lucha huelguística por el reconocimiento de sus derechos.

parisenses tenían la cabeza llena de las más vagas frases de Proudhon. Habían constantemente de ciencia y no saben nada; desdénan cualquier acción revolucionaria, *id est*, que brase de la propia lucha de clases, cualquier movimiento social general, o sea, realizáse también por medios políticos (como por ejemplo, la reducción de la jornada laboral mediante una ley); con el pretexto de la libertad, el antigubernamentalismo, o el individualismo anti-autoritario, estas señores que desde hace dieciséis años han soportado y soportan con tanta tranquilidad el despotismo más miserable, predicán en realidad el sistema burgués corriente, conformándose en idealizarlo a lo Proudhon. Proudhon ha hecho un daño enorme. Su serendipicia y pseudo-oposición a los utopistas (él mismo no es otra cosa que un utopista pequeño-burgués, mientras que en las utopías de un Fourier, de un Owen y otros se siente el presentimiento y la presión fanática de un mundo nuevo) conquistaron primero y sedujeron después a la *jeunesse brillante*, a los estudiantes, y luego a los obreros, entre todo a los de París, quienes, como trabajadores aristócratas, forman parte «totalmente», sin saberlo, de la vieja porquería burguesa. Ignorantes, volúmenes, palabrerías, pretenciosas, imbuidos de retórica, castrovarios a punto de echarlo todo a perder, porque habéis acudido al congreso en un número que no tenía proporción alguna con el de sus afiliados. En el reporti los helará la oreja.» K. Marx, *Cartas a Engels*, op.cit. p.42.

46 Además del acuerdo sobre la consolidación de las cooperativas sindicales a nivel nacional e internacional, en el Congreso de Basilea fueron votadas varias resoluciones en las que las posiciones de los proudhonistas quedaron superadas, especialmente en lo relativo a la actitud de la AIT frente a la abolición de la propiedad privada del suelo. También tuvo importancia la resolución sobre la postura de los trabajadores a favor de la educación pública, a la cual los proudhonistas se oponían fuertemente. Pese a esta derrota de sus concepciones, el proudhonismo sobrevivió hasta la Comuna de París, en la cual, como se sabe, fue una de las dos corrientes principales (la otra fueron los blanquistas). Pero, tanto la traición de algunos destacados dirigentes proudhonistas de derecha (entre ellos Tolain, quien fuera fundador de la AIT) y miembro del Consejo General hasta que fue expulsado de esta organización en abril de 1871 por su colaboración con el gobierno de Versalles), como principalmente por el desarrollo de la mayoría de los integrantes de esta corriente, que asumió un completo compromiso con la obra de la Comuna, la cual puesta ante los hechos mismos dejó atrás muchos de los viejos prejuicios del filósofo francés. Aspectos del programa proudhonista que prevalecieron en los actos de los comueneros (recuérdese, entre otros, la negativa a tomar el Banco de Francia), representaron errores que la Comuna pagó a un altísimo costo. Por ello, con razón, Engels escribiría años después: "...la Comuna fue la tumba de la escuela proudhoniana del socialismo."

En cambio, la lucha con los partidarios de Bakunin siguió un curso por completo diferente, puesto que las normas organizativas de la AIT, muchas de ellas cuestionadas y no respetadas por ellos, dejaron de ser medios para desarrollar el debate y resolver en forma democrática las discrepancias. Por ello, poco se discutió en las secciones y federaciones y en los propios congresos las concepciones programáticas o las posturas políticas que sostenían los anarquistas, pues éstas no fueron sometidas a tales instancias.

De esta forma, el conflicto, que pronto se convirtió en abierto enfrentamiento entre las secciones que lograron dominar los anarquistas y el Consejo General, que fue el centro de ataque de aquellos, se expresó principalmente alrededor de las formas de organización de la Internacional, y sólo de manera secundaria, sobre los objetivos y medios de lucha que ésta debía impulsar.

Por estos motivos, es evidente que el combate que Marx y Engels sostuvieron con los bakuninistas, nos permite una mayor comprensión de lo que fue su pensamiento y su actividad respecto de la organización política de los obreros. Vale la pena, por ello, detenernos a ver este conflicto con algo más de detalle.

CAPÍTULO III

Un conflicto, dos corrientes

En noviembre de 1868, apenas un mes después de haber sido fundada en Ginebra por Bakunin, la *Alianza Internacional de la Democracia Socialista* comunicó al Consejo General su decisión de ingresar a la Asociación Internacional de Trabajadores. El Consejo negó inicialmente la admisión de la Alianza y declaró "nula e inoperante" toda relación establecida en los Estatutos de la agrupación bakuninista con la AIT. La consideración principal fue su carácter internacional y la pretensión de mantener su propia estructura organizativa, en paralelo a la ya existente en la Primera Internacional.

Bakunin cedió formalmente frente a los impedimentos que había presentado el Consejo General y aceptó disolver su Alianza para integrarla a las secciones de la Internacional. Con tal ofrecimiento, en marzo de 1869, el Consejo General de la AIT dio por disuelta

1 Tras haber participado en la Liga de la Paz y la Libertad, organización pacifista que agrupó a personalidades democratas de Europa (entre ellos a Victor Hugo y Gerbeldi), Bakunin se separa el 25 de septiembre de 1868 y ese mismo día anuncia la fundación de la Alianza Internacional de la Democracia Socialista. El 29 de noviembre de 1868, J. Philipp Becker, a nombre del comité provisional de la Alianza, envió al Consejo General su programa y reglamento, comunicando la decisión del grupo bakuninista de ingresar en la AIT. El Consejo General respondió el 22 de diciembre, con un comunicado escrito por Marx. Cfr. K.Marx y F.Engels, *La Internacional*, op.cit., pp.38-41.

"definitivamente" la Alianza y aceptó la incorporación de sus miembros dentro de las secciones de la Internacional.

Comenzaría así una compleja disputa que tendría como escenario la organización de la AIT, como principales protagonistas a Marx y a Bakunin, y como resultado final la conformación de dos profusas corrientes que dividirían al movimiento obrero europeo y que se enfrentarían abiertamente a lo largo de varias décadas.

Sólo después de la áspera confrontación y de la separación de estas dos corrientes, ocurrida a finales del año de 1872, se esclarecieron y desarrollaron muchas de las diferencias conceptuales que distinguen aún hoy a una de la otra. Esto fue más evidente en el anarquismo, pues el propio Bakunin, durante sus últimos años de vida desde su expulsión de la AIT, dedicó buena parte de su obra y de su actividad a distinguirse de los "comunistas" o "marxistas"—como él los llamaba—, y definió a su corriente casi siempre en oposición al "socialismo autoritario" o "socialismo estatista" de Marx. Este, por su parte, consideraba que la parte débil y falta de seriedad de Bakunin era, precisamente, la elaboración teórica, al grado de que, pese a la evidente influencia que desarrollaría el bakuninismo, nunca pensó que debía polemizar en ese terreno, como lo había hecho con Proudhon y, aunque en menor medida, también lo haría con Lasalle.²

Al momento de ser aceptado el ingreso de los bakuninistas, a pesar de que la definición programática de la AIT estaba en contradicción con algunos preceptos de la Alianza, específicamente en lo referente al propósito de alcanzar la igualdad de las clases, frente al objetivo de la AIT de lograr la abolición de las clases, la Internacional precisó que no correspondía al Consejo General el análisis crítico del programa de la Alianza:

"Nosotros no tenemos por qué investigar si ese programa es expresión adecuada del movimiento proletario, o no. Lo único importante para nosotros es saber si no se contiene en él nada que contradiga a la *tendencia general* de nuestra Asociación, es decir, a la *liberación total de la clase obrera*."

² Por los apuntes de Marx sabemos que leyó el libro *Estatalidad y Anarquía* de Bakunin, y que hizo breves comentarios sobre éste. Cfr. "Resumen del libro de Bakunin 'Estatalidad y anarquía'", en *La Internacional*, op.cit., pp.455-469. Sin embargo, no hay dato alguno que permita pensar que Marx se proponía escribir una respuesta a ese libro. En cambio, abundan las referencias despectivas que Marx expresó sobre la elaboración teórica del anarquista ruso.

Y más adelante se dice:

"Exceptuando aquellos casos en que pueda haber contradicción con la tendencia general de la AIT, corresponde a sus principios el dejar que cada Sección formule libremente su programa teórico."³

Por estas razones, la AIT aceptó que los miembros de la Alianza ingresaran a la Internacional bajo la consideración de que el debate, dentro de la organicidad de la AIT, resolvería las evidentes divergencias programáticas.

Por su parte, Bakunin, que conocía algo de la obra teórica de Marx, no sólo reconoció el valor de ésta sino que asumió que en lo referente a los objetivos generales, marxistas y anarquistas no tenían diferencias. Para él las discrepancias se desprendían de la visión autoritaria y estatista, propia de los alemanes, que Marx encarnaba en su dura personalidad. Pero, al parecer Bakunin consideró que lo conveniente para él era eludir el terreno programático y en general, teórico, de su contienda con Marx. De esta forma, mientras "marxistas" y "bakuninistas" fueron partes integrantes de la Internacional, pocos de los planteamientos programáticos de fondo que los separarían fueron expresados cabalmente y nunca estuvieron en el primer plano del debate.

En cambio, la disputa por la organización y los diferentes planteamientos sobre el carácter y la estructura organizativa de la AIT, fueron el terreno donde el marxismo y el anarquismo se decantaron y constituyeron en corrientes diferenciadas, cada una con su propia influencia en el movimiento obrero, y en franco y tenaz enfrentamiento. Es decir, en la medida en que los anarquistas no desplegaron y defendieron directamente su visión programática y teórica de la lucha revolucionaria, ni Marx le dio a ésta atención alguna, lo peculiar del conflicto, que dominó la vida interna de la AIT hasta su desaparición, es que se desarrolló alrededor de la cuestión político-organizativa.

Este hecho puede explicar el tono agresivo, incluso en lo personal, y la actitud intolerante que adoptan en el conflicto Marx y Engels con los bakuninistas, pero indica también el tránsito de las agrupa-

³ K.Marx, "El Consejo General de la Asociación Internacional de Trabajadores al Buró Central de la Alianza de la Democracia Socialista", *La Internacional*, op.cit., pp.40-41.

ciones de los trabajadores a una nueva situación en la que éstas se politizan a la vez que abarcan a grandes masas; fenómenos ambos que van llevando al primer plano el carácter y las formas de la organización.

Las agrupaciones obreras, en la lucha por el poder del Estado y con el apoyo de amplios sectores de los trabajadores, se convierten inevitablemente en centros con influencia social y política. Su importancia crecía rápidamente, sobre todo respecto al periodo anterior de la existencia marginal o sectaria de los grupos revolucionarios. Las formas de organización empezaban entonces a ser decisivas para encarar tareas que antes no estaban en forma alguna presentes.

No solamente se expresa aquí, como veremos, la vieja lucha de Marx y Engels contra las sectas doctrinarias, sino también la disputa por la dirección de agrupaciones obreras cada vez mayores, a las que había que vincularse y contribuir a su desarrollo y conducción. Marx consideró que Bakunin pretendía "estremecer la *Internacional* y convertirla en instrumento suyo".⁴ Por este motivo emprende, junto con Engels, una lucha política enérgica a la que dedican gran parte de su tiempo y esfuerzo y en la que aparecen nuevos elementos de su concepción del partido obrero.

Existe especial dificultad para desentrañar las razones y alcances que tuvo el conflicto entre Marx y Bakunin, cuyos efectos aún son hoy visibles. Los seguidores de uno y otro, a lo largo de más de un siglo, lejos de ayudar en esa búsqueda, han creado poderosas barreras ideológicas y políticas que bloquean todo intento no maniqueo.

Después de la muerte de Marx, los primeros, con enorme influencia política, ventaja teórica y una ideología de Estado hasta hace poco infranqueable, no sólo lograron hacer que sus seguidores ignoraran por completo el significado de la acción y el pensamiento del revolucionario ruso, sino que alrededor del conflicto entre éste y Marx en la AIT, difundieron versiones falsas y ocultaron muchos hechos, con una doble finalidad: denostar a Bakunin —expulsando así al anarquismo del campo revolucionario— y moldear al Marx que necesitaban, un Marx inequívoco, uniforme, superior.

Por su parte, los anarquistas no hicieron algo distinto. Buscaron presentar a su maestro como víctima del autoritarismo marxista. Incapaces de explicarse la lucha dentro de la AIT, ocultan aún hoy hechos y documentos (algunos de los cuales, procedentes de la pluma

⁴ K. Marx, "Comunicación Confidencial", en *La Internacional*, op.cit. p.63.

de Bakunin, fueron destruidos),⁵ sublimando las discrepancias teóricas, para hacer, entre otras cosas, que Bakunin pueda competir también en ese nivel con Marx, a la vez que presentan el conflicto como algo personal, atribuible a la intolerancia, antislavismo y animadversión que sentía Marx contra el revolucionario ruso.

En realidad, en todo ello hay entremezcladas muchas historias posteriores que rebasan con mucho la dimensión del conflicto entre aquellos dos impetuosos hombres. Historias que es necesario tener presentes, separándolas de forma que no se entrometan en lo que transcurrió entre los años de 1869 y 1873.

En el estudio sobre la concepción del partido obrero en Marx y Engels, aquella crisis que vivió la Internacional en sus últimos años, es un momento privilegiado, que permite descubrir nuevos elementos que no se habían desarrollado hasta entonces, por lo menos en forma tan completa. Aquí, más que en su actividad en la Liga de los Comunistas (1847-1850), aparecen los autores del *Manifiesto* como activos dirigentes de partido. Militantes que —como ocurre en toda agrupación de ese carácter— se ven envueltos en actividades organizativas, en conflictos de diversa índole y en grandes enfrentamientos que expresaron métodos, actitudes y concepciones de ellos que divergen de las mantenidas por los anarquistas.

Los primeros desacuerdos

En el desarrollo del conflicto entre Marx y Bakunin se pueden distinguir dos etapas: la primera, a partir del ingreso de los miembros de la Alianza bakuninista hasta la Conferencia de Londres (septiembre de 1871); la segunda, de 1871-72, hasta el Congreso de La Haya.

Durante los casi tres años de la primera etapa, Bakunin despliega su fuerza en la AIT y recurre a cuanta forma de acción tenía a su alcance para hacerse de la dirección de la Internacional. Por su parte, Marx y el Consejo General por él mismo comandado, pasan de una postura tolerante y defensiva, a un franco choque con los anarquistas, logrando finalmente aumentar su fuerza dirigente.

Tras la *tregua* impuesta por los acontecimientos de la Comuna de París, y una vez realizada la Conferencia de Londres, en la segunda

⁵ Ch. M. Nettlau, Prólogo a La revolución social en Francia II, en *Obras de Bakunin*, Madrid, Ediciones Júcar, 1978, p.57.

etapa, que culmina un año después en el Congreso de La Haya, el conflicto carece de vías de solución y, por tanto, ambas corrientes procesan la ruptura.

Durante la primera etapa, Marx ubica algunos hechos que para él fueron los que tejieron la trama del conflicto con Bakunin: 1) los antecedentes políticos del revolucionario ruso y, en particular, su actividad en la Liga de la Paz y la Libertad; 2) la pretensión de Bakunin, una vez que la Alianza ingresó en la AIT, de mantener su propia organización internacional con instancias paralelas a la Asociación; 3) la actitud adoptada por Bakunin y su grupo en el Congreso de Basilea y, especialmente, el intento de modificar la composición del Consejo General; 4) el conflicto provocado por los anarquistas en las secciones suizas de la AIT y 5) la campaña desatada simultáneamente por los partidarios de Bakunin contra el Consejo General.⁶

Marx se había reencontrado con el líder anarquista en Londres, poco después del acto de fundación de la AIT, y abrigó esperanzas de un trabajo conjunto con él dentro de la Internacional. Sin embargo, lejos de integrarse a la Asociación, Bakunin se involucra en la Liga de la Paz y la Libertad, al mismo tiempo que organiza su propia agrupación internacional. De acuerdo con el anarquista J. Guillaume, desde 1864 Bakunin, que entonces residía en Nápoles, había logrado "agrupar a un cierto número de italianos, franceses, escandinavos y eslavos en esta sociedad que llamó Fraternidad Internacional o Alianza de los Revolucionarios Socialistas."⁷

Para Marx, la actividad del anarquista ruso en la Liga de la Paz, así como la forma en que había roto con ella, no solamente demostraban una seria inconsistencia política de Bakunin, al pretender aliarse con quienes el propio Marx consideraba unos "burgueses aterrorizados", sino que además dio ocasión para exhibir "todo un rosario de ocurrencias disparatadas, que pretenden ser espantosas".⁸

Al parecer, existía toda una predisposición de Marx contra Bakunin, cuando éste solicita su ingreso a la Internacional, debido a su reciente actividad en aquella Liga. Esto explica porqué mientras con las agrupaciones hasta entonces integradas en la AIT se había tenido una actitud de gran flexibilidad y tolerancia, con los miembros de la

6 Cfr. K. Marx, "Comunicación confidencial", *op. cit.*

7 Cfr. "Carta de Marx a Engels", 4 de noviembre de 1864, *Acotaciones...*, *op. cit.*

8 Cfr. D. Guerra, *NI Dios ni Amo, Antología del anarquismo*, *op. cit.*, p. 120-121.

9 K. Marx, "Comunicación confidencial", *op. cit.*, p. 63.

Alianza se impugna de inmediato su programa y su carácter orgánico. A su vez, esto llevó al Consejo General, a precisar ciertas características y mecanismos internos de la AIT que aún no habían sido expuestos claramente.

Así, por ejemplo, ante la consideración de "que la existencia de una segunda organización internacional que actuaría dentro y fuera de la Asociación Internacional de los Trabajadores, constituía el medio más infalible para desorganizar a ésta", Marx definió a la AIT como una organización compuesta *exclusivamente* por "sociedades filiales locales y nacionales".¹⁰

No existe precedente de una definición como ésta con anterioridad a la solicitud de Bakunin. Sin embargo, no parece estar motivada solamente por la posición política de los anarquistas, sino también por el hecho de que hasta entonces no se había presentado la posibilidad del ingreso a la AIT de una organización igualmente internacional, debido a que este tipo de agrupamientos habían desaparecido después de las revoluciones de 1848.

En realidad, los estatutos de la AIT señalaban, desde su inicio, que su objetivo era la agrupación de las sociedades obreras *existentes* en diversos países, pero en 1866 se había eliminado la disposición de que tales sociedades mantendrían sus propias formas de organización. Asimismo, las normas de la Internacional establecían que se debería organizar "en cuerpos nacionales, representados por consejos centrales (que después se denominarían federaciones), a las agrupaciones locales" de los diversos países, las cuales no podían establecer estatutos que contradijeran a los de la AIT.¹¹

De cualquier forma, es evidente, como lo reconocieron los propios correligionarios de Bakunin,¹² que la existencia de una organización internacional dentro de la AIT, que se propusiera mantener sus propias instancias de discusión y de toma de resoluciones, atentaba contra la cohesión orgánica que venía desarrollando con gran éxito la Internacional y podía implicar el debilitamiento de la aún precaria

10 K. Marx, "La Asociación Internacional de Trabajadores y la Alianza de la Democracia Socialista", *La Internacional*, op.cit., p. 38.

11 AIT, "Estatutos y reglamento de la Asociación Internacional de Trabajadores", *La Internacional*, op.cit., p. 517.

12 J. Guilleminne escribe en su esbozo biográfico de Bakunin: "Pero, independientemente de los sentimientos personales de Marx (respecto de Bakunin, ECEB), es cierto que la idea de crear, a todo de la Internacional una segunda organización, era una idea despreciada, como le hicieron notar amigos belgas y juristas a Bakunin." Cfr. D. Guérin, *Ni Dios ni Amo*, op. cit., p. 123.

unidad de acción de sus miembros.

De ello estaba convencido Marx:

"...el programa teórico — escribe — de esta Alianza no pasaba de ser una farsa. El lado serio de la cosa estaba en su organización práctica. En efecto, esta sociedad debía de ser de carácter internacional, con su Comité Central instalado en Ginebra, es decir, puesto bajo la dirección personal de Bakunin. Pero al mismo tiempo, se trataba de que fuese parte 'integrante' de la Asociación Internacional de Trabajadores. Sus *branches* (ramas, ECB) debían estar representadas, de una parte, en el 'próximo Congreso' de la Internacional (en Basilea), y al mismo tiempo, celebrar su propio Congreso al lado del otro, en sesiones aparte, etc., etc."¹³

Bakunin y algunos de sus más destacados compañeros sostuvieron que tras la segunda resolución del Consejo General, la Alianza Internacional de la Democracia Socialista había sido disuelta completamente y que sus miembros se habían integrado a las Secciones de la AIT. Sin embargo, Marx y Engels estuvieron convencidos, no sin razón, de que ésta se mantuvo estructurada en forma secreta y que sus adherentes obedecían a normas propias, por encima de las acordadas por los integrantes de la Internacional. "La Alianza — escribe Marx en marzo de 1870 — se disolvió *nominalmente*, pero siguió funcionando *de hecho* bajo la dirección de Bakunin..."¹⁴

Como veremos, éste fue el meollo del conflicto dentro de la Internacional. Pero antes, los anarquistas habrían de poner en juego otras cartas, como lo muestra lo que escribió Bakunin a Alexander Herzen el 28 de octubre de 1869, sobre su conflicto con Marx:

"...probablemente puede y podrá ocurrir que pronto me vea obligado a declararle la lucha abierta, no por un agravio personal, sino debido a una cuestión de principios, la del comunismo estatal, propagado fervorosamente por él y por el partido que él dirige, tanto el inglés como el alemán. Sin embargo, llegado el caso, la lucha no será a vida, sino a muerte. Pero todo a su tiempo; y ahora todavía no es el momento para ello.

¹³ K. Marx, "Comunicación Confidencial", *op. cit.*, p.64.

¹⁴ *Ibid.*, p.65.

También le respeté y elevé por razones de táctica, por política personal. ¿Cómo no te das cuenta de que todos esos señores son en su conjunto nuestros enemigos y constituyen una falange a la que es preciso dividir, desmenuzar ante todo, para poderla vencer luego con mayor facilidad? Eres más culto que yo, y por lo tanto sabrás mejor quién fue el primero en decir: *divide et impera*. Si me entregara ahora a una lucha abierta con Marx, teñiría en contra a tres cuartas partes de la Internacional, me encontraría en franca minoría y perdería el suelo bajo mis pies. Ahora bien, si inicio la lucha contra su chusma, la mayoría estará de mi parte; incluso Marx, que como tú sabes posee gran malicia, estaría contento de que atacara y destrozara a sus enemigos. Pero en el caso de que me equivocara y él los protegiera, sería él quien iniciaría la lucha abierta, y en dicho caso yo me batiría en retirada *et j'aurais le beau rôle* y haría un buen papel.¹³

¿Una disputa personal?

Además de los bakuninistas, varios autores han querido restar importancia a la Alianza secreta de Bakunin o negar su existencia en el seno de la AIT y, de esa forma, hacer aparecer la lucha de Marx como algo desmesurado, que sólo puede explicarse por una profunda animadversión personal contra Bakunin,¹⁴ y por un afán autoritario que llevaba a aquel a querer imponer sus puntos de vista a cualquier costo.

Ciertamente, Marx tenía una forma dura de tratar a sus adversarios y seguramente llegó a sentirse afectado de manera personal por algunos hechos conflictivos con los anarquistas.¹⁵ Sin embargo, es

13 M. Bakunin, "Carta a A. Herzen", en H.M. Eisenberger, *Conversaciones con Marx y Engels*, tomo 1, Ed. Anagrama, Barcelona, España, 1974, p.303-306.

14 Además del propio Bakunin, uno de los primeros en sostener que la lucha en la Internacional se debió al conflicto personal de Marx con Bakunin fue James Guillaume, dirigente anarquista de Suiza. En su biografía de Bakunin, refiriéndose a las causas por las que el Consejo General de la AIT no había aceptado en su principio a la Alianza Internacional de la Democracia Socialista, escribe: "Uno de los motivos que también dictado esta decisión era la malquerencia de Marx respecto a Bakunin, en quien el ilustre comensalista alemán creía ver un «intrigante» que quería edificar la Internacional y transformarla en su instrumento." Según la versión de Guillaume, la Alianza secreta de Bakunin, fundada en 1866, fue disuelta después de la decisión del Consejo General. Cf. D. Guerra, *Ni Dios ni Amo. Antología del Anarquismo*, Vol. I, op.cit., p.124. Para D.H.Cole, la agrupación de Bakunin, era "...una Internacional secreta sin reglas ni organización determinada, que existía principalmente en su imaginación." *Historia del pensamiento socialista*, op.cit., t.II, p.175.

15 Entre otros hechos, es factible suponer que Marx se sintió involucrado y afectado en su

por demás simple y cargado de una gran dosis de obcecación ideológica, el análisis que reduce a estos factores un conflicto que evidentemente expresó dos visiones del quehacer revolucionario, y que provocó una importante escisión, a nivel mundial y durante todo un siglo, del movimiento obrero.

No obstante las pruebas que se presentaron en el Congreso de la Haya, es difícil conocer con precisión, justamente por su carácter secreto, el grado en que se estructuró y se desplegó en el seno de la Internacional la organización diseñada por Bakunin. Sin embargo, por la correspondencia de éste y el testimonio de varios de los seguidores del anarquista ruso, queda totalmente claro que su organización secreta siguió subsistiendo, que a través de ella se planificó la forma de actuar en algunas de las secciones de la AIT, y que ésta tuvo un código secreto con el que se diseñaron proyectos conspirativos, como el de Lyon en septiembre de 1870.¹⁸

En el Congreso de Basilea, realizado seis meses después de haber sido admitidos en la AIT los miembros de la Alianza bakuninista, luego de haber logrado introducir con éxito algunos de sus planteamientos,¹⁹ intentaron modificar la composición del Consejo Gene-

persona cuando un anarquista ruso llamado Nechaiev amenazó a un editor en Ginebra si reclamaba el salario que había pagado a Bakunin por el trabajo, que pronto abandonó, de traducción al ruso de *El Capital*.

18 Según J. Chailasse: "La organización secreta fundada en 1864 se había disuelto en enero de 1869 tras una crisis interior, pero — reconoce — varios de sus miembros habían continuado las relaciones entre sí, y a su grupo íntimo se habían unido algunos reclutados nuevos suizos, españoles, franceses, entre otros Vartia. Esta libre unión de hombres que entraban en contacto para la acción colectiva en una fraternidad revolucionaria debía — se creía — dar más fuerza y cohesión al grupo movinista del que era expresión la Internacional." *Cfr. Ni Dios ni Amo*, op.cit., p.124. En relación con la participación de Bakunin en los sucesos de Lyon a través de su organización secreta y a nombre de los principios de la Alianza, véase las cartas que Max Nettlau reproduce en el Prólogo a las *Obras de Bakunin*, Vol.1, op.cit., p.76 y ss.

19 El Congreso General de Basilea se realizó en septiembre de 1869, en él se discutieron ampliamente resoluciones referentes a la propiedad de la tierra y, después, una sobre el derecho de herencia. El Consejo General presentó un proyecto escrito por Marx en el que se establece que el problema de la herencia no podía ser entendido más que como efecto de la existencia de la propiedad privada de los medios de producción, por lo que era un absurdo considerarlo como punto de partida de una revolución social. El Congreso aprobó una comisión integrada mayoritariamente por bakuninistas, la cual presentó un contraproyecto que fue discutido en la sesión del 10 de septiembre. En éste se planteaba que la abolición del derecho de herencia "es una de las condiciones indispensables para la liberación del trabajador". Por lo que proponía que el Congreso aprobara que el derecho de herencia debía ser "completa y radicalmente abolido." "Finalmente, los dos proyectos fueron sometidos a votación por separado. El presentado por la comisión obtuvo 32 votos a favor, 23 en contra y 13 abstenciones. Por el del Consejo General votaron 19 por aprobarlo, 37 en contra y 6 se abstuviéron. *Cfr. La Primera Internacional* (Textos y Documentos), t.II, Editorial Fundamentos, ps.65-62.

ral, por lo que propusieron, después de haber aceptado algunas modificaciones estatutarias que daban mayores atribuciones al Consejo,²⁰ que éste cambiara su sede a la ciudad de Ginebra, lugar donde entonces residía Bakunin y en el que el revolucionario ruso contaba ya con cierta fuerza organizada.

Debido a que tal intento fracasó y que, por tanto, el Congreso resolvió que la sede del Consejo General permaneciera en Londres, lo que implicaba ratificar la composición del mismo (favorable a Marx), los seguidores de Bakunin iniciaron una sistemática campaña contra el Consejo, atacando tanto sus funciones como su actuación política. Marx y Engels dieron enérgica respuesta a las acusaciones de los anarquistas, profundizando de esa manera el conflicto y, al mismo tiempo, dando sustento político a la completa bifurcación de ambas corrientes. Poco después, los planteamientos político-organizativos de Marx, en la lucha contra Bakunin, fueron llevados a las resoluciones que adoptó la Conferencia de Londres y a los Estatutos que aprobó el Congreso de La Haya.

En por lo menos dos largos escritos y en muchos artículos, cartas personales y comunicaciones oficiales, Marx y Engels, además de la descripción detallada que hicieron de los diversos conflictos concretos a través de los cuales se desarrolló la disputa con los anarquistas, expusieron las razones que los llevaron a enfrentar con tanta dureza la lucha intestina.²¹

Para ellos, la forma en que los anarquistas lograron ganar varias secciones y federaciones de la AIT, tuvo su sustento en la organización clandestina, la cual trataron de demostrar que no se había disuelto, contra lo que afirmaban los bakuninistas. Para Marx y Engels se trataba de una infiltración conspirativa de una asociación con vínculos secretos, en una organización de carácter abierto y público, lo que ponía el conflicto en términos de una confrontación, no de ideas, sino de fuerzas:

20 En relación con las resoluciones organizativas que adoptó este Congreso, destacan las que dan al Consejo General derecho a admitir o no a toda sociedad que quiera ingresar en la AIT, a suspender secciones, y decidir sobre conflictos que surgieran entre las secciones afiliadas a la Internacional.

21 El primer largo escrito en el que Marx y Engels expusieron con todo detalle el conflicto con los bakuninistas, "Las supuestas cauciones en la Internacional", fue escrito a principios de 1872, pocos meses después de realizada la Conferencia de Londres (septiembre de 1871). El segundo, "Un complot contra la Asociación Internacional de Trabajadores", se publicó en junio de 1873, por encargo del Congreso de la Haya (septiembre de 1872). Cfr. *La Internacional*, op.cit., p.217 y 347.

"Por vez primera — escribe Engels — en la historia de las luchas de la clase obrera, nos enfrentamos con una conspiración urdida en el seno de esta clase y destinada, no a minar el régimen de explotación vigente, sino a socavar precisamente los fundamentos de la Asociación que lucha con la mayor energía en contra de él. Estamos ante una conspiración dirigida contra el mismo movimiento proletario."

Para Marx y Engels no se trataba, entonces, de una corriente, como otras que se desarrollaron en la AIT, que buscara legítimamente y en forma abierta que sus planteamientos prevalecieran entre los miembros de la Internacional, sino de un grupo cohesionado por una disciplina propia, que, actuando a espaldas de la Asociación, urdía planes con el propósito de convertirla en un instrumento suyo. Dos elementos daban sustento a esta apreciación. Por una parte, los lazos que efectivamente sostuvo Bakunin con sus compañeros de la Alianza y, por la otra, el carácter sectario de los planteamientos de esa corriente, que con frecuencia atacaba personalmente, y a juicio de Marx sin escrúpulos, a quienes sostenían posturas divergentes a las suyas.

Ciertamente, los bakuninistas fueron siempre proclives a definirse en contra de otras corrientes del movimiento obrero. En el programa de la *Alianza de los Hermanos Internacionales*, agrupación secreta dentro la organización "semisecreta y semipública" llamada Alianza Internacional de la Democracia Socialista, Bakunin señala solamente a dos corrientes socialistas como enemigos concretos:

"No debemos asombrarnos cuando los jacobinos y blanquistas, convertidos en socialistas más por necesidad que por convicción y para quienes el socialismo es un medio revolucionario, pero no el fin de la revolución, puesto que ellos aspiran a la dictadura, es decir a la centralización del Estado, el cual, por necesidad lógica e inevitable, conduce a la restauración de la propiedad; es, pues, perfectamente natural, decimos, que estos revolucionarios que no tratan de implantar una revolución radical contra las cosas, suchen con una revolución sangrienta contra los hombres. Pero esta revolución sangrienta, basada en la implantación de un Estado revolucionario poderosamente centralizado, traería como

22 F. Engels. "El Consejo General a todos los miembros de la Asociación Internacional de los Trabajadores", en *La Internacional*, op.cit., p.289.

inevitable consecuencia, según demostraremos más adelante (lo que ya no hace, ECB), la dictadura militar, con un nuevo señor. El triunfo de los jacobinos y blanquistas equivaldría, pues, a la muerte de la revolución.

"...Somos los enemigos naturales de estos revolucionarios — de los dictadores del futuro, de los legisladores y tutores de la revolución— que, antes de que sean destruidos los actuales Estados monárquicos, aristocráticos y burgueses piensan en la creación de nuevos Estados revolucionarios..."²³

Bakunin conspirador

Algunos han justificado la conducta de Bakunin dentro de la Internacional señalando su vocación conspirativa. Vale la pena detenerse en ello, pues en realidad en este aspecto se distingue la corriente anarquista de otras que desarrollaron una actividad de ese tipo.

Si observamos otras organizaciones hechas para la conspiración, tales como los *Carbonarios*, los *Egoux* de Babeuf o la *Société des Seasons* y otras de Blanqui, encontraremos que fueron estructuradas orgánicamente conforme a las necesidades de los específicos planes insurreccionales para los cuales se crearon. En sus manifiestos y llamamientos, estas agrupaciones expresaban, con gran dosis de romanticismo, sus proyectos emancipadores.

En cambio, la Alianza bakuninista carecía de un plan insurreccional concreto para alguno de los países en los que tenía adeptos. En su programa, escrito por Bakunin, se hace una declaración general contra toda clase de propiedad y Estado,²⁴ sin dar ningún elemento que permitiera concretar semejantes pretensiones:

²³ *La Internacional*, op.cit., p.445

²⁴ Años después, refiriéndose a la actuación de los anarquistas en la revolución española de 1873, Engels escribió: "A esto conduce el 'abstencionismo político' bakuninista. En tiempos pacíficos, es que el proletariado sabe de antemano que a lo sumo conseguirá llevar al parlamento a unos cuantos diputados y que la obtención de una mayoría parlamentaria le está por completo vedada, se conseguirá solo convocar a los obreros de algún sitio que otro de que es una gran actuación revolucionaria quedarse en casa cuando haya elecciones, y, en general, en vez de atacar al Estado concreto en el que vivimos y que nos oprime, atacar al Estado en abstracto, que no existe en ninguna parte, y, por tanto, no puede defenderse". F. Engels. "Los bakuninistas en acción", en *Acerca del anarquismo y el anarcosindicalismo*, op.cit., p.114.

"La Asociación de los Hermanos Internacionales aspira, al mismo tiempo, a la revolución social, filosófica, económica y política general para que del actual orden de cosas, basado en la propiedad, en la explotación, en la dominación y en el principio de autoridad, ya sea en el plano religioso, metafísico o doctrinario-burgués, e incluso revolucionario-jacobino, no quede piedra sobre piedra, primero en toda Europa y luego en el resto del mundo."²⁵

Quizá ello explique que el carácter conspirativo de las agrupaciones bakuninistas haya tenido, por así decir, un *peculiar* estilo que en mucho parecía meramente declaratorio. Por ello mismo, la AIT y, en particular, Marx y Engels no trataban a los anarquistas como conspiradores. En el siglo XIX y en vida de Bakunin, pocos de los grupos creados por el anarquista ruso emprendieron un plan insurreccional concreto o realizaron una conspiración para derrocar a los gobiernos de los países europeos.

Es cierto que Bakunin desde su intervención en la revolución de 1848 se había dado a conocer como un profesional de la revolución. En 1849 participa en el levantamiento en Dresde, razón por la que es perseguido y finalmente entregado por Austria al gobierno ruso. Después de más de una década de cautiverio en su país natal, en 1861 logra escapar de su confinamiento en Siberia y llegar a Londres. Durante la insurrección polaca de 1863 contra el imperio zarista, se unió al grupo de exiliados polacos que planearon una "expedición liberadora", pero pronto estaría de regreso en Londres sin haber logrado ningún éxito. Después de algunos planes de actuación con Garibaldi en Italia, Bakunin de hecho sólo se involucró en otra fallida revuelta, la ocurrida en la ciudad francesa de Lyon, en 1870.

De acuerdo con Max Nettlau,²⁶ a partir de que estalló la guerra entre Francia y Prusia, en aquel año, Bakunin inicia una serie de preparativos para la revolución que espera se produzca en Francia y, simultáneamente en Italia. Así, entra en contacto con amigos suyos de Lyon en donde, tras la revolución republicana del 4 de septiembre, se crea una gran agitación política. Bakunin asume el proyecto revolucionario de aquella ciudad como un asunto de vida o muerte que salvaría a Francia:

²⁵ En *La Internacional*, op.cit., p.445

²⁶ Max Nettlau, anarquista alemán, biógrafo de Bakunin y recopilador de la obra de éste. *Cte. Obras de Bakunin*, op.cit.

"No hay todavía una verdadera revolución aquí, — escribía a un amigo el 19 de septiembre desde Lyon — pero vendrá, pues se prepara y se hace todo lo posible para llegar a una verdadera revolución. Se trata para mí de vida o muerte. Espero ver el triunfo próximo."

Y, antes, el 6 de septiembre, había escrito a otro compañero:

"Mis amigos, los socialistas revolucionarios de Lyon, me llaman a Lyon. Estoy dispuesto a llevar allí mis viejos bucosos y a jugar probablemente mi última partida."

Dispuesto entonces a realizar al fin sus proyectos anarquistas, Bakunin redacta en Lyon un manifiesto, conocido como "el cartel rojo", en el que en su primer artículo, aún antes de que se produjera la sublevación popular contra el ayuntamiento, declaraba: "La máquina administrativa y gubernamental del Estado, vuelta impotente, queda abolida. El pueblo de Francia entra en posesión de sí mismo". Tras lo cual llama a conformar en todo el país, con dos delegados de cada departamento, "la Convención revolucionaria de la salvación de Francia".²⁷

Tan altas pretensiones no tuvieron correspondencia con lo sucedido dos días después de publicado el cartel. Por lo que el propio Bakunin escribió, se trató de un hecho en el que unas eran las

²⁷ El manifiesto escrito por Bakunin, a nombre del Comité Central de los Comités de la salvación de Francia, creado unos días antes, fue elaborado el domingo 25 de septiembre, e impreso en un cartel de papel rojo. Bakunin esperaba que el día 26 con la convocatoria a una manifestación pública se produjeran las condiciones para llevar a cabo sus planes insurreccionales. Después de unos breves considerandos, en los que se afirma que "la impotencia de los poderes oficiales y la indolencia de las clases privilegiadas, han puesto a la nación francesa al borde del abismo las instituciones más anárquicas: "Artículo 1. — La máquina administrativa y gubernamental del Estado, vuelta impotente, queda abolida. El pueblo de Francia entra en posesión de sí mismo. Art. 2. — Todos los tribunales criminales y civiles son suspendidos y reemplazados por la justicia del pueblo. Art. 3. — El pago del impuesto y de las hipotecas se suspende. El impuesto queda reemplazado por las contribuciones de las comunas federadas, deducidas sobre las clases ricas, proporcionalmente a las necesidades de la salvación de Francia. Art. 4. — El Estado, habiendo caído, no podrá intervenir ya en el pago de las deudas privadas. Art. 5. — Todas las organizaciones municipales existentes son suspendidas y reemplazadas en todas las comunas federadas por los Comités de salvación de Francia, que ejercen todos los poderes bajo el control inmediato del pueblo. Art. 6. Cada Comité cabeza de departamento enviará dos delegados para formar la Convención revolucionaria de la salvación de Francia. Art. 7. — Esta Convención se reunirá inmediatamente en la Municipalidad de Lyon, como la segunda ciudad de Francia y la más capaz de proveer energicamente a la defensa del país. Esta Convención, apoyada por el pueblo entero, salvará a Francia. ¡¡¡A las armas!!!" Cf. M. Bakunin, *Obras de Bakunin*, Vol. I, op. cit., p. 81.

pretensiones del grupo de revolucionarios encabezados por el anarquista ruso, y otras las posibilidades y el alcance de la movilización popular:

"...el comienzo ha sido magnífico — escribe a Emilio Belterio—. Hemos sido los amos de la situación. A pesar de la resistencia de las guardias nacionales burguesas, apoyados en el pueblo, primero desarmado y más tarde en armas, nos hemos apoderado de la Municipalidad. ¿Porqué no nos hemos quedado allí, preguntará Ud.? ¡Ah! Ésa fue la falta de la experiencia revolucionaria de muchos de nuestros amigos que se dejaron desviar por buenas palabras mientras era preciso obrar sin escuchar las promesas de los reaccionarios que, viéndose batidos, lo prometieron todo y más tarde no mantuvieron nada; pero, sobre todo, la culpa del general Cluseret, por no decir su cobardía y su traición."

En contraste, para Marx el de Lyon no será más que un incidente grotesco, que prueba la inviabilidad de los planteamientos anarquistas sobre el Estado y al que, por tanto, se refiere en forma irónica:

"Había estallado — escribe — el movimiento revolucionario en Lyon, Bakunin corrió a esta ciudad para prestar ayuda a su lugarteniente Albert Richard y a sus suboficiales Bastelica y Gaspard Blanc. El 28 de septiembre, día de su llegada, se había apoderado el pueblo del ayuntamiento de la ciudad. Bakunin se apostó allí: había llegado por fin el momento crítico, esperado durante largos años en que Bakunin podría llevar a cabo el acto más revolucionario que jamás había contemplado el mundo; decretó la *abolición del Estado*. Pero el Estado, bajo la forma y figura de dos compañías de Guardias nacionales burguesas, penetró al ayuntamiento por una puerta que a los revolucionarios se les había olvidado cerrar y, barriendo la sala, puso a Bakunin, a toda prisa, camino de Ginebra."²⁹

Como hemos visto, Marx no compartió los enfoques y tácticas de los conspiradores, pero a muchos los consideraba integrantes de los sectores más radicales del movimiento obrero. De manera especial, reivindicó la personalidad y el sentido de la lucha del más grande conspirador del siglo XIX: Blanqui. Pese a no compartir las formas

²⁸ *Ibid.*, p. 89.

²⁹ K. Marx, "Un complot contra la Internacional", en *La Internacional*, op.cit., p.365.

de acción del revolucionario francés, Marx consideró que representaba la corriente proletaria más consecuente en la Francia revolucionaria, a la que denominó del socialismo revolucionario o del comunismo. De esta forma, pese a las discrepancias, entre Marx y Blanqui hubo siempre una relación de respeto y valoración mutua que llevaría, después de la derrota de la Comuna de París, a que seguidores de uno y otro, al igual que en los años 50, colaboraran, ahora en el seno de la Internacional.

Pero ello no impidió que ante cada acontecimiento importante en la Europa de su tiempo, Marx se deslindara de las sociedades secretas, de las conspiraciones al margen del movimiento general del proletariado. La AIT, a instancias de él, estableció como norma la actuación abierta de sus secciones, como una forma de deslindarse de tales sociedades secretas, mientras que Bakunin mantuvo, en la práctica, su agrupación que, como se ha visto, era doblemente encubierta: ante la sociedad y frente a la Asociación Internacional de los Trabajadores.

Hacia mediados de 1870, el Consejo General de la AIT lanzó una proclama acerca de las persecuciones contra las secciones francesas, acusadas de conspirar para derrocar a Luis Bonaparte. Marx escribió entonces un enérgico rechazo a las acusaciones de que la AIT actuaba de manera secreta y al reivindicar el carácter abierto de la Internacional, señalaba:

"Si la clase obrera conspira, formando como forma la gran mayoría de la nación, creadora de toda la riqueza y en nombre de la cual pretentan gobernar incluso los poderes *usurpadores*, conspira públicamente como conspira el sol contra las tinieblas, plenamente convencida de que no existe fuera de su campo ningún poder *legítimo*."³⁰

Pero Marx admitía el trabajo secreto, cuando las leyes prohibían el libre derecho de reunión. Lo que en realidad critica el líder principal de la AIT es la creación de agrupamientos que se definen a sí mismos como secretos. El argumento principal que Marx aporta al rechazo de tales organizaciones son sus características autoritarias y místicas, que "entorpecen la independencia (del proletariado) y

³⁰ K.Marx, "Proclama del Consejo General de la Asociación Internacional de Trabajadores sobre las persecuciones a los miembros de las secciones francesas", en *La Internacional*, op.cit., p.74.

dirigen su conciencia por derroteros falsos”³¹.

En el marco de la organización, es decir, del debate libre y abierto, la cuestión del programa fue considerada por Marx como un objetivo que sólo gradualmente podía conquistarse. Con base en esto, se confronta con los bakuninistas que, al mantener su propia organización internacional basada en un programa definido por encima del debate de la AIT, se sustraían de una organicidad común en cuyo interior debían abordarse las cuestiones teóricas. Encontramos aquí una consecuencia de la lucha de Marx y Engels contra las sectas doctrinarias y conspirativas, que por su propia naturaleza se sustraen de la influencia del movimiento real, tanto en su sentido político como en sus aspectos de elaboración teórica.

Para Marx y Engels, como lo expresaron en el debate con los bakuninistas, los pequeños agrupamientos secretos habían respondido a una determinada etapa del desarrollo del movimiento de los obreros que había sido ya superada:

“La primera fase en la lucha del proletariado contra la burguesía se caracteriza por el movimiento de las sectas. Este movimiento tiene su razón de ser en una época en que el proletariado no se halla todavía lo bastante desarrollado para actuar como clase. Pensadores aislados someten a la crítica las contradicciones sociales y ofrecen, al mismo tiempo, una solución fantástica de esas contradicciones, que la masa trabajadora no tiene más que adoptar, difundir y llevar a la práctica. Como corresponde a su propia naturaleza, estas sectas, creadas por iniciativa individual, son ajenas a toda actividad real, a la política, a las huelgas, a la acción sindical, a todo movimiento colectivo en suma, y se mantienen al margen de todo. Y la masa del proletariado adopta siempre una actitud de indiferencia y hasta de hostilidad ante su propaganda. Los obreros de París y Lyon no querían saber nada de los saintimonistas, los fourieristas y los icarianos, lo mismo que a los cartistas y tradeunionistas ingleses les tenían sin cuidado los owenistas. Las sectas, que en un comienzo habían sido palancas del movimiento se convirtieron en un traba, tan pronto como el movimiento las superó, y a partir de entonces se volvieron reaccionarias; una prueba de ello la tenemos en las sectas de Francia e Inglaterra y, últimamente, en los lasalleanos alemanes, quienes,

³¹ “Notas de un discurso de K.Marx sobre las sociedades secretas”. Conferencia de Londres, 22 de septiembre de 1871, en *La Internacional*, op.cit. p.568.

después de haber entorpecido durante años la organización del proletariado, han acabado convirtiéndose en meros instrumentos de la policía. En una palabra, las sectas representaban la infancia del movimiento proletario, como la astrología y la alquimia corresponden a la infancia de la ciencia. Para que la fundación de la Internacional llegara a ser una posibilidad, el proletariado necesitaba rebasar esa fase de desarrollo.³²

Se ha dicho que existe una contradicción entre la idea de Marx de que las sectas se hallaban superadas por el desarrollo del movimiento obrero y su idea, que escribió a Kugelmann, de que la historia de la Internacional había sido la continua lucha contra las sectas, librada por el Consejo General y por los congresos generales de la AIT.³³ Hay que entender que para Marx la idea de "superación" en un sentido histórico, no implica en forma alguna que no persistan tales elementos "superados". Para él, la supervivencia de agrupaciones de tipo sectario, en momentos en los que, aún más claramente que durante el período de las revoluciones del 48, la clase obrera incurrió en estructuras y formas organizativas nuevas, más abiertas y desplegadas, buscando incorporar a grandes segmentos obreros, representaba un fenómeno reaccionario, es decir, que ya no correspondían a las nuevas necesidades y posibilidades de la lucha de la clase obrera.

32 C. Marx, F. Engels, "Las supuestas escisiones en la Internacional", en *La Internacional*, op.cit., ps. 230-239.

33 Cfr. Lelio Basso, *Socialismo y revolución*, Ed. Siglo XXI, México, 1983. Cap. VI, p. 253.

de la vida. En consecuencia, el individuo debe ser capaz de reconocer y aceptar sus limitaciones, así como también de reconocer y aceptar las limitaciones de los demás. Esto implica un nivel de autoconciencia y de conciencia social que permita al individuo actuar de manera responsable y ética en su vida personal y social.

En el ámbito educativo, esto se traduce en la necesidad de fomentar en los estudiantes un sentido de responsabilidad y de conciencia social. Esto puede lograrse a través de diversas estrategias, como el trabajo en equipo, los proyectos de servicio comunitario, y la enseñanza de valores y principios éticos. Además, es importante que los estudiantes desarrollen habilidades de comunicación y de resolución de conflictos, ya que estas habilidades les permitirán interactuar de manera efectiva y constructiva con los demás en su vida cotidiana.

En consecuencia, el individuo debe ser capaz de reconocer y aceptar sus limitaciones, así como también de reconocer y aceptar las limitaciones de los demás. Esto implica un nivel de autoconciencia y de conciencia social que permita al individuo actuar de manera responsable y ética en su vida personal y social.

CAPÍTULO IV

La Comuna de París: ¿una revolución sin partido?

Quando la lucha contra los bakuninistas comenzaba a entrar en un callejón sin salida, la guerra francoprusiana y su consecuencia directa, la insurrección de los obreros parisinos, representaron, primero, un paréntesis muy significativo en la vida interna de la AIT y, después, un factor decisivo en el destino final de esa agrupación.

La Internacional no intervino directamente en los acontecimientos que a partir del 18 de marzo de 1871 llevaron a la instauración de la Comuna de París. Pese a ello, muchos gobiernos europeos, comenzando por el francés, señalaron a la AIT como responsable de la insurrección obrera y la persiguieron como si en verdad lo hubiese sido.

Sin embargo, algunos dirigentes de aquel primer gobierno obrero, fueron miembros de la Internacional, y para esta organización, a juzgar por la pluma de Marx, los acontecimientos de París no fueron sorpresivos. Pese a las divergencias que surgieron en el seno del Consejo General con los dirigentes sindicalistas británicos por la posición adoptada ante la Comuna de París (que los llevó finalmente a retirarse de este órgano central de la AIT),¹ es claro que los obreros

¹ Los dirigentes tredeunionistas ingleses Odger y Lucraft se opusieron públicamente al

de toda Europa, agrupados en la Internacional, reconocieron en la lucha de los franceses su propia causa emancipadora.

La guerra entre Francia y Prusia, iniciada casi un año antes, había puesto en guardia a las fuerzas políticas europeas. En Francia, ante los primeros fracasos militares del gobierno bonapartista frente a Bismarck, los republicanos, tras veinte años de espera, vieron de nuevo surgir rápida y en forma espontánea la exigencia revolucionaria de instauración de la república.

Sin embargo, durante todos aquellos años de caricaturesco imperio, en la clase obrera francesa se habían operado cambios importantes que entrarían en juego cuando ésta, igual que en 1848, logra ponerse a la cabeza de la lucha democrática. El acelerado proceso de industrialización, impulsado por Luis Bonaparte, redundó en la consolidación de un proletariado industrial que apenas había logrado reconocimiento a su derecho de organización sindical, la cual se desarrolla paralelamente a su agrupación política en la AIT. Ahora tenía condiciones superiores para poner en juego la experiencia obtenida desde aquella triste derrota del 23 de junio de 1848.

De esta forma, a partir de la revolución del 4 de septiembre de 1870, que desplaza fácilmente al imperio bonapartista, esta nueva clase obrera, armada para enfrentar al ejército prusiano, no tardó en entrar en choque con los representantes de las clases poseedoras, con quienes había conformado el "Gobierno de la Defensa Nacional", a pesar de que las condiciones de asedio en las que se encontraba París dificultaban una confrontación abierta. Pero una vez que París se rinde ante el enemigo, después de haber resistido varios meses de sitio y frente al intento de Thiers, jefe entonces del gobierno capitulador, de desarmar a los obreros parisinos, éstos se apoderan de la ciudad y, declarada la guerra contra el gobierno instalado en Versalles, eligen a fines de marzo a la *Comuna de París*.

En condiciones extremadamente difíciles, dado el doble enfrentamiento con el gobierno de Versalles y el ejército prusiano, apostados ambos a las afueras de la capital francesa, comenzaba entonces el primer ensayo de poder obrero. Durante los escasos días con los que contó la Comuna, llevó a cabo una gran cantidad de medidas de

manifiesto del Consejo General, escrito por Marx, titulado "La guerra civil en Francia", declarado en la prensa londinense que no representaba la postura del Consejo de la AIT, sino la de Marx, además de defender a miembros del gobierno de Versalles, tales como Jules Favre al que el manifiesto acusa fuertemente. Poco después renunciaron al Consejo General. Cfr. K. Marx y F. Engels, *La Internacional*, op.cit., pp.105-106 y 562.

gobierno, con las cuales dejó plasmado el carácter de la lucha y el poder estatal obreros.

Marx había seguido muy de cerca los acontecimientos en Francia desde el estallamiento de la guerra, adoptando una ilustrativa postura ante ellos: primero, tras la agresión de Luis Bonaparte, exigiendo que el gobierno prusiano no abandonara su postura meramente defensiva, denunciando, después, el carácter ofensivo e imperial de la respuesta alemana.²

A través de sus manifiestos, signados por el Consejo General de la Internacional, Marx señalaba a los obreros franceses las condiciones adversas para llevar adelante la revolución:

“...La clase obrera de Francia — escribía el 9 de septiembre de 1870 — tiene que hacer frente a condiciones difícilísimas. Cualquier intento de derribar el nuevo gobierno en el trance actual, con el enemigo llamando casi a las puertas de París, sería una locura desesperada. Los obreros franceses deben cumplir con su deber de ciudadanos; pero, al mismo tiempo, no deben dejarse llevar por los recuerdos nacionales de 1792, como los campesinos franceses se dejaron engañar por los recuerdos nacionales del Primer Imperio. Su misión no es repetir el pasado, sino construir el futuro. Que aprovechen serena y resueltamente las oportunidades que les brinda la libertad republicana para *trabajar en la organización de su propia clase*. Esto les infundará nuevas fuerzas heroicas para la regeneración de Francia y para nuestra obra común: la emancipación del trabajo. De su energía y de su prudencia depende la suerte de la república.”³

Una vez que los obreros franceses instauran la Comuna, Marx no volverá a remitirse a tales advertencias. Por el contrario, es participante de la lucha más decidida, más a fondo, de los comunistas.

En carta a Kugelmann, el 17 de abril de 1871, Marx lamenta que su amigo no comprenda la lucha que en aquellos momentos libraba la Comuna contra el gobierno de Versalles y que la equiparara con

2 “Si la clase obrera alemana — escribió Marx el 23 de julio de 1870 — permite que la guerra actual pierda su carácter estrictamente defensivo y degenera en una guerra contra el pueblo francés, el triunfo o la derrota serán igualmente desastrosos. Todas las miserias que cayeron sobre Alemania después de su guerra de independencia, renacerán con redoblada intensidad.” K. Marx, “Primer Manifiesto del Consejo General de la Asociación Internacional de los Trabajadores Sobre la Guerra Franco-Prusiana”, *Obras Escogidas*, t. 1, op.cit., p. 508.

3 K. Marx, “Segundo Manifiesto del Consejo General de la Asociación Internacional de los Trabajadores sobre la Guerra Franco-Prusiana”, *La Internacional*, op.cit., p. 518.

la derrota de la democracia pequeñoburguesa del 13 de junio de 1849.⁴ Para él son evidentes las dificultades que enfrentan los obreros parisinos y la amenaza que representa el ejército alemán, pero igualmente claro es que, de haberse entregado sin luchar, "...la *desmoralización de la clase obrera* hubiera sido una desgracia *mucho mayor* que la pérdida de un número cualquiera de «jefes». La lucha de París ha llevado a una nueva fase la lucha de la clase obrera contra la clase capitalista y su estado. Cualquiera que sea el resultado inmediato —concluía Marx—, ha permitido conquistar un nuevo punto de partida, de una importancia histórica universal".⁵

Marx adoptó entonces una definida postura de apoyo a la lucha audaz de los obreros parisinos, convencido de que, pese a las enormes dificultades que habrían de enfrentar y que hacían poco probable el triunfo del nuevo poder, lo que éste lograra realizar marcaría una nueva época en la lucha por la transformación de la sociedad capitalista. Como bien señala Rosenberg,⁶ a Marx no le importaba demostrar la razón de sus advertencias, ni tampoco los errores o los aspectos divergentes que pudiera haber tenido con los dirigentes de la Comuna. Le importaba, en cambio, el destino de ese movimiento y el significado histórico que sin duda tenía, convencido de que no siempre, ni mucho menos, es factible escoger los momentos y las condiciones para librar la lucha revolucionaria:

"Desde luego, —escribía también a Kugelmann— sería sumamente cómodo hacer la historia universal si sólo se emprendiera la lucha cuando todas las probabilidades fueran infaliblemente

4 Después de que la Asamblea Legislativa, constituida el 28 de mayo de 1849, rechazó la acusación presentada por el líder de la Montaña, Ledru-Rollin, contra el presidente Luis Bonaparte de haber violado la Constitución de Francia al participar, en abril de aquel año, en el bombardeo a Roma, se produce una nueva crisis cuyo resultado fue la definitiva derrota de los sectores democráticos de la revolución y la consolidación del *partido del orden*. Sobre aquellos sucesos Marx escribe: "...el proletariado armó a la Montaña a la calle, aunque no a la lucha en la calle, sino a una procesión callejera simplemente. Basta decir que la Montaña iba a la cabeza de este movimiento para saber que el movimiento fue vencido y que el Junio de 1849 resultó una caricatura tan ridícula como indigna del Junio de 1848. (...) En junio de 1849 —continúa Marx— no fueron vencidos los obreros, sino abatidos los pequeños burgueses que se interponían entre ellos y la revolución. Junio de 1849 no fue la tragedia sangrienta entre el trabajo asalariado y el capital, sino la comedia entre el deudor y el acreedor: comedia lamentable y llena de escenas de sacaramientos. El partido del orden había vencido; era todopoderoso. Ahora tenía que poner de manifiesto lo que era." K. Marx, "Las luchas de clases en Francia", en *Obras Escogidas*, op.cit., t. I, pp. 194-195.

5 K. Marx, *Cartas a Kugelmann*, op.cit., p. 210.

6 Arthur Rosenberg, *Democracia y Socialismo*, Ed. Siglo XXI, México 1981, p. 207.

favorables. Por lo demás la historia sería totalmente mística, si las «causalidades» no desempeñaran ningún papel.»⁷

Es conocido que en la concepción de Marx y Engels prevaleció el rechazo a todo diseño utópico de formas de organización social. Por ello, reivindicaron insistentemente que su corriente podía reconocerse, no en tal o cual discurso teórico o proyecto ideal de sociedad, sino sólo en aquella expresión más radical y consecuente del movimiento real de los trabajadores. Por ello, al producirse la insurrección obrera de marzo en París, Marx y Engels no titubearon al identificarse con la Comuna y expresar su admiración a la combatividad y la iniciativa de lucha de los obreros. A partir de aquel momento su interés estuvo puesto en lograr el mayor apoyo a los parisiinos y difundir ampliamente las enseñanzas históricas que brindaba la Comuna a la lucha de los trabajadores de todos los países.

Parte de ese esfuerzo por defender y difundir la obra de los comuneros fue el manifiesto del Consejo General, escrito por Marx, sobre los sucesos de París. Elaborado al calor de los acontecimientos y aprobado dos días después de la derrota de la Comuna, el manifiesto *La guerra civil en Francia* destaca las condiciones histórico-concretas que hicieron posible —e incluso, necesaria— la instauración, por primera vez en la historia, de una determinada forma política a través de la cual se planteó alcanzar la emancipación de la clase obrera:

“...la Comuna era, esencialmente, un gobierno de la clase obrera, fruto de la lucha de la clase productora contra la clase apropiadora, la forma política al fin descubierta para llevar a cabo dentro de ella la emancipación del trabajo.”⁸

A lo largo de este manifiesto, en el que se busca dar respuesta al cúmulo de ataques y calumnias que se desató entonces contra el poder obrero de París, así como denunciar el carácter brutal y despiadado de la venganza de toda la vieja sociedad contra la osada proletaria, en contraste con la actitud, esencialmente pacífica, adoptada por la Comuna contra sus enemigos, Marx realiza un agudo examen del significado histórico de las medidas realizadas por los obreros, con las que se mostró el carácter verdaderamente democrático y nacional de la república por ellos instaurada. Pero, además,

⁷ K. Marx, *Cartas a Engelsman*, op.cit., p. 209.

⁸ K. Marx, “La guerra civil en Francia”, en *Obras Escogidas*, op.cit., t.I, p.546

Marx nutrió su propia concepción: para él la Comuna, que en forma "modesta, concienzuda y eficaz" hacía a los proletarios de París "dueños de sus propios destinos, tomando el Poder",⁹ había mostrado que "la clase obrera no puede limitarse simplemente a tomar posesión de la máquina del Estado tal y como está y servirse de ella para sus propios fines."¹⁰

En *La guerra civil en Francia*, lo mismo que en su correspondencia de aquel periodo, Marx hace completa omisión del problema organizativo de los obreros franceses, más allá de la estructura estatal que se dieron, así como de las corrientes ideológico-políticas que actuaron en el seno de los comuneros, imprimiendo un sello específico a su lucha.

Sorprende más este hecho, primero, por la dedicación militante que Marx venía teniendo en la Internacional, donde su principal preocupación era, como se destaca en su lucha con los anarquistas, el desarrollo y la consolidación de las estructuras organizativas que impulsaba la AIT entre los trabajadores. Y en segundo lugar, dada la explícita preocupación que, como hemos citado, Marx expresó, antes de la insurrección comunal, de que los obreros aprovecharan las condiciones republicanas para *organizarse* como clase. Y en ello no le faltaba razón. Pese a los innegables avances obtenidos en esa materia en los últimos años del Imperio, lo cierto es que en Francia había aún un considerable atraso político y organizativo entre los trabajadores.

Marx no sólo no ignoraba las condiciones precarias en que la policía bonapartista tenía sometida a la organización obrera en Francia, sino que le preocupaba el hecho de que los miembros de la Internacional en aquel país pertenecieran en su mayoría a la escuela proudhonista.

Sin embargo, en el momento en que se produce la revolución obrera en París, para Marx carece de importancia quiénes fueron los hombres que se pusieron a la cabeza de ésta, lo mismo que las condiciones organizativas que prevalecieron entre los obreros, con-

⁹ Palabras del Manifiesto del 18 de marzo del Comité Central que cita Marx en *La guerra civil en Francia*, *ibid.*, p. 539.

¹⁰ *Ibid.*

¹¹ Es interesante lo que A. Rosenberg escribe al respecto: "En Francia, la policía no permitía el surgimiento de un partido obrero revolucionario y en la emigración no había ninguno que pudiera hablar verdaderamente en nombre de esta parte de los obreros de París. En septiembre de 1867, Marx escribió en una carta: 'Lo malo es que no tenemos un solo hombre en París que se pueda poner en contacto con las secciones obreras enemigas de los proudho-

vencido de que el impulso revolucionario y de clase de la masa trabajadora, con el poder estatal en sus manos, determinaría, mucho más que cualquier principio doctrinario, las acciones a seguir.

Refiriéndose a los blanquistas y los proudhonistas como las corrientes predominantes en la Comuna, Engels escribiría los años después:

“...en ambos casos, la ironía de la historia quiso — como acostee generalmente cuando el Poder cae en manos de doctrinarios — que tanto unos como otros hiciesen lo contrario de lo que la doctrina de su escuela respectiva prescribía.”¹²

Lo cierto es que tanto los *blanquistas*, que predominaron en la Guardia Nacional que decreta la constitución de la Comuna de París, como los *proudhonistas*, que dotarían, en buena medida, de programa económico y social al poder obrero, carecieron de una estructura organizativa propia. Fueron, por tanto, parte dirigente de la masa revolucionaria que alrededor del nuevo poder inventó espontáneamente formas de acción y coordinación, pero que, propiamente, careció de partido estructurado.

Los blanquistas, que no contaban con un discurso doctrinal y un proyecto social claro, eran un punto de referencia obligado en la lucha obrera francesa. Tras casi cincuenta años de continua acción revolucionaria, los obreros parisinos supieron dar justo reconocimiento al viejo conspirador, encontrando en él al símbolo de su revolución. Blanqui, después de largos años de encarcelamiento producto de su actividad durante la revolución del 48, retoma el quehacer insurreccional durante los años inmediatamente anteriores a la Comuna. Sin embargo, cuando el objetivo de su lucha comenzó a hacerse realidad a partir de marzo de 1871, se encontraba nuevamente preso. Por esta razón Blanqui se convirtió en una de las banderas principales del poder comunal, que estuvo dispuesto a casi todo para lograr su libertad.

nimos (¡que son la mayoría!): Marx tenía una gran simpatía por el viejo Blanqui... (pero) Blanqui no tenía su partido y para los obreros de París era sólo una gran figura de costumbres ensuados. Marx debió permitir que los proudhonianos idealistas y críticos como fueran los que hablaban en nombre de Francia dentro de la Internacional, ya que los obreros revolucionarios franceses carecían de organizaciones.” Cfr. A. Rosenberg, *Democracia y Socialismo*, op.cit., p. 183.

¹² F. Engels, “Introducción a Las Luchas de Clases en Francia”, en *Obras Escogidas*, op.cit., t.I, p.500.

Pero los blanquistas no sólo aportaron a la Comuna un símbolo de lucha pertinaz e incorrompible, sino una clara determinación de lucha por el poder político. En contraste con la escuela de Proudhon, Blanqui estaba cierto de que la emancipación de los trabajadores no sería posible sin que éstos lograran adueñarse del poder estatal; para él la lucha política, en el sentido más estricto de disputa del poder del Estado, era el único camino por el que se alcanzaría la igualdad social. Por eso Engels señala que: "...a los blanquistas les incumbe la responsabilidad principal por los actos y las omisiones políticas" ¹³ durante la Comuna.

Por su parte, los proudhonistas, a pesar de los principios apolíticos y contrarios a todo tipo de asociación de los trabajadores que preconizó el maestro del socialismo francés, habían adquirido un sólido compromiso con los incipientes sindicatos de Francia, de muchos de los cuales fueron fundadores, por lo que, con motivo de la Comuna, vivieron un proceso de diferenciación interna, que hizo que la mayoría se entregara sin titubeos a la causa obrera de París dotándola de programa social y económico, mientras que una parte minoritaria de derecha pasó a colaborar directamente con el gobierno de Versalles. ¹⁴

Ahora bien, vale la pena detenerse a reflexionar sobre la actitud de Marx durante la Comuna respecto a la organización partidista, pues, aún tomando en cuenta el carácter y el objetivo específico de su trabajo sobre la revolución obrera de París, lo cierto es que pudiera entenderse como reflejo de una concepción en Marx de identidad entre partido y clase, o más aún, de menosprecio a la organización partidista frente a la acción espontánea del movimiento obrero, la que sin duda —y de manera especial en su estudio de la Comuna— Marx valora enormemente.

En primer lugar, es necesario anotar que la omisión de Marx sobre la actividad de la Internacional en los sucesos de París, sólo constata

¹³ *Ibid.*, p. 501.

¹⁴ Destaca entre ellos el caso de Tolstain, dirigente obrero proudhonista, fundador también de la AIT, quien fue expulsado de esta organización al negarse a renunciar a la Asamblea Nacional a la que había sido electo por los obreros antes de la Comuna, una vez que dicha Asamblea se puso al servicio del gobierno de Versalles. "Considerando —dice la resolución del Consejo General— que el sitio de todo miembro francés de la AIT, está sin disputa, al lado de la Comuna de París, y no en la Asamblea usurpadora y contrarrevolucionaria de Versalles; el Consejo General ratifica la resolución del Consejo Federal de París y declara al ciudadano Tolstain expulsado de la AIT." Cfr. *La Internacional*, op.cit., p.102.

el hecho de que no concibió nunca a la Asociación como un partido mundial que, en esa medida, pudiera dar conducción a sus miembros en un determinado país desde un centro directriz. Es decir, pese a que *La guerra civil en Francia* es un manifiesto dirigido a los miembros de la AIT, y que las secciones de ésta en Francia se involucraron plenamente en la Comuna, está lejos de las intenciones de Marx el hacer un documento que, desde Londres, les diera indicaciones para su actuación, pretendiendo a la vez que los internacionalistas fueran los dirigentes de la revolución parisiense.

Si como hemos señalado, Marx era conciente de que en Francia no había corriente alguna que pudiera dar cuerpo a un partido obrero, pues así lo indicaba el desprecio anarquista de los proudhonianos a la organización de los trabajadores, especialmente de tipo político; el carácter circunstancial y conspirativo de las organizaciones de los blanquistas, así como la práctica inexistencia de seguidores de Marx en Francia, es claro que el movimiento revolucionario de los obreros no podía depender de algún partido para llevar a cabo su tarea transformadora. Es decir, en Marx no hay una concepción del partido en la que se haga depender de éste el destino de la lucha revolucionaria, sino la idea de que el partido es un instrumento del que se sirve la lucha emancipadora de los trabajadores, pero que ésta tiene incentivos propios para producirse.

En realidad, esta concepción no se establece sólo por las condiciones concretas que tenía la clase obrera en Francia en 1871, pues años atrás, desde la *Ideología Alemana* y el *Manifiesto*, Marx y Engels insistían en las condiciones histórico-objetivas que generan la lucha de clases. De igual forma, cuando surgió la Asociación Internacional de Trabajadores, Marx subrayaría el hecho de que ésta era "la creación natural del movimiento proletario que, a su vez, brota de las tendencias normales e irresistibles de la moderna sociedad".¹⁵

De esta forma, el partido es *producto* de esa misma lucha, a la que está llamado a impulsar y contribuir conjuntando destacamentos aislados y expandiendo la experiencia. "Es misión de la Asociación Internacional de Trabajadores unificar y generalizar los *movimientos espontáneos* de la clase obrera, pero no dictarle o imponerle cualquier sistema doctrinario."¹⁶

¹⁵ K. Marx, "Cuarto informe anual del Consejo General de la AIT", *La Internacional*, op.cit., p. 35.

¹⁶ K. Marx, "Instrucciones a los delegados del Consejo Central provisional sobre algunas cuestiones", *La Internacional*, op.cit., p. 19.

Del estudio de Marx sobre la Comuna podemos desprender que tampoco hay en él una visión simbiótica del partido y el Estado, como años después se desarrollaría. Ciertamente, hablamos de una época en la que los partidos de los obreros apenas comienzan a desarrollarse. Sin embargo, Marx había podido extraer de aquella realidad la idea de que los trabajadores podían disputar la conducción de la sociedad, aún sin contar con partido *orgánico* propio, siempre y cuando se hubieran constituido en una fuerza independiente, capaz de expresar sus propios intereses, es decir, fueran un partido en un sentido genérico. Tal era el caso del junio de 1848 y, ahora de la revolución de los comuneros. De ahí que Marx distinga, como veremos más adelante, entre la organización concreta y cambiante, y la actividad revolucionaria independiente en la que se expresan los intereses de la clase obrera.

La Conferencia de Londres de 1871: se desata la lucha interna

La Asociación Internacional de los Trabajadores tenía dispuesto, por acuerdo de su congreso de Basilea, realizar el siguiente congreso en la ciudad de París el año de 1870. Sin embargo, la persecución de los miembros de la Internacional en Francia, con motivo del boicot que promovieron contra el plebiscito de Bonaparte, hizo que el Consejo General cambiara la sede a Maguncia, ciudad renana. Más tarde, el estallido de la guerra franco-prusiana, impidió la realización de ese congreso. Ante tal situación, las secciones se pronunciaron por darle poderes al Consejo General para que éste fijara fecha y lugar para realizarlo.

Los acontecimientos de la guerra llevaron al Consejo a desechar la posibilidad de reunir a los delegados de la Internacional aquel año. La derrota de la Comuna de París y la persecución desatada en casi toda Europa contra los miembros de la AIT, hicieron que, a propuesta de Marx, se convocara no a un congreso público, sino a una conferencia cerrada. Esta se realizó del 17 al 23 de septiembre de 1871, en la ciudad de Londres.¹⁷

¹⁷ Ante la protesta de los anarquistas por la realización de una conferencia y no de un congreso, Engels escribió en enero de 1872: "...por lo menos en Alemania y en Austria, es claro como la luz del día por qué fue necesario sustituir el Congreso por una Conferencia. No habríamos podido verlos representados en él sin que, a su regreso, nuestros delegados cayeran presos y fueran puestos a buena recauda, y en la misma situación se encontraban los delegados

La Conferencia fue prevista para abordar los problemas organizativos planteados por una situación difícil y paradójica.¹⁸ Por una parte, la Asociación, tras los acontecimientos de París, tenía ahora una enorme autoridad y aceptación en amplios sectores obreros de toda Europa, lo que se tradujo en un sorprendente crecimiento y desarrollo de sus organizaciones.¹⁹ Por la otra, la violencia sin límites con que fue derrotada la Comuna de París, tuvo su correspondiente campaña de persecución de los revolucionarios en todo el continente. Dicha campaña se concentró contra la AIT, única organización de importancia que hizo público su apoyo a la lucha de los obreros parisinos y que brindó todos sus recursos a la solidaridad con los refugiados de la Comuna.

Ante una difícil situación política y a un gran crecimiento que daba muchas perspectivas a la Internacional, ésta tuvo que hacer frente, sin embargo, a su conflictiva interna, cada vez más aguda. Cuando la Conferencia de Londres se reunió, en varias secciones se había producido ya una profunda división.²⁰

De acuerdo a esta situación, la Conferencia abordó problemas relativos al crecimiento y a la proscripción que en casi toda Europa sufrieron los miembros de la Internacional, tales como la formación de secciones femeninas (Resolución V) y de trabajadores agrícolas

de España, Italia y Francia. En cambio, una Conferencia, que no requiere debates públicos, sino simplemente reuniones administrativas, era lo más aconsejable. Tenía el inconveniente de no poder decidir problemas de principios, no modificar los Estatutos o realizar, en general, ningún acto de carácter legalativo, sino debía limitarse a acuerdos de tipo administrativo para la mejor ejecución de lo dispuesto por los Estatutos y lo acordado por los Congresos. Pero esto era también, en aquellas circunstancias, lo único aconsejable; se trataba de tomar medidas para las necesidades momentáneas, y era suficiente para ello." F. Engels, "El Congreso de Sonvillier y la Internacional", en *La Internacional*, op.cit., p.162-163.

18 De acuerdo con lo expresado por Marx en la inauguración de la Conferencia de Londres, ésta debía tener el propósito de adoptar las medidas necesarias para "hacer frente al peligro a que la Asociación se halla expuesta en muchos países y llegar a una nueva organización que se ajuste a las exigencias de la situación". Cfr. *La Internacional*, op.cit., p.263.

19 De acuerdo con los informes de la AIT, después de la derrota de la Comuna de París, se desarrollaron con gran rapidez secciones en toda la provincia francesa. Lo mismo ocurrió en Alemania, donde, tras la detención de varios dirigentes obreros (entre ellos W. Liebknecht) por su oposición a la política ofensiva de Bismark ante la guerra con Francia (pretensión de anexionar las provincias francesas de Alsacia y Lorena), la Internacional adquirió un gran prestigio. También proliferaron rápidamente secciones de la Asociación en Italia, España, Suiza, Dinamarca, Austria y Estados Unidos.

20 Después de la realización del Congreso General de Basilea (1869), se produjeron diversos conflictos con los bakuninistas en varias de las secciones de la Internacional, empezando por las de la *Suiza Románica*, dado que fue ahí donde Bakunin tenía su "cuartel general". Sobre el conflicto en las secciones suizas, véase los "Acuerdos de la Conferencia de Londres sobre las disensiones de la Suiza románica", en *La Internacional*, op.cit., p.134.

(Resolución VIII); la creación del Consejo Federal inglés, dado que hasta entonces no existía, pues el Consejo General tenía como sede ese país (Resolución XII); el refrendo de un acuerdo del primer Congreso de la AIT sobre la elaboración de una estadística general de la clase obrera (Resolución VI); la necesidad de adecuar la actuación y organización de las secciones que eran perseguidas por los gobiernos, prohibiendo, sin embargo, en forma expresa, su constitución en sociedades secretas (Resolución X), y para Francia, el reforzamiento, frente a la persecución, del trabajo propagandístico de los internacionalistas (Resolución XI).²¹

La mayoría de las otras resoluciones adoptadas, tuvieron como principal propósito enfrentar la disidencia bakuninista, que para entonces se expresaba en la oposición a varios aspectos de la organización de la Internacional.

Por una parte, la Conferencia reiteró o bien hizo explícitas²² las atribuciones del Consejo General. Ante la postura, que entonces apenas comenzaban a desarrollar los seguidores de Bakunin, de contraponer al Consejo General con las secciones y federaciones de la AIT, Marx defendió la necesidad de este órgano como coordinador y representante de la Asociación.

Por otra parte, resoluciones como la referida a la acción política de la clase obrera; sobre el conflicto en las secciones suizas; la prohibición de denominaciones "sectarias" (tales como positivistas, mutualistas, comunistas, etc.); y la desautorización pública de las actividades del ruso Nechaiev a nombre de la AIT, fueron, todas ellas resoluciones encaminadas a enfrentar abiertamente la disidencia bakuninista. De acuerdo con Marx, ésta vivió en las resoluciones "y

21 Cfe. "Acuerdos de la Conferencia de Delegados de la AIT celebrada en Londres del 17 al 23 de septiembre de 1871", en *La Internacional*, op.cit., pp.126-133.

22 La Conferencia de Londres acordó, en referencia a los poderes del Consejo General, que éste tendría derecho a elegir, sin derecho a voto, a todas las reuniones de las secciones y federaciones de la AIT (Resol.III). Asimismo, estableció que el Consejo sería el encargado de emitir los sellos de cotización y recaudar las sumas correspondientes (Resol.IV), resumir y presentar en los congresos la estadística de la clase obrera (Resol.VI), apoyar la coordinación de las sociedades de resistencia (Resol.VII). Todas estas atribuciones, lo mismo que el derecho a dar reconocimiento a las secciones y federaciones recién formadas o a suspender hasta el Congreso a alguna sección, las había establecido la Internacional con anterioridad, en particular en el Congreso de Bruselas. En esta ocasión, y dada la incierta situación política europea, se dejó, por primera vez, al Consejo General resolver la fecha y la ciudad precisa para la realización del siguiente congreso o conferencia.

con razón, una declaración de guerra y abrió su campaña inmediatamente."²³

Lo más relevante de la Conferencia de Londres fue, sin duda, la muy discutida resolución IX, sobre la participación política de la clase obrera. Antes de comentar su contenido, es necesario reseñar brevemente la situación en la que se presenta la mencionada resolución.

Como hemos señalado, la derrota de la Comuna de París había desatado la más furiosa persecución de los gobiernos europeos contra los revolucionarios del continente. Londres se convierte, así, en la residencia obligada de muchos de ellos y principalmente de los exiliados franceses de la Comuna. Marx y su familia se involucran en forma directa en todo tipo de actividades para brindar solidaridad a los perseguidos.

En buena medida este hecho acercó a los excomunerados a las filas de la AIT. En particular, un buen número de los blanquistas ingresaron y, a instancias de Marx, se incorporan muchos de ellos al Consejo General.

Blanqui y sus seguidores no habían querido ingresar en la Internacional, convencidos de que no se trataba de una organización que pudiera encabezar la revolución, puesto que siempre pensaron que ésta sólo podría ser resultado de la acción de pequeños grupos muy bien adiestrados. Sin embargo, tratándose de una corriente que siempre valoró por encima de muchas otras cosas la acción *organizada*, cuando los blanquistas ingresaron en la Internacional, fueron un grupo que insistió en la cuestión de la organización como necesario instrumento para la lucha política.

De esta forma, bajo el impacto de la experiencia de la Comuna, Marx y sus compañeros, —en forma similar a lo que ocurrió en el año de 1850— encontrarán dentro de la AIT a los excomunerados blanquistas como una fuerza con la que comparten aspectos importantes, tanto en lo que se refiere a la situación interna de la Internacional, como a las nuevas tareas que enfrenta el movimiento obrero europeo tras los acontecimientos de París. Así, en la tercera sesión de la Conferencia de Londres, a propuesta de Vaillant,²⁴ se presenta el

23 Cfr. K. Marx, "Un complot contra la AIT", en *La Internacional*, op.cit., p.366. Antes, leemos: "La Conferencia había dado en el corazón de la Alianza con sus tres resoluciones sobre el conflicto suizo, sobre la acción política de la clase obrera, y sobre la desautorización pública de Nacheiev."

24 La Resolución IX fue finalmente redactada por Marx y Engels, a partir del proyecto que presentó a la Conferencia el blanquista Edouard Vaillant, dirigente de la Comuna de París.

texto de una resolución en la que se insiste en la necesaria participación política de los trabajadores y en su constitución en partido político.

Marx ya había introducido la primera idea en los documentos fundacionales de la AIT. Independientemente de que el texto de Marx de los Estatutos había sido deformado en su traducción francesa para quedar acorde a la visión proudhonista,²⁵ aspecto muy discutido en la Conferencia, lo interesante es que existía ahora un nuevo referente: la experiencia de poder obrero. "El abstencionismo político —expresó Engels en la Conferencia— es totalmente imposible, sobre todo desde la Comuna de París, que puso a la orden del día la acción política del proletariado."²⁶

Es decir, a diferencia de lo que Marx había considerado en el momento de la fundación de la Internacional, en el sentido de que la situación del movimiento obrero no permitía que las ideas de él y Engels pudieran expresarse en forma diáfana y fueran aceptadas por los obreros agrupados en la AIT, ahora, a partir de la Comuna, Marx está convencido de que es posible, incluso necesaria, una mayor definición programática del movimiento obrero, que recupere la experiencia y el significado general de la lucha de los comuneros.

Por tanto, el alcance de lo expresado en la resolución IX es, efectivamente, otro. Al señalar en ella, entre sus considerandos, que:

"...la clase obrera sólo puede actuar como clase en contra de este poder colectivo de las clases poseedoras si ella misma se constituye en partido político aparte y en oposición a todas las viejas formaciones de partido de las clases poseedoras;

"que esta constitución de la clase obrera en partido político es

Años después Vaillant encabezará el proceso unitario de buena parte de los revolucionarios franceses que llevó a la formación, en 1901, del Partido Socialista Francés. Cfr. M. Rebérac, "El socialismo francés de 1871 a 1914", en *Historia General del Socialismo. De 1875 a 1918*, Col. Destino, vol. 234. Ed. Destino, Barcelona, España, 1985.

²⁵ El texto presentado por Vaillant señalaba que "la cuestión política y la cuestión social están indisolublemente unidas". Varias intervenciones señalaron que los Estatutos subordinaban la acción política a la económica. Marx y otros refutaron tal interpretación de los Estatutos señalando que esa era el sentido de la traducción francesa (seguramente hecha por el dirigente proudhonista Tolosa), pero no el del escrito original. Por ello la redacción final de la Resolución IX señala entre sus considerandos: "que ciertas falsas traducciones del texto original de los Estatutos han dado pie a equívocos perjudiciales para el desarrollo y la actuación de la Asociación Internacional de Trabajadores". Cfr. *La Internacional*, op.cit., p. 129.

²⁶ F. Engels, "Sobre la acción política de la clase obrera.", *Ibid.*, p. 125

indispensable para el triunfo de la revolución social y de su meta última: la abolición de las clases".

La resolución concluía recordando a los miembros de la Internacional "que, en la situación de lucha de la clase obrera, su movimiento económico y su acción política se hallan inseparablemente unidos."²⁷

A partir de esta declaración la AIT recoge planteamientos que distinguen con precisión el pensamiento y la acción de Marx y Engels. Desde su texto *Miseria de la Filosofía*, en el que polemiza con Proudhon (al que se podría considerar el primer "abstencionista político"), Marx defiende la idea de la lucha política de los obreros como la forma que adquiere la generalización de la lucha por reivindicaciones de tipo económico de los trabajadores.²⁸

A partir de la concepción de que el Estado sintetiza los intereses colectivos de la clase dominante en la sociedad, Marx entiende que la acción política de los obreros es aquella actividad que les permite trascender el nivel parcial de la lucha reivindicativa (contra cada patrón) al actuar frente al Estado (en este caso, frente al Estado capitalista) como poder colectivo, como poder político. Así mismo, es en la lucha política donde los trabajadores actúan como clase, es decir, como un conglomerado con intereses comunes que se reconoce y actúa como ser diferenciado, por tanto independiente, de otros segmentos de la sociedad. Condición ésta última para que pueda, a su vez, disputar a la burguesía la representación general de la sociedad, es decir, convertirse en la *clase hegemónica*. Son éstos elementos los que reclaman del proletariado su constitución en *partido político*.

Tal es el sentido de lo afirmado tanto en la *Ideología Alemana*, como en el *Manifiesto del Partido Comunista*, que Marx ve confirmado por los sucesos de París. Es cierto que ahora segmentos importantes de la clase obrera cuentan no sólo con vocación de poder, sino también con una experiencia organizativa relativamente rica, que

²⁷ *Ibid.*, p.128. En la traducción del libro de M. Molnar, *El declive de la Primera Internacional*, op.cit., p.127, en lugar de "...en la situación de lucha de la clase obrera...", se lee: "...en el estado militante de la clase obrera..."

²⁸ "...todo movimiento — escribe Marx — es el que la clase obrera actúa como clase contra las clases dominantes y trata de forzarlas 'presionando desde fuera', es un movimiento político. Por ejemplo, la tentativa de obligar mediante huelgas a capitalistas aislados a reducir la jornada de trabajo en determinada fábrica o rama de la industria es un movimiento puramente económico; por el contrario, el movimiento con vistas a obligar a que se decreta la ley de la jornada de ocho horas, etc., es un movimiento político." K.Marx, *Miseria de la Filosofía*, op.cit., p.169.

dan un sentido más concreto a la cuestión del partido político de los trabajadores.

La propuesta sobre la acción política obrera presentada en la Conferencia de Londres, tenía además el propósito de combatir el planteamiento anarquista sobre el abstencionismo político. Para Engels:

"El partido obrero, como partido político, existe ya en la mayoría de los países. No somos nosotros los que lo arruinaríamos con la prédica del abstencionismo. La práctica de la vida real, la presión política que los gobiernos existentes ejercen contra los obreros —ya sea para fines políticos o para fines sociales— obliga a los obreros, quieráalo o no, a intervenir en política. Predicar el apolitismo sería echarlos en brazos de la política burguesa."²⁹

No es muy claro que los términos precisos de la discrepancia que aquí comienza a desarrollarse entre los seguidores de Marx por un lado, y los de Bakunin por el otro, hayan podido exponerse cabalmente. Eso indica lo expresado por el anarquista ruso poco después de la Conferencia, en respuesta a las acusaciones que le hicieron Marx y Engels:

"...no es verdad que ignoremos por completo la política. No la ignoramos porque la queremos destruir definitivamente. Y éste es el punto especial que nos separa de los partidos políticos y de los radicales-socialistas burgueses. Su política consiste en hacer uso de la política estatal reformándola y transformándola, mientras nuestra política, la única que admitimos, es la total abolición del Estado y de la política que constituye su necesaria manifestación."³⁰

Es conocido que para los autores del *Manifiesto* la lucha emancipadora de los trabajadores contra el Estado capitalista sólo era factible si éstos lograban constituirse en un poder político alternativo, a partir del cual pudieran aplicar su programa transformador y someter la resistencia de las viejas fuerzas dominantes. Sin embargo, estaban convencidos de que por su naturaleza democrática el poder

29 F. Engels, "Sobre la acción política de la clase obrera. (Notas del discurso pronunciado en la sesión de la Conferencia el 21 de septiembre de 1871)", en *La Internacional*, op.cit., p.124.

30 M. Bakunin, *Escritos de Filosofía Política* (2), Alianza Editorial, Madrid, 1978, p.80.

de los obreros implicaba simultáneamente la desarticulación, no sólo del anterior aparato estatal, sino del suyo propio. Es decir, que el nuevo Estado, la "dictadura obrera", implicaba la mayor socialización del poder hasta entonces conocida, tal como lo probaba la Comuna de París. Para ellos, entonces, la desaparición del Estado, como instrumento para el dominio de una clase sobre otras, se produciría como resultado de un proceso paulatino. Frente a la idea bakuniniana de "abolición" del Estado, Marx y Engels defienden la "extinción" de éste; lo otro lo consideran un decreto voluntarista imposible de realizar (como lo demostró el incidente de Lyon de 1870) que, en tanto, incapacita a los obreros para una lucha permanente por ganar todos los espacios posibles para desplegar su fuerza e influencia en la sociedad. Por el contrario, para ellos, la lucha política es precisamente la que brinda mayores medios para la acción revolucionaria, el desarrollo de la organización y la propaganda obreras. En particular, llaman a la participación electoral por tratarse de un "excelente medio de acción."

Debido principalmente a su resolución sobre la actividad política de la clase obrera, varios estudios han señalado a la Conferencia de Londres como el evento que transformó organizativamente a la Internacional, dándole un carácter por completo diferente al que hasta entonces había mantenido. En particular, se responsabiliza a Marx de haber buscado en aquella ocasión transformar a la Internacional en partido político.

Ciertamente la Conferencia fue un evento que, a propuesta de Marx, decidió abordar exclusivamente cuestiones organizativas de la Asociación, con el objetivo de que ésta pudiera hacer frente a la nueva situación política europea. Como hemos señalado, sus resolutivos buscaron, dada la persecución de que eran objeto los miembros de la AIT, reforzar y adecuar la estructura organizativa y, a la vez, cerrar el paso a tendencias regresivas que implicaban sectarización orgánica. Sin embargo, no hay bases para sostener lo que M. Molnár³² atribuye al autor de *El Capital*.

31 Cfr. F. Engels, "Al Consejo Federal Español de la Asociación Internacional de Trabajadores", 13 de febrero de 1871, en *La Internacional*, op.cit., p.95.

32 "...la Resolución IX — escribe M. Molnár —, sobre la acción política, no puede ser considerada como un simple elemento del conflicto Marx-Bakunin. Su importancia rebasaba la lucha antibakuninista. Al parecer, en 1871 Marx apuntaba — más allá de la lucha contra Bakunin — hacia un objetivo todavía más lejano y ambicioso: la transformación de la Asociación en partido político. Hay otras resoluciones que perseguen este mismo objetivo", al reforzar

En la cantidad impresionante de veces que Marx intervino en la Conferencia (más de cien), en las resoluciones que redactó junto con Engels (que fueron la mayoría de las que ahí se presentaron) todas ellas aprobadas por los delegados, así como en su actividad posterior, es claro que para él la Primera Internacional, por su naturaleza, no podía derivar en un único partido, es decir, en un partido mundial. Más que pretender hacer de la AIT un partido, Marx estaba convencido de que el desarrollo del movimiento obrero tendía a la formación de poderosas organizaciones partidistas en cada país, y que en ese proceso la AIT había contribuido de manera fundamental, como organización que agrupaba e impulsaba todo tipo de asociación obrera, tanto política como sindical, ya que cuando surgen los partidos obreros, éstos no siempre se separan de los sindicatos. Como veremos más adelante, la formación de partidos obreros nacionales era el proceso que, para Marx y Engels, correspondía a la etapa del movimiento de los trabajadores que inauguró la Comuna de París, razón por la que sus futuros esfuerzos, una vez que la AIT deja de existir, se encaminarán a ello.

El Congreso de La Haya: ningún final feliz

Un año después de la Conferencia de Londres se realiza el Congreso de la Haya, en los hechos, el último de la AIT. En el lapso entre una y otra, lejos de resolverse el conflicto interno de esta asociación, la ruptura se hace inminente. Cada una de las dos partes en lucha, se acercan concientemente a ella. Los bakuninistas, en buena medida a la defensiva, buscan ganar a segmentos de la Internacional para un proyecto propio, continuación o heredero —dirán después— de la Primera Internacional. Marx y sus seguidores más cercanos se proponen poner a salvo de la influencia de Bakunin el agrupamiento en el que participaron cerca de diez años, aunque sea con medidas que en la práctica llevarían a su disolución.

Inmediatamente después de la Conferencia de Londres, varias de la disciplina interna de la AIT, concluye. Cfr. M. Molnár, *El declive de la Primera Internacional*, op.cit., p.105.

Al respecto, en su libro *Estadismo y Anarquía*, Bakunin había escrito: "Lassalle creó, preferentemente, el partido político de los obreros alemanes, que organizó jerárquicamente, sometiénolo a su rigurosa disciplina y a su dictadura; en una palabra, lo que el señor Marx intentó hacer en la Internacional en los tres años siguientes. El intento de Marx fracasó, pero el de Lassalle tuvo un éxito completo." Cfr. *Obras de Bakunin*, Vol.5, op.cit.

las organizaciones de la AIT, comenzando por la Federación del Jura, dirigida por el anarquista suizo J. Guillaume, desconocen los acuerdos ahí tomados e intensifican su campaña contra el Consejo General de Londres. La lucha de los anarquistas adquiere ahora claras banderas: el antiautoritarismo, el federalismo (contra el centralismo que para ellos representa el Consejo General) y el abstencionismo político.

Por su parte, Marx y Engels, a la cabeza de un grupo bastante heterogéneo y mermado, concluyen que la única salida es la separación del grupo bakuninista de las filas de la Internacional, para lo cual recaban informes que demuestren que Bakunin mantiene su Alianza secreta, que sostiene ligas con Nechaiev³³ y que ha participado en diversos fraudes.

Para ambas partes, la única solución es la ruptura, una plantea la desaparición del Consejo General, otra la expulsión de los principales dirigentes bakuninistas.

En carta a Kugelmann, el 29 de julio de 1872, Marx escribió: "En el Congreso Internacional (que se inaugura en La Haya, el 2 de septiembre) se va a decidir la vida o la muerte de la Internacional y, antes de retirarme, qujero por lo menos protegerla contra los elementos de disolución."³⁴ De esta forma, se comprende el tono de los debates y el tipo de resoluciones que se dieron en el Congreso.

Como síntoma inequívoco de la división que padecía en sus filas la agrupación, los delegados de la AIT reunidos en La Haya ocuparon buena parte del tiempo en discutir la validez de muchos mandatos y de los votos válidos en el Congreso. Después de lo cual, el más fuerte debate se centró en la existencia y funciones del Consejo General, así como en la sorpresiva propuesta de Engels de trasladar su sede a la ciudad de Nueva York. Las modificaciones estatutarias (que incorporaron las resoluciones adoptadas en la Conferencia de Londres, muchas impugnadas por los anarquistas), así como las resoluciones referentes a la Alianza de Bakunin y la expulsión de éste y de

33 Nechaiev, terrorista ruso que se vinculó a Bakunin presentándose como cabeza de un poderoso grupo que preparaba la revolución en Rusia. Bakunin creyó las fantásticas historias que Nechaiev le contó, por lo cual escribió una serie de manifiestos incendiarios (aunque el autor de ellos, el *Congreso revolucionario*, los anarquistas sostienen que no fue escrito por Bakunin sino por el propio Nechaiev). Finalmente, estuvo involucrado en el asesinato de un estudiante revolucionario, por lo que se le persiguió y condenó a veinte años en prisión. En este personaje se inspiró Dostoievski en su novela *Los malesas*. Véase también nuestra nota 16 del cap. III.

34 K. Marx, *Cartas a Kugelmann*, op.cit., p.247

J. Guillaume de la Internacional, fueron aprobadas sin mayor discusión.

A partir de las resoluciones de la Conferencia de Londres, los bakuninistas desplegaron sus propuestas sobre la estructura que debía establecerse en la Asociación, con lo que la disputa se concentró aún más en las cuestiones organizativas de la AIT.

De acuerdo con Bakunin, la Internacional representaba la organización que el proletariado requería para conformar la "fuerza popular capaz de aplastar el poder militar y civil del Estado". Para él la sola inclusión de una cantidad considerable de trabajadores en las filas de la AIT, haría que los Estados dejaran de existir.³⁵ Pero para que la Asociación jugara este papel emancipador, requería emanciparse primero a sí misma, superando su división entre dirigentes y dirigidos, entre "la mayoría como herramientas ciegas, y la minoría de sabios instruidos encargados de toda la dirección", y logrando que "cada miembro de la Asociación esté imbuido de la ciencia, la filosofía y la política del Socialismo."³⁶

Pese a que Bakunin era decidido partícipe de la más amplia libertad de crítica y discusión en el seno de la AIT,³⁷ y que acusaba a Marx de querer imponer como dogma una sola teoría oficial, escribió:

"La Asociación Internacional de Trabajadores no tendría sentido si no pretendiese abolir el Estado. Organiza a las masas trabajadoras del pueblo con el exclusivo propósito de esta destrucción. ¿Cómo las organiza? No de arriba abajo, imponiendo sobre la diversidad social producida por la diversidad del trabajo o sobre la vida natural de las masas una unidad y un orden ficticios, como hacen los Estados, sino de abajo arriba, tomando como punto de partida la existencia social de las masas y sus

³⁵ Bakunin afirmaba que cuando la Internacional "haya incluido y organizado en su seno a la mitad, a un tercio, a un cuarto o incluso a la décima parte del proletariado europeo, los Estados dejarán de existir." En *Escritos de Filosofía Política 2*, op.cit., p.84.

³⁶ *Ibid.*, p.90.

³⁷ "Como la Internacional no es una asociación que haya sido organizada de arriba abajo en forma autoritaria, mediante las reglas despóticas de sus comités, y como sólo puede constituirse de abajo arriba, de una forma popular, por un espontáneo y libre movimiento de las masas, es necesario que las masas lo sepan todo, que no existan secretos gubernamentales para ellas, que no acepten ficciones o apariencias como realidades, que tengan una idea clara de los fines y de los métodos de su camino, y sobre todo, que tengan siempre una clara conciencia de su situación real. Por eso, todas las cuestiones que afecten a la Internacional deben ser discutidas sin miedo, de una manera abierta..." *Ibid.*

aspiraciones reales, e induciéndolas a agruparse, a armonizar y equilibrar sus fuerzas de acuerdo con la diversidad natural de ocupaciones y situaciones, y ayudándolas a ello."³⁸

En contraste, Marx rehuyó siempre cualquier identificación de la estructura de la AIT con la organización del trabajo, la equiparación de la organización política con la económica, pues, entre otras cosas, lejos de pensar que la división del trabajo era un producto natural o espontáneo (en el sentido en el que lo consideraba Bakunin), Marx la entendía en su sentido social como resultado del proceso de desarrollo económico, que representaba una forma más de enajenación del trabajador. En general, no parece que para Marx la agrupación económica fuera un ejemplo a seguir en la organización revolucionaria de los obreros. Ésta podía, como lo hiciera la Internacional, integrar a sindicatos, mutualidades o cooperativas, pero no tenía porqué asumir formas que separaban por especialidades a los trabajadores, y que en ciertas circunstancias establecían competencia entre ellos.

En otro aspecto importante discrepaban Marx y Engels de la visión organizativa de Bakunin. Para el revolucionario ruso, la organización de la Internacional y el proyecto de sociedad futura por la que, según él, luchaba la Asociación, eran una y la misma cosa; de ahí que hiciera depender de la emancipación de la AIT, la de la sociedad entera. Por el contrario, para Marx y Engels, la organización de la Internacional dependía exclusivamente de las condiciones en las cuales realizaba su lucha.

"¡Precisamente ahora — escribe Engels en enero de 1872 —, cuando luchamos con las uñas y los dientes para defender nuestra piel, se quiere que el proletariado no se organice atendiendo las necesidades de la lucha que diariamente y a todas horas se nos impone, sino con arreglo a las ideas que algunas fantasías se forman acerca de una vaga sociedad futura!"³⁹

Es por ello que en la nueva situación creada tras la derrota de la Comuna de París, Marx y Engels consideran que, entre otras modificaciones a la estructura de la AIT, era importante la defensa del

³⁸ *Ibid.*, p. 88.

³⁹ F. Engels, "El Congreso de Souvillier y la Internacional", en *La Internacional*, op.cit., p. 164.

papel dirigente del Consejo General. Si en los años sesenta Marx aceptaba que dicho órgano cumpliera fundamentalmente funciones de coordinación y comunicación entre las diversas sociedades obreras existentes, a partir de la revolución parisiña y con la persecución desatada contra los miembros de la Internacional en casi toda Europa, defiende la existencia de un órgano rector, dirigente, que tenga atribuciones para hacer frente a la compleja problemática —tanto interna como externa— en la que se desenvuelve y actúa la Internacional.

“El Congreso de La Haya —declaraba Marx— ha otorgado al Consejo general nuevas y más amplias atribuciones. En efecto, en momentos en que los reyes están reunidos en Berlín y en que de esta reunión saldrán nuevas y más enérgicas medidas de represión contra nosotros, en los momentos en que la persecución se organiza, el Congreso de La Haya ha considerado aconsejable y necesario ampliar las prerrogativas del Consejo General y, pensando en la lucha que va a iniciarse, centralizar todas las acciones, que el aislamiento condenaría a la impotencia. ¿Y a quién más que a nuestros enemigos podrían inquietar, por otra parte, los poderes conferidos a nuestro Consejo General? ¿Acaso dispone éste de una burocracia y de una policía armada para imponer la obediencia por la fuerza? ¿Acaso no es la suya una autoridad puramente moral y no se hallan sus decisiones sometidas a juicio de las Federaciones, a quienes está encomendada su ejecución?”⁴⁰

En realidad, Marx y Engels dieron poca credibilidad a los planteamientos organizativos de Bakunin, y si respondieron fue debido a la influencia que ejercían en algunas de las organizaciones de la AIT. Para ellos tan solo los documentos estatutarios de la agrupación anarquista diseñada por Bakunin, mostraban una concepción que poco o nada tenía que ver con el carácter y la forma de organización que se había dado la AIT y tampoco con la que el jefe anarquista proponía para ésta.

Mientras que para su propio grupo, Bakunin se explayaba en el diseño de una estructura jerárquica, centralista y con mando uniper-

40 K.Marx, “Discurso sobre el Congreso de La Haya”, *La Internacional*, op.cit., p.321.

sonal (por lo demás connatural a las ideas conspirativas en las que decía inspirarse),⁴¹ levantó como banderas en su lucha por la dirección de la Internacional y contra el Consejo General establecido en Londres, la organización federalista, la autonomía de las secciones y una estructura general establecida "de abajo arriba". Todo esto apoyado en el principio del *antiautoritarismo*, con el que pronto se autodefinió la corriente anarquista.

Se ha aceptado que Bakunin era un revolucionario conspirador por excelencia, a la vez que se asume como válida la diferenciación entre él y los partidarios de Marx, como una disputa entre "federalistas" y "centralistas", lo que es un contrasentido en sí mismo, puesto que la organización y la concepción conspirativa es, por definición, centralista y vertical, dados los medios de lucha y la concepción que rigen a tales actividades.

41. De acuerdo con los documentos secretos del grupo bakuninista, se trató de una organización estructurada de acuerdo a una acunada verticalidad. Más bien podría decirse que se trató de una serie de organizaciones entrelazadas, que en su cúspide tenían a la agrupación llamada *Alianza de los Hermanos Internacionales*, la cual se dividía internamente en 1) Comité General o el Constituyente, 2) Comité Central (que a su vez, se subdividía en un Buró Central y en un Comité Central de Vigilancia), y 3) comités nacionales (los que tenían también su propia Oficina Ejecutiva Nacional y su Comité Nacional de Vigilancia).

Bajo la dirección del Comité General y del Comité Central de los Hermanos Internacionales se encontraba la organización de los *Hermanos Nacionales*, estructurada en comités provinciales. A partir de este segundo nivel, no era permitido conocer la existencia de la organización secreta internacional. En el tercero y último nivel se encontraba la *Alianza Democrática de la Democracia Socialista*, organización que definían como "seminóclera" y "semipública", y que era la que actuaba en el caso de la AIT. La Alianza contaba con su propio Comité Central Permanente, integrado por los miembros de la Sección Central de Ginebra. Esta Sección era considerada "el más alto consejo ejecutivo de la Alianza", para lo cual se subdividía en el Buró Central y en el Comité de Vigilancia. El Buró Central, sobre el que recaía el poder ejecutivo, debía estar compuesto por un número reducido de miembros del Comité Central Permanente (de 3 a 7), y realizar el doble trabajo, público y secreto, de relación y coordinación de los comités nacionales, encargados de organizar tanto los grupos locales y públicos, como los secretos. Este órgano, sometido a la dirección de la Sección Central de Ginebra, debía estructurarse bajo la forma de "Presidencia de una República Federativa", es decir, delegar su poder ejecutivo en una sola persona.

Los comités nacionales de la Alianza contaban también con sus propios comités de vigilancia y burós centrales, pero éstos últimos debían estar compuestos por miembros del Comité Central Permanente. A la vez, los comités nacionales debían atender la organización de la Alianza en sus respectivos países, "pero de tal manera que ésta se halle siempre dominada y representada en los Congresos por miembros del Comité Central Permanente."

La estructura de las organizaciones secretas de Bakunin ha sido tomada de los documentos que Marx y Engels publicaron, por acuerdo del Congreso de la Haya que los conoció en su sesión del 5 de septiembre, como resultado del trabajo de investigación de una comisión nombrada por el propio congreso. Cfr. Marx, Engels, "Un complot contra la Asociación Internacional de Trabajadores". *La Internacional*, op.cit. pp. 438-451. También, "VII. Resoluciones sobre la Alianza", en Resoluciones del Congreso General de la Haya. *Ibid.*, pp.312-319

Marx y Engels estaban convencidos de que las exigencias organizativas de los anarquistas escondían una lucha por la dirección de la Internacional. Engels escribió a los miembros de la AIT poco antes del Congreso de La Haya:

"Lo que actualmente se halla en juego no es la autonomía de las secciones ni la libre federación de los grupos, ni la organización de abajo arriba, ni cualquier otro tópico pretencioso y alisonante de este linaje; la cuestión que está planteada es ésta: ¿deseáis que vuestros órganos centrales estén formados por personas que no reconocen más mandato que el otorgado por vosotros mismos, o por hombres elegidos mediante el engaño y que sólo han aceptado vuestro mandato con la firme intención de conducirnos como a un rebaño, siguiendo las instrucciones secretas de un misterioso personaje establecido en Suiza?"⁴²

Pese a haber logrado la mayoría suficiente en el Congreso para la aprobación de sus propuestas, Marx y Engels tenían una situación en la AIT que distaba de serles favorable. Además de la fuerza que desde la Conferencia habían logrado consolidar los bakuninistas (ellos mantenían la dirección de las federaciones de Italia, España y de la Suiza del Jura, pese a los esfuerzos personales de Engels, quien fungía como corresponsal del Consejo General para aquellos dos países latinos), se habían unido a la lucha contra el Consejo encabezado por Marx, aunque por causas distintas, las Federaciones de Bélgica y de Inglaterra.

Tampoco las dos fuerzas en las que Marx y Engels se apoyaron representaban una mayoría sólida. Por una parte, los alemanes, que se sentían poco involucrados en los asuntos de la Internacional y más preocupados por los problemas de la construcción de su propio partido. Por la otra, los franceses, en quienes la derrota y el exilio habían empezado a hacer estragos, enfrentando a unos con otros, y los cuales tenían, además, sus propios proyectos para la AIT.

En estas condiciones es factible suponer que Marx y Engels constataron en La Haya su conclusión de que las condiciones que habían generado un eje capaz de sostener una organización de carácter internacional, ya no persistían. En buena medida eso explica la propuesta de traslado del Consejo a Nueva York.

⁴² F. Engels, "El Consejo General a todos los miembros de la Asociación Internacional de Trabajadores". Agosto 4-6 de 1972, *La Internacional*, op.cit., p.289.

"...para demostrar — escribe Engels — que no pedían personalmente para ellos atribuciones más amplias y mejor definidas otorgadas al Comité General, Marx, Engels, Serrailier, Wróblewski, Dupont y otros miembros del Consejo, cuyo mandato terminaba, propusieron que el Consejo General se trasladara a Nueva York, el único lugar en que, fuera de Londres, podían asegurarse las dos condiciones fundamentales: la seguridad de los archivos y el carácter internacional de la composición del Consejo."

Pero lo principal era, sin duda, que la disputa por el dominio del Consejo General, litigio que había mantenido a la Internacional en dura lucha interna varios años, encontraba de ésta forma una solución. Ante la fuerza que al interior de la AIT iba acrecentando Bakunin, y que seguramente Marx y Engels pudieron observar, con el traslado del Consejo a Estados Unidos se hacía ahora sumamente difícil para los anarquistas lograr la dirección de la Internacional, pues es claro que éstos aún no habían logrado la influencia que más tarde tendrían en el movimiento obrero norteamericano. Si a ésto sumamos la expulsión de Bakunin y de su más allegado colaborador, es evidente que Marx había logrado en Holanda su inmediato objetivo: poner a salvo la AIT.

Sin embargo, cualquiera que fueran las razones que entonces llevaron a Marx y a Engels a trasladar la sede del Consejo, es evidente que para ellos había llegado el momento de retirarse de la intensa actividad en la que se habían involucrado en la Internacional. A pesar de lo que declarara Marx al término del Congreso de La Haya,⁴⁴ y de la actividad en la que (sobre todo Engels) se involucraron en

43 F. Engels, "El Congreso de La Haya (Carta a Bismarck)", del 5 de octubre de 1872. En *La Internacional*, op.cit., p.323-324. En el discurso pronunciado por Marx en la clausura del Congreso insistió sobre éste aspecto: "...el Congreso de La Haya ha acordado transferir a Nueva York la sede del Consejo General. Muchos de nuestros propios amigos, parecen mostrar entusiasmo ante este acuerdo. ¿Olvidan acaso que Norteamérica se ha convertido en el continente de los trabajadores por excelencia, que cada año emigra a este otro continente medio millón de hombres que viven de su trabajo y que la Internacional tiene que echar necesariamente vigorosas raíces en este suelo, en que domina el trabajador?" Cfr. "Discurso sobre el Congreso de La Haya", publicado en el periódico *La Liberté*, el 15 de septiembre de 1872, *ibid.*, op.cit., p.331.

44 "Por lo que a mí se refiere, seguiré adelante con mi obra y trabajaré sin descanso para fomentar entre los trabajadores esta solidaridad que tantos frutos habrá de dar en el futuro. No, no me retiraré de la Internacional y consagraré el resto de mi vida, como he consagrado mis esfuerzos en el pasado, al triunfo de las ideas socialistas que un día — de ello podéis estar seguros — conducirán a la dominación mundial del proletariado." *Ibid.*

apoyo al Consejo de Nueva York, lo cierto es que, en forma similar a la actitud asumida por los dos después de la revolución de 1848, darían ahí por concluida una etapa de la organización y la lucha de los obreros, que era innecesario prolongar.

Cuando los fue comunicada la renuncia de los miembros del Consejo General, a mediados de 1874, y tras el fracaso del Congreso que un año antes había intentado reunir la dirección de Nueva York, Engels escribió en carta personal a su amigo Friederich A. Sorge (quien había fungido como Secretario General del Consejo desde el Congreso de La Haya):

"Con sus renunciaciones, la *Wjsk* Internacional está completamente acabada. Y está bien. Pertenecía al período del Segundo Imperio, durante el cual la opresión reinante en toda Europa imponía la unidad y la abstención de toda polémica interna al movimiento obrero que precisamente entonces redespertaba. Era el momento en que podían ponerse en primer plano los intereses comunes, internacionales del proletariado; Alemania, España, Italia y Dinamarca sólo acababan de entrar en el movimiento, o estaban por hacerlo. En 1864 el carácter teórico del movimiento era todavía muy confuso en todas partes de Europa, es decir, lo era en la masa. El comunismo alemán no existía todavía como partido obrero; el proudhonismo era demasiado débil como para poder porfiar con sus chifladuras; la nueva besura de Bakunin no había hecho sino nacer en su propia cabeza, e incluso los líderes de los sindicatos ingleses creían que el programa establecido en el Preámbulo de los Estatutos les daba base para ingresar en el movimiento."⁴⁵

Para Engels la integración de esa diversidad de fuerzas que había logrado la Internacional tendía a desaparecer como producto natural del desarrollo de la lucha obrera. Específicamente, la Comuna representaba una extraordinaria definición y precisión de los objetivos proletarios, que decantaba las distintas posiciones en el seno del movimiento. Lo que hacía que algunas de las fuerzas que habían dado

45 F. Engels, "Carta a Sorge", en K. Marx y F. Engels, *Correspondencia*, Ediciones de Cultura Popular, México, 1972, pp. 207-208. Al respecto Marcel van der Linden agrega: "...autres facteurs, de nature économique et organisationnelle, ont peut-être aussi eu leur importance, et pourraient en conséquence, compléter l'explication avancée par Engels." "Pourquoi le déclin de la Première Internationale était-il inévitable?" En *Cahiers d'Histoire de l'Institut de recherches marxistes*, num 37, Paris, 1989

origen a la AIT ya no tuvieron cabida en ella. La maduración de las tendencias sindicalistas y reformistas de los líderes obreros de Inglaterra, quienes a partir de la reforma electoral obtenida con Disraeli a mediados de la década de los sesenta, abandonan toda perspectiva revolucionaria, envolviendo a las tradeunions inglesas en el reparto de escaños en el parlamento, habían alejado mucho a este importante segmento de la Internacional. Además, la desarticulación de los agrupamientos obreros como fuerza internacional (por lo menos en el continente europeo), como resultado de la persecución; en una situación general de despunte del desarrollo económico y político en Europa (se iniciaría lo que Hobsbawm denomina "la Era del Imperio"), explica los nuevos requerimientos y las nuevas condiciones en las que actuarán las fuerzas revolucionarias.⁴⁶

Se abría ahora paso una diversidad distinta, incluso fuerzas diferentes surgían como resultado de la acción de casi una década de la Internacional. Esta organización había dado impulso a las primeras expresiones independientes de la lucha de los obreros, mismas que ahora ya no era capaz de mantener agrupadas bajo la bandera de la solidaridad internacional de los trabajadores, aunque ésta habría de quedar en pie, como se verá, bajo otras formas, quince años después.

46 En mayo de 1874, en carta a su amigo Kugelmann, Marx describe la situación de las principales fuerzas obreras de entonces: "La marcha del movimiento obrero en Alemania es muy satisfactorio (lo mismo ocurre en Austria). En Francia se hace sentir la falta de una base teórica y de conexión entre práctico. En Inglaterra, el movimiento de los obreros agrícolas es el único que progresa, por el momento. Los obreros de las industrias deben liberarse, ante todo, de sus actuales jefes. Cuando yo denuncié a estos individuos en el Congreso de La Haya, sabía que esto me traería impopularidad, calumnias, etc.; pero las consecuencias de este tipo siempre se han dejado indiferente. En varias partes se comienza a comprender que, al desanciarlos, sólo cumplía con mi deber. "En los Estados Unidos, nuestro partido se enfrenta con grandes dificultades tanto económicas como políticas, pero se está abriendo camino. El mayor obstáculo son los políticos profesionales, que tratan de adular cualquier movimiento y transformarlo en una «vesta de propaganda»." K. Marx, *Cartas a Kugelmann*, op.cit., p.250.

CAPÍTULO V

Un período de grandes cambios

La disolución de la Asociación Internacional de los Trabajadores, sin saberlo ésta, anunció algo nuevo. El mundo se adentraba en profundos cambios, a lo cual no serían ajenas las características del movimiento obrero, así como las formas y el alcance de su organización política.

Durante el último cuarto del siglo XIX, con la "Gran Depresión"¹ y el surgimiento del imperialismo, se presentaron tendencias económicas y sociales aparentemente contradictorias: el capitalismo europeo vivió los largos años de la depresión que, sin embargo, dieron lugar a una asombrosa expansión y exportación de capitales, lo que abrió paso a un nuevo colonialismo. Es cuando, como señala Hobsbawm,² mayor número de gobernantes se denominaron monarcas, al

¹ "Lo que se conoce como la Gran Depresión — escribe M. Dobb —, que comenzó en 1873 e interrumpida por etapas de recuperación en 1880 y 1882, prosiguió hasta mediados del decenio de 1890, ha llegado a ser considerada como el punto de separación entre dos etapas del capitalismo: la primera vigorosa, próspera y animada de un estado optimista; la segunda más perturbada, más vacilante y, según algunas opiniones, marcada ya con los signos de la vejez y la decadencia." *Ensayos sobre el desarrollo del capitalismo*, España, Siglo Veintiuno Ed., 1971, p. 354.

² E.J. Hobsbawm, *La Era del Imperio (1875-1914)*, Barcelona, Ed. Labor Universitaria, 1989.

tiempo que la democracia moderna comenzaba a implantarse. Es, hasta entonces, el período más prolongado de paz en la historia europea y el de mayor y continua amenaza de una guerra de nuevas y desconocidas dimensiones.

La crisis económica —en realidad una crisis de realización de la ganancia— que se vivió en aquellos años, influyó de manera importante en el desarrollo de la lucha y la organización de los obreros. Entre otras cosas, ante la amenaza de ver reducido aún más su salario, debido a la baja general de precios que produjo la depresión, los trabajadores de la ciudad y el campo sintieron la necesidad de contar con sus propias organizaciones de defensa, razón por la que en este período el sindicalismo se generaliza por toda Europa y Estados Unidos.

A la vez, tras la reacción desatada por la derrota de la Comuna de París, hacia finales de los años setenta, se abre un paulatino proceso de democratización de los regímenes políticos europeos, siguiendo mucho del modelo norteamericano. Las monarquías constitucionales se propagan, se introducen reformas electorales que expanden el universo de los votantes, aunque sólo en tres países se contaba con el sufragio universal masculino: Francia, Estados Unidos y Alemania. Este proceso democratizador fue lento y lleno de obstáculos pero generó finalmente una nueva forma de hacer política, dirigida a un número cada vez mayor de ciudadanos, y sustentada en estructuras más estables y competitivas: los partidos políticos.

Peculiar fenómeno son los partidos obreros que comienzan a estructurarse en este período. Junto a la defensa de las condiciones de vida y trabajo, se propaga con rapidez la organización política, con un marcado carácter obrero, no sólo por su composición sino también por su programa y sus postulados ideológicos. Estos agrupamientos, circunscritos al ámbito de sus respectivas naciones, encarnan rápidamente los ideales emancipadores de un número nada despreciable de obreros, que se disponen a entrar en la escena política nacional y, específicamente, a la lucha electoral, con organización, programa y candidatos propios e independientes de cualquier otra formación política.

El partido obrero se convertía en el instrumento que daba identidad, presencia e, incluso, fuerza a quienes hasta entonces carecían de todo. Como signo de los nuevos tiempos, la acción obrera organizada no comenzaba por establecer lazos entre trabajadores de dis-

tintos países, como hasta entonces había sido lo habitual. Ahora, en un mundo en rápida expansión, surgía más urgente que nunca la necesidad de recuperar el ámbito nacional. La política en cada país se hacía más compleja, entre otras cosas por su carácter de masas, lo que, con el rápido desarrollo de la organización partidista y su inmediata incorporación a la lucha electoral y parlamentaria, daba a los obreros conciencia de su lucha por disputar el poder concreto, por dominar la nación.

La Asociación Internacional de Trabajadores deja herencia

En los años que transcurren entre el Congreso de La Haya (1872) y el centenario de la toma de la Bastilla (1889), las corrientes que emergieron de la Primera Internacional adquieren plena fisonomía y organización.

En el periodo que va del congreso "federalista" de Saint Imier, realizado el 15 de septiembre de 1872, pocos días después del congreso de La Haya, en el que fueron revocados los acuerdos de éste, al congreso exclusivamente anarquista de Londres (en 1881), los seguidores de Bakunin se esforzaron por mantener la AIT, en cuyo nombre siguieron actuando. Sin embargo, pronto sería evidente que el bloque formado en La Haya contra el Consejo General era muy circunstancial y que en realidad mantenía pocos acuerdos. El principio de la autonomía de las federaciones y secciones contra toda dirección centralizada, en que se sustentaron los anarquistas, ayudó a la desmembración de los diferentes grupos de "antiautoritarios". Varios dejarían pronto la bandera del anarquismo, otros, como los ingleses, en realidad nunca la adoptaron. En su conjunto, la corriente fundada por el revolucionario ruso, pero ya sin él a la cabeza (Bakunin murió en 1876, tras un periodo de retiro de toda actividad política), se adentraría rápidamente en una diferenciación interna

3 Después del Congreso de Saint Imier, la *Internacional antiautoritaria* realizó cuatro congresos más: el de Ginebra en 1873; el de Bruselas en 1874; el de Berna en 1876; y el de Verviers en 1877. Después de este congreso se separaron de la Internacional distintos grupos que sólo habían coincidido en la lucha contra el Consejo General de Nueva York, es decir, contra los partidarios de Marx. Por eso en aquel año, dirigidos por el anarquista ruso Kropotkin, los *comunistas libertarios* deciden reconstruir la Alianza de la Democracia Socialista. En el congreso de Londres de 1881 se funda la *Internacional Anarquista*. Cfr. A. Krieger, "La Asociación Internacional de Trabajadores (1864-1876)", en *Historia General del Socialismo*, op.cit.

que daría, entre otras cosas, surgimiento al anarcosindicalismo. Aunque su peso e influencia realmente nunca fue considerable, con excepción de España y, en menor medida, en Italia, Francia y Estados Unidos (y posteriormente, a través de este país, en algunos otros de América Latina), en los años setenta del siglo pasado el anarquismo se consolidó como fuerza en el seno del movimiento obrero.

Las tendencias sindicalistas y cooperativistas del movimiento obrero inglés y belga, adquirieron también en aquellos años estructuración orgánica. En estos dos países el partido obrero se organizó tardíamente como resultado de la acción de los sindicatos y de las cooperativas y, por tanto, supeditado a ellos.

Por su parte, durante los pocos años que subsistió la Internacional radicada en Nueva York (en 1876 realizó en Filadelfia su último congreso) tuvo una existencia más bien formal y accidentada. Después del fracasado congreso de Ginebra (1873), en Europa, lo mismo que en Estados Unidos, las federaciones de la AIT se vieron pronto inmersas en otro proceso que absorbió su acción e interés: la formación de los partidos obreros que circunscribieron la actividad política al marco de su nación.

En los años que actuó la Asociación Internacional de Trabajadores, sólo en Alemania se había iniciado el proceso de construcción del partido obrero de aquel país, el cual formalmente no podía, por las restricciones de la legislación prusiana, formar parte de la Internacional, pese a lo cual sus líderes, como veremos más adelante, encontraron la manera de vincularse a ella. En el resto de los países, con excepción de las grandes tredeunions inglesas, la organización obrera principal era la de las secciones y federaciones nacionales de la AIT que, como hemos visto, en no pocos casos integraban en su estructura a cooperativas, mutualidades y sindicatos.

Cuando la Asociación cambió la sede de su Consejo General al continente americano, muchos de los agrupamientos internaciona- listas pasaron a constituir los nuevos partidos nacionales, como algo complementario, que no sustitutivo aún, de su agrupación a nivel internacional.

4 Además de la influencia anarquista en el movimiento sindical, varios partidos socialistas de distintos países fueron después ganados por esa corriente, pues la lucha iniciada en la Asociación Internacional de Trabajadores se mantuvo. En el partido holandés, dirigido por Domela Nieuwenhuis, así como en la Federación Socialdemócrata, de Inglaterra, después de un período en el que pesó principalmente la influencia de Marx, terminaron predominando las tendencias anarquistas.

Así, en los años que transcurren hasta la muerte de Marx, ocurrida en 1883, se forman las siguientes organizaciones políticas: Partido Socialdemócrata Unico de Austria (1874), Partido Obrero Socialdemócrata de Norteamérica (1874) y Socialist Labour Party of North America (1877), Unión Socialdemócrata de Dinamarca (1876), Partido Socialista Flamenco (1877), Partido Socialista Portugués (1877), Partido Socialdemócrata Checoslovaco (1878), Partido Socialista Obrero Español (1879), Partido Socialista de Bélgica (1879), Partido Obrero General de Hungría (1880), Liga Socialdemócrata de los Países Bajos (1881), Partido Socialista Revolucionario de Romaña (Italia, 1881) y, un año después, Partido Obrero Italiano, Partido Obrero Francés (1882), Partido Proletariado (de Polonia, 1882), Grupo Emancipación del Trabajo (de Rusia, 1883). Varios otros partidos que adquieren fisonomía hasta fines de los años ochenta y principios de los noventa, constituyeron en vida de Marx agrupaciones obreras de tipo sindical, cooperativo o cultural.

Como puede observarse, no fueron pocos los lugares en donde se forman los partidos de los obreros en aquellos años. En cierto sentido, podemos decir que se trató de un fenómeno súbito, del cual no se sustrajo ningún agrupamiento obrero importante. Sin embargo, su construcción fue en casi todos los casos un proceso largo y difícil, en el que eran frecuentes las divisiones y fusiones; algunos de los partidos que Marx vio nacer, pronto desaparecerían para dar lugar a formaciones partidistas nuevas. En realidad, con excepción del alemán, sólo Engels en sus últimos años de vida, pudo ver actuar a partidos más o menos consolidados, fuertes y que reunieran a la mayoría o a todos los grupos socialistas de sus países.

No obstante, desde sus primeros tiempos, en aquellos partidos se expresaron claramente elementos tanto programáticos como organizativos que revelaban la herencia dejada por la Asociación Internacional de Trabajadores. En todos ellos encontramos el propósito de combatir la explotación capitalista y alcanzar la emancipación de los obreros, los cuales son concebidos como una clase en lucha contra la burguesía, que no tiene como armas más que su independencia y su organización. Esos partidos eran producto de la convicción de que la lucha política es el medio fundamental para alcanzar la emancipación de los trabajadores. Es decir, aquello que en la Internacional había producido una gran discusión y enfrentamiento, al poco tiempo fue lugar común para

estos partidos.⁵

Para entonces, a pesar de que en general el número de integrantes de las nuevas agrupaciones era reducido en sus primeros años,⁶ el mundo obrero era ya bastante más que estrechas corrientes de pensamiento o pequeños grupos de acción revolucionaria, por lo que el proceso de formación de los partidos de los trabajadores en realidad implicó, para los antiguos miembros de la AIT, la incorporación a un movimiento que en su acción política iba requiriendo de la organización partidista.

En forma hasta cierto punto mundial, la Asociación Internacional de Trabajadores daba paso, al desaparecer, a un movimiento obrero que se adentraba en su autoreconocimiento, en su conciencia como movimiento de clase, y se presentaba a la sociedad con su propia ideología, con valores definidos, con identidad. De esta manera, el surgimiento de la organización partidista de los trabajadores va acompañada de un amplio proceso de reconocimiento de las condiciones que caracterizan y diferencian a esta parte de la sociedad, lo cual explica, en cierta medida, la creación de un medio favorable a la progresiva influencia del pensamiento de Marx y Engels en las nuevas agrupaciones políticas obreras.

5 Lo cual no implicó que la discusión sobre la participación política de los obreros fuera cancelada. Realmente hasta el tercer congreso de la Segunda Internacional (1893), fue un asunto con frecuencia tratado en el seno de los partidos, a iniciativa de los anarquistas, quienes mantuvieron presencia en ellos.

6 Se carece de una información precisa sobre el número de integrantes de los partidos obreros en sus primeros años, pero es indicativo lo que tenemos al respecto en un estudio soviético: "El número de miembros de la mayoría de los partidos en el momento de su formación no era grande, y aunque creció rápidamente, respecto de la masa obrera seguía siendo pequeño. En Alemania, en el período del congreso unificador de Gotha, en ambos partidos había cerca de 25 mil miembros. A finales del siglo la militancia del PSDA se multiplicó por cuatro. En Francia, en el Partido Obrero en 1890 militaban 6 mil personas; en los años siguientes la militancia se elevó hasta 16 mil. La socialdemocracia austriaca y la italiana tenían varias decenas de miles de miembros. En Suecia, durante los años 90 el desarrollo de socialdemócratas aumentó sus efectivos de 6 mil a 44 mil. En Italia, hacia fines del siglo había 30 mil miembros del Partido Socialista. El mismo número en Dinamarca, 12 mil en Noruega, 3.500 en Holanda, etc." *Varios, Movimiento Obrero Internacional*, Tomo 2, Moscú, Ed. Progreso, 1982, p.260.

7 Mucho se ha debatido sobre el resultado de los acuerdos tomados en el Congreso de La Haya. Hay quienes sostienen que la victoria de Marx no fue tal, en la medida en que la Internacional dirigida desde Nueva York no tuvo capacidad alguna de mantenerse, mientras que los bakuninistas, por un corto espacio de tiempo, fueron capaces de aglutinar a una mayoría de federaciones de la AIT. (Cfr. Cost, Molnar, Guillaume, entre otros; obras citadas). Sin embargo, la formación de los partidos socialdemócratas demostraba que la postura de Marx y Engels en relación a la acción política de la clase obrera y el impulso a la formación del partido independiente, defendida en la polémica con Bakunin, se basaba en una tendencia real del movimiento obrero.

"Los agitadores y propagandistas — escribe Hobsbawm — llevaron ese mensaje de unidad de todos los que trabajaban y eran pobres a los lugares más remotos de sus países. Pero también llevaron consigo una *organización*, la acción colectiva estructurada sin la cual la clase obrera no podía existir como clase, y a través de la organización consiguieron un cuadro de portavoces que pudiera articular los sentimientos y las esperanzas de unos hombres y mujeres que no podían hacerlo por sí solos. Aquellos poseían o encontraron las palabras para expresar las verdades que sentían. Sin esa colectividad organizada sólo eran pobres gentes trabajadoras. Ya no bastaba el antiguo cuerpo de sabiduría — proverbios, dichos, canciones — que formulaban el *Weltanschauung* de las clases trabajadoras pobres del mundo preindustrial. Eran una nueva realidad social que exigía una nueva reflexión."⁸

En esa medida, los nuevos partidos obreros tuvieron características distintas a las de otros períodos. No sólo se trataba de agrupaciones políticas, en el sentido estricto del término, sino también de organizaciones de carácter ideológico, a través de las cuales se reconocía el ser obrero como ente diferenciado. A partir de ello, podemos entender la importancia y el cuidado que los integrantes de esas agrupaciones dieron a su estructura organizativa. Al tratarse de la instancia en la cual los trabajadores debían encontrar su identidad, era necesario saber quién era miembro del partido y quién no, cuál era el origen social de sus integrantes y, a través de su programa, qué los unía e identificaba, cuál era la *causa obrera* por la que se agrupaban.

Para Marx y Engels la experiencia europea mostraba que la creación de un partido obrero con una política propia que, al expresar las condiciones de la emancipación de los trabajadores, se deslindara de los demás partidos, sería "el mejor medio para liberar a los obreros" de la hegemonía dominante, de la influencia que sobre ellos ejercían "los viejos partidos políticos, ya sean éstos aristocráticos o burgueses, monárquicos o incluso republicanos."⁹ En la medida en que los obreros constituyeran su propia organización estarían reconociendo sus intereses como diferentes y contrapuestos a los de las clases

⁸ E. Hobsbawm, *La Era del Imperio (1875-1914)*, op.cit., p.126.

⁹ Cfr. F. Engels, "Al Consejo Federal Español de la Asociación Internacional de Trabajadores", en K. Marx y F. Engels, *La Internacional*, op.cit., p.94.

dominantes. Por ello, para los autores del *Manifiesto* no importaba cómo se lograra la creación de esa organización independiente, siempre y cuando fuera “un partido netamente obrero.”

Y esto fue lo que se produjo en las décadas setenta y ochenta del siglo XIX. Pese a ser partidos que nunca cerraron sus puertas a individuos procedentes de otras capas sociales, evidentemente se trató, en su origen, en Europa y Estados Unidos, de agrupaciones de obreros, en las cuales sus organizadores y principales dirigentes salieron de las filas de esa clase y cuyos programas y objetivos inmediatos respondían a las necesidades y luchas de los trabajadores industriales. Los intelectuales, estudiantes e, incluso, trabajadores del campo, que se integraron a estos partidos, no sólo fueron numéricamente poco importantes, sino que se trataba de individuos identificados con la causa obrera.

Para Marx, la Internacional no había fracasado al disolverse en los hechos después de lo resuelto en La Haya, sino por el contrario, ésta había pasado a una nueva y superior etapa:

“En realidad — escribió en 1878 — los partidos obreros socialdemócratas de Alemania, Suiza, Dinamarca, Portugal, Italia, Bélgica, Holanda y Norteamérica, más o menos organizados dentro de las fronteras nacionales, forman otros tantos grupos internacionales, no ya secciones aisladas, diseminadas acá y allá por los distintos países y mantenidas en cohesión en su periferia por un Consejo General; son las masas obreras mismas las que mantienen un intercambio constante, activo, directo, entroncadas unas con otras por el trueque de ideas, la ayuda mutua y los fines comunes... Es decir, que la Internacional, lejos de morir, no ha hecho más que pasar de su primer ensayo a una fase más alta, donde sus primitivas tendencias han encontrado, en parte al menos, realización. Y todavía habrá de sufrir no pocas transformaciones en el curso de su evolución progresiva, hasta llegar a escribir el último capítulo de su historia.”¹⁰

Pese a las insistentes propuestas de reconstruir la Internacional, que les hicieron varios de sus más allegados compañeros, Marx y Engels se negaron con determinación. Parecían estar convencidos de que eran tiempos para el desarrollo de la lucha política en el marco de cada uno de los distintos países. El movimiento obrero ahora era

¹⁰ Citado en F. Mehring, *Carlos Marx*, España, Ed. Grijalbo, 1967, p.495.

más amplio y complejo, sus demandas y luchas habían ido adquiriendo mayor especificidad, de acuerdo a las diversas condiciones de las naciones. En suma, ya no cabía en una agrupación internacional, sin que por ello se tuviera que renunciar a la solidaridad, el apoyo mutuo y el gran objetivo de la emancipación de los obreros, que enarbó la Asociación Internacional de Trabajadores. Eran concientes de que los programas que podían ser válidos para Alemania no lo eran para otros países como Rusia, Inglaterra o Estados Unidos. "Su único parecido —declaraba Marx en diciembre de 1878— está en la meta final común."

En esa misma ocasión, ante la pregunta de un reportero del *Chicago Tribune* de si él, desde Londres, dirigía el movimiento socialista con "su" Internacional, Marx respondió:

"La Internacional ha sido útil, pero ya ha pasado su momento, y hoy ya no existe. Existió en su día y dirigió al movimiento. Ha dejado de ser necesaria por el crecimiento experimentado durante los últimos años en el movimiento socialista. En los distintos países se han fundado periódicos que se van intercambiando mutuamente. Este es el único contacto que mantienen entre sí los partidos de los distintos países. La Internacional había sido creada en primera línea para crear un nexo de unión entre los trabajadores y demostrarles lo útil que es establecer una organización entre sus distintas nacionalidades. Los intereses de los partidos en los distintos países no se parecen en lo absoluto. Ese fantasma de los dirigentes de la Internacional con sede en Londres, es pura invención. Si es verdad, en cambio, que dictábamos normas a las asociaciones obreras extranjeras cuando la organización de la Internacional estaba firmemente establecida."¹¹

Por estas razones, no solo rechazaron ser impulsores de una nueva Internacional, sino que se opusieron a las distintas iniciativas que en ese sentido realizaron varios militantes revolucionarios. En ocasión de la convocatoria que acordó el congreso de los socialistas belgas en 1880 para realizar cuatro años después un congreso obrero internacional con el fin de constituir una nueva organización de ese carácter, Marx escribió:

¹¹ En H.M. Enzensberger, *Conversaciones con Marx y Engels*, t.II. Barcelona, Ed. Anagrama, 1973, p.440.

"Estoy convencido de que todavía no ha llegado la coyuntura crítica para la formación de una nueva Asociación Internacional de Trabajadores, y por esta razón considero que todos los congresos obreros, y en particular los congresos socialistas —en la medida en que no están vinculados a las condiciones inmediatas de esta o aquella nación— no son sólo inútiles, sino perjudiciales. Se desvanecerán siempre en innumerables vanidades generales y anacrónicas."¹²

Por su parte, Engels fue verdaderamente visionario cuando en 1874 respondió a su amigo Sorge, en relación a las posibilidades de crear una nueva Internacional, que las condiciones de entonces no lo hacían posible,¹³ pero que creía que "la próxima Internacional —después de que los escritos de Marx hayan ejercido influencia durante algunos años— será directamente comunista y proclamará abiertamente nuestros principios..."¹⁴ Como se sabe en el año de 1889, en París, se reunirían los partidos obreros que, para entonces, se decían seguidores de la obra política y teórica de Marx y que solían acorrase para su actividad con el viejo Engels. De aquella reunión nacería la que conocemos como Segunda Internacional, una nueva agrupación mundial que haría suyos los principales planteamientos de los autores del *Manifiesto* por lo que sería conocida como la Internacional marxista.

Participación de Marx y Engels en los partidos obreros nacionales

La actividad en la Internacional le había dado a Marx, especialmente a partir de la Comuna, prestigio y reconocimiento en Europa y, después, en Estados Unidos. Había sido señalado por varios go-

¹² K. Marx, "Carta a Domela Nieuwenhuis", 22 de febrero de 1881, en C. Marx y F. Engels, *Correspondencia*, t.3, p.65.

¹³ Algunos años después, Engels consideraba que sólo una próxima revolución, la cual pensaba que se produciría en Rusia y que tendría inmediatos efectos sobre Alemania, se justificaría la organización de una nueva Internacional: "Entonces —escribía a Becker en 1882—, habrá llegado también el momento de hacer una gran afirmación y de poner en pie una Internacional oficial, en toda forma, que, precisamente por ello, no podrá ser ya una sociedad de propaganda, sino solamente una entidad para la acción. De ahí que no me sea partidario de debilitar un medio de lucha tan formidable, disipándolo y malgastándolo en un período todavía relativamente tranquilo, sino reservándolo para la próxima crisis de la revolución." En G. Mayer, *Friedrich Engels. Biografía*, México, FCE, 1978 p. 744.

¹⁴ F. Engels, Carta a Sorge del 12 de septiembre de 1874, *Correspondencia*, t.2, op.cit. p.209.

biernos como el jefe de la supuesta conspiración internacional que produjo la insurrección de París, mientras que, por otro lado, los bakuninistas difundieron siempre que era el dirigente del partido comunista alemán,¹⁵ además de ser el líder del "ala autoritaria" de la Internacional. Estas circunstancias contribuyeron a difundir la personalidad dirigente de Marx, a lo cual se sumaba la incipiente difusión de su obra teórica.¹⁶

Durante los últimos diez años de vida de Marx y veinticinco de Engels, ambos gozaron de un amplio reconocimiento entre los grupos de trabajadores de muy distintos lugares. Ellos, a su vez, se preocuparon por mantener una conducta que resguardara su propia respetabilidad. Refiriéndose a los muchos movimientos con los que sostenían relación, Engels escribió:

"Mantenemos constante contacto con ellos, cuando vale la pena y se presenta la ocasión, pero cualquier intento de influir en la gente en contra de su voluntad no haría más que perjudicarnos y destruir la vieja confianza creada en los tiempos de la Internacional. Y tenemos demasiadas experiencias en materia revolucionaria para incurrir en ese error".¹⁷

Sobre esta base, Marx y Engels desplegaron una extensa actividad que abarcó a los principales dirigentes fundadores de los partidos obreros que entonces emergieron en Europa. En forma similar a lo que treinta años antes habían comenzado a hacer, ahora mantenían intensa correspondencia con varias decenas de revolucionarios, lo mismo de Alemania que de Holanda, con ingleses y franceses, suizos, daneses, húngaros, norteamericanos y rusos. Algunos de ellos solían

15 Bakunin sostuvo que dicho partido había sido fundado por Marx y Engels desde 1848, y que en la Internacional se mantenía como sociedad secreta. Cfr. Carta a los hermanos españoles de la Alianza, Primavera de 1872. En M. Bakunin, *Escritos de filosofía política*, t.2, op.cit.

16 "...en 1875 el corpus de las obras de Marx y Engels conocidas y a disposición del público era bastante reducido ya que gran parte de sus primeros escritos se habían agotado y no habían sido reeditados. Básicamente se disponía del *Manifiesto*, que alcanzó una cierta difusión a partir de los primeros años 70 (entre 1871 y 1873 aparecieron al menos nueve ediciones en seis lenguas, el mismo número que en los veintidos años anteriores), *El Capital*, que fue traducido al ruso y al francés, y *La guerra civil en Francia*, que dieron a Marx una cierta fama. A pesar de todo, podemos decir que entre 1867 y 1875 se constituyó por primera vez un corpus, aunque limitado, de obras marxistas." Cfr. E.J. Hobsbawm, *Las vicisitudes de las ediciones de Marx y Engels, en Historia del marxismo*, tomo 2, pp.295-296. También, del mismo autor, *La Difusión del marxismo (1890-1905)*, en "Studi Storici", No.2, Bologna, 1972.

17 F.Engels, citado en Gustav Mayer, *Friedrich Engels. Biografía*, op.cit., p.745.

viajar a Londres con el único propósito de visitar la casa de Maitland Park Road y mantener largas conversaciones políticas y teóricas con los autores del *Manifiesto*. Muchas de esas personalidades del mundo obrero eran las mismas que formaron secciones en sus países o eran miembros del Consejo General de la AIT, entre ellos V. Sorge y Bolte, alemanes residentes en Estados Unidos; Vaillant y Lafargue, de Francia; César de Paepe, de Bélgica; Bracke, A. Bebel y W. Liebknech, de Alemania; Leo Frankel, de Hungría; Pablo Iglesias y José Mesa, de España; Domela Nieuwenhuis, de Holanda. Destacan también sus relaciones con muchos revolucionarios socialistas rusos, la mayoría populistas, entre ellos P. Lavrov (historiador, miembro del partido *Naródnaja Volia* y de la AIT, editor de varias publicaciones, entre ellas la revista *Vepriod!*), N.F. Danielson (quien tradujo al ruso, junto con G.A. Lopatin, el primer tomo de *El Capital* en 1872) y Vera Zasúlich (fundadora de la primera organización marxista rusa, "Emancipación del Trabajo", y en 1898 del Partido Obrero Socialdemócrata Ruso, después integrante del grupo menchevique).

En su comunicación con los líderes socialistas, Marx y Engels pusieron especial atención a las cuestiones teóricas. Les preocupaba de manera especial que fuese divulgada la obra principal de Marx, *El Capital*, en cuyo segundo tomo por fin había logrado ponerse a trabajar todo lo intensamente que su mala salud le permitía. Pero de igual manera, se interesan por compartir con ellos sus apreciaciones sobre la situación política mundial, en particular el desarrollo de la política colonialista, la guerra de los Balcanes y el fortalecimiento que ésta produjo del imperio de los zares, así como las posibilidades de la lucha revolucionaria en países como Rusia e Irlanda. En no pocas ocasiones intervinieron en el diseño de la política específica de los partidos obreros con los que ellos tenían más cercanía o interés, como el francés, el norteamericano, el inglés y, naturalmente, el alemán.

Siempre se encuentra, tanto en Marx como en Engels, una preocupación por descubrir las peculiaridades de cada país, de forma que no se trasladaran mecánicamente experiencias válidas para determinados lugares a otros en los que la situación exige soluciones originales. En lo que se refiere específicamente al tema del partido, su actitud no fue diferente. Mientras que para naciones como Francia y Alemania consideraban de vital importancia la clara precisión de los objetivos obreros revolucionarios, para lo cual impulsaron la

diferenciación orgánica de sus seguidores respecto a otras posiciones obreras (lassallistas, anarquistas, reformistas), para lugares como Inglaterra y Estados Unidos, lo que les importaba era la constitución de una agrupación autónoma de los obreros, independientemente de su postura teórica o programática, lo más amplia y unitaria posible. Así mismo, en el caso de Rusia, país del que esperaban una pronta revolución contra la aristocracia zarista, era válida, incluso, la organización conspirativa.

En Francia, después de los acontecimientos de marzo de 1871, se vivió casi una década de oscurantismo represivo, en la que se logró dismantelar la fuerza obrera que había osado disputar el poder del Estado. Durante todos esos años, asesinados o en el exilio los principales dirigentes de la Comuna, sólo se logró reconstruir un tímido movimiento laboral cooperativista que no se atrevía siquiera a mencionar la obra del poder obrero. Sólo después de alcanzada la amnistía general en 1880, con el regreso de muchos de los actores de 1871, el escenario político pudo empezar a abrirse, aunque mostrando los estragos de la represión. Con la libertad de prensa alcanzada en la ley un año después de la amnistía, resurgen una gran cantidad de publicaciones obreras en las que, a diez años de distancia, la Comuna era objeto de análisis y reivindicación por las fuerzas que entonces aparecieron como una sola, pero que ahora hacían gala de sus diferencias y que parecían encaminarse a aumentarlas.¹⁸

El terror utilizado por los republicanos conversos, con Thiers a la cabeza, había logrado una gran dispersión y atomización de las corrientes obreras. Proliferaron una gran cantidad de organizaciones, que se mantuvieron casi hasta el fin del siglo, pero que sin embargo podían agruparse en cuatro grandes corrientes que dividieron al socialismo francés: los blanquistas, que habían reconstruido su Comité Revolucionario Central; los anarquistas y anarco-sindicalistas, agrupados alrededor de algunas publicaciones, principalmente *Le Révolté* (periódico fundado por Kropotkin); los reformistas o *possibilistas*, en la directiva de la Federación de los Trabajadores Socialistas de Francia con P. Malon y el exanarquista Pierre Brousse a la cabeza; y los acusados de *marxistas*, dirigidos por Jules Guesde y Paul Lafargue, que en 1882 fundarían el Partido Obrero.

El punto de vista de los seguidores de Marx y de los blanquistas

¹⁸ Cf. Robefrancis, Madeleine, "El socialismo francés de 1871 a 1914", en *Historia General del Socialismo. De 1875 a 1918*, t.1., op.cit.

era que la experiencia comunera demostraba la necesidad de un partido y de un programa definido que sirvieran de guía a la lucha de los obreros. Los reformistas sostenían que el fracaso de 1871 era producto del error al elegir el momento oportuno para intentar el poder, de lo que se concluía que lo adecuado era tomar el camino de las reformas *posibles*. Los anarquistas sustentaban la tesis de la acción directa y la renuncia a la propaganda sistemática y organizada.

En Francia, todo el pensamiento alemán era considerado doctrinario y dogmático. En esa medida, los seguidores de Marx eran vistos de igual forma. A pesar de que en 1873 el primer tomo de *El Capital* fue publicado en francés, mediante entregas, en general la obra de Marx, incluida *La guerra civil en Francia*, era prácticamente desconocida. Sin embargo, las posiciones de Marx fueron ganando terreno en forma paulatina, debido, entre otras cosas, a la participación de éste en la redacción del programa, en vísperas de las elecciones de 1881, del que después se denominaría Partido Obrero, dictado a Guesde en sus partes principales, así como por la participación posterior de numerosos exblanquistas en ese partido.

La actitud asumida por Marx y Engels ante la separación de Guesde de la Federación de los Trabajadores Socialistas de Francia y la formación del nuevo partido,¹⁹ respondió al planteamiento de profundizar la diferenciación con los *posibilistas* y anarquistas. La renuncia a buscar una misma formación orgánica con esas dos corrientes del movimiento obrero se basaba en las discrepancias programáticas. Aquí, a diferencia de la AIT, lo relevante era el contenido del programa, al cual se vincula la cuestión de la organización.

“En Francia — escribía Engels a Bebel el 28 de octubre de 1882 — se ha producido la escisión largamente esperada. La primitiva conjunción de Guesde y Lafargue con Malon y Brousse fue, sin duda, inevitable cuando se formó el partido, pero Marx y yo nunca abrigamos la ilusión de que pudiese durar.”²⁰

Para ellos, se libraba una lucha de principios en la que el combate por mantener el carácter de clase del movimiento socialista francés,

19 La Federación de los Trabajadores Socialistas de Francia, fundada en el Congreso obrero de Marsella de octubre de 1879, muy pronto se vió escindida en las tres corrientes que la constituían: reformistas, anarquistas y guesdistas. Estos últimos fundaron en 1882 el Partido Obrero, formalizando la división de los socialistas franceses.

20 Carlos Marx, “Carta a Federico Engels”, *Correspondencia*, t.3, op.cit., p.82.

se enfrentaba a una variante del oportunismo que, en aras de lograr una mayor cantidad de votos y afiliados, sacrificaba el programa obrero y descalificaba, por "extranjerizantes" y "utópicos", los planteamientos de Marx y Engels, sustituyéndolos por la "política de lo posible".

"La unidad — concluía Engels — es algo muy bueno mientras sea posible, pero hay cosas más elevadas que la unidad. Y cuando, como Marx y yo, se ha luchado toda la vida más duramente contra los seudosocialistas que contra ningún otro (porque sólo considerábamos a la burguesía como a una *clase*, y apenas nos involucramos en conflictos con tal o cual fracción burguesa), no puede lamentarse mucho que haya estallado la inevitable lucha."²¹

En contraste con esta posición, para Estados Unidos, donde la influencia de la Asociación Internacional de Trabajadores se mantuvo por algún tiempo más que en Europa dado que ahí residía el Consejo General, Marx y Engels eran de la opinión de que lo conducente era la integración amplia de una fuerza obrera que aglutinara aun a los demócratas. Frente a las posturas de muchos de los alemanes exiliados en Estados Unidos que, segregándose de organizaciones de ese tipo como el United Labour Party (constituido en julio de 1886) o del viejo Knights of Labour (Caballeros del Trabajo), pretendían fundar su propio partido bajo los preceptos del *Manifiesto*, Engels consideraba que era preciso dejar que las masas norteamericanas desarrollaran su experiencia y llegaran a través de ella a su propia y concreta visión programática.

"...considero que muchos de los alemanes de allá — escribía Engels a Florence Kelly Wischnewetsky — han cometido un grave error al tratar, frente a un poderoso y glorioso movimiento que no era de su creación, de hacer de su teoría, importada y no siempre entendida, una especie de dogma único para lograr la salvación manteniéndose apartados de todo movimiento que no aceptase ese dogma. Nuestra teoría no es un dogma sino la exposición de un proceso de evolución, y este proceso incluye etapas sucesivas. Esperar que los norteamericanos arranquen con una conciencia cabal de la teoría elaborada en viejos países industriales, es

esperar lo imposible.²²

Engels había seguido con interés el desarrollo de este joven movimiento que, haciendo frente a terribles condiciones de trabajo, en un corto periodo llevó a cabo una valerosa lucha, primero por el derecho a sindicalizarse y, después, por intervenir en las luchas políticas y electorales de Estados Unidos. Por lo concentrado, impetuoso y épico, ese movimiento mostraba en escasos diez años gran parte de lo más avanzado del europeo, en buena medida gracias a la experiencia que aportaron los miles de trabajadores emigrantes, muchos de los cuales encabezaron las primeras grandes huelgas de mineros, ferrocarrileros y otros.²³ Pero no sólo por ello. La abolición de la esclavitud, la guerra civil y la lucha por los derechos civiles de los negros, junto a la vertiginosa e implacable industrialización, daban al combativo movimiento obrero norteamericano una nueva perspectiva que enriquecía su proyecto político.

Por ello, para Engels, lo que deberían hacer sus compañeros, entre los que se contaba también Sorge, era integrarse a ese movimiento real de los obreros, aceptando los puntos de partida de su acción y desarrollando a la par la visión teórica que sirviera a la lucha de los trabajadores: "...debieran —conclusa—, en palabras del *Manifiesto Comunista*, representar el movimiento del futuro en el movimiento del presente."

En este caso, y justamente en el sentido diferente de lo que opinó cuatro años antes respecto a los *posibilistas* franceses, Engels consideraba que los millones de votos que podía obtener en Estados Unidos "un partido obrero de buena fe", valían entonces mucho más que los "obtenidos por una plataforma doctrinariamente perfecta".²⁴

En sentido similar a sus puntos de vista sobre Estados Unidos, Marx y Engels tuvieron una actitud muy abierta y flexible respecto al

²² F. Engels, "Carta a F.K. Wischniewsky", en *Correspondencia*, op.cit., t.3, p.140. La Sra. Wischniewsky fue la traductora estadounidense del libro de Engels, *La situación de la clase obrera en Inglaterra*.

²³ Cf. Morris H. y Boyer R., *La historia desconocida del movimiento obrero de los Estados Unidos*. Editado por el SUTIN, México, 1980, cap.II.

²⁴ F. Engels, "Carta a F.K. Wischniewsky", *Correspondencia*, op.cit., p.141. En otra carta a su editora, del 27 de enero de 1887, Engels relataba la experiencia de él y Marx en el Partido Democrático de Alemania en 1848 y, después, en la Internacional. "Creo —conclusa— que toda nuestra experiencia ha mostrado que es posible trabajar junto con el movimiento general de la clase obrera en cada una de sus etapas sin ceder ni ocultar nuestra propia posición e incluso nuestra organización, y temo que si los germanoamericanos eligen otra línea distinta cometerán un grave error." *Op.cit.*, p.142.

movimiento revolucionario de Rusia. A partir de la convicción de que la revolución contra la aristocracia zarista era inminente ("los rusos se acercan a su 1789", escribía Engels en 1885) y de sus estudios acerca de las posibilidades del desarrollo comunal ruso, simpatizaban abiertamente con los pequeños grupos revolucionarios, la mayoría encaminados a la acción entre el campesinado pobre de Rusia e involucrados en acciones muchas veces terroristas, que continuamente buscaban el apoyo y consejo de Marx y Engels y que mostraban un particular interés por la elaboración teórica de éstos y su aplicación en un país tan distinto a los europeos como era Rusia.

Para el autor de *El Capital*, ese gran imperio por el que sentía una especial repulsión, era, en los tiempos de elaboración del segundo y tercer tomos, especialmente ilustrativo en lo que se refería a los problemas de la propiedad de la tierra. Por ello dedicó mucho tiempo al minucioso estudio de trabajos económicos y estadísticos rusos, lo cual, para Engels y otros amigos, lo distrajo de la redacción de su obra.

Pese a la cuidadosa y a veces evasiva reflexión de Marx sobre las posibilidades de un desarrollo económico y social inédito en aquel país, lo cierto es que para él representaba una especie de reto teórico y también político que desafortunadamente no pudo concretar. Sin embargo, esas peculiaridades rusas por las que Marx mostró tanto interés en sus últimos años, junto a la expectativa revolucionaria en la que muchos coincidían para aquel país, son sin duda los elementos en los que basó sus amplias relaciones políticas y científicas con los populistas rusos, sin haber mostrado mayor interés en la formación de una corriente propia en el imperio de los zares. Los autores del *Manifiesto* no admitían la "fatalidad histórica" de que ese país tuviera que pasar por todos los tormentos del régimen capitalista, por lo que no esperaban ahí una revolución obrera.²⁵

²⁵ En 1877, escribía Marx en carta a la redacción de *Oútshevienné Zapiski* una réplica al artículo de Y. Zhukovski sobre el capítulo de la acumulación originaria de *El Capital*: "Ahora bien, ¿cuál es la aplicación que mi crítico puede hacer a Rusia de este bosquejo histórico? Solamente ésta: si Rusia aspira a convertirse en un país capitalista calcado sobre el patrón de los países de la Europa occidental —y durante los últimos años, hay que reconocer que se han iniciado no pocos pasos en este sentido—, no lo logrará sin antes convertir en proletarios a una gran parte de sus campesinos; y una vez que entre en el seno del régimen capitalista, tendrá que someterse a las leyes inescrutables, como otro pueblo cualquiera. Esto es todo. A mi crítico le parece, sin embargo, poco. A todo trance quiere convertir mi esbozo histórico sobre los orígenes del capitalismo en la Europa occidental en una teoría filosófico-histórica sobre la trayectoria general a que se hallan sometidos fatalmente todos los pueblos, cualesquiera que sean las circunstancias históricas que en ellos concurren, para plasmarse por fin en aquella

Todavía dos años después de la muerte de Marx, Engels, en carta a Vera Zasúlich, renunciaba a tomar partido por aquellos que, habiéndose separado del populismo, le comunicaban la formación de una agrupación marxista rusa. Si bien se mostraba "orgulloso de saber que en la juventud rusa hay un partido que acepta francamente y sin ambigüedades las grandes teorías económicas e históricas de Marx, y que ha roto con las tradiciones anarquistas y lévemente esclavófilas de sus predecesores", decía desconocer tanto las condiciones concretas de la situación rusa como de "la historia interna e íntima del partido revolucionario ruso, especialmente de los últimos años", como para poder aconsejar sobre la táctica política que había de seguir el nuevo grupo. Y expresaba directamente que sus "amigos *narodvolsky*" no le habían informado de ello, por lo que no podía formarse una adecuada opinión.²⁶

A pesar de ello, en relación a la índole de la organización política que requería Rusia, Engels agregaba entonces:

"Este es uno de esos casos excepcionales en que a un puñado de gente le es posible *hacer* una revolución, es decir, hacer que con un pequeño empujón se derrumbe todo un sistema que (para emplear una metáfora de Plejánov) está en un equilibrio más que inestable, liberando, así de un golpe, en sí insignificante, fuerzas explosivas incontrolables. Porque si alguna vez el blanquismo — la fantasía de revolucionar toda una sociedad por la acción de una pequeña conspiración — ha tenido justificación, es, por cierto, en el caso de Petersburgo."²⁷

Con los ingleses, como hemos visto, la relación de Marx y Engels estuvo llena de tropiezos desde años atrás. Tras la desaparición del cartismo, la tendencia reformista que se había gestado en el movimiento obrero británico desde los años cincuenta y que la aparición en escena de la Asociación Internacional de Trabajadores había temporalmente revertido, logró predominar a partir de la implantación de la reforma electoral de 1867. Luego de la separación de los

formación económica que, a la par que el mayor impulso de las fuerzas productivas, del trabajo social, asegura el desarrollo del hombre en todos y cada uno de sus aspectos. (Esto es hacerme demasiado honor y, al mismo tiempo, demasiado escarnio)." K.Marx, F.Engels, *El porvenir de la comuna rural rusa, Pasado y Presente*, No.90, México, 1980, pp.64-65.

²⁶ F.Engels, "Carta a V.Zasúlich", 23 de abril de 1885, en *Correspondencia*, op.cit., t.3, p.122.

²⁷ *Ibid.*

líderes tradeunionistas del Consejo General de la Internacional, en 1871, la influencia de los autores del *Manifiesto* no hizo sino decrecer aceleradamente, al punto de que, en la disputa librada en La Haya, los ingleses, incluidos los dirigentes de la AIT Eccarius y Jung, viejos amigos y seguidores de Marx, tomaron en varios puntos partido por los bakuninistas.²⁸

Marx y Engels llegaron a la conclusión de que en ese entonces no existía la posibilidad de constituir en Inglaterra un partido obrero independiente. En los años setenta, para el autor de *El Capital*, sólo progresaba el movimiento de los obreros agrícolas, mientras que de los trabajadores industriales, poco podía esperarse mientras no se liberasen de sus dirigentes,²⁹ pues, como ya lo había señalado en el Congreso de La Haya, éstos, lejos de mantener una posición política independiente como la de los viejos cartistas, se habían entregado en brazos de la política liberal burguesa, estrechando su visión a la lucha exclusivamente laboral.

Cuando, hacia finales de los años ochenta, las huelgas de obreros no calificados levantaron la bandera de un "nuevo unionismo", las esperanzas que siempre albergaron Marx y Engels, renacieron en éste último:

"El movimiento — escribía a Sorge en diciembre de 1889 — ha echado a andar por fin, y creo que para bien. Pero no es directamente socialista, y los ingleses que mejor han aprendido nuestra teoría se mantienen fuera de él... Formalmente, por el momento el movimiento es sindical, pero absolutamente distinto del de las viejas tradeunions, los obreros calificados, la aristocracia del trabajo."³⁰

Una vez más, como en relación al movimiento norteamericano,

²⁸ Cfr. F. Mehring, *Carlos Marx*, op.cit., pp. 497 y ss.

²⁹ Refiriéndose a su intervención del 3 de septiembre de 1872, Marx le escribía a Kugelmann: "Cuando yo denuncié a estos individuos en el Congreso de La Haya, sabía que esto me traería impopularidad, calumnias, etc., pero las consecuencias de este tipo siempre me han dejado indiferente. En varias partes se comienza a comprender que, al denunciarlos, sólo cumplía con mi deber." Cfr. Carta a Kugelmann (18 de mayo de 1874), *Cartas a Kugelmann*, op.cit. p.260. Años después Engels insistiría en una idea a la que arribaron Marx y él respecto al desarrollo ideológico de los obreros de países capitalistas desarrollados: "Igualmente en Inglaterra las luchas fueron más violentas en el periodo en que se desarrollaba la industria, en gran escala, debilitándose precisamente en el periodo de la indiscutible dominación industrial inglesa del mundo."

³⁰ F. Engels, Carta a Sorge (7 de diciembre de 1889), *Correspondencia*, op.cit., p.149.

Engels insiste en su combate a las posturas dogmáticas, que por su naturaleza son incapaces de influir en el despertar obrero. Para él, Inglaterra mostraba que ninguna teoría, aunque en este caso hubiese surgido de las condiciones propias de ese país, podía ser introducida "en forma abstracta y dogmática". También los obreros ingleses buscaban su *propia* manera de alcanzar la emancipación. Por ello, ninguna agrupación doctrinaria podía coadyuvar al desarrollo teórico y político de ese movimiento emergente que buscaba, precisamente, nuevas soluciones.

Si bien personas muy cercanas a Engels³¹ estuvieron involucradas en la formación de agrupaciones socialistas, él siempre mantuvo bastante recelo respecto a éstas, pues consideraba que por su visión sectaria se ubicaban por encima de las necesidades e intereses del movimiento de los trabajadores. Unos meses antes de morir, Engels escribió:

"El instinto socialista es cada día más fuerte entre las *masas*, pero cuando se trata de traducir los impulsos instintivos en reivindicaciones e ideas claras, empiezan los desacuerdos. Algunos se inscriben en la Social-Democratic Labour Federation, otros en el Independent Labour Party, otros en la organización sindical, etc. En una palabra: muchas sectas y ningún partido."³²

Por lo general, la participación de Marx y Engels en los agrupamientos partidistas nacionales se centró especialmente en los aspectos programáticos, que no en los organizativos, como había sido en la AIT. Son muy elocuentes en lo que se refiere a la idea de que no existe una sola índole de partido, válida para cualquier circunstancia. En realidad, para ellos, la conformación de un partido obrero claramente socialista sólo es viable en los países de amplio desarrollo industrial, como Francia y Alemania, pero en los cuales el propio proceso de la lucha obrera había dado paso a la conciencia socialista, pues, como lo demuestra Inglaterra, no basta la sola existencia de un proletariado industrial para que tal cosa suceda. Además, como en el análisis sobre Rusia, el carácter de la organización política revoluc-

31 Entre ellas Eleanor Aveling, hija de Marx, y su esposo, quienes participaron en la formación del *Independent Labour Party*. Poco antes, en 1882, había sido constituida la *Socialdemocratic Federation*, encabezada por Hyndman, quien fuera asiduo visitante de Marx.

32 F. Engels, Carta a H. Schlüter (1° de enero de 1895), en F. Engels, *Escritos*, Ed. Península, Barcelona, España, 1974, p. 116.

cionaria está en directa dependencia de las tareas planteadas en la lucha por la transformación social en un momento dado y ante circunstancias particulares.

Marx no solamente desechaba que su interpretación de la historia del capitalismo fuese una *teoría universal*, sino que también eludía cualquier compromiso con el más mínimo esquema de organización partidista. La relación entre las tareas socialmente maduras y las formas de la organización y la lucha es expresada por Engels en la forma más natural, a partir del examen concreto de la situación de cada país. Tanto uno como el otro, vinculan en este periodo la organización con el programa necesario. De esa manera, consideran correcto que la experiencia del partido alemán sea tomada como referencia y ejemplo para algunos otros países europeos y, al mismo tiempo, rechazan la pretensión de cualquier traslado hacia países cuya clase obrera se encontraba en condiciones muy distintas de conciencia, organización y experiencia política.

La estructura organizativa de los partidos obreros siempre se encuentra vinculada con la línea política. Así, en la lucha contra el resto de las tendencias socialistas de la época, Marx y Engels se muestran enérgicos respecto a los países donde la experiencia de la clase obrera había llegado a las acciones revolucionarias, pero completamente flexibles en los que el proletariado tenía una trayectoria histórica menos relevante.

Desde su formación, los partidos políticos obreros fueron un vehículo en la difusión del pensamiento de Marx y Engels. En el seno de éstos se forjó, no sin dificultades, la corriente propiamente *marxista* y en los primeros tiempos de ese proceso pudieron intervenir en forma directa los fundadores del socialismo revolucionario. Su influencia estuvo especialmente presente en el partido alemán, del que se consideraron integrantes en un sentido más estricto. Esto hizo que su teoría se expandiera a un gran número de partidos que estuvieron bajo el influjo de los alemanes, empezando por el austriaco. El programa de Gotha, primero, y después el de Erfurt, fueron el modelo a seguir por daneses, checos, húngaros, portugueses, flamencos, entre otros.

Asimismo, se puede observar la preocupación por evitar que se aplicara mecánicamente la nueva teoría, despojada de su historicidad, a las más diversas situaciones. En efecto, la abstracción teórica no podía ser el cartabón de la lucha de la clase obrera de todos los

países, pero si uno de sus instrumentos. Así, los autores del *Manifiesto* vuelven sobre los pasos de sus documentos fundacionales al señalar una y otra vez que solamente la experiencia directa, el grado de conciencia acumulada de la clase obrera y la conjunción de las condiciones generales de la sociedad podrían determinar las tareas en cada país y en cada momento.

El partido en Alemania

Desde que en 1849 Marx y Engels fueron obligados a salir de tierra alemana, nunca más tuvieron posibilidades de repatriarse. A Marx, incluso, le fue negada la recuperación de su nacionalidad prusiana cuando la solicitó trece años después de la revolución y en medio de una amnistía.³³

Este hecho, entre otros, hizo que la relación de los autores del *Manifiesto* con la política y con los grupos revolucionarios de su país natal, fuera peculiar. Por una parte, es comprensible que les despertara gran interés e incluso pasión. Pero, por la otra, la imposibilidad de intervenir directamente, les imponía serias limitaciones.

Sin duda, la influencia de ellos sobre el partido alemán, en sus diferentes momentos y expresiones orgánicas se hizo sentir con suficiente claridad. Sin embargo, en no pocas ocasiones, algunos de los dirigentes del partido reclamaban que, quienes eran considerados como maestros y jefes políticos, no siempre intervinieran suficientemente. Pese a lamentar su ausencia en la acción directa del partido, Marx y Engels sintieron que su peculiar situación les permitía tener una autonomía y distancia adecuadas para ejercer libremente la crítica, muchas veces enérgica, a las posiciones y actos de los socialistas alemanes que ellos consideraron equivocados.³⁴ En alguna

33 Cfr. Marx, "Carta a Kugelmann" (23 de febrero de 1865). *Cartas a Kugelmann*, Op.cit., p.30. En el caso de Engels sabemos que, dada la experiencia de lo ocurrido a Marx, consideró que los largos años de exilio legal le habían hecho perder su nacionalidad. Cuando años más tarde, hacia fines de la década de los ochenta, sus compañeros alemanes le hicieron diversos ofrecimientos políticos (entre otros el ser candidato a Diputado) con el fin de que se trasladara a vivir a su tierra natal, Engels decidió que la enorme carga de trabajo teórico que se proponía llevar a cabo tras la muerte de su amigo, sólo un país como Inglaterra le daba las condiciones para terminarlo, por lo que declinó siempre ante tales proposiciones.

34 La relación de Marx y Engels con el partido alemán estuvo mediada la mayor parte del tiempo por Liebknecht. Con él mantuvieron siempre una postura sumamente crítica, convencidos de que carecía de una sólida formación teórica y de agudeza política. Sin embargo, sabían que no había en Alemania otra fuerza en la que pudieran apoyarse, ni que les diera tan leal reconocimiento como dirigentes políticos y maestros teóricos.

ocasión, llegarían a la amenaza, nunca cumplida, de separarse del partido en caso de mantener éste una postura considerada por ellos como incorrecta.

"La gente — escribía Engels a Bebel, con motivo del programa de Gotha — cree que nosotros lo gobernamos todo desde aquí, y usted sabe tan bien como yo que casi nunca nos inmiscuimos en los asuntos internos del partido y que las pocas veces que lo hacemos es para tratar de corregir dentro de lo posible los deslices en que, a nuestro juicio, se incurre, y siempre en el plano teórico. Pero usted mismo convendrá en que este programa representa un cambio de rumbo muy importante, que fácilmente podría obligarnos a declinar toda responsabilidad en el partido que lo adoptara."³⁵

Hemos de recordar que desde los años de 1845-1847 en su exilio en Bruselas, Marx y Engels habían establecido contacto con muchos revolucionarios alemanes, la mayoría exiliados, con el fin de constituir el "partido comunista". A través de los "Comités de Correspondencia Comunista", establecieron relación estrecha con el núcleo principal de los grupos revolucionarios de Alemania. Mismo núcleo que participaría activamente en la revolución en aquel país en 1849 y que veinte años después fundaría el Partido Socialdemócrata.³⁶

Entre aquellos se encontró Ferdinand Lassalle, quien había sido desde 1845 miembro de la Liga de los Justos, y que estableció amistad con Marx a partir de la revolución de 1849. Durante la década de los cincuenta, retirado entonces de la lucha política, publicó varios escritos en los que, según Marx, plagiaba y deformaba sus obras.³⁷

Cuando el 23 de mayo de 1863, F. Lassalle crea el primer partido

³⁵ F. Engels, Carta a A. Bebel (18-28 de marzo de 1875). En *Correspondencia*, op.cit., tomo 2, pp. 217-218.

³⁶ Esta continuidad de los dirigentes revolucionarios de Alemania imprimía peculiares características a la organización partidista de ese país, la cual, a diferencia de la mayoría de los partidos obreros, contaría con un sólido y prácticamente inamovible equipo de funcionarios desde sus primeros años. En relación con las consecuencias que ello trajo, cfr. el estudio de R. Michels, *Los partidos políticos...*, Argentina, Amorrortu Editores, 1979, p. 131 y ss.

³⁷ Comentando con Engels un escrito de Lassalle sobre los impuestos indirectos, Marx escribía: "...es en esencia la compilación de un 'discípulo' que tiene un apuro desesperado por alardear de 'hombre completamente culto' que emprende una investigación independiente." Y agregaba: "Criticar sus conclusiones sería para mí una pérdida de tiempo: aparte de que se apropia de cada palabra diciendo que es un 'descubrimiento'. Levantarse contra sus plagias sería absurdo, porque no le privaré de nuestras cosas en la forma en que las ha desarregrado." Cfr. K. Marx, Carta a F. Engels (12 de junio de 1863). En *Correspondencia*, op.cit., p. 200-201.

obrero de Alemania después de la Liga de los Comunistas, que denominó Asociación General de Trabajadores Alemanes (ADAV), las relaciones de Marx con él habían sido ya rotas. El afamado político, que se consideraba fiel alumno del autor de *El Capital*, había llevado a cabo una intensa campaña enarbolando la lucha por el sufragio universal y el derecho de libre asociación, la cual logró amplia audiencia entre los trabajadores. Aunque Marx valoró la lucha de Lassalle por reanimar la acción obrera, después de más de una década de inmovilidad, buscando contrarrestar la influencia de la burguesía liberal sobre los trabajadores a través de la conformación de su propia organización política, rechazó de éste lo que llamó su *realpolitik*,³⁹ es decir, su excesiva preocupación por las circunstancias momentáneas que le hacía perder de vista las consecuencias de sus acciones.

Lassalle había llegado a la conclusión de que en su afán unificador de la nación alemana, Bismarck habría de requerir el apoyo de las masas trabajadoras, por lo que se vería en la necesidad de emprender algunas medidas de tipo socialista. El líder obrero llegó al acuerdo con el primer ministro prusiano, de otorgarle tal apoyo a cambio de la obtención del sufragio universal y el apoyo estatal a la formación de cooperativas industriales. Aunque Marx y Engels supieron de ello sólo después de que Lassalle, en fatal duelo, había perdido la vida, decidieron, antes de la campaña de agitación que emprendió para la formación de su partido obrero, romper con él justo por la confianza que les expresó sobre el Estado prusiano y las acciones de éste en favor de los trabajadores.

En 1865, Marx le explicaba a Kugelmann las razones por las que había interrumpido sus relaciones con Lassalle, entre las que destacaba la condena a "su táctica política". En aquella ocasión, Marx

³⁸ De acuerdo con F. Mehring, las relaciones de Marx y Lassalle se habían deteriorado también, a decir de éste último, "por motivos financieros", pues ante un préstamo que le hiciera Lassalle a Marx con motivo de uno de sus más apremiantes problemas económicos, aquel exigió una serie de garantías para el pago mostrando gran desconfianza, lo que molestó mucho a Marx. Como fuera, en su rompimiento Marx enfatizó principalmente las diferencias políticas. Cfr. F. Mehring, *Carlos Marx*, op.cit., pp.314-315

³⁹ "Lassalle se dejó llevar por ese falso camino porque era un *realpolitiker* al estilo de Miquel, pero con más emvergadura y con objetivos más considerables." Cfr. Carta de Marx a Kugelmann, op.cit., p.27. En 1868, Marx escribía al heredero de Lassalle en la Asociación General de Trabajadores Alemanes, Schweitzer: "Lassalle —y éste sigue siendo su servicio inmortal— reanimó el movimiento obrero en Alemania después de sus quince años de sueño. Pero cometió grandes errores. Se dejó gobernar demasiado por las circunstancias inmediatas de la época." En *Correspondencia*, op.cit., tomo 1, p.112.

agregaba:

"En las cartas que me escribió, entre 1848 y 1863, así como en nuestras entrevistas personales, siempre había declarado que se adhería al Partido que yo represento. Pero en cuanto se convocó, en Londres (fines de 1862), de que no podía seguir haciendo *conmigo* su jueguito, decidió hacerse el «dictador obrero» *contra mí* y contra el viejo Partido."⁴⁰

Marx y Engels no sólo criticaron la política seguida por Lassalle, sino su visión del partido obrero. Es verdad que le reconocieron el mérito de ser un gran agitador y el que, bajo la idea de hacer participar políticamente y en forma independiente a los trabajadores, había fundado el primer partido obrero en Alemania; sin embargo, consideraron que Lassalle incurría en una concepción sectaria y autoritaria de la organización que se requería entonces, la que, para ellos, no estaba justificada ni siquiera por la situación reaccionaria y represiva en medio de la cual había sido creada la Asociación.

Ciertamente, el líder obrero alemán diseñó una organización que establecía un mando unipersonal, sumamente centralizado, en la que la democracia interna se veía restringida por la enorme cantidad de atribuciones encomendadas al presidente del partido, Lassalle.⁴¹ Una de las peculiaridades principales del partido de Lassalle era el enorme peso que ejercía sobre él su personalidad, de la que llegó a

40 K. Marx, *Cartas a Kagelmann*, op.cit., p.25.

41 De acuerdo con los Estatutos y Reglamento Administrativo de la Asociación General de Trabajadores Alemanes, el Presidente, que encabeza un Buró de 24 miembros, dura en su cargo cinco años (frente a dos años del resto del Buró); es él quien convoca a las reuniones del Buró y de la Asamblea General; quien firma todos las publicaciones de la Asociación; quien puede nombrar en caso necesario a un Vicepresidente que lo supla temporalmente; quien nombra a los delegados (representantes de la Asociación y del propio Presidente) en las distintas ciudades alemanas, quienes funjen como responsables de la organización en la localidad; quien puede hacer cualquier gasto, exento de todo control contable; quien nombra a los sustitutos de los miembros del Buró, cuando éstos renuncian o mueren, hasta la siguiente elección en la Asamblea; quien, en caso de empate en las votaciones de cualquier instancia, tiene voto de calidad. Junto a tanta atribución del Presidente, las normas de la ADAV ponían serias restricciones a la acción de los miembros en las distintas localidades, los cuales están dirigidos y controlados por el delegado nombrado por el Presidente (y que sólo él puede remover): "Como los miembros de una localidad no representan sino una parte de la Asociación, no pueden, en consecuencia, tomar decisiones válidas a nombre de toda la Asociación y, en lo que concierne a su propia localidad, no pueden tomar decisiones más que si se trata de asuntos mínimos locales." Cfr. *Abhandlungen und Vorträge zur sozialistischen Bildung — Heft 4 und 5 — Dresden 1912* (Druck und Verlag von Kadon & Comp.), *Geschichte der Sozialdemokratischen Partei-Organisation in Deutschland*, von Wilhelm Schröder. Documentos Anexos, (traducción: A. Huby y M. Bórquez).

haber un verdadero culto entre los trabajadores alemanes, y que logró pervivir muchos años después de la muerte del líder.⁴² Para Marx, la concepción sectaria de Lassalle era lo que lo llevaba a una especie de mesianismo; sobre ello, escribió a Schweitzer en 1868:

"...desde un principio, como cualquiera que declare tener en su bolsillo una panacea para los sufrimientos de las masas, dio a su agitación un carácter religioso y propio de una secta. Toda secta es en realidad religiosa... Cayó en el error de Proudhon, de no buscar la base real de su propia agitación en elementos concretos del movimiento de las clases, sino más bien de querer prescribir a ese movimiento su curso basado en cierta receta doctrinal."⁴³

En realidad, la concepción organizativa de Lassalle, lo mismo que su táctica política, no tuvo tiempo de ser desplegada debido a la repentina muerte de líder alemán, ocurrida un año después de fundada la ADAV. Además, Marx y Engels asumieron que la visión sectaria de aquel correspondía a los primeros pasos de un movimiento propio de los obreros alemanes, que hasta entonces habían sido incapaces de asumir una postura independiente respecto de la burguesía, concepción que iría extinguiéndose conforme desarrollaran su lucha.

Durante aquellos años de la segunda mitad de la década de los sesenta, Marx y Engels se toparon con serias dificultades para la conformación de un partido obrero en Alemania que reivindicara sus concepciones. Por una parte, Liebknecht,⁴⁴ junto con Bebel,⁴⁵ en

42 Poco después de la muerte del líder obrero, Engels escribió a Marx (4 de septiembre de 1864): "Como quiera que fuese Lassalle como escritor y como hombre de ciencia, en lo que se refiere a la política era, indudablemente, uno de los hombres más importantes de Alemania. En el presente era para nosotros un amigo muy inseguro y en el futuro habría sido un enemigo bastante indudable..." En *Correspondencia*, op.cit., p.359. Varios aspectos de la compleja personalidad de Lassalle fueron vistos con recelo tanto por Marx como por Engels pero, convencidos de que su pertinaz lucha por organizar a los obreros lo hacía el hombre más odiado por la burguesía alemana, se abstuvieron de hacer pública su crítica a Lassalle. Sólo muchos años después (en 1891), Engels consideraría necesario emprender una campaña contra la buena imagen que mantenía en el Partido Socialdemócrata Alemán la figura de Lassalle.

43 K.Marx, "Carta a Schweitzer" (13 de octubre de 1868). *Correspondencia*, op.cit., p.113.

44 Wilhelm Liebknecht residió en Londres después de la revolución de 1849 hasta 1862, por lo que conoció bien a Marx y Engels. Cuando, beneficiado por la amnistía, pudo regresar a vivir a Alemania, se inscribió a la Asociación de Lassalle. Sin embargo, poco después de que muriera el dirigente obrero y al confirmar los tratos de éste con Bismarck, el que sería fiel seguidor de Marx inició una paulatina diferenciación con el "lassallismo" (que no siempre con Lassalle).

45 August Bebel, de oficio carpintero, conoció a Wilhelm Liebknecht a principios de los

quienes tenían mayor confianza, consideraban que aún no era momento de formar un partido exclusivamente obrero y reprochaban a la ADAV el que, por su carácter, se separara del conjunto de fuerzas democráticas. Por este motivo, en agosto de 1866 participan en la formación del Partido Popular Sajón, organización que reunía a algunas asociaciones obreras con diversos grupos demócratas y de la pequeña burguesía alemana que compartían un profundo sentimiento antiprusiano.⁴⁶ Por su parte, el partido de Lassalle, tras la muerte de éste, se adentra en una crisis que lejos de llevar al abandono de los postulados lassallistas, sólo produjo la disputa entre sus divididos seguidores por determinar quién los expresaba de mejor forma.

Durante todo el primer periodo de formación del partido obrero alemán —que podemos ubicar desde 1863, con la conformación de la ADAV, hasta 1875, año en el que se fusionan el partido socialdemócrata dirigido por Liebknecht y Bebel (fundado en Eisenach en 1869) y el partido lassallista, fusión de la que surge el Partido Socialista Obrero Alemán— Marx y Engels dedican su atención principal a la Asociación Internacional de los Trabajadores y a la lucha contra los anarquistas. Por esta razón, no obstante que urgen a sus compañeros para formar una seria organización obrera y encontrar la manera de participar en los asuntos de la Internacional, en realidad estuvieron distantes en casi todos los asuntos políticos, neutrales en la disputa entre los dos grupos socialistas de Alemania y erráticos en algunos juicios sobre el largo e intrincado proceso de organización de los trabajadores de su país.

Como ya señalamos, la Asociación Internacional de Trabajadores llevó a cabo en aquellos años una intensa actividad que la convirtió,

años sesenta. Fue entonces cuando abrazó la causa del socialismo. Extraordinario organizador e ideólogo, se sumó en la dirección de la socialdemocracia alemana por más de treinta años. En 1867 fue elegido, junto con Liebknecht, diputado de la Dieta por el norte de Alemania. Durante la guerra franco-prusiana de 1870, ambos se opusieron a otorgar los créditos de guerra solicitados por el gobierno, por lo que poco después fueron hechos prisioneros por "traición a la patria". Aquel episodio dio a los dos líderes social-demócratas un enorme prestigio en el seno del movimiento obrero. Bebel conoció personalmente a Marx y a Engels hasta los años ochenta, aunque con anterioridad mantenía frecuente correspondencia. Engels llegó a establecer con él una sólida amistad.

46 En julio de 1869, Engels escribió a Marx: "En todo caso, de Wilhelm (Liebknecht) no resultará nada hasta que con toda energía no destinde su organización del Partido Popular o, en el último extremo, no se coloque con relación a él en la situación de aliado independiente." Y en una carta anterior, en relación al mismo asunto, había escrito: "Convenría recomendar a Wilhelm la lectura del *Manifesto* en lo que se refiere a la posición del partido obrero, si es que la lectura o, en general, cualquier otra cosa pudiera servirle de provecho." *Cfr. Asociación...*, op. cit., p. 112-113.

en no pocos países, en la principal organización obrera. Algunos alemanes habían conformado secciones de afiliación individual a la AIT, directamente vinculadas con el Consejo General, entre los que destacó J. Phillip Becker. Las secciones por él formadas realizaban su actividad en forma ilegal puesto que la legislación prusiana, aprobada en marzo de 1850, prohibía cualquier adhesión a organizaciones de carácter internacional. Sin embargo su trabajo fue abriendo camino y su periódico *Vorbote*, publicado en Ginebra, comenzó a tener considerable audiencia entre los trabajadores alemanes, por lo que diversas sociedades obreras encontraron la forma de adherirse a la Internacional.

Eso, junto a la resonancia general que iba adquiriendo la AIT en el mundo obrero europeo, llevó a que en 1868 los dos grupos revolucionarios de Alemania, por una parte el de Liebknecht y Bebel, que comenzaban a poner distancia con los demócratas burgueses y, por la otra, el de Schweitzer, director del periódico *Socialdemokrat*, que en mayo de 1867 había sido nombrado presidente de la Asociación lassallista, se disputaran su adhesión a la Internacional y tomaran a Marx, entonces secretario corresponsal para ese país del Consejo General, como mediador en su disputa.

Durante los casi dos años que duró el conflicto, Marx y Engels decidieron mantener neutral a la Internacional en tanto no se definía entre ellos quien habría de ostentar el título del partido obrero alemán, aunque siempre albergaron la esperanza de que Liebknecht y Bebel, con quienes se sintían más identificados, lograran constituir una organización propia.⁴⁸ Además estaban convencidos de que el grupo lassallista no abandonaría su visión sectaria y el discurso social-estadista de su fundador.

Desde que los seguidores de Lassalle, en el Congreso de la Asociación General de Obreros Alemanes realizado en Hamburgo —al que había sido invitado Marx—,⁴⁹ decidieron hacer a un lado su

47 De acuerdo con el Cuarto Informe del Consejo General de la AIT de septiembre de 1868, redactado por Marx, "...50 sociedades alemanas de cultura obrera, tal vez las más antiguas de Europa, acordaron el otoño pasado, en su Congreso de Neuenburg, adherirse al Congreso de la AIT." En *La Internacional*, op.cit., p.34.

48 "Por su situación —escribió Marx a Engels—, el Consejo General debe mantenerse neutral. ¿No sería preferible por caso esperar, primero, a que se revele más claramente la nulidad de los resultados del juego de Schweitzer y, segundo, a que Liebknecht y C^o tengan tiempo de organizar realmente algo?" *Acotaciones...*, op.cit., p.92.

49 Marx no pudo asistir al Congreso pero envió una comunicación que fue leída en una de sus sesiones. En ella Marx hacía referencia al programa de la Asociación, felicitándolos, en

posición negativa frente a la formación de sindicatos y acordaron la creación de un agrupamiento de ese carácter, la formación del partido obrero en Alemania estuvo estrechamente ligada a la organización de índole sindical, ya que, por su parte, Bebel y Liebknecht desde que se hablan separado del Partido Popular, venían desarrollando un intenso trabajo de formación de sindicatos obreros en la región sur de Alemania con la idea de conformar, a partir de ello, su organización partidista.⁵⁰

En aquel entonces, y bajo la óptica que le proporcionaba la AIT, Marx y Engels no solamente no separaban la organización política de la gremial, sino que de alguna forma privilegiaban ésta última. Para ellos, en aquel momento de Alemania el agrupamiento sindical independiente representaba un verdadero avance, que ponía los términos de la lucha obrera en circunstancias similares a las de los países de mayor industrialización. Ahí, la organización sindical mostraba ser una instancia que entrenaba a los obreros en la lucha diaria con el capital y que resultaba ser más resistente a la persecución reaccionaria.⁵¹ Además, en la situación particular de Alemania, en donde se mantenían restricciones al derecho de coalición, el sindicato representaba un enfrentamiento contra el imperio prusiano.⁵² Por eso, la actividad de los socialistas debía estar encaminada a impulsar

formas idéicas, por el abandono de algunos de los preceptos lassalleanos: "Veo con satisfacción que el programa de vuestro Congreso establece los puntos que constituyen en realidad el punto de partida de todo movimiento obrero serio: agitación en pro de la libertad política, reglamentación de la jornada de trabajo y cooperación planificada e internacional de la clase obrera en la gran tarea histórico-universal que tiene que cumplir para toda la sociedad." *En La Internacional*, op.cit., p.30. También cfr. la carta de Marx a Engels del 26 de agosto de 1868, en *Acotaciones...*, op.cit., p.38.

⁵⁰ De acuerdo con G. Meyer, hacia finales de los años sesenta, Liebknecht pensaba "oponer el partido lassalleano, cuyo principal contingente estaba en Prusia, mediante un trabajo paolista, otro partido obrero cuyos militantes se reclutaran en la Alemania no prusiana." *Friedrich Engels. Biografía*, op.cit., p.327.

⁵¹ Cfr. F. Engels, Carta a Bebel del 28 de marzo de 1875. En *Correspondencia*, op.cit., tomo 2, p.215.

⁵² "Las coaliciones y los sindicatos que de ellas se derivan no tienen sólo excepcional importancia como medio de organización de la clase obrera para la lucha contra la burguesía: su importancia en este sentido se ve confirmada, entre otras cosas, por el hecho de que hasta los obreros de los Estados Unidos, a pesar del sufragio y de la república, no pueden prescindir de los sindicatos; pero en Prusia y, en general, en Alemania el derecho de coalición significa además una brecha en el imperio de la policía y el burocratismo, pone fin al reglamento de la servidumbre y a la arbitrariedad de los nobles en el campo; en una palabra, se trata de una medida para transformar los «súbditos» en ciudadanos de pleno derecho, que aceptaré cien veces antes el partido progresista, es decir, cualquier partido de oposición burguesa en Prusia (si no ha perdido la razón) que el gobierno prusiano, y tanto menos el gobierno de Bismarck!" Cfr. K. Marx, Carta a Schweitzer del 13 de febrero de 1865, en *Acotaciones...*, op.cit., p.360.

ese "movimiento de clase" más que a constituir organizaciones que los separaran de éste.

Cuando supieron de la decisión del Congreso de Hamburgo en relación a los sindicatos, Marx y Engels criticaron la pretensión de Schweitzer de mantener bajo el control de su agrupación a la unión gremial. Para ellos, ésta no podía tener la "organización cohesionada" que Lassalle había dado a su partido. "Los asuntos sindicales —escribía Engels— son asuntos de dinero, y aquí la dictadura acaba por sí misma. Suplantar lo uno con lo otro no es tan sencillo como piensa este filisteo."³³ Además, para Marx, la clase obrera alemana, esa "raza burocráticamente amaestrada",³⁴ lejos de requerir una agrupación creada y controlada por un partido como el de Lassalle, necesitaba pasar por una verdadera experiencia de autorganización.

En aquella ocasión, Marx volvía una vez más a oponer el movimiento de clase con el movimiento de la secta. Los lassallistas, al decidir adentrarse en la construcción de las agrupaciones sindicales, tenían la posibilidad de abandonar la visión cerrada y sectaria, y abrir un proceso de unidad con otras fuerzas obreras, especialmente con la Liga obrera que dirigía Bebel. Sin embargo, habían optado por privilegiar su organización política, sometiendo a su control la organización sindical.

"La disolución de la Asociación General de Obreros Alemanes — escribió Marx a Schweitzer — le dio a usted la oportunidad histórica para realizar un gran paso adelante y para declarar, para demostrar si fuese necesario, que se había alcanzado una nueva etapa del desarrollo y que el momento era maduro para que el movimiento sectario se disolviera en el movimiento de clase dando fin a toda dependencia. En lo que respecta al verdadero contenido de la secta, éste sería llevado, como ocurrió con todas las anteriores sectas obreras, al movimiento general como elemento que lo enriqueciese. En lugar de esto, usted en realidad exigió del movimiento de clase que se subordinase al movimiento de una secta particular."³⁵

En cambio Bebel y Liebknecht procedieron en forma inversa. A partir de su influencia en agrupamientos de carácter sindical, reunie-

33 F. Engels, "Carta a Marx" (30 de septiembre de 1868), *Accosaciones...*, op.cit., p. 93.

34 K. Marx, "Carta a Engels" (26 de septiembre de 1868), *Accosaciones...*, op.cit., p. 91.

35 K. Marx, "Carta a Schweitzer", *Accosaciones...*, op.cit., p. 114.

ron en agosto de 1869 el Congreso General de Obreros Alemanes en el que se acordó fundar el Partido Socialdemócrata. En ocasión del Cuarto Congreso de la AIT, reunido en Basilea, Marx escribió:

"En Prusia y el resto de Alemania, el año que acaba de transcurrir se caracteriza por la creación de sindicatos a lo largo de todo el país. En el reciente Congreso de Eisenach, delegados de más de 150 000 obreros de la Alemania propiamente dicha, de Austria y Suiza han creado un nuevo Partido Socialdemócrata, con un programa que recoge literalmente los principios de nuestros Estatutos. Como quiera que la ley prohíbe crear formalmente secciones de nuestra Asociación, han acordado tomar carnets individuales de miembros extendidos por el Consejo General."⁵⁶

Aunque Marx exageraba la cifra de los representados en ese Congreso, lo cierto es que a partir de ahí el partido obrero alemán comenzó a ser una organización de masas, en buena medida gracias a su influencia en el ámbito gremial. Aunque el Partido Socialdemócrata no asumió, como los lassalleanos, el control partidista de los sindicatos, fue el mayor impulsor e, incluso, organizador directo de ellos en Alemania.⁵⁷

En la segunda etapa del partido obrero en Alemania, que se inicia en Gotha con la unificación de lassallistas y los que constituirían la corriente marxista, la preocupación central de los autores del *Manifiesto* estuvo puesta en las cuestiones programáticas.

El Partido Socialista surgido en 1875, después de la derrota de la Comuna de París y la disolución de la AIT, se convirtió pronto en un partido con enorme influencia que abarcó a las diferentes expresiones del socialismo alemán. En pocos años, a partir de la guerra franco-prusiana y de la derrota de los comuneros parisinos, el proletariado alemán había pasado a ser considerado el de mayor experiencia y posibilidades políticas. Bajo estas nuevas condiciones, para Marx y Engels pasaba a primer plano la lucha por hacer prevalecer

⁵⁶ K. Marx, "Informe del Consejo General de la AIT al IV Congreso General, celebrado en Basilea", *La Internacional*, op.cit., p.58.

⁵⁷ "Una gran ventaja del movimiento alemán — escribía entonces Engels — es que la organización sindical trabaja codo a codo con la organización política. Los beneficios inmediatos que da la organización profesional, incorporan a muchas personas habitualmente indiferentes al movimiento político; al mismo tiempo, la unidad de acción política, cohesionan a las uniones profesionales aisladas y les asegura reciprocidad en el apoyo." Citado en *El movimiento Obrero Internacional*, op.cit., tomo 2, p.234.

las definiciones precisas, desde el punto de vista revolucionario, del partido que comenzaba a ser el ejemplo a seguir por los obreros de muchos países y en el que había mayores condiciones para que el pensamiento de ellos fuese compartido.

Tres momentos importantes dieron ocasión a Marx y Engels de exponer su concepción interviniendo en la definición programática y, en general, teórica del partido obrero alemán. El primero, en 1875 cuando, en relación al programa que aprobaría el Congreso unificador de Gotha, consideraron necesario criticar, incluso con excesiva meticulosidad, las definiciones lassalistas que contenía el programa. El segundo, cuando emprendieron, en 1877, la polémica con Dühring, profesor alemán que lograba entonces considerable influencia entre dirigentes del Partido Socialdemócrata. Y, finalmente, cuando en medio de la persecución legal contra los socialistas, se produce una crisis en el partido de la que surgen diversas líneas políticas, situación en la que intervienen contra las primeras importantes expresiones reformistas del partido alemán.

Las cartas enviadas a los dirigentes alemanes y los comentarios escritos que Marx hiciese al programa de Gotha insistían en la precisión de una serie de preceptos sobre los objetivos de los socialistas. Marx y Engels consideraban que las condiciones de unidad partidista (entre el Partido Socialdemócrata de Bebel y Liebknecht, y los lassalistas) no justificaba la renuncia a planteamientos que había alcanzado el partido obrero, expresados en el programa de Eisenach. Si bien estaban convencidos de que la unidad entre esas dos corrientes socialistas no sólo era correcta sino producto de una exigencia del propio movimiento obrero, no pensaban que ello justificara la concesión teórica y programática que Liebknecht hiciera a los seguidores de Lassalle.

58 En sus críticas al programa que se presentó al Congreso de Gotha, Marx centra su atención en las formulaciones que, desde su punto de vista, procedían de Lassalle. Entre ellas, las cuestiones relativas a riqueza, trabajo, salario, Estado "libre", "educación popular". Por la simplicidad de los planteamientos, se deduce que pretendía aconsejar una vez más a sus seguidores alemanes que se estaban fusionando con los lassalistas, sobre la necesidad de una férrea lucha teórica dentro del nuevo partido. Tanto a Marx como a Engels les preocupaba que los postulados de Lassalle, que después se recogieron en el proyecto de programa del nuevo partido, hubieran sido atribuidos a ellos por Bakunin en su libro *Emancipación y anarquismo*. (Cfr. K.Marx, "Carta a Bracke", en *Obras Escogidas*, op.cit. t.2) Muchos años después, las *Obras magistrales* de Marx se utilizarían de muy diversas maneras, despojadas de su concreción histórica.

"Cada paso del movimiento real — escribía Marx en esa ocasión — vale más que una docena de programas. Por lo tanto, si no era posible — y las circunstancias del momento no lo consentían — ir más allá del programa de Eisenach, habría que haberse limitado, simplemente, a concertar un acuerdo para la acción contra el enemigo común. Pero, cuando se redacta un programa de principios (en vez de aplazarlo hasta el momento en que una prolongada actuación conjunta lo prepare) se colocan ante todo el mundo los jalones por los que se mide el nivel del movimiento del Partido."⁵⁹

Las críticas y las amenazas de separación del partido de Marx y Engels fueron desatendidas por los pocos dirigentes de la socialdemocracia *eisenachiana* que las conocieron, pues estaban convencidos de que en Gotha habían ganado que el partido contara con una estructura organizativa democrática, dejando atrás la dirección unipersonal y despótica del partido lagallista, lo que les permitiría un paulatino desarrollo programático.⁶⁰

Años después, en 1891, cuando había sido ya derogada la ley contra los socialistas y en vísperas del Congreso de Erfurt que aprobaría un nuevo programa del partido, Engels consideró necesario publicar las críticas que habían hecho al de Gotha en 1875, las cuales habían quedado inéditas por decisión de Liebknecht. El cisma que provocó la acción del viejo Engels entre los dirigentes socialdemócratas, tuvo como resultado el primer programa propiamente marxista de los nuevos partidos obreros.⁶¹

59 K. Marx, "Carta a W. Bracke", 5 de mayo de 1875. *Obras Escogidas*, op.cit., t. 2, p.8. Poco antes Engels se había expresado en forma muy similar en su carta a Bebel: "Como regla, el programa oficial de un partido es menos importante que lo que éste hace. Pero un programa nuevo es después de todo una bandera que se levanta públicamente y el mundo exterior juzga al partido por el programa. En consecuencia, de ninguna manera debiera constituir un paso hacia atrás, como lo es en comparación con el programa de Eisenach. También debiera tenerse en cuenta lo que diría de este programa los obreros de otros países, la impresión que producirá esta generalización ante el lassalismo de parte de todo el proletariado socialista alemán."

60 En los Estatutos aprobados en Gotha se estableció, entre otras cosas, que la máxima dirección del partido era su congreso. La dirección era colectiva (de cinco miembros), y todas las atribuciones que los lassalistas habían depositado en el presidente, desaparecieron. Junto al Buró Político, existía una Comisión de Control, encargada de vigilar las tareas encomendadas al cuerpo directivo. Cfr. W. Schröder, *Geschichte der Sozialdemokratischen Parteiorganisation in Deutschland*, op.cit., pp.69-73.

61 Con la publicación de las *Glosas marginales al programa del Partido Obrero Alemán*, de Marx, el programa que la dirección del partido había presentado para su discusión en el Congreso de Erfurt, en el que se mantenían muchas de las formulaciones del de Gotha, tuvo que ser retirado. Un suceso proyectado, elaborado por Kautsky con la ayuda directa de Engels,

Esto fue posible también por la influencia que finalmente habían logrado las obras de Marx y Engels entre los revolucionarios alemanes a partir de la polémica con Dühring.

Después de mucho tiempo de constantes insistencias de Liebknecht, Engels aceptó redactar una fuerte réplica a los escritos de Dühring, ante todo convencido al fin de que mediante la polémica podría exponer en forma sintetizada los fundamentos teóricos de la corriente socialista que a la postre se conocería como marxismo. Durante más de un año y medio, el periódico socialdemócrata *Adelante!* publicó por entregas el texto conocido como el *Antidühring*,⁶² que pronto se convirtió en una obra de alcance inusitado, de lo cual el autor se percató.

De la crítica de un oscuro profesor alemán, que pretendía convertirse en maestro del proletariado, surgió un texto teórico con un claro propósito partidista que, una vez más, como en los viejos textos de los años cuarenta, combatía la ideología como vía de la emancipación. Aunque el texto no fue escrito, como la *Idelogía Alemana*, hombre con hombre entre Marx y Engels, se puede considerar también una obra de ambos autores, en la medida en que aquel escribió el capítulo décimo y revisó todo el manuscrito.

El *Antidühring* intenta no solamente hacer un deslinde con las concepciones del "más reciente de los utopistas", sino también exponer las bases teóricas del programa y la política de los nacientes partidos obreros, especialmente del partido alemán. La forma en que está redactada la obra, preparada para ser conocida en entregas o mediante la edición en libro, y sobre todo la manera en que se exponen los temas fundamentales de la nueva teoría, corresponden por entero a la situación política del movimiento obrero de la época, analizada desde una apreciación partidista, tanto en el sentido de las organizaciones políticas concretas, como en lo que corresponde a la nueva concepción de la historia y la sociedad.

fue aprobado. Sin embargo, para llegar a ello hubo de producirse un verdadero conflicto en el cual la dirección partidista desautorizó la publicación en el periódico *Adelante!* del trabajo de Marx. A propósito de ello, Engels escribió a Bebel: "Si impietáis en vuestras propias filas una ley contra los socialistas, no os distinguís en nada de Furtkammer. A mí, personalmente, esto me tiene sin cuidado. Ningún partido de ningún país sería capaz de hacerme callar, cuando estoy decidido a hablar. Pero creo que daré qué decir si no procuráis obrar mejor, si no sois un poco menos susceptibles y no dais pruebas de ser, en vuestros actos, un poco menos prusianos. Vosotros, el partido, necesitáis de la ciencia socialista, y ésta no puede vivir sin libertad de movimientos." Citado en G. Mayer, *Friedrich Engels*, op.cit., p.341.

⁶² Engels lo tituló *La subversión de la ciencia por el señor Eugen Dühring*.

La crítica de la economía, la crítica del derecho, desde una perspectiva científica, guía la redacción del *Antidühring*, como antes había sido necesario para deslindarse de los filósofos alemanes. Pero ahora, en un contexto completamente diferente: había surgido en Alemania un partido obrero que se desarrollaba con base en las luchas concretas, como expresión política de una clase específica de la sociedad. Eran los mismos objetivos, aunque en niveles diferentes de profundidad y rigor, que los que habían prohiado la redacción de la *Contribución a la Crítica de la Economía Política* y posteriormente de *El Capital*. Aquí se mezclan en un solo propósito y en una sola acción la necesidad de exponer los fundamentos del nuevo partido en tanto que praxis revolucionaria y apoyar al partido del momento.

Tanto la reiterada petición de Liebknecht, en tanto dirigente del partido, como la condición de permeabilidad ideológica de toda la socialdemocracia alemana de ese entonces, nos habla de una relación íntima entre el *Antidühring* y la lucha política, pero al mismo tiempo expresa una vital necesidad teórica. Desterrar las tentaciones ideológicas del partido alemán y de otros partidos, equivale a seguir luchando, bajo nuevas condiciones, contra el utopismo en todas sus variantes, con el firme criterio de que éste solamente alejaba al proletariado del conocimiento exacto de la sociedad y, por tanto, de la lucha por sus verdaderos intereses.

Pero al responder a Dühring en forma polémica, buscando desterrar la influencia que ejercía sobre los miembros del partido, era inevitable poner en forma accesible muchos de los conceptos teóricos de la nueva concepción. Se trataba naturalmente de una empresa que requería cierto nivel de divulgación lo que por lo general deja de lado el rigor en la exposición. Sin embargo, el texto no abandona ninguna definición, sino que se propone objetivos particulares ligados al momento y a la situación de los lectores a quienes iba dirigido.

Al parecer el éxito que el presuntuoso profesor Dühring había alcanzado en el seno del partido es el mismo que explica el del *AntiDühring*. El requerimiento de identidad ideológica de los miembros del partido era en Alemania especialmente marcado. Ahí el partido era sinónimo de conciencia del ser obrero, es decir, la organización partidista pronto había rebasado el carácter de instrumento de la lucha proletaria, para constituir además una instancia de auto-reconocimiento. Este hecho, del que Marx y Engels se percataron en algunos de sus aspectos más superficiales, llevaba a la necesidad

de contar en el partido con una visión global del mundo y de la consecuente sociedad ideal por la que se luchaba.⁶³

Si bien es evidente que tanto Engels como Marx eran especialmente reacios a hablar de la sociedad futura, y en concreto en el *AntiDühring* rechazan justamente la pretensión de contraponer al sistema socialista del profesor alemán un nuevo sistema científico,⁶⁴ lo cierto es que el libro fue, a pesar de su forma polémica, el primer compendio que presentaba integralmente el "socialismo materialista crítico" por ellos elaborado.

De esta forma, y pese a la preocupación expresa de sus fundadores, el marxismo que ellos mismos contribuyeron a forjar, fue aprehendido como un sistema cerrado, positivo y globalizante. Con ello el *AntiDühring* se convirtió en la obra a partir de la cual se forman teóricamente los integrantes de toda una generación de revolucionarios en diversos países. En Alemania, esa generación constituyó la corriente marxista que dirigió entonces a la socialdemocracia alemana.

"La subversión — escribió Kautsky — que produjo en nuestras mentes *La subversión de Dühring*, de qué modo aprendimos a comprender completamente a Marx gracias a este texto, a verlo globalmente, de qué modo esto eliminó los residuos de socialismo utópico, de socialismo de cátedra, de los modos de pensar democrático-burgueses que aún arrastráramos, sólo pueden entenderlo quienes vivieron aquel proceso."⁶⁵

Así, Marx y Engels se encontraban en el momento de la divulgación de su teoría. Una cosa era, sin embargo, la divulgación en sí misma y otra la manera en que era recibida por quienes estaban al frente de la organización política. Para éstos, el texto del *AntiDüh-*

⁶³ Aquellos años, refiriéndose a la actuación de Liebknecht en el partido alemán, Engels escribió a Marx: "Guillermo se afana en enmendar las faltas de nuestra teoría para dar una respuesta a las objeciones de los filisteos y traza una imagen de la sociedad del futuro, acerca de la que los filisteos le interpelean." Citado en G. Mayer, *Friedrich Engels*, op.cit., p.642.

⁶⁴ "...aunque este escrito no puede tener la finalidad de oponer al 'sistema' del señor Dühring otro sistema, es de esperar que el lector encuentre suficiente coherencia interna en los puntos de vista que expongo." F. Engels, Prólogo a la Primera Edición del *AntiDühring*, México, Ed. Grijalbo, 1968, p. XXX.

⁶⁵ K. Kautsky, "Darwinismo y marxismo". Citado en *Historia del marxismo, España*, Ed. Bruguera, 1980, tomo 2, p.217.

ring, en la medida en que les permitía a sí mismos una más fácil comprensión de obras como *El Capital*⁶⁶ y que exponía en forma compendiada otros aspectos de la concepción de Marx y Engels útiles para la lucha política e ideológica, se convirtió en un instrumento que completaba la maquinaria partidista. A partir de él un sector de la socialdemocracia alemana se reivindicaría *marxista* y se iniciaría un largo y complejo proceso en el que esta corriente lucharía por ser hegemónica en su partido, primero, y después en el resto de los partidos socialdemócratas.

En una época en la que la ciencia como factor de progreso era valorada como nunca antes; en la que los socialistas se presentaban como los representantes de un progreso para la mayoría; en la que el partido obrero era visto como la comunidad que encarnaba esas esperanzas de desarrollo justo; la ciencia que representaba el *marxismo* era, entonces, la pieza que completaba el cuadro: el partido contaba ahora con la posibilidad de tener la poderosa arma de la ciencia, la cual pasaba a estar a su servicio, como "concepción del partido".

De esta forma, se habría paso el surgimiento de un nuevo partido obrero, el partido *marxista*. Cierto es que Engels, que vivió bastantes años después que Marx, no pudo percatarse más que de sus primeras manifestaciones.

Marx y Engels contribuyeron en los siguientes años de la vida del partido alemán a esa labor de la corriente que pronto comenzaría a autodenominarse como *marxista* (aún en vida de Marx, por obra, principalmente, de Kautsky).

Cuando el *AntiDühring* se publicaba en Alemania como libro y se preparaba la edición en Francia de un folleto con la Introducción y las secciones segunda y tercera sobre economía política y el socialismo, respectivamente, titulado *La evolución del socialismo desde la utopía a la ciencia* (del cual se harían rápidamente varias ediciones en italiano, polaco y alemán), y cuando regía ya la ley contra los socialistas, decretada en octubre de 1878 y que se mantuvo hasta 1890, Marx y Engels volverían a intervenir en un conflicto interno del partido alemán, a partir de lo cual lograrían una más precisa

⁶⁶ "El tengo que jugar — escribió también Kautsky — la influencia que el *AntiDühring* ha ejercido sobre mí debo decir que ningún otro libro ha contribuido tanto a la comprensión del marxismo. *El Capital* de Marx es desde luego una obra más importante, pero sólo a través del *AntiDühring* comprendo entonces *El Capital* y leo lo correctamente." *Ibid.*, p.242.

⁶⁷ Cf. George Haupt, "Marx y el marxismo", en *Historia del marxismo*, op.cit., p. 197-233.

definición revolucionaria.

La persecución desatada a raíz de la prohibición de la organización socialista, de todas sus publicaciones y de una serie de derechos políticos (con excepción de los electorales) generó dentro de la socialdemocracia no sólo una natural desarticulación orgánica, que por lo demás fue bastante temporal, sino una crisis en el seno de la dirigencia del partido:

“Toda esta gente — escribía Engels a Marx en agosto de 1879 — ha creado ella misma entre sí una desesperada confusión. Liebknecht, Bebel, Viereck, Höchberg, Schramm, Bernstein: cada uno escribe algo distinto, todo está lleno de vaguedades y contradicciones, así que lo único que nos resta es esperar.”⁶⁸

En esta situación surgió una corriente que enarbolaba lo que Marx y Engels llegaron a considerar un completo programa de claudicación ante la burguesía alemana, con la cual había que hacer un tajante deslinde e impedir que estos condujeran la dirección partidista. El grupo redactor del órgano oficial de la socialdemocracia, encabezado por Höchberg, Schramm y Bernstein (quien poco después representaría a los *marxistas* y finalmente a los *revisionistas*) llegaba a la conclusión de que en el carácter obrero y revolucionario del partido residía en buena medida la causa de la represión contra los socialistas, puesto que propiciaba el aislamiento e impedía la acción conjunta con la burguesía. Para remontar tal situación había que abandonar los objetivos de más largo alcance y concentrarse en la obtención de “ciertos objetivos inmediatos”. En enérgica respuesta, Marx y Engels sintetizaban esta postura:

“En lugar de resuelta oposición política, compromiso general; en lugar de lucha contra el gobierno y la burguesía, intento de ganarlos y persuadirlos; en lugar de desafiante resistencia al maltrato de arriba, humilde sumisión y confesión de que el castigo era merecido.”⁶⁹

Al mismo tiempo que hacen su feroz crítica, que llega incluso a pedir la exclusión de ese grupo del partido, a Marx y Engels les

68 F. Engels, Carta a Marx (25 de agosto de 1879). En *Anotaciones...*, op.cit., p.168.

69 K. Marx y F. Engels, Carta a Bebel, Liebknecht, Bracke y otros (septiembre de 1879). En *Correspondencia*, op.cit., t.3, p.34.

preocupa que las leyes antisocialistas generen en la organización un endurecimiento y cerrazón que impida superar la vieja estructura partidista. Para ellos, la recuperación y la incorporación orgánica de la fuerza expresada electoralmente a favor de la socialdemocracia sólo era factible entonces si la disciplina partidista se adaptaba a las condiciones que la hacían difícil, es decir, a la ausencia de prensa, de reuniones regulares de masas y la imposibilidad de llamar a Congreso.

“En mi opinión — escribía Engels —, el *viejo partido*, junto con su organización anterior, ha *terminado*. Si, como es de esperar, el movimiento europeo se pone nuevamente en marcha, la *gran mayoría del proletariado alemán* entrará en él, y entonces los 500,000 hombres del año 1878 se unirán al núcleo experimentado y educado de esa masa; pero entonces también la vieja ‘organización estricta’ legada por la tradición lassalleana se convertirá en un muro capaz de contener a un carro pero no a una *avalancha*.”⁷⁰

En buena medida Engels se equivocó, pues si bien la ley no impidió el desarrollo del Partido Socialdemócrata como un partido que agrupó cada vez a un mayor número de miembros y de asociaciones obreras de diversa índole en correspondencia con su incesante crecimiento electoral, lo cierto es que la “organización estricta” se mantuvo sin grandes modificaciones, llegando pronto a traspasar las fronteras alemanas para instalarse, junto con el *marxismo*, en buena parte de los partidos socialistas de Europa.

En los años que transcurrieron desde la muerte de Marx, ocurrida en marzo de 1883, hasta la formación de la que se conocería como Segunda Internacional, Engels dedica su mayor esfuerzo en la preparación del segundo y tercer tomos de *El Capital*, aunque mantendrá su propio trabajo teórico y una activa comunicación con la gran cantidad de revolucionarios con los que tenía vínculo. En el partido alemán, a partir de entonces, no hizo sino crecer el prestigio y la autoridad del viejo y aguerrido luchador. Por su parte, en Engels también fue creciendo la admiración y el orgullo por los logros alcanzados por un partido que en las más adversas condiciones acrecentaba su fuerza, mantenía una ejemplar organización y afianzaba una creativa postura revolucionaria a partir del expreso reco-

⁷⁰ F. Engels, “Carta a J.P. Becker” (1 de abril de 1880), *Correspondencia*, op.cit., t.3, p. 57.

nocimiento de las concepciones elaboradas por Marx y él.

Cuando, hacia finales de los años ochenta, el Partido Socialdemócrata Alemán, acordó en su Congreso promover un encuentro obrero internacional, los sindicalistas ingleses trabajaban ya en una iniciativa similar, pero sin contemplar la participación de los partidos políticos. A pesar de los intentos de los alemanes de unificar las iniciativas, el congreso sindical de los ingleses se llevó a cabo en sus términos iniciales. De éste salió la convocatoria para un congreso socialista internacional en el marco de los festejos del centenario de la toma de la Bastilla, dejando en manos de los llamados *posibilistas* la organización del mismo. Ante ello, Engels se sintió obligado a intervenir pues conocía en forma directa la situación de división y enfrentamiento entre los socialistas franceses. Para él, un congreso organizado por los *posibilistas* aseguraba la exclusión del Partido Obrero, dirigido por Gucade y Lafargue. Por ello, se dio a la tarea de convenir a los socialdemócratas de su país para que impulsaran una reunión internacional paralela, que disputara a los sindicalistas ingleses y a los anarquistas (o exanarquistas) la conducción de lo que *podría* llegar a ser un nuevo movimiento obrero internacional, para lo cual puso en juego todas sus amplias relaciones políticas.

"Bastaría con que los dos congresos — escribía entonces a Sorge —, celebrados paralelamente, cumplieran con la finalidad de poner en marcha sus respectivas fuerzas militantes, de una parte los *posibilistas* y los de la camarilla de Londres y, de otra parte, los socialistas europeos (que, gracias a aquéllos, pasan por ser marxistas), poniendo de manifiesto ante el mundo dónde debe concentrarse el verdadero movimiento y dónde están los trampos."⁷¹

Como se sabe así sucedieron las cosas, de manera que simultáneamente al Congreso de los *posibilistas* se realizó en París el Congreso reunido en la *Salle Pretelle*, al cual asistieron la mayor parte de las representaciones de los partidos socialistas europeos, aunque varias de ellas deambularon de una a otra de las asambleas.

Entonces, ni los asistentes a los congresos parisinos, ni Engels mismo, pensaban en que de estos encuentros internacionales derivaría la creación de una nueva organización semejante a la AIT. Como

⁷¹ Citado en G. Mayer, *Friedrich Engels...*, op.cit., p.753.

ya se dijo, los autores del *Manifiesto* eran reticentes a ello, pues pensaban que una agrupación de ese carácter había que reservarla para una situación de crisis revolucionaria. Sin embargo, ahora sin nombre y estatutos, las propias necesidades de un movimiento obrero más armado, llevaba de nuevo a la coordinación internacional de los trabajadores, que al tiempo se conocería como Segunda Internacional. Organización que tendría su sustento en los recién formados partidos obreros y su cabeza en la socialdemocracia alemana.

Engels intervino en no pocas ocasiones en los primeros pasos de esa nueva historia, sirviendo de intermediario entre diversos partidos, contribuyendo a la incorporación de los sindicalistas británicos, exigiendo responsabilidad del partido alemán frente a sus compromisos internacionales, alertando al nuevo movimiento sobre la inminencia de una guerra de dimensiones nunca antes vistas. Pero también, y lo sabía, poniendo en juego el prestigio de su persona y de la de Marx, para propagar sus ideas, ganar nuevos adeptos y afianzar, así, las posibilidades de desarrollo de una gran corriente *marxista* en toda Europa.

El biógrafo de Engels, G. Mayer, relata de la siguiente forma la asistencia en 1893 del viejo colaborador de Marx al Congreso de Zurich de la Internacional de los socialistas, la cual, con la reciente exclusión de sus filas de la corriente anarquista, daba pasos acelerados en su definición hacia el *marxismo*:

"Como presidente de honor del Congreso, no podía sustraerse a la tarea de clausurar personalmente sus sesiones. Cuando aquella figura, para la mayoría de ellos casi legendaria, apareció en la sala en que estaban reunidos los delegados de todos los países estalló un entusiasmo indescriptible. Pero, en su discurso, Engels se negó a aceptar aquel homenaje como dirigido a su persona. Dijo que él no era más que 'un colaborador del gran hombre' al lado del cual había publicado los primeros artículos socialistas, hacía entonces exactamente cincuenta años, en los *Anales franco-alemanes* de París. 'Desde las sectas de aquel tiempo' exclamaba, 'el socialismo se ha ido desarrollando hasta convertirse en un formidable partido que hace temblar a todo el viejo mundo oficial'. Marx, dijo, 'ha

CAPÍTULO V

muerto, pero si hoy viviera no habría ni en Europa ni en América un solo hombre que pudiera mirar hacia atrás con tanto orgullo, contemplando la obra de su vida."⁷²

Sin embargo, visto a la distancia, aquello era sólo el principio.

⁷² *Ibid.*, pp.879-880.

CAPÍTULO VI

El partido de la praxis revolucionaria

Cuando Marx llega a París en octubre de 1843, había llegado a la conclusión de que en su país no podía continuar con sus actividades. "En Alemania —le escribe a su amigo A. Ruge— no veo ninguna posibilidad de una actividad libre. En Alemania todo es reprimido por la fuerza, una verdadera anarquía del espíritu, el régimen de la idiotez misma ha irrumpido..."¹ El gobierno prusiano no sólo había prohibido definitivamente a principios de aquel año, junto a otras, la publicación de la *Gaceta Renana*, de la cual Marx era su principal sostén, sino que perseguía a los jóvenes intelectuales y les cerraba las puertas de las universidades.

Con veinticinco años de edad y recién casado, con el proyecto de publicar con Ruge lo que llamarían *Anales Franco-Alemanes* y la decisión de continuar con esa revista una *lucha política* más efectiva contra el régimen prusiano, Marx emprende la salida, sin regreso definitivo, de su país natal. En su viaje a Francia, lleva consigo un

¹ K. Marx, "Carta a A. Ruge" (septiembre de 1843), en *OME*, num. 5, México, Editorial Grijalbo, 1978, p. 173.

largo manuscrito en el que emprendía la crítica de la filosofía política de Hegel.² Asimismo, lleva terminado su trabajo *La cuestión judía* y parte de la *Introducción* de un escrito que ya no realizaría, la *Crítica de la Filosofía del Derecho de Hegel*.

En estos escritos y en los llamados *Cuadernos de París*, Marx propone el punto de partida hacia la nueva concepción que un año más tarde tomaría cuerpo en las *Tesis sobre Feuerbach*, en la elaboración conjunta de Marx y Engels, *La Ideología Alemana* y, poco después, en el *Manifiesto del Partido Comunista*.

Es el momento en que Marx expone su crítica de la filosofía especulativa, pero al mismo tiempo, se replantea, a raíz de su experiencia en Alemania, su propia actividad política. Por ello, es cuando empieza a abordar la problemática del partido político.

Entre la intelectualidad progresista alemana de aquella época existía la idea de que, tal como había sucedido en Francia, maduraba en Alemania la necesidad de una revolución. En la búsqueda de los medios para llevarla a cabo, de las fuerzas sociales que habrían de impulsarla, se perfilan concepciones diversas. Frente a ellas, Marx sintetiza, en carta a Arnold Ruge (septiembre de 1843), lo que le corresponde hacer a la nueva corriente:

"No es cosa nuestra la construcción del futuro o de un resultado definitivo para todos los tiempos; pero tanto más claro está en mi opinión lo que nos toca hacer actualmente: *criticar sin contemplaciones todo lo que existe*; sin contemplaciones ni del sentido de que la crítica no se asuste ni de sus consecuencias ni de entrar en conflicto con los poderes establecidos."⁴

² Karl Marx, "Crítica de la filosofía del Estado de Hegel", *OME*, num. 5, op. cit.

³ Sánchez Vázquez se pregunta: "¿Cuándo podemos considerar que el marxismo comienza ya a afirmarse propiamente como tal, es decir, como una teoría que esclarece la praxis y fundamenta y guía la transformación práctica, revolucionaria?" Y responde: "A nuestro juicio, no podría destacarse un trabajo sobre otro, haciendo un corte radical entre ellos, sino que deben verse como fases de un proceso continuo y discontinuo a la vez del que forman parte, y que, a nuestro juicio, madura ya en el *Manifiesto del Partido Comunista*, obra en que se fundamenta el encuentro del pensamiento y la acción. Sólo después de haber llegado al *Manifiesto*, puede decirse que existe el marxismo como filosofía de la praxis; en modo alguno como filosofía acabada, pues siendo la praxis, por esencia, infinita e incesante, jamás podrá cerrarse el proceso de esclarecimiento teórico de ella. Por esto, sería más exacto decir que con el Manifiesto se constituye el marxismo como tal filosofía de la praxis y se inicia un proceso que no puede tener fin." A. Sánchez Vázquez, *Filosofía de la praxis*, México, Ed. Grijalbo, 1980, pp. 121-122.

⁴ Karl Marx, "Carta a Arnold Ruge", op. cit., p. 174.

La crítica será, pues, su divisa, pero no como un fin en sí mismo, según lo concebía el teoricismo idealista, sino como un medio que debe fundamentar la actividad práctica de los hombres, ya que es ésta la que realiza la transformación social. Por ello, para Marx la crítica teórica debe basarse en la crítica de la realidad, de la política y del derecho.⁵

Aunque será hasta *La Ideología Alemana*, escrita en 1845, cuando Marx y Engels sustenten históricamente que la *actividad política* que realizan los hombres tiene su fundamento en las relaciones materiales que se establecen entre éstos, aquí la crítica de la política ya significa sustentarse en las luchas *reales* y en la identificación con esas luchas, es decir, en la *toma de partido*.⁶

Marx descubre en el proletariado la clase que, por tener "cadenas radicales", es la única capaz de realizar la emancipación radical de los hombres, es decir, no sólo emanciparse a sí misma, sino a la humanidad entera, "de todas las clases de esclavitud."⁷

El concepto de Marx no coincide ya con el que Babeuf, primero, y Blanqui, después, tenían del proletariado, como toda la masa de desposeídos. Aunque la nueva concepción del proletariado no sería desarrollada y fundamentada científicamente sino hasta que Marx la sustentase en su análisis de la formación económico-social capitalista, realizado en *El Capital*, ya en la *Introducción* se describe como el estamento especial que procede sobre todo de la desintegración de la clase media al producirse el proceso de industrialización capitalista y que, por lo mismo, es "una clase de la sociedad burguesa" que en su carácter universal niega dicha sociedad.⁸

El proceso de elaboración de Marx, del cual deriva su nueva concepción, tiene como punto de partida tanto el rompimiento con el teoricismo idealista como la crítica del practicismo del socialismo alemán. Marx rompe con esa izquierda hegeliana, de la cual procede, que si bien consideraba que la filosofía debía ser instrumento de la transformación que requería la sociedad, no había sido capaz de encontrar el sustento *material* de tal transformación, es decir, "la posibilidad positiva de la emancipación alemana"⁹ que Marx encuen-

⁵ "La crítica del cielo se transforma así en la crítica de tierra, la crítica de la religión en crítica del Derecho, la crítica de la teología en crítica de la política." K. Marx, "Introducción a la crítica de la filosofía del derecho del Hegel", *OME*, num.5, op. cit., p. 211.

⁶ *Ibid.*, p. 176.

⁷ *Ibid.*, p. 223.

⁸ *Ibid.*, p. 222.

⁹ *Ibid.*

tra en el proletariado. La izquierda idealista había vuelto su mirada hacia la burguesía liberal de Alemania, la cual demostraba no tener impulso revolucionario propio, a diferencia de lo que había sucedido en Francia. Por ello, el pesimismo y la impotencia política de esos intelectuales los encerraba en una estéril crítica teórica que no alteraba en lo más mínimo la situación real de lo que se proponían transformar. Asimismo, para Marx, la solución tampoco residía en el abandono de la crítica filosófica, como postulaban los llamados *socialistas verdaderos*, quienes, incapaces de comprender las peculiaridades de la situación alemana, trasladaban dogmáticamente ideas que eran producto auténtico del movimiento obrero revolucionario francés. Un socialismo que, pretendiendo situarse por encima de la lucha de clases, representó en realidad el interés reaccionario del pequeño burgués alemán, al enfrentarse a la burguesía en los momentos en que ésta iniciaba su lucha contra la monarquía absoluta prusiana.

Contrapuestos entre sí el “partido teórico” y el “partido práctico” —como los llamaba Marx—, cometían el mismo *error*, “sólo que de signo opuesto”: separar la filosofía de la realidad alemana. Mientras que para el primero la acción consistía exclusivamente “en la lucha crítica de la filosofía con el mundo alemán”, para el segundo se trataba de luchar contra ese mundo sin la filosofía, rechazándola, volviéndole la espalda.

Para Marx, se trata efectivamente de superar la filosofía —como propone el practicismo—, pero esto no es posible sin realizarla. De igual forma, se trata de realizar la filosofía —como plantea el teorismo—, pero para ello es necesario superarla. Es decir, la única forma en que la filosofía realmente contribuye a la transformación revolucionaria de la sociedad, la única forma en que la filosofía se *supera*, es convirtiéndose en “fuerza material”, lo cual es posible en la medida en que la teoría es aprehendida por la única masa capaz de llevar a cabo de manera radical, con su acción, dicha transformación social: el proletariado. Pero para que esta clase encuentre en la filosofía “sus armas intelectuales”, o sea, para que se realice la filosofía, ésta debe buscar el conocimiento para transformar la realidad en la práctica del hombre.

10 Karl Marx y Friedrich Engels, *Manifiesto del Partido Comunista*, Ediciones de Cultura Popular, México, 1979, cap.III, inciso c).

11 Karl Marx, “Introducción...”, *op.cit.*, p. 216.

La ruptura de Marx con la filosofía idealista y, después, con el materialismo vulgar, conlleva, presupone y se sustenta en la actividad política-práctica —actividad que ambas corrientes filosóficas no asumen—. Pero se trata de una práctica política transformadora que no le vuelve la espalda a la crítica teórica, sino que se apropia de ella en la medida en que, a su vez, la teoría corresponde a las necesidades reales de los hombres y es, por tanto, una teoría de la transformación revolucionaria de la sociedad.

Es cierto que lo expuesto por Marx en la *Introducción* es apenas el esbozo de lo que será su nueva concepción y que, por ello, todavía está impregnado de muchas imprecisiones y de conceptos propios de la tradición filosófica dominante de la época. Sin embargo, encontramos por primera vez —como señala Sánchez Vázquez—,¹² lo que será distintivo en la nueva concepción de Marx: la *unidad* de la teoría (aún como filosofía) y la práctica (ya como actividad revolucionaria del proletariado). Unidad que transforma a sus elementos y que, por tanto, es *constitutiva* de un nuevo quehacer práctico (como actividad política conciente) y de una nueva teoría social (como conocimiento transformador de la realidad), que aparecerá claramente en las *Tesis sobre Feuerbach*.¹³

La concepción de la *praxis* de Marx y Engels surge, por una parte, al someter a rigurosa crítica, ya no sólo a la filosofía idealista, sino también al materialismo contemplativo, y contar con una visión científica de la historia, que permitiera sustentar la función del proletariado e ir al descubrimiento de las condiciones materiales que hacen posible la transformación revolucionaria de la sociedad. Y, por la otra, al adquirir un claro compromiso político con el movimiento obrero realmente existente, con aquel que se expresaba en los grupos comunistas alemanes y franceses, y en los cartistas.

Con todos estos elementos, que parten de la señalada crítica del “partido político teórico” y del “partido político práctico” se crean las bases de lo que podría llamarse *partido político de la praxis revolucionaria*. Para ello, hay que tener presente que Marx no funda

12 A. Sánchez Vázquez, *Filosofía de la Praxis*, op.cit., p.127.

13 Al respecto, M. Lowy sostiene que en la *Introducción* se mantienen separados la filosofía y el proletariado. Este aún no es el “elemento activo de la emancipación”, puesto que, se dice, la “revolución nace en el cerebro del filósofo.” Para este autor, en el artículo de Marx *El rey de Prusia y la reforma social*, escrito poco después de la *Introducción*, es donde se concibe el socialismo, por primera vez, ya no como una teoría pura, sino como praxis. Cfr. M. Lowy, *La teoría de la revolución en el joven Marx*. Ed Siglo XXI, México, 1972, p.148.

una nueva filosofía y que, por el contrario, se plantea la negación de la filosofía como instrumento de transformación del mundo. Es necesario recalcar que en la nueva concepción de Marx la práctica tiene preeminencia sobre la teoría. En ese sentido su planteamiento sobre la praxis es el abandono del terreno propiamente filosófico y el paso al de la política, al de la *práctica revolucionaria*.¹⁴ Pero, tal como hemos señalado, la práctica, para ser efectivamente transformadora, ha de apoyarse en esa teoría que, a su vez, "determina acciones al esclarecer los objetivos, posibilidades y fuerzas sociales participantes."¹⁵

En contraposición a la visión de Althusser, Adolfo Sánchez Vázquez rechaza que la ruptura de Marx sea un mero "corte epistemológico", pues si bien se *rompe* con una teoría, de lo que se trata es de superar la concepción que hace de la filosofía un instrumento político de justificación y conciliación con la realidad. El término gramsciano que este autor recoge de *filosofía de la praxis*, en tanto teoría de la transformación revolucionaria de la sociedad, conlleva directamente efectos práctico-políticos.¹⁶ Es en este sentido que se puede entenderla como partido político, pero de ninguna manera como un nuevo partido teórico.

No estamos con ésto haciendo referencia a preceptos elaborados con posterioridad sobre el partido *marxista*, como fusión entre la teoría del socialismo y el movimiento obrero, los cuales responden a una visión diferente a la que Marx podía tener en este primer momento a que nos referimos. Se trata de subrayar aquí el hecho de que la postura adoptada por Marx a partir de las *Tesis* implica una toma de posición partidista, no de uno u otro partido orgánico (por lo demás muy escasos en aquel momento, pero con los cuales, por cierto, entraría en relación), sino de aquella que se deriva de la

14 "El problema de si al pensamiento humano se le puede atribuir una verdad objetiva, — escribe Marx en su tesis II sobre Feuerbach — no es un problema teórico, sino un problema práctico. Es en la práctica donde el hombre tiene que demostrar la verdad, es decir, la realidad y poderío, la terrenalidad de su pensamiento." En la tesis III leemos: "La coincidencia de la modificación de las circunstancias y de la actividad humana sólo puede concebirse y entenderse racionalmente como *práctica revolucionaria*." Y agrega en la VIII: "La vida social es esencialmente práctica. Todos los misterios que descarrían la teoría hacia el misticismo, encuentran su solución racional en la práctica humana y en la comprensión de esta práctica." Para concluir en la conocida tesis XI: "Los filósofos no han hecho más que *interpretar* de diversos modos el mundo, pero de lo que se trata es de *transformarlo*." K. Marx, *Tesis sobre Feuerbach*, en *Obras Escogidas*, op.cit., p.426-428.

15 A. Sánchez Vázquez, *Filosofía de la Praxis*, op.cit., p.173.

16 *Cfr. Ibíd.*, p.191.

comprensión de procesos reales de la lucha social y sus contradicciones, así como del compromiso político con el elemento transformador.

Para entonces Marx conoce ya la acción revolucionaria que intentan grupos de la clase obrera y, aunque no comparta muchos de sus métodos, está convencido de que expresan una tendencia histórica con la que él se identifica.

Por su parte, Engels había recorrido su propio camino y llegaba, antes que Marx, a conclusiones muy similares. Tras haber sido también parte de la izquierda hegeliana y entrado pronto en contradicción con ella, colaboró en varias publicaciones progresistas, a partir de lo cual estableció relación con Moisés Hess —quien entonces era redactor de la *Gaceta Renana*, junto con A. Ruge y K. Marx—, acercándose al comunismo “humanitario” de aquel. Sin embargo, sería su traslado a Inglaterra, ocurrido a fines de 1842, en forma similar a lo que le ocurriría a Marx un año después al irse a vivir a París, lo que abriría a Engels un ancho espacio en el que su concepción teórica y su postura política evolucionan rápidamente. Radicado en Manchester, una de las principales ciudades industriales de Inglaterra, Engels entra en contacto con una realidad económica y política muy diferente a la alemana.

Se trata no sólo de la Inglaterra de la reforma de 1832, que la hacía el país de mayor desarrollo político, con amplia libertad de prensa, reunión y asociación, derechos prácticamente desconocidos en el continente, sino también de una Inglaterra que vivía sus primeras convulsiones sociales producto de la revolución industrial, en la que aparecía un nuevo actor: el proletariado; fenómeno que en Alemania se encontraba aún en sus más primitivas manifestaciones.

Unos meses antes de la llegada de Engels a Manchester, se había producido un gran movimiento huelguístico en las principales ciudades industriales inglesas, lo que generó algunos brotes insurreccionales. El cartismo rompió entonces con los sectores de la burguesía con los que había lanzado, años antes, la iniciativa de la *Carta del Pueblo*, convirtiéndose, como describe Engels, en “un movimiento exclusivamente obrero”.

Los casi dos años del primer periodo en que Engels vivió en Inglaterra, le dieron tiempo suficiente para conocer y analizar los rápidos cambios que se operaban en la sociedad inglesa. Impactado por el desarrollo capitalista de ese país y particularmente por las

enormes desigualdades sociales que éste producía, escribe muchos artículos periodísticos sobre las condiciones de vida de los obreros, así como de la lucha política en el país. Las relaciones que pronto establece con cartistas y owenistas, y su amistad con la obrera Lizzy Burns quien más tarde sería su compañera, lo llevan a conocer en forma directa y minuciosa el mundo proletario que le rodea y a reafirmar su adhesión al comunismo.

En aquellos artículos, y en su libro *La situación de la clase obrera en Inglaterra* escrito a su regreso a Alemania, Engels abordaría antes que Marx la temática principal de la nueva concepción por ambos elaborada:

“...a partir de una simple comparación de textos — escribe G.S.Jones— resulta evidente que una serie de proposiciones fundamentales del marxismo aparecen más en los escritos de Engels que en los de Marx: el traslado del centro de atención desde la competencia a la producción, la revolucionaria novedad de la industria moderna, azotada por crisis de sobreproducción y por la constante reproducción de una reserva de mano de obra, la tesis (al menos en forma embrionaria) de que la burguesía crea sus propios sepultureros y de que el comunismo no representa un principio filosófico, sino «el movimiento *real* que tiende a la abolición de la situación existente», el esbozo histórico de la formación del proletariado como clase, la diferenciación entre «socialismo proletario» y el radicalismo de los artesanos y las clases medias inferiores, y la caracterización del Estado como instrumento de opresión en manos de la clase propietaria dominante.”¹⁷

En efecto, es asombroso el proceso de transformación que entre los años 1842 y 1844 se operó en el joven Engels y la cantidad de elementos que aportó a la elaboración del socialismo crítico revolucionario. Sin embargo, interpretaciones posteriores, a las que de alguna manera él mismo contribuyó,¹⁸ le han asignado un papel

¹⁷ G.S.Jones, “Semblanza de Engels”, en *Historia del Marxismo*, tomo 2, op.cit., p.279.

¹⁸ En nota al pie de página, en *Ludwig Feuerbach y el fin de la filosofía clásica alemana*, Engels escribe en 1886, o sea, tres años después de muerto Marx: “Ultimamente, se ha aludido con insistencia a mi participación en esta teoría; no puedo, pues, por menos que decir aquí algunas palabras para poner en claro este punto. Que antes y durante los cuarenta años de mi colaboración con Marx tuve una cierta parte independiente en la fundamentación, y sobre todo en la elaboración de la teoría, es cosa que ni yo mismo puedo negar. Pero la parte más considerable de las principales ideas directrices, particularmente en el terreno económico c

marginal de "colaborador" de Marx, y otras que, incluso, le acusan de distorsionar la concepción marxiana, han hecho que se pase por alto su aporte personal.

En varios de sus primeros artículos, publicados en la *Gaceta Renana* y, después en los *Anales*, Engels, en su descripción de la realidad inglesa, se topa con un fenómeno ubicado como peculiaridad de un país en el que "gobierna la propiedad": la predominancia de los intereses materiales en la conformación de los antagonismos entre las clases y, por tanto, de los partidos políticos:

"Sabido es — escribe en mayo de 1843 — que, en Inglaterra, los partidos se identifican con los escalones sociales y las clases; que los *tories* son idénticos a la nobleza y a la beata y rigidamente ortodoxa fracción de la alta iglesia, mientras que los *whigs* se reclutan entre los fabricantes, comerciantes y *dissenters* y, en general, entre la alta clase media, la baja clase media, los llamados 'radicales' y el cartismo, por último, encuentra su fuerza entre los trabajadores, entre los proletarios.

"El socialismo no forma un partido político cerrado; pero se recluta, generalmente, entre la baja clase media y los proletarios."¹⁹

En su primera visión, aún con "huellas de la filosofía clásica alemana",²⁰ Engels comienza por sorprenderse de tal cuestión. No es que la comparta, pues está convencido de que los intereses materiales no aparecen nunca como "fines independientes y orientadores", sino que "sirven siempre conciente o inconcientemente, a un principio, que es el que guía los hilos del progreso histórico".²¹ Por ello, simplemente la constata como una peculiaridad de Inglaterra y como razón del "atraso" espiritual de ese país con respecto al continente, especialmente a Alemania. De lo cual concluye que la revolución que se incubaba entre los ingleses, tendrá carácter social, que no

histórico, y en especial su formulación añida y definitiva, corresponden a Marx. Lo que yo aporté — si se exceptúa, todo lo más, dos o tres ramas especiales — pudo haberlo aportado también Marx una sin mí. En cambio, yo no hubiera conseguido jamás lo que Marx alcanzó. Marx tenía más talla, veía más lejos, atalaya más y con mayor rapidez que todos nosotros juntos. Marx era un genio; los demás, a lo sumo, hombres de talento. Sin él la teoría no sería hoy, ni con mucho, lo que es. Por eso, ostenta legítimamente su nombre." F. Engels, Ludwig Feuerbach..., en *Obras Escogidas*, op. cit., p. 407.

19 F. Engels, "Cartas desde Londres", en *Escritos de juventud*, México, Ed. FCE, 1981, p. 133.
20 F. Engels, "Prefacio a La situación de la clase obrera en Inglaterra", en *Obras Escogidas*, tomo 1, op.cit., p. 434.

21 F. Engels, "Cartas desde Inglaterra", en *Escritos de juventud*, op.cit., p. 119.

político.

Bajo esta óptica, Engels hace, sin embargo, una perspicaz descripción de los partidos, la que, años más tarde, valoraría como decisiva en su evolución teórica y en su significado para la nueva concepción elaborada a lado de Marx.²²

A la par, Engels se adentra rápidamente en el análisis de la problemática de la clase obrera inglesa, tan distinta a la del artesano alemán. En su extenso estudio *La situación de la clase obrera en Inglaterra*, Engels analiza los cambios revolucionarios operados en la producción material con la introducción de la gran maquinaria en la industria. A partir de ésto, se explica las características del producto natural del maquinismo: la clase obrera industrial. Cierta es que aún tenderá a identificarla con los sectores pobres de la sociedad, lo cual, a partir del empirismo en que basó su obra, respondía a las condiciones que efectivamente hubo de sufrir esa clase por un largo período. La minuciosa descripción de la vida obrera, de sus condiciones de trabajo, de sus primeras luchas y sus perspectivas, lleva a Engels a descubrir las potencialidades revolucionarias de esta clase. En su acuciosa observación, Engels encuentra a los proletarios como "una clase aparte, con sus propios intereses y principios y con una concepción del mundo propia, que los distingue de todos los poseedores", en los que palpita "la clara conciencia de que en ellos reside la verdadera fuerza y el futuro de la nación".²³

Lo anterior no le impide, sin embargo, a partir de una concepción del comunismo vinculada a la causa de emancipación humana más general, considerar que el antagonismo del proletariado con la burguesía, esa "guerra *totalmente* abierta y directa de los pobres contra los ricos, que en Inglaterra es ya inevitable", es "legítima en su significación histórica para el presente", pero limitante "en cuanto al futuro", dado que engendra una reacción violenta de los obreros contra la burguesía en tanto individuos. A ningún comunista, agrega,

22 "Viviendo en Manchester — escribe en 1885 —, me había dado yo de narices con el hecho de que los fenómenos económicos, a los que hasta allí los historiadores no habían dado ninguna importancia, o sólo una importancia muy secundaria, son, por lo menos en el mundo moderno, una fuerza histórica decisiva; y que esos fenómenos son la base sobre la que nacen los antagonismos de clases actuales y que esos antagonismos de clase, en los países en que se hallan plenamente desarrollados gracias a la gran industria, y por tanto, principalmente en Inglaterra, constituyen a su vez la base para la formación de los partidos políticos, para las luchas de los partidos y, por consiguiente, para toda la historia política." F. Engels, "Contribución a la historia de la Liga de los Comunistas", en *Obras Escogidas*, op.cit., p.362.

23 F. Engels, "La situación de la clase obrera en Inglaterra", en *Escritos de juventud*, op.cit.

"se le ocurre pretender tomar venganza sobre este o el otro individuo, ni mucho menos, que tal o cual burgués, en las condiciones existentes, podría obrar de otro modo que como lo hace."²⁴

Engels entiende que la situación social explica el surgimiento del cartismo, y se comienza a sentir identificado con la lucha que éste representa, aunque aún considere que su carácter obrero lo aislaba de los sectores cultos. El cartismo como partido que se deriva del partido democrático, ha pasado a ser un verdadero movimiento de los obreros, y en esa calidad es que Engels lo conoce y colabora en una de sus primeras publicaciones, el *Northern Star*, periódico dirigido por el cartista J. Harney. Con ello, adquiere un nuevo compromiso político, ya no con una corriente ideológica, como había hecho en Alemania, sino con un verdadero movimiento político que involucra la acción de miles de obreros.

En el cartismo, al que siempre consideró el primer partido obrero de la historia, Engels ve al opositor directo de la burguesía, que ha logrado unir a la clase obrera en una lucha política contra la clase poseedora, que "ataca, sobre todo, al poder político, a la muralla legal en que ésta se parapeta".²⁵ Le interesa resaltar el hecho de que la postura democrática que representa el cartismo tiene la peculiaridad de estar sustentada en su carácter *social*, en su calidad de fuerza obrera. Es esto lo que puede alejarlo de su perspectiva estrictamente política, entendida ésta como la postura democrática que comparten sectores de la burguesía, para acercarlo a los postulados socialistas, que buscan la transformación social:

"Vemos, pues, que la clase obrera inglesa aparece dividida en dos sectores, el de los cartistas y el de los socialistas. Los cartistas son los más rezagados, los menos desarrollados, pero son, a cambio de ello, auténticos proletarios, proletarios de carne y hueso, los representantes del proletariado. Los socialistas ven más allá,

²⁴ *Ibid.*, p.530. Engels agrega en este trabajo: "Y, puesto que el comunismo está por encima del antagonismo entre el proletariado y la burguesía, ello abrirá, evidentemente, el camino para que la parte mejor de la burguesía — que es, sin embargo, atrozamente reducida en número y que sólo podrá reclutarse entre la gente joven — pueda pasar más fácilmente al campo del comunismo que al del cartismo, por el carácter exclusivamente proletario de éste." Años más tarde, Engels escribió: "En abstracto, esta afirmación es acertada, pero en la práctica es totalmente inútil e incluso algo peor. Por cuanto las clases poseedoras, lejos de experimentar la más mínima necesidad de emancipación, se oponen además por todos los medios a que la clase obrera se libere ella misma, la revolución social tendrá que ser preparada y realizada por la clase obrera sola." "Prefacio a La situación de la clase obrera en Inglaterra", *Ibid.*, p.435.

²⁵ *Ibid.*, p.472.

proponen medidas prácticas contra la miseria, pero tiene su fuente de origen en la burguesía y ello les impide amalgamarse con la clase obrera. La fusión del socialismo con el cartismo, la reproducción del comunismo francés a la manera inglesa, será el próximo paso, que en parte ha comenzado a darse ya. Y sólo entonces, cuando esto se haya logrado, llegará a ser realmente la clase obrera la dueña de Inglaterra; el desarrollo político y social seguirá adelante mientras tanto favorecerá a este nuevo partido que tiene que nacer, impulsará este progreso del cartismo.²⁶

Así, mientras que Marx se había diferenciado de los teóricos y de los practicistas alemanes, Engels buscó su propia postura a partir de la crítica a las limitaciones de la corriente obrera de la democracia inglesa y del socialismo utópico, cuya obra teórica y práctica conoció directamente. Si bien es cierto que en el caso del primero, los partidos a los que hasta aquí hace referencia son más bien corrientes *teórico-ideológicas*, su nueva perspectiva lo llevará al encuentro con los agrupamientos propiamente políticos, algunos de los cuales comienzan a replantearse las formas de su quehacer revolucionario y, en correspondencia, sus estructuras internas de organización. En el caso de Engels, los partidos que conoce y analiza son formaciones estrictamente políticas, que se disputan la representación en las Cámaras y debaten sobre cambios en la legislación, que no sobre sus diferencias filosóficas. El cartismo, partido cuya existencia es producto de la lucha por un programa de reforma político-electoral, tiene ya un carácter de masas y una definición social directa y precisa, obrera.

De la crítica de la *ideología* a la lucha política

En septiembre de 1844, Engels había pasado algunos días en París con Marx y fue entonces cuando elaboraron su primera obra común, *La sagrada familia*, en la cual ambos asumen el estudio de la vida real desde el punto de vista de la clase obrera.²⁷ Para ellos:

“La cuestión no reside en qué es lo que éste o aquel proletariado,

²⁶ *Ibid.*, p.480.

²⁷ “La crítica crítica no crea nada, el obrero crea todo, y crea todo a tal punto que excede a toda la crítica incluso en lo que respecta a sus creaciones intelectuales; los obreros ingleses y franceses pueden dar fe de ello.” K.Marx y F.Engels, “La sagrada familia”, *OME*, num.6, op.cit., p.17.

o incluso la totalidad del proletariado *consideren* en el momento como objetivo suyo. La cuestión es *qué* es el *proletariado* y *qué*, consecuentemente con ese *ser*, se verá obligado a hacer. Su finalidad y acción histórica vienen irrevocable y obviamente puestas de manifiesto por su propia situación vital tanto como por la global organización de la sociedad burguesa de hoy.²⁸

Cuando Marx y Engels se encuentran en Bruselas en la primavera de 1845, el cúmulo de cuestiones que se propusieron abordar conjuntamente se derivaba de una clara complementación de sus perspectivas. Allí, redactarían un escrito de mayor significación: *La Ideología Alemana*.

En este texto, Marx y Engels sometieron a minuciosa pero también irónica crítica lo que, en cierta forma, era el pensamiento más progresista de la época, tanto neohegeliano como materialista, el de "los nuevos filósofos revolucionarios alemanes". Pero se trataba además, como dijera Marx, de exponer ante ellos mismos las nuevas ideas a que habían llegado y que partían de la crítica a la corriente de la cual proceden.

Frente al planteamiento idealista de que se produciría el derrumbe de todo lo existente a través del cambio de las ideas predominantes, Marx y Engels consideran, en contraposición, que en la medida en que las ideas de la clase dominante, en una época determinada, son las ideas dominantes, que no únicas, de lo que se trata es de cambiar las condiciones *reales* que permiten a una determinada clase social dominar la sociedad. Con ello, encontramos efectivamente una renuncia a convertirse en "ideólogos", es decir, al propósito de encarar las transformaciones necesarias con la sola fuerza de las ideas.

De ello se ha desprendido una visión simplista que, sacando de su contexto histórico el discurso de Marx y Engels, les atribuye un menosprecio general al papel de la ideología, al considerarla sólo como "falsa conciencia". No se puede, al respecto, pasar por alto, primero, que tal *definición* de la ideología tiene un interlocutor concreto: los filósofos alemanes incapaces de explicarse los fenómenos reales que se pretende transformar y que se convierten, con ello, en ideólogos que justifican la realidad y su conservación. De ahí el énfasis puesto por los autores de la *Ideología* al rechazo de esa "falsa conciencia". Pero no es sólo este aspecto el que ven. Si bien insisten

en que las ideas dominantes emanan de las condiciones materiales, también señalan que hay ideas encaminadas a la transformación de tales condiciones, es decir, que se desprenden de la ideología dominante que presenta a las relaciones sociales existentes como eternas e inamovibles. A la vez, esta "conciencia revolucionaria" tiene su fundamento, ciertamente, en las condiciones de existencia de los proletarios, pero no es su resultado automático y unívoco, como lo constatan, entre otras, las visiones fantásticas de los utopistas.

Es cierto que Marx y Engels concibieron su trabajo, con cierto exceso, desde una óptica científica, al grado que *El Capital* fue considerado por su autor como un libro "caliente accesible a los obreros. Era el conocimiento científico emanado de la propia realidad —pensaban— el que sustituiría a las ideologías, incluida la que se encaminaba a la transformación revolucionaria.

Como científicos, Marx y Engels dieron a la ciencia misma un enorme valor en el progreso de la sociedad, idea que por lo demás se propagaba con rapidez en la sociedad europea del siglo XIX. Pero como políticos, a lo largo de sus diversas experiencias, se toparon, como hemos visto, con muchas y diversas dificultades para que la teoría científica "prendiera en las masas", no sólo por el atraso y la ignorancia a la que estaba sometida la clase obrera, sino por el peso mismo de la ideología.

Para ellos, el cambio que madura en la sociedad, a partir del surgimiento y desarrollo del capitalismo industrial, es el comunismo; el cual es posible y socialmente necesario en la medida en que existe quien lo requiere y está en condiciones de llevarlo a cabo, es decir, el proletariado industrial. "La existencia —escriben— de ideas revolucionarias, en una época determinada, presupone ya la existencia de una clase revolucionaria."³⁰ Según Marx y Engels, para conquistar ese cambio, será necesaria una revolución que trastoque de fondo la organización social, el régimen de propiedad y la forma de pensar y

²⁹ En múltiples ocasiones Marx expresó que el planteamiento de los utopistas (ya fueran socialistas o comunistas) siendo expresión del movimiento proletario en su primera etapa, cuando aún no se ha convertido en movimiento de clase, es decir político, "en el fondo no hace más que idealizar la sociedad actual, forjarse de ella una imagen limpia de defectos y quiere imponer su propio ideal a despecho de la realidad social", con lo cual, en realidad, no asumen la idea de la necesidad de la transformación revolucionaria de la sociedad, más que en uno u otro aspecto colateral. Cfr. K. Marx, "Las luchas de clases en Francia". *Obras Escogidas*, op.cit., p.225.

³⁰ C. Marx, F. Engels, *La Ideología Alemana*, op.cit., p.51.

ver el mundo.³¹ En un sentido similar se expresará Marx en *Las luchas de clases en Francia*, op.cit. Desde este punto de vista, no se trata de fundar una nueva filosofía, ni una ideología, pues para ellos la posibilidad de cambiar la realidad social se encuentra en la política, ciertamente no entendida como esfera separada del resto de los aspectos sociales. Por ello, como decía Engels, de lo que se trata, es de impulsar un amplio movimiento político revolucionario, es decir, aquel que se propone la revolución, como primer paso para la modificación radical de las relaciones sociales. Sobre ésto, leemos en *La Ideología*:

“...todas las luchas que se libren dentro del Estado, la lucha entre la democracia, la aristocracia y la monarquía, la lucha por el derecho de sufragio, etcétera, no son sino las formas ilusorias bajo las que se ventilan las luchas reales entre las diversas clases... toda clase que aspire a implantar su dominación... tiene que empezar conquistando el poder político, para poder presentar sus intereses como el interés general...”³²

En este texto, Marx y Engels fundamentan su concepción del partido, al señalar la importancia decisiva del movimiento encaminado al fin revolucionario. Así, para ellos, el *comunismo* no es un Estado nuevo al que se llegaría algún día, sino el movimiento tendiente a la anulación y superación del estado de cosas predominante.³³

Desde sus orígenes, el concepto que van perfilando sobre el partido, en su sentido más general e histórico, está vinculado al movimiento transformador que se levanta a partir de la existencia en la sociedad de una clase cuya situación de opresión no es particular sino que expresa la opresión social en general. Mas no se trata de la

³¹ En su artículo *El rey de Prusia y la Reforma social*, Marx había ya expuesto lo que entendía por esa revolución: “Toda revolución derroca la sociedad anterior; en ese sentido es social. Toda revolución derroca el poder anterior; en ese sentido es política. (...) La revolución en general — sea derribar el poder constituido y disolver la anterior situación — es un acto político. Ahora bien, sin revolución el socialismo es irrealizable. En tanto en cuanto el socialismo necesita *disolución* y *dilucidación*, este acto político le es imprescindible. Pero allí donde comienza su acción organizadora, donde se abre paso a su *inmanente*, su *alma*, el socialismo es desahucio de su evolutorio político.” En *OME*, num. 5, op.cit., p.245.

³² Marx y Engels, *La Ideología Alemana*, op. cit., p.35.

³³ “Para nosotros el comunismo no es un estado que debe implantarse, ni un ideal al que haya que sujetarse la realidad. Nosotros llamamos comunismo al movimiento real que anula y supera el estado de cosas actual.” *Ibid.*, p.37.

existencia objetiva de un estamento social que en sí mismo sintetice la superación de las condiciones de sojuzgamiento y opresión, sino del movimiento que éste genera a partir de tales condiciones.

Junto a la renuncia a la idealización de un futuro y nuevo orden social, se encuentra también la identificación de esa clase capaz de subvertir la sociedad, a través de su movimiento. Ya desde los albores de la nueva concepción de la sociedad y de la historia, no se confunde la condición social objetiva de los obreros con el movimiento que expresa sus intereses y genera su capacidad revolucionaria.

Desde aquellos primeros escritos, Marx y Engels subrayan las luchas políticas que desarrollaban obreros ingleses y franceses. La crítica de la crítica teórica hasta entonces conocida, tiene un profundo sentido de compromiso con la lucha misma como fuente de conocimiento social. Así, el estudio de la vida real es el descubrimiento de las condiciones sociales en que se puede basar el movimiento. No se trata, por tanto, de descubrir o inventar una tal concepción liberadora, sino de entender el conocimiento de la realidad como parte de una función de partido, en el sentido estrictamente político.

La superación de la ideología es, en tal virtud, una forma de liberar el conocimiento de verdades que están más allá de la vida real y, sobre todo, del movimiento existente encaminado al cambio social. El postulado de que solamente a través de la lucha política será posible la superación del estado de cosas, no es en forma alguna la reverencia al Estado, sino justamente el reconocimiento de que la clase obrera, en su movimiento político, en la lucha por el poder, tiende a expresar sus intereses, pero ya no como intereses particulares sino como intereses generales de la sociedad. Es, pues, el terreno de la lucha política, el que permite a la clase obrera, como clase nacional—como dirá el *Manifiesto*—construir su hegemonía, al convertirse en aquella que expresa la emancipación de todos los sectores oprimidos por el capital, y en ese sentido, la del hombre.

En conclusión, el planteamiento expuesto en *La Ideología*, de la necesidad de la revolución, como expresión concreta del movimiento

34 "Si no se dan estos elementos materiales de una conmoción total, o sea, de una parte, las fuerzas productivas existentes y, de otra, la formación de una masa revolucionaria que se levante, no sólo en contra de ciertas condiciones de la sociedad anterior, sino en contra de la misma 'producción de la vida' vigente hasta ahora, contra la 'actividad de conjunto' sobre que descansan, en nada contribuirá a hacer cambiar la marcha práctica de las cosas el que la *idea* de esta conmoción haya sido proclamada ya cien veces, como lo demuestra la historia del comunismo." *Ibid.*, p.41.

real, se desprende no solamente de las condiciones objetivas de la sociedad, sino del proceso de toma de conciencia de dicho movimiento práctico para superar "el modo de actividad" imperante. De tal manera, "la fuerza propulsora de la historia... no es la crítica sino la revolución."³⁵

El Manifiesto y la idea del partido

Muchas de las interpretaciones, incluso francamente contrapuestas, sobre la concepción de Marx y Engels acerca del partido obrero parten de lo expuesto en el *Manifiesto del Partido Comunista* y, con frecuencia, se reducen casi exclusivamente a ello.

Es cierto que en pocos textos de nuestros autores encontramos tan claramente expresado lo que entendían entonces por partidos obreros y las relaciones que consideraban que los comunistas, también como *partido*, debían mantener con aquellos. Sin embargo, para comprender el significado de lo escrito en el *Manifiesto*, es necesario ubicarlo históricamente, es decir, descartar la idea de que ellos pretendieran ahí establecer una *teoría* sobre el partido, aplicable en cualquier circunstancia y momento. Sólo así encontraremos su validez general.

Como hemos visto, en la decisión de Marx y Engels de incorporar-se a la Liga de los Justicieros, condicionada al cambio de una serie de preceptos y características de esta organización, existía la idea de realizar una actividad política que les permitiera influir en el movimiento y dar a conocer su nueva concepción. No era la Liga, por cierto, la primera organización en la que ellos participaban, ni tampoco en la que veían reunido a todo el movimiento *comunista*, al que tiempo atrás y con gran optimismo notaban crecer en diversos lugares.³⁶ Pero estaban convencidos de que en ésta se encontraban los revolucionarios, especialmente alemanes, más avanzados de entonces, entre los que ellos podían propagar sus ideas.

Por eso, no es casual que Marx y Engels hayan titulado este documento con el nombre de *Manifiesto del Partido Comunista*.

³⁵ *Ibid.*, p.40.

³⁶ Con frecuencia se omite las referencias que en el último apartado del *Manifiesto* se hacen a la acción diversa de *comunistas* en países como Suiza, Francia y Polonia, no sólo porque en algunos de esos lugares la Liga comenzaba a tener presencia, sino también por la acción de otros grupos *comunistas* a los que el *Manifiesto*, sin duda, buscaba atraer.

Como bien puede extraerse de éste, hay una reiterada preocupación por atraer hacia el nuevo programa a las demás organizaciones que reivindicaban la lucha obrera y el comunismo. Años después, en la edición alemana del *Manifiesto*, Engels comenta al respecto:

"...cuando este Manifiesto vió la luz, no pudimos bautizarlo de Manifiesto socialista. (...) En 1847, el *socialismo* designaba un movimiento burgués, el *comunismo* un movimiento obrero (...) Y como para nosotros era ya entonces firme la convicción de que 'la emancipación de los trabajadores sólo podía ser obra de la propia clase obrera', no podíamos dudar en la elección del título. Más tarde tampoco se nos pasó nunca por las mentes modificarlo."³⁷

Tal como se expresa en el *Manifiesto*, Marx y Engels distinguían entre los diversos sistemas utópicos, ubicando aquellos que efectivamente proyectaban sus ideales de emancipación desde la clase obrera en movimiento y que se designaban, diferenciándose de los socialistas, con el nombre de comunistas.³⁸ Siempre insistieron en que éstos representaban la "infancia del movimiento proletario", es decir, que expresaban las aspiraciones de un movimiento que, si bien comprendía la lucha que se presentaba en la sociedad entre las clases y pugnaba por una solución, aún no dejaba de buscarla en su cabeza.

El *Manifiesto* pretende ser el programa de un partido nuevo, no mandado a hacer por nadie, sino que nace de la capacidad del proletariado de emprender "una acción histórica independiente, un movimiento político propio y peculiar",³⁹ lo cual, precisamente, no alcanzaban a ver los comunistas utópicos. No se refiere, por tanto — como han sostenido versiones "oficiales" del marxismo —,⁴⁰ tan

37 F. Engels. "Prólogo a la edición alemana de 1890 del *Manifiesto*", en *Biografía del Manifiesto*, Cía. General de Ediciones, México, 1961, p.63.

38 "En 1847, el concepto de 'socialista' abarcaba dos categorías de personas. Unas eran las que abrazaban diversos sistemas utópicos, y entre ellas se destacaban los owenistas en Inglaterra, en Francia los foureristas, que poco a poco habían ido quedando reducidos a dos sectas agonizantes. En la otra formaban los charlatanes sociales de toda laya, los que aspiraban a remediar las injusticias de la sociedad con sus potingues mágicos y con toda serie de remedios, sin tocar en lo más mínimo, claro está, al capital ni a la granjería. Centes unas y otras ajenas al movimiento obrero, que iban a buscar apoyo para sus teorías a las clases 'cultas'. El sector obrero que, convencido de la insuficiencia y superficialidad de las meras conmociones políticas, reclamaba una radical transformación de la sociedad, apellidábase comunista. Era un comunismo tocamente delineado, instintivo, vago, pero lo bastante pujante para engendrar dos sistemas utópicos: el del 'caro' Cabet en Francia, el de Weitling en Alemania." *Ibid.*

39 K. Marx, F. Engels, "Manifiesto del Partido Comunista", *op. cit.*, p.104.

40 Nos referimos especialmente a las que se contienen en historias del movimiento obrero

sólo a la Liga de lo Comunistas, a la cual veían como una de las agrupaciones que podían expresar ese nuevo *partido*. Poco después de redactado el *Manifiesto*, como hemos visto en el capítulo primero, se produciría la revolución europea del cuarenta y ocho, en la cual la organización de la Liga resultó ampliamente rebasada por el movimiento de los obreros, y sólo en el caso de Alemania logró existencia real. Entonces, Marx ubica en Francia, a Blanqui y sus compañeros como "los verdaderos jefes del partido proletario", en contraposición a los socialistas doctrinarios:

"...el proletariado va agrupándose más y más en torno al *socialismo revolucionario*, en torno al *comunismo*, que la propia burguesía ha bautizado con el nombre de *Blanqui*. Este socialismo es la *declaración de la revolución permanente*, de la *dictadura de clase* del proletariado como punto de transición para la *supresión de las diferencias de clase* en general, para la supresión de todas las relaciones de producción en que éstas descansan, para la supresión de todas las relaciones sociales que corresponden a esas relaciones de producción, para la subversión de todas las ideas que brotan de esas relaciones sociales."⁴¹

Existe la idea de que para Marx y Engels el partido es la clase obrera misma, que uno y otra configuran conceptos intercambiables.⁴² Para ello, se nos remite, precisamente, a la frase del *Manifiesto* "la organización del proletariado en clase y, por tanto en partido político...", así como a expresiones similares expuestas en algunos otros momentos, en particular, a partir de la Conferencia de Londres de 1871.

En el *Manifiesto*, Marx y Engels hacen un breve esbozo histórico de las luchas de los obreros contra la burguesía, de las distintas formas que éstas fueron adquiriendo, para concluir que, con la unión cada vez mayor que de ello se había derivado entre los trabajadores, se producen luchas que adquieren carácter *nacional*, es decir, que

y manuales de marxismo elaborados por la Academia de Ciencias de la URSS. Cfr., entre otros, Varón, *Movimiento obrero comunista y de liberación nacional. 1760-1939*, Ed. Pueblo y Educación, La Habana, 1986, p.32.

41 K.Marx, "Las luchas de clases en Francia", *op.cit.*, p.225.

42 Cfr., entre otros, a Fernando Claudín, *Marx, Engels y la revolución de 1848*, *op.cit.*; Rosanna Rosanda, "De Marx a Marx: clase y partido", en *Teoría marxista del partido político*, 3, Ed. Pasado y Presente, México 1973; Carlos Perroya, "La idea del partido en Marx" y Arnoldo Martínez Verdugo, "Clase y partido en Marx", en *El partido obrero en Marx*, Ed. CEMOS-ECP, México, 1985.

trascienden el nivel de una fábrica o de una localidad. A partir de este momento, la lucha es propiamente *política*, pues los trabajadores se enfrentan ya no con uno u otro de los dueños de las empresas, sino con el *poder del Estado*, como poder que defiende los intereses *colectivos* de la clase capitalista; es éste propiamente el terreno de la lucha de clases, tal es el sentido de lo expuesto en este escrito y que concluye escuetamente: "Mas toda lucha de clases es una lucha política".⁴³

Por eso, en múltiples ocasiones Marx señala que la clase del proletariado es propiamente aquella que ha superado su esencia exclusivamente social y se convierte en un conglomerado nacional, es decir, político. Conviene recordar que cuando se refiere a otras clases, o sectores de ellas, no se limita exclusivamente a su referente económico, y da importancia, en el caso de una clase que es o busca ser dominante, a las transformaciones políticas, jurídicas y culturales que logra en su proceso de ascenso.⁴⁴ De igual forma, sostiene que no conforman una clase quienes no logran su integración nacional y los medios para expresar, por sí mismos, sus intereses, por lo que no pueden más que ser representados, aunque tengan idénticas condiciones de vida y trabajo.⁴⁵

Cuando Marx, en su polémica con Proudhon, quien, precisamente, rechazaba la acción política de los obreros, señaló la diferencia entre "clase en sí" y "clase para sí",⁴⁶ buscaba la manera de sintetizar un proceso en el cual media necesariamente la acción política y la conciencia extraída de la experiencia. No es que Marx considere

43 K. Marx y F. Engels, "Manifiesto...", op. cit., p. 31.

44 "Las revoluciones de 1648 y de 1789 no fueron revoluciones inglesas y francesas; fueron revoluciones de tipo europeo. No representaban el triunfo de una determinada clase de la sociedad sobre el viejo régimen político; eran la proclamación de un régimen político para la nueva sociedad europea. En ellas había triunfado la burguesía; pero la victoria de la burguesía significaba el triunfo de un nuevo régimen social, el triunfo de la propiedad burguesa sobre la propiedad feudal, de la nación sobre el provincialismo, de la concurrencia sobre los gremios, de la partición sobre el mayorazgo, del sometimiento de la tierra al propietario sobre el sometimiento del propietario a la tierra, de la ilustración sobre la superstición, de la familia sobre el linaje, de la industria sobre la pereza heroica, del derecho burgués sobre los privilegios medievales." K. Marx "La burguesía y la contrarrevolución", en *Obras escogidas*, op. cit. t. 1, p. 58.

45 "Por cuanto existe — leemos en *El dieciocho Brumario* — entre los campesinos parcelarios una articulación puramente local y la identidad de sus intereses no engendra entre ellos ninguna comunidad, ninguna unión nacional y ninguna organización política, no forman una clase. Son, por tanto, incapaces de hacer valer su interés de clase en su propio nombre, ya sea por medio de un parlamento o por medio de una Convención. No pueden representarse, tienen que ser representados." *Obras Escogidas*, op. cit., t. 1, p. 341.

46 K. Marx, *Miseria de la Filosofía*, op. cit. p. 169.

separadas en la realidad la clase que se constituye en forma objetiva en el proceso de producción de mercancías y la clase que ha de llevar a cabo la transformación revolucionaria para superar ese régimen. Para él se trata, sin duda, de los mismos individuos, de ahí su reiterada frase "la emancipación de los trabajadores ha de ser obra de los propios obreros." Es ésta una de las preocupaciones principales de Marx y Engels frente a los "reformadores sociales", que depositan en los representantes de las clases "cultas", la capacidad de conducir la lucha emancipadora.

Pero eso no lo lleva a confundir el proceso social que tiene su fundamento en la producción material, con el movimiento que de ahí se desprende, superando las enormes limitaciones que impone el "despotismo fabril", para adentrarse en la acción que supera, por un lado, la competencia entre obreros y, por el otro, la lucha de éstos con el patrón en lo individual. No se identifica, por tanto —contra toda visión "determinista"—, la formación *objetiva* de la clase de los obreros, en la cual éstos son sólo "clase con respecto al capital",⁴⁷ con su propio movimiento, necesariamente político, base del partido proletario.

En *El Capital* se analiza el proceso de desarrollo capitalista de la sociedad, como proceso "histórico-natural", del que se deriva la conformación, junto a la burguesía moderna, de la clase obrera. En lo que se refiere a las clases, Marx señala desde el *Prólogo* a la primera edición:

"Pero adviértase que aquí sólo nos referimos a las *personas* en cuanto personificación de categorías económicas, como representantes de determinados intereses y relaciones de clase. Quien como yo concibe el *desarrollo de la formación económica de la sociedad*⁴⁸ como un *proceso histórico-natural*, no puede hacer al individuo responsable de la existencia de relaciones de que él es socialmente criatura, aunque subjetivamente se considere muy

⁴⁷ *Ibid.*

⁴⁸ En un trabajo que tuvimos oportunidad de debatir, Carlos Pereyra escribe críticamente: "La ambigüedad del vocablo partido en los textos de Marx no proviene sólo, como se dice más arriba, de que era una novedad terminológica a mediados del siglo pasado y de que el fenómeno mismo de organización política en instituciones estructuradas apenas comenzaba a manifestarse, sino de la tendencia observable en sus escritos a identificar agentes (fuerzas) sociales con agentes (fuerzas) políticos. Por ello los términos *clase* y *partido* son intercambiables en numerosos pasajes de su obra." Carlos Pereyra, "La idea de partido en Marx", en *El partido obrero en Marx*, op.cit., p.39.

⁴⁹ Sin duda es más correcto, como lo han señalado varios autores, la traducción de

por encima de ellas.⁵⁰

Para Marx, a partir del momento en que el obrero como individuo dispone sólo de su fuerza de trabajo para ser vendida al capitalista como mercancía, es cuando "la producción de mercancías se generaliza y se convierte en forma típica de producción; es a partir de entonces cuando todos los artículos se producen desde el primer momento para el mercado, y cuando toda la riqueza producida transcurre por los cauces de la circulación. Sólo allí donde tiene por base el trabajo asalariado se impone la producción de mercancías a toda la sociedad y sólo allí desarrolla sus potencias ocultas."⁵¹

El curso histórico de las transformaciones operadas en las formas de trabajo, dieron como resultado la conformación de peculiares características en el obrero. En gran medida, el obrero se moldea por las formas de su quehacer productivo, determinadas, a su vez, por el capital. De una parte, al obrero, disociado del proceso material, se le presenta éste como algo que le es ajeno; es "mutilado", pues depende de otros obreros y, más aún, de la máquina, para la ejecución de su trabajo; la miseria le corrompe, no sólo física, sino también espiritualmente.⁵² Pero, por la otra, todos los mecanismos que están encaminados al desarrollo del régimen de producción, conforman a la clase obrera como la única que conlleva su ser colectivo, su ser eminentemente social,⁵³ producto de su propia situación, del carác-

formación económico-social, que integra en su sólo concepto el aspecto económico y el social, de forma que, si bien se separan con fines analíticos las relaciones materiales, éstas no son comprendidas al margen del conjunto social. Tal es la traducción de El Capital de Pedro Scaron, editada por Siglo XXI. Cf., además, C. Laportol, El concepto de "formación económico-social". En Prado y Presente, México, 1978; V. Gerratena, Investigaciones sobre la historia del marxismo II, Ed. Grijalbo, España, 1975.

50 K. Marx, *El Capital*, t. I, Ed. FCE, México, 1974, p.v.

51 *Ibid.*, p.492.

52 "... todos los métodos — leemos en *El Capital* — encaminados a intensificar la fuerza productiva social del trabajo se realizan a expensas del obrero individual: todos los medios enderezados al desarrollo de la producción se truecan en medios de explotación y esclavizamiento del productor, mutilan al obrero convirtiéndolo en un hombre fragmentario, lo rebajan a la categoría de apéndice de la máquina, destruyen con la tortura de su trabajo el contenido de éste, le enajenan las potencias espirituales del proceso del trabajo en la medida en que a éste se incorpora la ciencia como potencia independiente; corrompen las condiciones bajo las cuales trabaja; le someten, durante la ejecución de su trabajo, al despotismo más odioso y más mezquino; convierten todas las horas de su vida en horas de trabajo; lanzan a sus mujeres y sus hijos bajo la rueda trituradora del capital." *Ibid.*, pp. 546-547.

53 "Es evidente que esta interdependencia directa de los trabajos — escribe Marx en relación a los efectos que produce la manufactura — y, por tanto, de los obreros que las ejecutan, obliga a éstos a no invertir en su función más que el tiempo estrictamente necesario para realizarlos,

ter que adquiere el trabajo que desempeña.

En realidad, toda la obra de Marx parte de la conclusión de que en este sistema los procesos definitivos son eminentemente sociales, es decir, colectivos y generalizados.⁵⁴ Por ello, insiste en que la conformación del proletariado como clase (como clase *social*) parte de transformaciones operadas a nivel de la *sociedad* y, específicamente, de la socialización del trabajo.

A Marx le preocupa no sólo describir las características y la situación objetiva que definen al obrero en el capitalismo, sino, al igual que en los otros procesos que estudia, encontrar las contradicciones que permiten la superación de lo existente. Los utopistas no vieron "en la miseria más que la miseria", pero de lo que se trata, para él, es de encontrar en esas mismas condiciones el aspecto revolucionario que conllevan.⁵⁵ Las bases sobre las cuales surge y se desarrolla la conciencia en la clase obrera están dadas por su existencia objetiva: la explotación, la opresión del capital, la organización del trabajo, la generalización del trabajo colectivo, etcétera. Sin embargo, ello no garantiza por sí mismo que se tenga una visión exacta del significado y consecuencias de esa existencia. De hecho, en el curso de la lucha obrera han surgido innumerables interpretaciones teóricas, concepciones y prácticas que tienen la misma base material, pero que no se les puede considerar igualmente válidas.

"Las aspiraciones y las tendencias generales — escribió Marx — de la clase obrera emanan de las condiciones reales en que se encuentra. Por esto, dichas aspiraciones y tendencias se hallan

con lo que establece una continuidad, una uniformidad una regularidad, una regimentación, y sobre todo una *intimidad de trabajo* completamente distintas a las de los oficios independientes e incluso a las de la cooperación simple." *Ibid.*, p.280. Y agrega en relación a la implantación de la gran industria: "En la cooperación simple, e incluso en la cooperación especificada por la división del trabajo, el desplazamiento del obrero *aislado* por el obrero *colectivo* se presenta siempre como algo más o menos casual. La maquinaria, con algunas excepciones..., sólo funciona en manos del trabajo directamente socializado o colectivo." *Ibid.*, p. 313-316.

54 Al grado de que, en el tomo III de *El Capital*, al analizar el sistema crediticio y la aparición de las sociedades anónimas, de lo que sólo vio el inicio, Marx plantea: "El capital, que descansa de por sí sobre un régimen social de producción y presupone una concentración social de medios de producción y fuerzas de trabajo, adquiere así directamente la forma de capital de la sociedad (capital de individuos directamente asociados) por oposición al capital privado, y sus empresas aparecen como empresas sociales por oposición a las empresas privadas. Es la supresión del capital como propiedad privada dentro de los límites del mismo régimen capitalista de producción." *Ibid.*, t.3, p.415.

55 Cfr. K.Marx, *Misericordia de la Filosofía*, op.cit., p.121.

presentes en toda la clase, si bien el movimiento se refleja en sus cabezas en las formas más diversas, de una manera más o menos fantástica, o en un modo que corresponde más o menos a las condiciones reales."⁵⁶

Y esto es así porque el mismo proceso material oculta los verdaderos mecanismos de producción de la riqueza, de la explotación, presentando lo que en realidad son procesos sociales, es decir, generalizados, como relación de compra-venta entre individuos aislados; a la plusvalía como ganancia del dueño del capital, o como renta del dueño de la tierra, o como interés del dueño del capital-dinerario; al capital como generador de nuevo valor; a la ciencia y la técnica como fuerzas productivas por sí solas, etcétera.⁵⁷ En este sentido, toda la obra principal de Marx está encaminada a descubrir los procesos tal cual transcurren realmente, quitando el velo que los oculta, lo que le fue posible no sólo —como señalaba René Zavaleta— por su genialidad intelectual, sino por la ubicación desde la que conoce, el "horizonte de visibilidad" que adopta, o sea, el de la clase obrera, el de la producción de plusvalía, que ya no el de la ganancia, el de la burguesía, a la cual le es imposible, llegado un límite, conocer "contra sí misma".

Pero las diversas visiones que se generan en la clase obrera no sólo tienen para Marx un origen en la enajenación del trabajador, en la transfiguración de las relaciones materiales, sino también en la influencia que sobre ella ejercen otras clases o sectores de clase, otras ideas, otros programas y realizaciones políticos y sociales. La historia de los agrupamientos en los que Marx y Engels participaron, les permitió conocer la gran cantidad de elementos que interfirieron en la configuración de una conciencia revolucionaria entre los obreros. Bástenos recordar la polémica con los sindicalistas británicos, por un

⁵⁶ K. Marx, "Carta a Paul y Laura Lafargue", citada en L. Basso, *Socialismo y Revolución*, Ed. Siglo XXI, México, 1975, p. 257.

⁵⁷ Lo que denomina "fetichismo de la mercancía" es para Marx la "aparición material" de lo que en realidad son "condiciones sociales del trabajo". Al explicar la determinación del valor de las mercancías, escribe: "Estas (las magnitudes de valor) cambian constantemente, sin que en ello intervengan la voluntad, el conocimiento previo ni los actos de las personas entre quienes se realiza el cambio. Su propio movimiento social cobra a sus ojos la forma de un movimiento de cosas bajo cuyo control están, en vez de ser ellos quienes las controlen." K. Marx, *El Capital*, op. cit., p. 40.

⁵⁸ R. Zavaleta Mércado, "Clase y conocimiento", en *Historia y Sociedad*, Segunda época, No. 7, México, 1975, ps. 3-8.

lado, y con los anarquistas, por el otro, para reconocer cuán lejos estuvo, de la conducta política de los autores del *Manifiesto*, una reducción a los aspectos económicos.

Años después, Engels señalaría en polémica con el *determinismo* económico, que la abstracción de elementos circunstanciales (incluso económicos), con el fin de encontrar las regularidades que definen un período histórico determinado, había que entenderla como requerimiento del método histórico de Marx. Por ello, explica, el *método* se limita "con harta frecuencia, a reducir los conflictos políticos a las luchas de intereses de las clases sociales y fracciones de clases existentes, determinadas por el desarrollo económico, y a poner de manifiesto que los partidos políticos son la expresión política *más o menos adecuada* de estas mismas clases y fracciones de clases."⁵⁹

Muchas de las opiniones que se sostienen —pretendidamente a partir del *Manifiesto*— en el sentido de que Marx identifica a la clase con el partido, buscan con ello combatir la concepción vanguardista que se produjo a partir del postulado *kauskiano* de que la teoría y el programa de una organización revolucionaria constituyen "factores externos a la clase obrera".⁶⁰

En el *Manifiesto*, Marx y Engels señalan que, si bien "los comunistas no forman un partido aparte, opuesto a los otros partidos obreros", tienen una serie de peculiaridades entre las que resalta el que "teóricamente, tienen sobre el resto del proletariado la ventaja de su clara visión de las condiciones, de la marcha y de los resultados generales del movimiento proletario."⁶¹ A raíz de este planteamiento, efectivamente se desarrolló la concepción de que el partido socialdemócrata, primero, y el comunista, después, en la acepción que adquirió en el siglo XX, era portador externo del "socialismo cientí-

59 F. Engels, "Introducción a 'Las luchas de clases en Francia de 1848 a 1850'", escrito en 1895, *op. cit.*, p. 113. (Subrayados nuestros). En sentido similar se había expresado Engels en 1890 en carta a J. Bloch, explicando la tan debatida "determinación en última instancia". "La situación económica —escrito— es la base, pero las diversas partes de la superestructura — las formas políticas de la lucha de clases y consecuencias, las constituciones establecidas por la clase victoriosa después de ganar la batalla, etc. — las formas jurídicas — y en consecuencia inclusive los reflejos de todas esas luchas reales en los cerebros de los combatientes: teorías políticas, jurídicas, ideas religiosas y su desarrollo ulterior hasta convertirse en sistemas de dogmas — también ejercen su influencia sobre el curso de las luchas históricas y en muchos casos preponderan en la determinación de su forma." En *Correspondencia*, tomo 3, *op. cit.*, p. 166.

60 K. Kautsky, en V. I. Lenin, *¿Qué Hacer?*, Moscú, Ed. Progreso, 1971, p. 39.

61 K. Marx y F. Engels, "Manifiesto del Partido Comunista", *op. cit.*, p. 35.

fico" (como se denominó al marxismo) en la clase obrera, la cual, se agregó, era incapaz por sí sola de arribar al conocimiento científico. A partir de ello, el partido de los marxistas fue definido como el terreno de la fusión entre la teoría revolucionaria y el movimiento obrero, como la "vanguardia del proletariado".

Contrariamente a la idea de que Marx y Engels manejan en forma difusa o ambigua el término partido obrero, es claro que, como demuestra Lowy, tanto en la *Ideología* como en el *Manifiesto*, aquel se refiere a organizaciones precisas entonces ya constituidas: "los cartistas de Inglaterra y los partidarios de la reforma agraria en América del Norte"⁶² (*National Reformer Association*). En ambos casos, Marx y Engels consideraron correcto que quienes mantenían una postura comunista no se desprendieran de esas organizaciones, que en realidad eran auténticos movimientos políticos de los obreros. De esta manera, las referencias a la relación de los comunistas con los partidos obreros está directamente inspirada en la relación que establecieron los *Fraternal Democrats* (en cuya constitución, como vimos, participaron Marx y Engels), con el cartismo, negándose a constituir "un partido en el partido".⁶³

Además, no hay que olvidar que los aspectos que se señalan como característicos de los comunistas tienen la finalidad de superar las concepciones sectarias que definían a los grupos comunistas de la época, de los cuales Marx y Engels critican, precisamente, su desvinculación con el movimiento real y, derivada de ello, su vocación reudentora y conspirativa.

Es necesario tener presente el largo proceso que habría de trans-

⁶² *Ibid.*, p.53. Especial interés reviste la postura de Marx ante el movimiento que expresó la *National Reformer*, en su polémica con el emigrado alemán Herman Kriege, quien tuvo importante influencia en ese movimiento. Marx escribió, explicando su ruptura con éste: "Si Kriege hubiera concebido el movimiento de emancipación como una primera forma del nuevo movimiento proletario, necesaria bajo determinadas condiciones específicas, como un movimiento que, por las condiciones de vida de la clase de que arranca, estaba destinado a desarrollarse hasta convertirse en un movimiento comunista; si hubiera demostrado cómo las tendencias comunistas en Norteamérica tenían que empezar forzosamente asumiendo esa forma agraria, aparentemente contraria a todo comunismo, no hubiéramos tenido nada que oponerle." K. Marx y F. Engels, *Los grandes fundamentos*, México, FCE, 1988, t.4, pp.16-17.

⁶³ Lowy cita un discurso de J. Harney y otro de Jones, dirigentes cartistas que dirigieron a los *Fraternal Democrats*, de éste último leemos: "En el momento de la creación de la Unión reinaba una ligera desconfianza respecto de los *Fraternal Democrats*; se suponía que era una tentativa de resucitar el movimiento cartista por otro, para crear un partido en el partido. En la actualidad, se sabe que todo miembro de la Unión debe ser ante todo cartista y que ser cartista es una condición para ser admitido en la Unión." M. Lowy, *La teoría de la revolución en el joven Marx*, op.cit., p.204.

currir entre 1847, año en que fue escrito el *Manifiesto*, y la última década del siglo XIX, cuando se consolidan los partidos obreros de masas en los que fue predominando el *marxismo*. Tan complejo proceso, que no fue en lo absoluto lineal, dio como resultado no lo que Marx y Engels imaginaron o quisieron, sino lo que determinaron los diferentes requerimientos y posibilidades del movimiento político en cada momento. De tal forma, no puede ser atribuible a Marx ni a Engels planteamientos que se desarrollarían, en particular en la década de los treinta del siglo XX,⁶⁴ pero tampoco, como hemos visto, la identificación entre clase social y partido o viceversa.

Por otra parte, es interesante reflexionar sobre el vínculo que en no pocas ocasiones y especialmente durante los años de existencia de la AIT, Marx y Engels encontraron entre la organización de carácter sindical y los partidos políticos. Con frecuencia señalaron que la organización económica, con su lucha defensiva "de las condiciones de vida y del salario", podía llevar al entendimiento de las bases de la explotación y al terreno de la lucha política. En determinados momentos, después de largos años en los que logró ser descartada toda organización y actuación política de los obreros, el proletariado incursionaba por nuevos caminos, principalmente de carácter gremial, para desarrollar su lucha. El resurgimiento de combates huelguísticos por demandas laborales era lo que había permitido la creación de la AIT. Marx no sólo se adapta a esta realidad, sino que llega a considerar que era posible el surgimiento del movimiento político de la clase obrera a partir del movimiento sindical.⁶⁵

Es cierto que tal proceso no se realizó en Inglaterra, donde la organización sindical adquirió mayor fuerza, pero sí en muchos otros, como en Alemania. Como hemos visto, a partir de la organización de los trabajadores en agrupaciones de carácter protoindustrial, surgió y

64 Para Stalin, en forma similar a lo que planteaba la Segunda Internacional, a una clase (el proletariado) corresponde un partido (el partido-de-la-clase-obrera), su "vanguardia", por esto "allí donde no existen varias clases, no puede haber varios partidos..." citado en M. Johnston, *Teoría marxista del partido político*, op.cit., p.113.

65 Incluso desde 1850, Marx advirtió que, tras la represión desatada por el fracaso de la revolución, los obreros buscaron otras formas de agruparse no sólo en sociedades secretas, sino incluso en formas gremiales, pero con fines políticos: "Las sociedades secretas crecían en extensión a medida que los clubs políticos se hacían imposibles. Las cooperativas obreras de producción, que eran tomadas como sociedades puramente mercantiles y que carecían de toda importancia económica, se convirtieron políticamente en otros tantos medios de enlace del proletariado." K.Marx, "Las luchas de clases en Francia", op.cit., p.205.

se desarrolló el partido socialdemócrata, aunque sin una relación de subordinación de éste a los sindicatos. En Alemania y en forma similar en Austria, Hungría e, incluso, Francia, sindicato y partido obrero fueron fuerzas vinculadas, aunque al final el partido se convirtió en la fuerza dirigente real de los sindicatos. Por el contrario, en Bélgica, donde el poder de las cooperativas de producción pesó durante mucho tiempo más que la organización partidista, ésta estuvo supeditada en realidad a la organización de índole social.

Desde finales de la década de los cincuenta, Marx y Engels explicaron que uno de los aspectos que sin duda influyó decisivamente en la renuncia del movimiento sindical inglés a su propia política revolucionaria fue lo que entonces llamaron "aburguesamiento" de sectores de la clase obrera inglesa, y que después Engels analizaría a partir del surgimiento en el seno de las grandes tradeunions de un segmento económicamente privilegiado, beneficiado directamente por el monopolio mundial de la industria inglesa. Refiriéndose a éste fenómeno, Engels escribió en 1885:

"No cabe duda de que la situación de estos obreros ha mejorado considerablemente desde 1848; la mejor prueba de ello nos la ofrece el que desde hace más de 15 años no sólo los patronos están muy satisfechos con ellos, sino también ellos con sus patronos. Constituyen la aristocracia de la clase obrera; han logrado una posición relativamente desahogada y la consideran definitiva."⁶⁶

Lo cierto es que, hasta entonces, ni los partidos ni los sindicatos se encontraban suficientemente desarrollados para asumir, como lo harían los primeros años del siglo XX, una clara diferenciación en sus funciones.

A partir de la formación de la AIT, sobre todo en torno a sus características, fue ampliamente recogida la idea, expuesta en el *Manifiesto*, de que las formas para alcanzar la meta de la emancipación de los trabajadores son nacionales, mientras que su contenido es, lo mismo que el capital, de carácter internacional.⁶⁷ Como se sabe, los partidos socialistas y comunistas no solamente recogieron la divisa

66 F. Engels, en "Prefacio a la Situación de la clase obrera en Inglaterra", *Obras Escogidas*, op.cit., t. 2, p.440.

67 "Por su forma, aunque no por su contenido, la lucha del proletariado contra la burguesía es primeramente una lucha nacional. Es natural que el proletariado de cada país debe actuar en primer lugar con su propia burguesía." *Manifiesto del Partido Comunista*, op.cit., p.33

de la Liga: "Proletarios de todos los países, uníos", sino que de ello se derivó la razón que exigía que la organización de los comunistas fuese de carácter internacional.

Cuando surgió la AIT, Marx defendió la idea de que su existencia se justificaba en la medida en que en cada país se desarrollaba la organización nacional o regional. Pero la naturaleza cada vez más internacional del capital, ya desde mediados del siglo XIX, requería una respuesta que desbordara las fronteras nacionales, sin eludir la existencia de Estados específicos y rasgos nacionales inconfundibles en la lucha política de cada país. Por ello, mientras la comunicación y coordinación internacionales eran un requerimiento de las luchas de los obreros, el marco nacional al que se cifre la forma específica del esfuerzo por lograr la emancipación de los trabajadores, obligaba a basarse en la iniciativa política y programática de las organizaciones locales de los obreros. Es decir, el carácter internacional de la AIT no eliminaba o suplantaba la dimensión nacional, por el contrario, era su complemento.

"Frente a la fuerza del capital — escribió entonces Marx —, la fuerza individual del hombre desaparece y el trabajador, en las manufacturas, no es ya más que un engranaje de la maquinaria. Para recobrar su individualidad, los trabajadores deben agruparse y formar cooperativas en defensa de su vida y de su salario. Hasta ahora, estas asociaciones tenían más bien carácter local; solamente el capital, gracias a los nuevos inventos industriales, ve crecer diariamente su fuerza, lo que hace que gran número de cooperativas nacionales hayan caído en la impotencia. Estudiando las luchas de la clase obrera inglesa, se advierte cómo los dueños de las fábricas, para hacer frente a sus obreros, recurren a los obreros extranjeros y a las mercancías por ellos elaboradas, allí donde los salarios son más bajos. Frente a esta situación debe la clase obrera, si quiere proseguir su lucha con perspectivas de éxito, transformar sus asociaciones nacionales en agrupaciones internacionales."⁶⁸

El carácter internacional de las agrupaciones obreras, como fueron los Demócratas Fraternal, la Liga de los Comunistas y, finalmente, la AIT, fue entendido por Marx y Engels como una ventaja en

⁶⁸ K.Marx, "Llamamiento del Consejo General de la AIT a las Secciones, Sociedades filiales y a todos los trabajadores", en *La Internacional*, op.cit., p.521.

determinados momentos, se puede decir que iniciales, de la lucha obrera, pero con el desarrollo de ésta primero cuidaron que fuera complemento de la organización nacional y después, como hemos visto, lo consideraron innecesario frente a la complejidad y expansión de la lucha política en los marcos de cada nación y, por tanto, reservable sólo para los momentos de crisis revolucionaria.

A MANERA DE EPÍLOGO

El partido en "sentido histórico" y el partido en "sentido efímero"

Cuando a principios de la década de los sesenta el poeta alemán Freiligrath, antiguo redactor de la *Nueva Gaceta Renana* y exmiembro de la Liga de los Comunistas, se molestó al sentir que Marx lo involucraba en el conflicto que mantenía con Vogt, el autor de *El Capital* le respondió con una carta muy significativa en la que sintetizaba su concepción del partido, carta que no ha sido pasada por alto en varios estudios, aunque en cada uno se haya dado una versión diferente del alcance de lo ahí expresado.

En aquella ocasión, y a lo largo de un escrito de más de cuatrocientas páginas, Marx se preocupó por refutar puntualmente las acusaciones que le hiciese K. Vogt de ser jefe de supuestas sociedades secretas, de preparar complots que fijaron "fecha definitiva para el estallido de la revolución" en Alemania. De igual forma, diez años antes Marx y Engels habían ocupado considerable tiempo en el esclarecimiento de sus relaciones con agrupamientos que, se decía, reivindicaban un carácter conspirativo de la organización revolucionaria y en responder a acusaciones que los involucraban en complots inventados por la policía prusiana. En 1860, de nuevo aparecían tales

querellas entre la emigración alemana, frente a las cuales Marx se sintió obligado a llevar a cabo una verdadera investigación sobre sociedades para él desconocidas, de las que se le señalaba como jefe y que se involucraban —también según Vogt— en actividades secretas y de extorsión entre los participantes en la revolución alemana.¹ Para ello, Marx y Engels recolectan el testimonio y la adhesión de numerosos participantes en los sucesos de 1849 y de diferentes organizaciones que existían entonces, con el fin de dar enérgica respuesta a las calumnias contra el primero.

En medio de esta situación es que se produce una serie de malos entendidos entre Marx y su amigo Freiligrath. Marx daba a la respuesta a los ataques de Vogt una "importancia decisiva para la justificación histórica del partido y para su futuro en Alemania",² por lo que recurrió a muchos de sus compañeros haciéndolos participantes de su polémica, entre ellos a Freiligrath. Sin embargo, el poeta reivindicó entonces su independencia respecto del "Partido"³ al que Marx hacía referencia sin precisar de qué partido se trataba, dando a entender que ello lo separaba del conflicto con Vogt.

"Te hago notar —le respondió Marx—, ante todo, que desde noviembre de 1852, cuando a *propuesta mía* la Liga fue disuelta, *nunca más* pertenezco ni pertenezco a ninguna asociación, *secreta o abierta*, y, por consiguiente, hace ya ocho años que en este sentido, totalmente efímero, de la palabra, el *partido* dejó de existir para mí (...). Recuerdas que recibí de los dirigentes de la Liga comunista de Nueva York una carta en la que me pedían reorganizar la antigua Liga. Tardé un año en contestarles y final-

1 En el artículo escrito por Vogt en el que señalaba a Marx como jefe de una banda de incendiarios y estafadores, decía: «No una, sino cientos de cartas ha escrito este hombre a Alemania amenazando descaradamente con denunciar la intervención del interesado en tal o cual acto de revolución, si antes de una determinada fecha no recibía una suma concreta en la dirección que se indicaba.» En F. Mehring, *Carlos Marx*, op.cit., p.298.

2 K. Marx, "Carta a Freiligrath" (23 de febrero de 1860), en *Sochinenia...* (obras en ruso), Moscú, T.30, p.393. (Traducción de A.M.V.).

3 En su carta de respuesta a Marx, Freiligrath escribe: «Durante estos siete años (desde que se disolvió la Liga Comunista) he estado alejado del Partido, ausente de sus asambleas, ignorante de sus acuerdos y de sus actos. De hecho, pues, mis relaciones con el Partido hacía mucho tiempo que estaban rotas; ninguno de nosotros ignoraba esto: era una especie de convenio tácito. De mí, sé decirte que esta situación me era bastante grata. Yo, como todo poeta, necesito por naturaleza, de libertad. El Partido es una jaula y canta uno mejor, incluso para el Partido, fuera que dentro. Yo fui poeta del proletariado y de la revolución antes de pertenecer a la Liga y a la redacción de la 'Nueva Gaceta del Rin'. En lo sucesivo, prefiero, pues, seguir moviéndome libremente y disponiendo de mí persona, sin tener que dar cuentas a nadie.» En F. Mehring, *Carlos Marx*, op.cit., p. 299.

mente les dije que desde 1852 no estoy ligado a ninguna organización y tengo el convencimiento profundo de que mi trabajo teórico es mucho más beneficioso para la clase obrera que la participación en organizaciones cuyo tiempo ha pasado en el continente (...) Si tu eres poeta, yo soy crítico, y la verdad sea dicha, me basta con la experiencia de 1850-1852. La Liga, lo mismo que la Sociedad de Estaciones y que centenares de otras sociedades, son sólo episodios en la historia del partido que nace espontáneamente, por doquier, del suelo de la sociedad moderna... Yo me he esforzado por disipar el equívoco de que por 'partido' entendía la Liga, cuya existencia terminó hace ocho años, o la redacción del diario, que dejó de salir hace doce años. Por partido yo entendía el partido en el gran sentido histórico del término."

Más allá del episodio específico que dio lugar a esa declaración, en momentos en que —como se ha señalado— efectivamente Marx y Engels carecían de todo vínculo organizativo y en que reaccionaban con vehemencia a los conflictos que consideraban típicos de la emigración derrotada en la revolución del 49, lo cierto es que referencias similares de otros momentos y la conducta general mantenida por ellos en las organizaciones a las que pertenecieron o con las que mantuvieron estrecha relación, nos indican que lo expresado en 1860 a Freiligrath no tuvo en ellos el significado de una declaratoria temporaria⁴ o circunstancial.

Los "episodios en la vida del partido", a que se refiere Marx al hablar de las organizaciones en las que participó y llegó a tener un importante papel dirigente, como la Liga de los Comunistas y la Asociación Internacional de los Trabajadores, o aquellas con las que tuvo importantes diferencias, como la sociedad secreta de Blanqui, son vistos por él como estructuras que responden a condiciones políticas precisas, que cambian continuamente conforme se modifi-

4 Karl Marx, "Carta a Freiligrath", (29 de febrero de 1860). Citada en F. Claudín, *Marx, Engels y la Revolución de 1848*, op.cit., p.322.

5 Aunque principalmente se refiere a las expresiones de Marx y Engels en las que personificaban al "partido", M. Johnston acerca lo dicho por Marx sobre "el partido en el gran sentido histórico del término", y señala que "...ésta es una concepción temporaria y excepcional en ellos, que de ninguna manera es típica de la principal corriente de su pensamiento y que se halla sólo en esta temprana etapa de la vida de la aún poco desarrollada clase trabajadora alemana, en el hiato entre la desaparición de la Liga Comunista y el surgimiento de las nuevas organizaciones de la clase trabajadora que, según ellos confiaban, aparecerían para ocupar el lugar de la Liga". "Marx y Engels y el concepto del partido", en *Teoría Marxista del partido político*, op.cit., p.76.

can esas mismas condiciones. Son, por ello, partidos “en sentido efímero”. La concepción y la práctica política de Marx y Engels se contraponían continuamente a toda conservación de formas de lucha y normas organizativas al margen de los nuevos y cambiantes requerimientos del movimiento revolucionario. Ellos no titubearon, incluso, ante la necesaria disolución de varios agrupamientos aunque no hubiera ningún otro que de inmediato los reemplazara.

Ahora bien, tal actitud no puede llevar a la conclusión de que Marx y Engels negaron importancia a los problemas organizativos y a la existencia misma de los partidos por el hecho de considerarlos “efímeros”.⁶ Por el contrario, en múltiples ocasiones, como hemos visto, tal cuestión llegó a ocupar lo principal de su actividad, orillándoles incluso a dejar en segundo plano su trabajo teórico. En realidad, para los autores del *Manifiesto* nunca estuvo disociado, y menos aún contrapuesto, el desarrollo del que denominan “partido en sentido histórico” de la organización concreta y “efímera”, aunque no confundieran uno con lo otro.

Aun en relación con la preocupación central de ellos, el proceso a partir del cual la clase obrera logra su conciencia revolucionaria, entendida como comprensión de los mecanismos de dominación social y la decisión de superarlos a través de la transformación radical de la sociedad capitalista, la cuestión de la organización juega un papel fundamental. Para Marx, el conocimiento social no se alcanza en sí mismo, puesto que los hombres conocen (y se reconocen) en relación a otros hombres, frente a ellos:

“Al hombre —leemos en *El Capital*— le ocurre en cierto modo lo mismo que a las mercancías. Como no viene al mundo provisto de un espejo ni proclamando filosóficamente, como Fichte: ‘yo soy yo’, sólo se refleja, de primera intención, en un semejante. Para referirse a sí mismo como hombre, el hombre Pedro tiene que empezar refiriéndose al hombre Pablo como a su igual. Y al hacerlo así, el tal Pablo es para él, con pelos y señales, en su corporeidad paulina, la forma o manifestación que reviste el género humano.”⁷

De esta forma, en repetidas ocasiones, Marx insiste en la función que juega la simple unión de los proletarios para el reconocimiento de su condición de trabajadores explotados y de sus intereses como

⁶ Tal es la opinión de L. Basso, quien afirma que para Marx, a diferencia de “los epígonos desde la socialdemocracia alemana hasta los bolcheviques”, lo importante no es la organización sino la conciencia de clase. Cfr. L. Basso, *Socialismo y revolución*, op.cit., p.307.

⁷ K. Marx, *El Capital*, tomo I, op.cit., p.19.

intereses comunes, y sostiene que frente a la pérdida de la *individuidad* del obrero en el proceso de trabajo, la posibilidad de recuperación de ésta se encuentra en su agrupamiento, en su *organización*. La clase obrera como tal, incluso, sólo adquiere conciencia de su ser revolucionario en la confrontación con las otras clases y sectores de clase, lo cual, como hemos señalado, sólo le es posible en la lucha política, terreno éste de la organización partidista.

En realidad, no existe en la concepción de Marx y Engels un muro levantado entre el partido "en sentido histórico" y el considerado "efímero". Más bien, éste último es tan sólo una forma de expresión cambiante del primero. O, dicho de otra manera, el partido histórico no puede existir indefinidamente sin el desarrollo de los partidos organizados.

El partido de Marx "en sentido histórico" es la *actividad teórico-política*, dentro de un cauce organizativo preciso aunque cambiante, encaminada a lograr la comprensión de las condiciones reales de existencia del proletariado, las posibilidades de éste como clase y su participación en la emancipación social de los hombres.

La separación que hacen Marx y Engels entre partido "en sentido histórico" y "partido en sentido efímero", nos permite llegar a la conclusión de que para ellos los partidos concretos son organizaciones específicas que están determinadas por situaciones que se superan a cada paso. Pero las condiciones generales que reclaman la acción política tienden a ser más permanentes o a prolongarse, tanto en el tiempo como a través del cambio mismo de los protagonistas circunstanciales. Así, Marx y Engels no solamente actúan en el movimiento real, sino también aprenden de éste y van haciendo sus aportes en el curso mismo de la lucha política. Por ello, el "partido en sentido histórico" es en realidad una actividad en la que teoría y práctica se vinculan estrechamente. Es la crítica y la acción política en su sentido más preciso.

Las cambiantes situaciones de cada momento y país, que reclaman soluciones distintas respecto del tema del partido, abren todo un campo a la existencia de organizaciones de la más variada índole. De esta manera, los medios de la lucha política tienden a modificarse incesantemente. El "partido efímero", en la concepción de Marx, recoge al "partido en el sentido histórico" pero no lo agota. Dicho de otra forma, las organizaciones específicas pueden proponerse desempeñar un papel relevante en la lucha política, e incluso lograr-

lo, pero el movimiento tenderá a generar expresiones que irán más allá de los partidos organizados. Por encima de esto, la gran tarea de descubrir sistemáticamente las condiciones reales de existencia política del proletariado, así como el esclarecimiento de sus posibilidades como clase en el marco de un entramado social complejo, rebasan de por sí el alcance de las organizaciones específicas. El "partido en sentido histórico" es, de esa manera, el desempeño de la crítica y de la práctica consecuente.

Para Marx y Engels, el concepto de partido es histórico. No existe, por tanto, un determinado partido para todo tiempo y lugar, como tampoco una determinada concepción universal e inmutable. Por el contrario, se trata de la expresión del movimiento político real y del desarrollo de la elaboración teórica y de la práctica que se realiza desde una ubicación específica de conocer la realidad social, lo que la diferencia y le da su singularidad y carácter de clase.

Varias de las más importantes polémicas de Marx y, posteriormente, de Engels, se produjeron dentro de organizaciones existentes. Hemos visto a este respecto, el origen de *Salario, precio y ganancia*, así como del *Anti-Dühring*, para sólo citar esos dos. De la misma forma, una parte fundamental de la obra política y programática de Marx se produce en relación directa con organizaciones concretas, como son los casos del *Manifiesto*, los escritos sobre la guerra franco-prusiana y sobre la Comuna de París, entre otros. Aunque, como también hemos señalado, ninguno de ellos responda de manera estrecha y circunstancial a requerimientos meramente partidistas, sino a la necesidad de una reflexión teórico-histórica, que en esa medida trascendía a cualquier organización y se convertía en aporte fundamental en el desarrollo del partido en sentido histórico.

La desvinculación entre el trabajo teórico de Marx y su compromiso de partido, tanto en el "sentido histórico" como en relación con las organizaciones en las que participó, desvirtúa no solamente su concepción sobre el partido, sino también el alcance y significación de toda su obra teórica. *El Capital*, como expresión desarrollada de la nueva teoría social, era vista por su autor como una "victoria científica de nuestro partido", justamente porque independientemente de la forma que éste asumiera, la investigación más elaborada de Marx constituía una expresión concreta y al mismo tiempo indispensable para el desarrollo de la lucha política, que es lo esencial de la lucha partidista.

Asimismo, cuando afirmaron que la Comuna de París era "la hazaña más gloriosa de nuestro partido desde la insurrección de junio en París", pese a que la Internacional no "levantó un dedo para producirla", lo importante para Marx y Engels no es la actuación de una u otra organización, sino la tendencia histórica claramente expresada en la lucha de la clase obrera francesa. Aquí, en momentos en los que se despliega una auténtica revolución, partido "en sentido histórico" y la clase en movimiento, efectivamente coinciden, llegan a ser una y la misma cosa.

La concepción marxiana sobre el partido político no aspira en forma alguna a la presentación de una "teoría" específica, de la manera en que muchos años más tarde el estalinismo consideró abusivamente a Lenin como el que "completa" el marxismo, entre otras cosas, por definir un cuerpo teórico preciso para la construcción, organización y dirección del partido. Sin embargo, eso no quiere decir que no exista una precisa concepción acerca del partido obrero, como un elemento concreto basado en la praxis revolucionaria y existente a través del movimiento político.

Como en muchas otras cuestiones, Marx carece de una teoría general del partido si por ello se entiende —como le señalaba a Wagner—¹⁰ hacer elucubraciones en torno a la palabra... *partido*, a lo cual sin duda renuncia. Hay, en cambio, una enorme experiencia y una profusa reflexión de dicha experiencia, que forma parte de una concepción que hace suya la tendencia real hacia la conformación y el desarrollo de la organización de partido, como instrumento indispensable en la lucha de la clase obrera y de todos los oprimidos por el capital.

Con el desarrollo democrático, los partidos, incluidos los partidos obreros, se convirtieron en estructuras incorporadas a los sistemas políticos europeos, formaciones en las que se apoyó el desarrollo parlamentario en aquellos países, exigiendo, entonces, su consolidación como agrupamientos más estables e institucionalizados. A la par, en el seno de los agrupamientos partidistas de los obreros socialistas la experiencia y la concepción de Marx y Engels fueron adquiriendo carta de naturalización, dando lugar paulatinamente a la confluencia del partido de la *praxis revolucionaria*, o "partido en sentido históri-

⁸ K. Marx, "Carta a Kugelmann", abril de 1871, en *Cartas a Kugelmann*, op. cit., p. 208.

⁹ F. Engels, "Carta a Sorge" del 12 de septiembre de 1874, *Correspondencia*, op. cit., p. 208.

¹⁰ Cfr. "Glosas marginales al Tratado de economía política" de Adolf Wagner", en *El Capital*, T. I., op. cit., p. 714.

co", con el partido de una organicidad y un tiempo determinados. De esto surge lo que se conoce como *partido marxista*, con normas organizativas derivadas de un carácter preciso, es decir, la aparición de "modelos" de partido.

Dicho proceso sería ya otra historia que Marx y Engels no conocieron, aunque, sin duda, pertenece a la historia de la amplia y diversa corriente que ellos fundaron.

BIBLIOGRAFÍA

Adler, Max, *El socialismo y los intelectuales*, México, Siglo XXI Editores, 1980.

Adler, Max, *La concepción del Estado en el marxismo*, México, Siglo XXI Editores, 1982.

AIT, *La Primera Internacional*, (documentos de los congresos), Madrid, Ed. Fundamentos, 1977.

Anderson, Perry, *Teoría, política e historia. Un debate con E.P. Thompson*, España, Siglo XXI de España Editores, 1985.

Andreucci, Franco, "La difusión y la vulgarización del marxismo", en *Historia del marxismo*, tomo 3, Barcelona, Ed. Bruguera, 1980.

Arru Angelolina, *Marx e la Prima Internazionale*, Milano, Ed. Feltrinelli, 1983.

Bakunin, Mijail, *Escritos de Filosofía y Política*, en dos tomos, Madrid, Alianza Editorial, 1978.

Bakunin, Mijail, *Obras*, Madrid, Ediciones Júcar, 1979

Basso, Lelio, *Socialismo y revolución*, México, Siglo XXI Editores, 1983.

Berlin, Isaiah, *Karl Marx*, España, Alianza Universidad, 1988.

Bernstein, Samuel, *Blanqui y el blanquismo*, España, Siglo XXI Editores, 1975.

Bert, Andreas, *La Liga de los Comunistas*, México, Ediciones de

Cultura Popular, 1978.

Burquette, Ricardo, *Teoría marxista de las clases sociales y la estructura de la sociedad contemporánea*, México, ECP, 1972.

Capelletti, Angel, *Etapas del pensamiento socialista*, Madrid, Ed. La Piqueta, 1974.

Cappelletti, Angel, *Bakunin y el socialismo libertario*, México, Ed. Minerva, 1986.

Carr, E.H., *De Napoleón a Stalin*, Barcelona, Ed. Crítica Grijalbo, 1983.

Cerroni, Umberto, et.al., *Teoría marxista del partido político*, México, Ed. Pasado y Presente, 1975.

Châtelet, Francois, *Los marxistas y la política. I, (1843-1917)*, España, Taurus Ed., 1977.

Claudio, Fernando, *Marx, Engels y la revolución de 1848*, España, Siglo XXI Editores, 1975.

Cole, G.D.H., *Historia del pensamiento socialista*, T.I. México, FCE, 1964.

Cole, G.D.H., *Historia del pensamiento socialista*, T.II, México, FCE, 1959.

Cornu, Auguste, *Carlos Marx, Federico Engels. Del Idealismo al Materialismo Histórico*, Buenos Aires, Ed. Platina y Ed. Stilcograf, 1965.

Del Rosal, Amaro, *Los congresos obreros internacionales del siglo XIX*, Barcelona, Ediciones Grijalbo, 1975.

Douverger, Maurice, *Los partidos políticos*, México, FCE, 1984.

Droz, J., et.al., *Historia General del Socialismo. De 1875 a 1918*, en dos tomos, Barcelona, Ed. Destino, 1984.

Droz, J., et.al., *Historia General del Socialismo. De los orígenes a 1875*, en dos tomos, Barcelona, Ed. Destino, 1984.

Droz, Jaques, *Historia del Socialismo (el socialismo democrático)*, Barcelona, Ed. LAIA, 1977.

Dunker, H. *Historia del movimiento obrero internacional*, México, ECP, 1977.

Efimov, A., et.al., *Historia moderna*, México, Ed. Grijalbo, 1962.

Engels, F., *Escritos*, Barcelona, Ed. Península, 1974.

Engels, F., "Contribución a la historia de la Liga de los Comunistas" en *Obras escogidas*, Moscú, Ediciones en Lenguas Extranjeras, t.II, s/f.

Engels, F., "Introducción a la Lucha de Clases en Francia", en

- Obras Escogidas*, Ediciones en Lenguas Extranjeras, t.I, Moscú, s/f.
- Engels, F., *Anti-Dühring*, México, Ed. Grijalbo, 1968.
- Engels, F., *Crítica al programa de Erfurt*, España, Ed Ayuso, 1975.
- Engels, F., *Escritos de Juventud*, México, FCE, 1981.
- Engels, F., *La situación de la clase obrera en Inglaterra*, México, ECP, 1974.
- Engels, F., *Para leer "El Capital"*, México, Ed. Grijalbo, Col.70, 1968.
- Enzensberger, Hans, *Conversaciones con Marx y Engels*, en dos tomos, Barcelona, Ed. Anagrama, 1973.
- Fernández, Paulina, *El partido político de la clase obrera en la Primera Internacional*, (tesis) FCFyS, UNAM, 1987.
- Fernbach, David, *Marx: una lectura política*, México, Ed. ERA, 1979.
- Fetscher, Iring, *El marxismo, su historia en documentos*, Madrid, Ed. Zero, 1976.
- Foner, Philip, *Cuando Marx murió (comentarios de 1883)*, La Habana, Ed. de Ciencias Sociales, 1984.
- Freymont, Jaques (comp.), *La Primera Internacional*, Madrid, Ed.Zero, 1973.
- Furet F. y D. Richet, *La revolución francesa*, Madrid, Ed. RIALP, 1988.
- Gerratana, V., *Introducción a la historia del marxismo*, Barcelona, Ed. Grijalbo, 1975
- Gruppi, Luciano, *La teoría del partido revolucionario*, Roma, Ed. Riuniti, 1980.
- Guerin, Daniel (comp.), *Ni Dios ni Amo*, tomo I, España, Campo Abierto Ediciones, 1977
- Gustafsson, Bo, *Marxismo y revisionismo*, Barcelona, Ed. Grijalbo, 1975.
- Haupt, George, "Marx y el marxismo", en *Historia del marxismo*, tomo 2, Barcelona, Ed. Bruquera, 1980.
- Haupt, George, *El historiador y el movimiento social*, Madrid, Siglo XXI Editores, 1986.
- Haupt, George, *L'Internazionale Socialista dalla Comune a Lenin*, Torino, Einaudi Editore, 1978.
- Hobsbawm, E., *La era del imperio (1875-1914)*, Barcelona, Labor Universitaria, 1989.
- Hobsbawm, E.J., "La diffusione del marxismo (1890-1905)", en

Studi Storici, XV, no.2, Bologna, 1972.

Hobabawm, E.J., "Las vicisitudes de las ediciones de Marx y Engels", en *Historia del marxismo*, tomo 2, Barcelona, Ed. Bruguera, 1980.

Hobabawm, E.J., *La era del capitalismo*, Madrid, Ed. Guadarrama, 1977.

Hobabawm, E.J., *Las revoluciones burguesas*, Madrid, Ed. Guadarrama, 1971.

Hobabawm, E.J., *Revolucionarios. Ensayos contemporáneos*, Barcelona, Ed. Ariel, 1978.

Iscaro, Rubens, *Historia del movimiento sindical internacional*, México, ECP, 1976.

Jaurés, Jean, *Los orígenes del socialismo alemán*, Barcelona, E. LAIA, 1980.

Johnstone, Monty, "Marx y Engels y el concepto de partido", en *Teoría marxista del partido político*, México, Ed. Pasado y Presente, 1975.

Joll, James, *La Segunda Internacional 1889-1914*, Barcelona, Icaria Editorial, 1976.

Jones, Gareth S., "Semblanza de Engels", en *Historia del marxismo*, tomo 2, Barcelona, Ed. Bruguera, 1980.

Kelsen, Hans, *Socialismo y Estado*, México, Siglo XXI Editores, 1982.

Kolakowski, Leszek, *Las principales corrientes del marxismo. I. Los fundadores*, Madrid, Alianza Universidad, 1980.

Kriegel, Annie, *Las internacionales obreras*, Barcelona, Edit. Martínez Roca, 1968.

Kula, Witold, *Reflexiones sobre la historia*, México, ECP, 1984.

Lenin, V.I., "Quiénes son 'Los amigos del pueblo' y cómo luchan contra los socialdemócratas", en *Obras Completas*, t.I, Ed. Cartago, 1969.

Lenin, V.I., *Acotaciones a la correspondencia entre Marx y Engels, 1844-1883*, España, coedición Ed. Pueblos Unidos, Montevideo—Ed. Grijalbo, Barcelona, 1986.

Lenin, V.I., *Imperialismo y movimiento obrero*, Barcelona, Ed. Anagrama, 1971.

Lenin, V.I., *¿Qué Hacer?. Teoría y práctica del bolchevismo*, México, Ed. Era, 1977.

Lenk, Kurt y Franz Neumann, *Teoría y sociología críticas de los*

partidos políticos, Barcelona, Ed. Anagrama, 1980.

Lisagaray, H.P.O., *Historia de la Comuna de 1871*, Madrid, Artiasch Editorial, 1970.

Losovski, A., *Marx y los sindicatos*, México, ECP, 1975.

Lowy, Michael, *La teoría de la revolución en el joven Marx*, México, Siglo XXI Editores, 1979.

Luporini, C. y E.Sereni, *El concepto de "formación económico-social"*, México, Ed. Pasado y Presente, 1978.

Maguire, John M., *Marx y su teoría de la política*, México, FCE, 1984.

Marramao, G., B.de Giovanni, et.al., *Teoría marxista de la política*, México, Ed. Pasado y Presente, 1981.

Marx, K. y F. Engels, *La Internacional*, México, Ed. FCE, Colección Obras Fundamentales de Marx y Engels (dirigida por Wenceslao Rocas), 1988.

Marx, K. y F.Engels y N.Danielson, *Correspondencia 1868-1895*, México, Siglo XXI Editores, 1981.

Marx, K. y F.Engels, "La Sagrada Familia", en OME num.6, Barcelona, Ed. Grijalbo, 1978.

Marx, K. y F.Engels, *Acera del anarquismo y el anarcosindicalismo*, Moscú, Ed. Progreso, s/f.

Marx, K. y F.Engels, *Biografía del Manifiesto Comunista*, México, Cía. General de Ediciones, 1973.

Marx, K. y F.Engels, *Cartas sobre "El Capital"*, La Habana, Ed Política, 1983.

Marx, K. y F.Engels, *Correspondencia*, tres tomos, México, ECP, 1972.

Marx, K. y F.Engels, *El porvenir de la comuna rural rusa*, Mexico, Ed. Pasado y Presente, 1980.

Marx, K. y F.Engels, *El sindicalismo*, Barcelona, Ed. LAIA, 1976.

Marx, K. y F.Engels, *Imperio y colonia. Escritos sobre Irlanda*, México, Ed Pasado y Presente, 1979.

Marx, K. y F.Engels, *La Ideología Alemana*, Argentina, Ed. Pueblos Unidos, 1973.

Marx, K. y F.Engels, *La revolución en España*, Moscú, Progreso, 1974.

Marx, K. y F.Engels, *La sagrada familia*, México, Ed. Crítica Grijalbo, 1978.

Marx, K. y F.Engels, *Los grandes fundamentos*, México, FCE,

1988.

Marx, K. y F. Engels, *Obras Escogidas*, en II tomos, Ediciones en Lenguas Extranjeras, Moscú, s/f.

Marx, K. y F. Engels, *Obras Escogidas*, en VI tomos, Argentina, Ed. Ciencias del Hombre, 1973.

Marx, K. y F. Engels, *Sochinenia*, (obras en ruso), Moscú, tomos XVIII y XXX.

Marx, K. y F. Engels, *OME* num.9, Barcelona, Ed. Grijalbo, 1978.

Marx, K., *Cartas a Kugelmann*, La Habana, Ed. de Ciencias Sociales, 1975.

Marx, K., *El Capital*, Vols. I y III, México, FCE, 1974.

Marx, K., *El Capital*, T.I, Vol.1, México, Ed. Siglo XXI, 1978.

Marx, K., et.al., *De la Liga de los Justos al Partido Comunista*, México, Ed. Roca. 1973.

Marx, K., *Héroes del destierro*, México, Ed. Domés, S.A., 1981.

Marx, K., *Herr Vogt*, México, Juan Pablos Editor, 1977.

Marx, K., *La guerra civil en Francia*, Pekín, China, Ediciones en Lenguas Extranjeras, 1978.

Marx, K., *Miseria de la Filosofía*, Moscú, Ediciones en Lenguas Extranjeras, s/f.

Marx, K., *OME* num.5, Barcelona, Ed. Crítica Grijalbo, 1978.

Marx, K., *Revelaciones sobre el proceso de los comunistas de Colonia*, Buenos Aires, Ed. Lautaro, 1946.

Marx, K., *Revolución y contrarrevolución*, México, Grijalbo, 1967.

Mayer, Gustav, *Friedrich Engels: una biografía*, España, FCE, 1979.

McLellan, David, *Karl Marx: su vida y sus ideas*, Barcelona, Crítica Grijalbo, 1977.

Mehring, Franz, *Carlos Marx*, España, Ed. Grijalbo, 1974.

Mehring, Franz, *Storia della Socialdemocrazia Tedesca*, Roma, Editori Riuniti, 1974.

Michel, Louise, *Mis recuerdos de la Comuna*, México, Siglo XXI Editores, 1973.

Michels, Robert, *Los partidos políticos*, vols. 1 y 2, Buenos Aires, Amorrortu Editores, 1979.

Molnar Milkos, *El declive de la Primera Internacional*, Madrid, Edicusa, 1974.

Mommsen, Wolfgang J., *La época del imperialismo*, España, Siglo XXI Editores, 1975.

Morais, H. y R. Boyer, *La historia desconocida del movimiento obrero de los Estados Unidos*, México, Ed. por el SUTIN, 1983.

Negt, Oskar, "El marxismo y la teoría de la revolución en el último Engels", en *Historia del marxismo*, tomo 4, Barcelona, Ed. Bruguera, 1980.

Nin, Andreu, *Las organizaciones obreras internacionales*, Barcelona, Ed. Fontamara, 1978.

Novack, George y Dave Frankel, *Las tres primeras internacionales*, Barcelona, Ed. Fontamara, 1978.

Owen, Blanc, Cabot, *Precursores del socialismo*, México, Ed. Grijalbo, 1970.

Pereyra, Carlos, "Partido y Sociedad Civil", en *Teoría y Práctica en América Latina*, México, CIDE, 1983.

Pereyra, Carlos, *Configuraciones: Teoría e Historia*, México, Ed. Edicol, 1979.

Ponomarev, et al., *El movimiento obrero internacional*, Moscú, Ed. Progreso, 1982.

Rama, Carlos M., *Las ideas socialistas en el siglo XIX*, Barcelona, Ed. LAIA, 1976.

Rocker, Rudolf, *Más sobre marxismo y anarquismo*, México, Ed. del Caballito, 1981.

Rosenberg, A., *Democracia y socialismo*, México Ed. Pasado y Presente, 1981.

Rossanda, Rossana, et al., *Teoría marxista del partido político*, México, Ed. Pasado y Presente, 1983.

Rudé, George, *La Europa revolucionaria. 1783-1815*, Madrid, Siglo XXI Editores, 1974.

Rudé, George, *La multitud en la historia*, Madrid, Siglo XXI Editores, 1979.

Rudé, George, *Revolución popular y conciencia de clase*, Barcelona, Ed. Crítica Grijalbo, 1981.

Sánchez Vázquez, Adolfo, *Filosofía de la Praxis*, México, Ed. Grijalbo, (segunda edición) 1980.

Sartori, Giovanni, *Partidos y sistemas de partidos, 1*, Madrid, Alianza Universidad, 1980.

Schröder, Wilhelm, *Geschichte der Sozialdemokratischen Parteiorganisation in Deutschland*, Drede, Druck und Verlag van Kaden & comp., 1912.

Shaft, Adam, *El comunismo en la encrucijada*, Barcelona, Ed.

Crítica Grijalbo, 1983.

Shaft, Adam, *Perspectivas del socialismo moderno*, Barcelona, Ed. Crítica Grijalbo, 1988.

Steinberg, Hans-Josef, "El partido y la ortodoxia marxista", en *Historia del marxismo*, tomo 4, Barcelona, Ed. Bruguera, 1980.

The General Council of the First International, *Minutes*, Moscow, Progress Publishers, 1964.

Thompson, E.P., *La formación histórica de la clase obrera. Inglaterra: 1780-1832*, Barcelona, Ed. LAIA, 1977.

Thompson, E.P., *Tradición, revuelta y conciencia de clase. Estudios sobre la crisis de la sociedad preindustrial*. Barcelona, Ed. Crítica, 1989.

Touchard, J., *Historia de las ideas políticas*, España, Ed. Tecnos, 1985.

Varios, *Antología anarquista*, México, Ed. del Caballito, 1980.

Varios, "L'Association Internationale des Travailleurs", en *Cahiers d'Histoire de l'Institut de recherches marxistes*, num. 37, París, 1989.

Varios, *El partido obrero en Marx*, México, ECP y Centro de Estudios del Movimiento Obrero y Socialista, 1985. Varios, Friedrich Engels, Biografía, Berlín, RDA, Dietz Verlag, 1970.

Varios, *Federico Engels. Vida y actividad*, Moscú, Ed. Progreso, 1987.

Varios, *Historia del movimiento obrero internacional*, México, ECP, 1977.

Varios, *Marx e i marxismi*, Milano, Feltrinelli Editore, 1983.

Varios, *Movimiento obrero, comunista internacional y de liberación nacional. 1760-1939*, La Habana, Ed. Pueblo y Educación, 1986.

Viatkin, A., *Movimiento obrero, comunista y de liberación nacional. 1760-1939*, t.1, La Habana, Ed. Ciencias Sociales, 1982

Vraniki, Pedrag, *Historia del marxismo*, tomo 1, México, ECP, 1979.